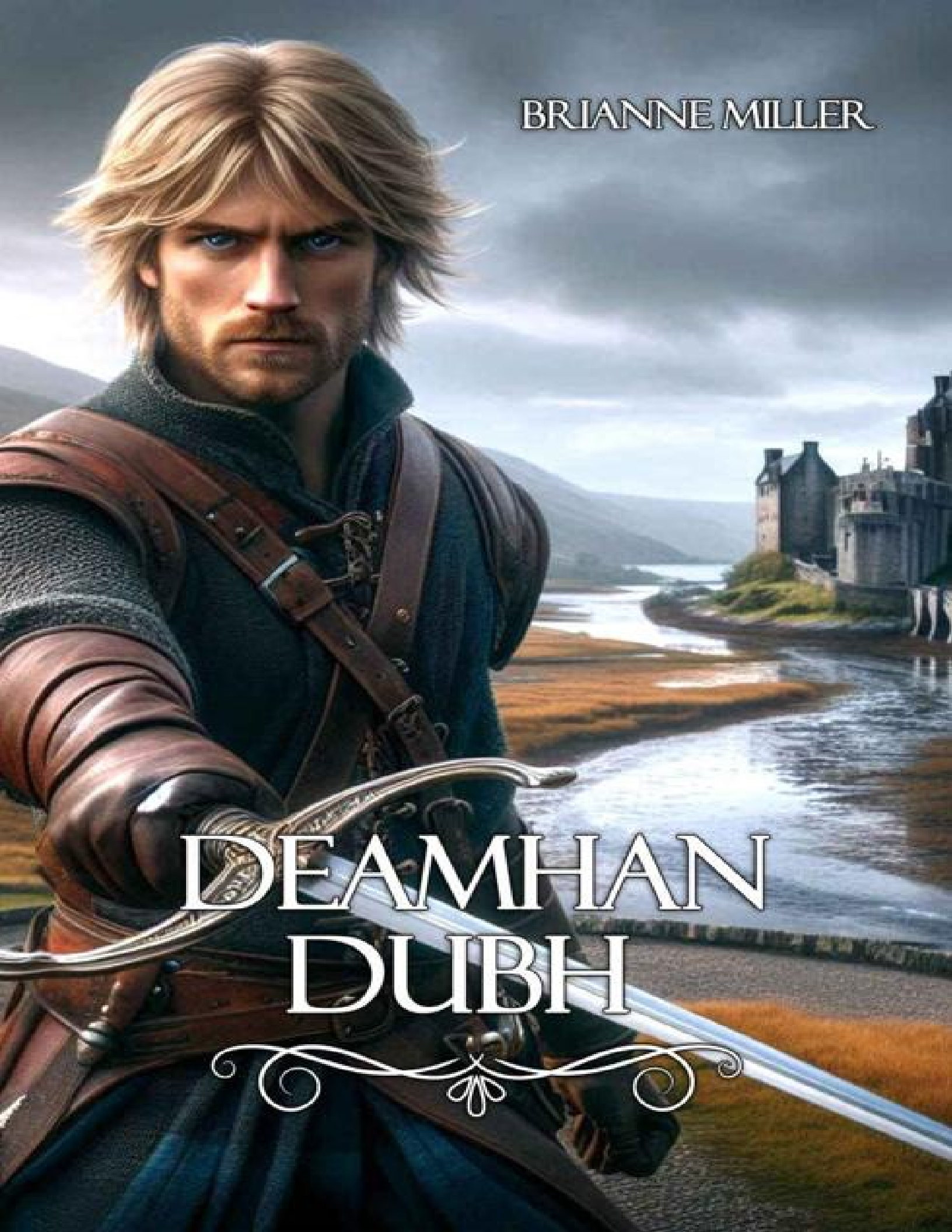




BRIANNE MILLER

DEAMHAN DUBH



DEAMHAN DUBH



BRIANNE MILLER



Los personajes y eventos retratados en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es coincidencia y no es intención del autor.

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse, almacenarse en un sistema de recuperación o transmitirse de ninguna forma o por ningún medio, electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o de otro tipo, sin el permiso expreso por escrito del autor.

Primera edición: Octubre 2024

Título original: Deamhan Dubh

Brianne Miller© 2024

Diseño de Portada: Gema Millanes

Maquetación: Gema Millanes

Imágenes de portada: Adobestock

[Nota de la autora](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Epílogo](#)

Nota de la autora

Queridos lectores:

Es un placer compartir con vosotros esta historia ambientada en las majestuosas Tierras Altas de Escocia. Quisiera tomarme un momento para señalar que, aunque he hecho mi mejor esfuerzo para ser precisa en muchos aspectos históricos, me he tomado algunas libertades con las fechas y eventos para adaptarlos mejor a la narrativa de mi novela. Mi objetivo siempre ha sido ofrecer una experiencia de lectura cautivadora, y a veces esto significa ajustar ciertos detalles para crear una trama coherente y emocionante.

En primer lugar, el asedio al castillo Sinclair por parte del conde de Sutherland no fue en 1573, sino en 1588.

En segundo lugar, aunque la batalla de Clynetradwell sí tuvo lugar en 1590, no fue en tierras de los Sinclair, sino en el condado de Sutherland entre las fuerzas de Alexander Gordon, 12º conde de Sutherland y George Sinclair, 5º conde de Caithness. Ninguno de los dos perdió la vida en esta batalla.

Espero de todo corazón que disfrutéis de esta novela y que los personajes, con sus aventuras y desafíos, logren capturar vuestra imaginación y vuestro corazón. Ha sido un viaje maravilloso dar vida a estas páginas, y nada me haría más feliz que saber que habéis encontrado en ellas algo inspirador y emotivo.

Gracias por acompañarme en esta travesía literaria. Que estas páginas os ofrezcan tantos momentos de disfrute y emoción como los que yo he tenido al escribirlas.

Con cariño, Brianne Miller.

Prólogo

Edimburgo, septiembre de 1591

Jaime VI, rey de Escocia, se paseaba por el salón del trono como un gato enjaulado. Las noticias que habían llegado aquella misma mañana a la corte no auguraban nada bueno. El laird Sinclair había muerto en una incursión y su clan se había sumido en el caos más absoluto. Maldición, sus planes podrían desmoronarse en cualquier momento.

—¿Me mandó llamar, majestad?

Jaime se giró hacia John Maitland, su más fiel consejero, y se dejó caer en el trono con gesto cansado.

—¿Por qué nadie me informó de que George Sinclair tenía también una hija? —exclamó.

—¿Cómo dice, majestad?

Jaime sacudió la carta que tenía en la mano desde que se la entregara un Sinclair a primera hora de la mañana.

—He recibido una carta esta mañana de Tavie Sinclair, escrita de su puño y letra —explicó—. Alega que es la hija de George Sinclair y ruega que la ayude porque los hombres de su clan se han vuelto locos y pretenden quedársela para hacerse así con el condado de Caithness.

La cara de estupefacción de John le hizo soltar un suspiro.

—Veo que tú tampoco sabías nada... —se lamentó el rey.

—¿Cómo es posible que nadie supiera de la existencia de la joven? —preguntó Maitland—. ¿El *Deamhan Dubh*...?

—Si Ewan lo hubiera sabido, a estas alturas toda la región de Caithness habría ardido hasta los cimientos —le interrumpió el monarca—. Dios santo, no quiero ni pensar en lo que esa pobre muchacha ha debido sufrir a manos de...

—¿Cómo es posible que una mujer permanezca oculta durante diecisiete años, majestad? —insistió John—. ¿Y si la joven está mintiendo?

Jaime se levantó del trono y comenzó a pasearse de nuevo por la sala, su rostro reflejando la tormenta interna que le causaban esas noticias.

—Viaja hasta Wick con un ejército y trae a esa mujer ante mí de inmediato. Si resulta que miente, la castigaré como merece.

—¿Y si dice la verdad?

—Si dice la verdad, se la entregaré a Ewan para que haga lo que considere oportuno con ella.

—¿Y las tierras de los Sinclair?

—Le corresponden por nacimiento.

—No va a querer.

—Aceptará, créeme. Date prisa, si esa mujer es Tavie Sinclair, corre un grave peligro.

—Saldré de inmediato, majestad.

—Por Dios, John... Que nadie sepa quién es esa muchacha hasta que no esté bajo mi techo. Especialmente los Sutherland.

—Entendido, majestad.

John Maitland salió de la sala del trono y Jaime se pasó las manos por el rostro con gesto cansado. Había decidido unificar los clanes escoceses hacía mucho tiempo, pero la tarea estaba resultando imposible de lograr. Necesitaba que los escoceses estuvieran unidos por si tenían que declararle la guerra a Inglaterra tras la muerte de su tía para reclamar el trono que le correspondía por derecho, pero existían demasiadas rencillas entre los clanes y los hombres de las Tierras Altas eran extremadamente orgullosos y testarudos. Al paso que iba... No, lo conseguiría. Los recuerdos de su infancia en las Highlands le venían a la mente: las tierras ásperas, los clanes feroces, los castillos que se erguían como guardianes milenarios. Su visión de una Escocia unida era más que una estrategia política: era una misión personal.

Sus pensamientos se desviaron entonces a su mejor hombre, Ewan Sinclair Sutherland. Ahora que su padre y su hermano habían muerto, era su derecho ser nombrado jefe del clan Sinclair, pero Jaime sabía perfectamente que jamás aceptaría el puesto. Después de todo lo que había pasado por culpa de George Sinclair, Ewan jamás pisaría las tierras de Caithness a no ser que fuera para luchar contra ellos. Sin embargo, el rey tenía un as bajo la manga. Si algo caracterizaba a su mejor guerrero era el amor que sentía por sus hermanos. Al menos por sus hermanos Sutherland. Tal vez cuando descubriera que tenía una hermana, decidiría volver a ocupar el lugar que le pertenecía.

El destino le había puesto la solución para terminar con las rencillas entre los Sutherland y los Sinclair en bandeja de plata; solo necesitaba que Tavie Sinclair llegara a Edimburgo sana y salva.

Capítulo 1

Ewan Sinclair Sutherland miró sobre su hombro con una sonrisa de satisfacción en los labios. Su hermano Glenn iba pisándole los talones, pero Kirk, Duncan y Rowan se habían quedado muy atrás. Tiró de las riendas de *Black* para girar hacia el lago, pero Glenn fue más hábil y lo adelantó en cuestión de segundos.

—Maldición —susurró.

Pegó el tronco al animal y espoleó su montura. *Black* relinchó y aceleró el paso, poniéndose a la altura del caballo de Glenn.

—Ni creas que vas a salirte con la tuya —rio Glenn.

—Soy el *Deamhan Dubh*, siempre me salgo con la mía.

—Si los que te llaman así vieran cómo te doblegas ante nuestra madre y nuestra querida cuñada, se reirían de ti en tus narices en vez de tenerte tanto miedo.

—Suerte que no lo hagan, ¿verdad?

Ewan agitó las riendas y *Black* adelantó a *Bèist*. Saltó el último seto antes de su destino... y el caballo se detuvo en seco, haciendo que Ewan saliera disparado hacia las frías aguas del lago. Escuchó las risas de sus hermanos y se apartó el pelo de la cara para comprobar, con fastidio, que alguno de ellos había dejado una montaña de succulentas manzanas colocada estratégicamente a pocos metros de la meta, y *Black* estaba dándose un buen festín sin pensar en las consecuencias.

—¿Quién ha sido? —protestó mirándolos con fastidio.

—¿De veras creías que iba a dejarte ganar, hermano? —rio Duncan— Serás el *Deamhan Dubh*, pero yo soy el laird de este clan y tengo que ser el mejor en todo.

—Lo que eres es un sinvergüenza —espetó Ewan—. Voy a contarle a Moira que no has jugado limpio para que te castigue sin sexo al menos una semana.

Ewan rio cuando el rostro de su hermano se tornó blanco como la leche. Rowan palmeó la espalda de Duncan intentando animarlo y desmontó para ayudar a Ewan a salir del agua. Cuando tomó la mano ofrecida, Ewan sonrió malévolo y tiró de Rowan hasta hacerlo caer de bruces a su lado, rompiendo en carcajadas.

—Maldición, Ewan —protestó Rowan—. Está helada.

—Vamos, salid de ahí —dijo Duncan—. Estáis empapados y vais a terminar por coger un catarro.

Ambos hombres se levantaron y montaron en dirección al castillo de Dornoch, su hogar. El imponente castillo se alzaba sobre una colina, dominando la vista del paisaje circundante con sus torres de piedra y sus muros robustos. El sonido de la herrería y el bullicio del mercado cercano se mezclaban con el canto de los pájaros y el murmullo del viento, creando una sinfonía que siempre hacía sentir a Ewan en casa.

Ewan se consideraba un verdadero Sutherland aunque por sus venas no corriera la misma sangre que por las de sus hermanos. Murray le había adoptado cuando tenía diez años, y desde entonces él y su esposa Nessa le habían tratado como a uno más de sus hijos. Le habían demostrado lo que era el amor y el cariño, le habían dado un lugar al que llamar hogar y unos

hermanos que darían la vida por él sin pensarlo ni un segundo, al igual que Ewan haría por ellos. Duncan era el mayor, y se había convertido en laird del clan hacía tan solo dos años, cuando Murray decidió que era el momento de retirarse para disfrutar de su esposa en la vejez. Le seguían Glenn, su comandante, y por último estaban Rowan y Kirkland, que tenía su misma edad y era al que más unido estaba. Había tenido una adolescencia muy feliz a pesar de los terroríficos comienzos, y sentía que jamás podría agradecerles como merecían todo lo que habían hecho por él.

Ewan no era huérfano, por supuesto. Su verdadero padre era George Sinclair, el hombre más despiadado sobre la faz de la tierra. No era su hijo legítimo. Su madre había sido una de las sirvientas del castillo a la que su padre violó y golpeó hasta dejarla inconsciente sobre la mesa de madera de la cocina. Ni siquiera sabía cuál era su nombre. Nadie jamás se había tomado la molestia de hablarle de ella. Murió durante el parto debido a otra de las muchas palizas de su padre, y George tuvo que hacerse cargo de él. Desde aquel día Ewan había vivido un auténtico infierno: despreciado por su padre, ninguneado por William, su hermano mayor. Había perdido la cuenta de las veces que había pagado las consecuencias de los actos de su hermano, que había sido golpeado hasta la inconsciencia por su padre o por William. Por eso Ewan se había vuelto silencioso como una sombra, había aprendido a moverse sin hacer ruido para evitar los enfrentamientos con ambos.

Cuando cumplió los siete años, George le envió con el laird Gunn para ser entrenado en la lucha. Sin embargo, en vez de enseñarle a ser un buen soldado, Gunn le convirtió en esclavo. Harto de las incesantes palizas, del frío y el hambre, Ewan decidió escapar. Con tan solo diez años huyó en medio de la noche, sin saber orientarse, y terminó en las tierras de los Sutherland, al sur de las de los Gunn. Por la mañana fue encontrado inconsciente por uno de los hombres del clan y llevado ante su laird. Le alimentaron y le cuidaron hasta que sus heridas se hubieron curado. Después de aquello le llevaron de regreso a Wick, a su hogar, pensando que su padre le recibiría con los brazos abiertos. Sin embargo, George Sinclair no se dignó siquiera a mirar a su hijo a la cara.

—Yo solo tengo un hijo —espetó.

—¿Cómo puedes decir eso? —exclamó Murray— ¿Acaso no ves que Ewan es tu vivo retrato?

—Ese es el hijo de una ramera, no tiene nada que ver conmigo.

Ese fue el día en que los Sutherland y los Sinclair comenzaron la guerra entre ellos, que duraba ya dieciocho largos años. Su padre biológico había muerto el año anterior en la masacre ocurrida en *Clynnetradwell*^[1] y ahora su hermano William poseía el control del clan. Era idéntico a su padre, para desgracia de su gente. Un laird cruel que mantenía a su clan en la pobreza, un villano para el que todo se arreglaba con una buena paliza.

Con el paso de los años, Ewan se había convertido en el guerrero más temido de las Tierras Altas. El *Deamhan Dubh*, el demonio negro, le llamaban. Cuando aparecía en el campo de batalla muchos guerreros huían despavoridos para no probar el filo de su espada. Había luchado siempre por su clan, aunque durante los últimos años había tenido que hacerlo también en nombre del rey. Hacía apenas un mes que había regresado de una de sus misiones y esperaba poder pasar tiempo con su gente antes de volver a Edimburgo. Especialmente con Mai. Ella era la hija del panadero del pueblo. De una belleza innegable, Ewan había quedado prendado de la joven cuando tenía veinte años. Ella apenas tenía quince, pero Ewan se prometió que esperaría a que tuviera edad suficiente para pedirle matrimonio.

Los cinco hermanos llegaron al castillo y dejaron a los caballos a buen recaudo en los

establos. Ewan disfrutaba cepillando a *Black*, pero aquel día debería dejarle la tarea a uno de los mozos de cuadra. Tenía que deshacerse de su ropa empapada antes de que se le terminaran por congelar sus partes nobles. Cuando Nessa, su madre, los vio en aquel estado, se acercó apresuradamente a ellos y les propinó un buen mamporro a cada uno.

—¡Au! —protestó Rowan frotándose el brazo— ¿Se puede saber por qué nos pegas? Ewan y yo solo somos víctimas de nuestros hermanos.

—A mí no me metáis —dijo Kirk, tan solo unos meses mayor que Ewan—. Yo no tengo nada que ver en esto.

—¿Y de quién si no fue la idea de las manzanas? —protestó Duncan.

—¡Fuiste tú quien me pediste que te diera una idea para retrasarlo! —se defendió Kirk.

—Deberías dar ejemplo, Duncan Sutherland —le regañó su madre—. Menudo laird estás tú hecho...

—Solo me divertía con mis hermanos, madre —se disculpó rascándose la nuca.

—Una cosa es divertirse y otra muy diferente andar haciendo travesuras. ¿Eres un hombre hecho y derecho o un niño de seis años?

—Lo siento —se disculpó el laird agachando la mirada—. No se volverá a repetir.

—Subid a cambiaros e id a ver a vuestro padre. Ha llegado una carta del rey.

—No hace ni un mes que regresé de mi última misión —protestó Ewan—. No quiero volver a la corte aún.

—No tienes elección, *Deamhan Dubh* —se burló Kirk echándole el brazo sobre los hombros.

—Cuando encuentre al que me puso ese mote te juro que le arrancaré los testículos y se los haré tragar.

—¿Incluso si fue uno de nosotros? —rio Glenn.

—Especialmente si habéis sido vosotros.

Nessa sonrió mientras veía a sus cinco hijos subir las escaleras bromeando entre ellos, pero no podía evitar sentir preocupación por la carta del rey. El rostro de Murray tras haberla leído no presagiaba nada bueno. Se dirigió a las cocinas para terminar de preparar la cena. Su nuera, Moira, esposa de Duncan, amasaba la harina para el pan a pesar de que su barriga se interponía en su tarea. Estaba embarazada ya de seis meses, y parecía que iba a tener trillizos. Cuando vio a su suegra acercarse le sonrió y se apartó de la masa para que ella la relevase. Se sentó en un banco junto a la mesa, suspirando.

—Te dije que te quedaras tranquila en el salón, pero nunca me haces caso —protestó Nessa con cariño.

—Sabes que soy incapaz de estar sin hacer nada.

—Y ahora estás agotada.

—No ha sido para tanto. ¿Los hombres han llegado? Te he escuchado reprenderles.

—Ewan y Rowan vienen completamente empapados. ¡Con este frío! Espero que ninguno de ellos termine acatarrado.

—Son hombres fuertes, podrán con un simple catarro.

—No temo por ellos, sino por mí. ¿Acaso no has comprobado ya en tus propias carnes lo terrible que es un hombre enfermo?

—Dios, sí... La última vez que Duncan tuvo fiebre parecía que le estaban matando —rio Moira—. Fue todo un espectáculo.

—Imagínate que enfermen dos.

Moira fingió sentir un escalofrío, haciendo reír a Nessa.

—Venga, démonos prisa en terminar el pan y así podrás irte a descansar —dijo Nessa entregándole la masa a una de las cocineras.

Unas sirvientas entraron en la cocina soltando risitas. Parecían estar avergonzadas, y Nessa elevó los ojos al cielo pensando que era por culpa de alguno de sus hijos. No era por presumir, pero todos ellos eran verdaderamente apuestos. Todos con el cabello negro como la noche y los ojos azules, excepto Ewan, que tenía el pelo rubio y los ojos del color del musgo. Altos, fuertes y con un gran sentido del humor, era raro el día que no tenía que espantar a alguna sirvienta que intentaba meterse en la cama de alguno de ellos.

—¿Habéis servido ya al emisario del rey? —preguntó Moira sacándola de su ensimismamiento.

—Sí, señora —respondió una de ellas—, lo hemos hecho.

—Entonces id a preparar la mesa para la cena, comeremos en cuanto mi esposo y sus hermanos hablen con su padre.

—Como ordene, señora.

Nessa vio con satisfacción cómo las jóvenes se apresuraban a seguir las órdenes de su nuera. Moira era una Ross, Duncan la había conocido durante una de las visitas que hizo a su laird junto a su padre y se enamoró perdidamente de ella. Tanto Murray como el padre de su nuera estuvieron de acuerdo en el enlace, que afianzaría la alianza entre ambos clanes, y los dos jóvenes se casaron poco después de conocerse. Pero los Sutherland eran recelosos y las mujeres del clan no le pusieron las cosas nada fáciles. Al principio el servicio la ignoraba y Nessa debía acudir en su ayuda continuamente, pero Moira se había ganado su lugar como señora del clan poco a poco y ahora todo el mundo la respetaba. Sonrió.

—¿Qué ocurre? —preguntó Moira al ver sonreír a su suegra.

—Estoy muy orgullosa de ti, hija. Te has ganado a tu clan con respeto y simpatía.

—Todo te lo debo a ti, madre. Sin tu ayuda no creo que lo hubiera conseguido.

—Tonterías. Ha sido tu bondad y tu sabiduría lo que se los ha ganado. Yo no tengo nada que ver. Venga, vayamos a ver qué es eso tan importante que tiene que decir nuestro rey.

—No puedes más con la curiosidad, ¿verdad? —rió su nuera.

—¿Puedes tú acaso?

—La verdad es que no. Espero que no vuelva a requerir los servicios de Ewan. Acaba de volver a casa y necesita un descanso.

—Yo también lo espero. Desde que llegó a oídos del rey la reputación de mi hijo como guerrero no ha parado de requerir sus servicios. Mi corazón no podrá soportar mucho tiempo más esto.

—Ewan es el mejor guerrero de las Highlands, siempre volverá a casa sano y salvo.

—Dios te oiga, hija... Dios te oiga.

Cuando Ewan entró en el despacho de Murray después de haberse dado un baño, todos sus hermanos se encontraban ya allí. Todos, incluido su padre, mostraban preocupación en su rostro.

—No pongáis esa cara, ya imaginaba que era otra misión para mí —dijo dejándose caer en un sillón—. ¿Dónde tengo que ir esta vez?

—A Edimburgo —respondió Murray—. Y pide que yo te acompañe.

—¿Tú? ¿Para qué?

—No lo sé, hijo. No ha dicho nada más. Debemos estar en Edimburgo antes de que termine el mes.

—Deberíamos partir inmediatamente entonces —dijo levantándose—. ¿Ha dicho algo

más?

—No, solo eso.

—Prepararé mis cosas.

Todos observaron cómo Ewan salía de la habitación. Murray suspiró llevándose los dedos al puente de la nariz.

—¿Por qué no le has dicho que William ha muerto? —preguntó Duncan.

—No he tenido el valor —respondió su padre.

—Eso le convierte en el nuevo laird Sinclair, ¿no es así? —preguntó Kirk.

—Eso me temo.

—Ewan no va a aceptar —adivinó Glenn.

—¡Ya sé que no va a aceptar! —exclamó Murray— ¿Quién en su sano juicio querría volver al lugar donde vivió un maldito infierno?

—Tienes razón, padre —asintió Duncan—. Vivió un infierno... igual que toda esa pobre gente. Ellos necesitan un buen laird y estoy seguro de que Ewan lo será.

—Eso ya lo sé, pero tu hermano está tan cegado por el dolor que no es capaz de ver a esa gente como lo que son: víctimas de las atrocidades de su padre igual que él.

—Hagamos que lo vea, entonces —sugirió Kirk.

—¿Tienes alguna idea de cómo hacerlo? —preguntó Rowan.

—Ya se me ocurrirá algo.

—Si el rey le ordena que lo haga, Ewan lo hará —dijo Duncan—. Maldecirá los cielos si tiene que hacerlo, pero obedecerá la orden de nuestro rey.

—Me prometí a mí mismo que no permitiría que volviera a sufrir, maldita sea —maldijo Murray—. Si vuelve allí...

—Iré con él —se ofreció Kirk—. Me quedará con él en Wick. Al menos tendrá a alguien de confianza a su lado si lo hago.

—¿Estás seguro? —preguntó Duncan— Odias a los Sinclair tanto como él.

—Tienes razón, pero Ewan es mi hermano y daría mi vida por él sin pensarlo.

—Debéis llevar algunos hombres con vosotros —sugirió el laird—. Una veintena, tal vez más.

—Ewan no los llevará —dijo Glenn—. Jamás pondría a nuestros hombres a merced de los Sinclair a sabiendas.

—¡Pero debe protegerse, maldita sea! —protestó Rowan.

—Le pediré al rey que le obligue a llevarse a sus hombres —dijo Murray—. Es la única forma en la que obedecerá.

—Me encargaré de seleccionarlos en vuestra ausencia —asintió Glenn.

—Debería ir con él y mostrarle a esos perros Sinclair que mi hermano cuenta con el apoyo de nuestro clan —protestó Duncan—. Debería llegar a esas malditas tierras demostrando que no está solo.

—No digas bobadas —bufó Kirk—. Tu esposa está a punto de dar a luz, ¿recuerdas? Querrás estar presente en el nacimiento de tu hijo.

—No adelantemos acontecimientos —les calmó su padre—. Hay muchos otros motivos por los que el rey puede llamar a vuestro hermano.

—Sabes tan bien como yo que este es el más probable —protestó Duncan.

—Rezaré a Dios porque estés equivocado.

Capítulo 2

Ailis MacIain Sinclair corrió por el camino hasta la casa de Teasagh, donde se estaba quedando su mejor amiga, Tavie. Llegó a ella casi sin aliento y tuvo que detenerse en el dintel de la puerta, doblada sobre sí misma para calmar el ardor que sentía en los pulmones. Maldición... Ella no estaba acostumbrada a correr tanto. Sentía el sabor metálico de la sangre en la lengua y se pasó el dedo por los dientes para asegurarse de que no había terminado sangrando cuando se dio de bruces contra aquel árbol.

—¡Tavie! ¿Dónde estás? —preguntó entrando por fin a la cabaña.

Teasagh asomó la cabeza desde la habitación y le sonrió como siempre que se encontraban. Era una mujer de edad avanzada, aunque aún conservaba la vitalidad de una joven de veinte años. Había sido una madre para todos ellos y Ailis la amaba como si lo fuera. Se acercó a ella dando saltitos y la besó en la mejilla mientras la mujer doblaba cuidadosamente la ropa que había recogido del cordel. El olor a limpio llegó hasta su nariz y sonrió.

—¿Dónde está Tavie? —volvió a preguntar— Tengo que hablar con ella urgentemente.

—Ha ido con Broderick al bosque. Iban a revisar las trampas de los conejos.

—No. No, no, no, no... ¡Maldita sea!

Ailis salió a correr hacia el norte, al bosque de Flynn. Se acercaba un numeroso grupo de guerreros por el oeste y, por su atuendo, parecían ser hombres del rey. Necesitaba encontrar a Tavie antes de que alguno de los guerreros Sinclair lo descubriera y lograra atraparla para ocultarla como habían hecho antes su padre y su hermano. Su clan necesitaba un cambio, y lo necesitaba a la voz de ya.

Los Sinclair vivían en la miseria. Primero George Sinclair, y más tarde su hijo William, eran los responsables de aquella nefasta situación. Se habían enemistado con todos los clanes colindantes, de modo que les era imposible comercializar con ellos. A eso había que añadirle que ambos habían terminado siendo unos líderes crueles y egoístas que solo pensaban en su bienestar. Vaciaban las despensas de su clan para llenar la suya propia sin pensar en las consecuencias. Derrochaban comida y vino con sus amigos en vez de alimentar a su pueblo. Arrasaban con la madera recolectada para el invierno y la malgastaban teniendo todas las chimeneas del castillo encendidas día y noche, mientras los habitantes de la aldea perecían de frío. Era una situación lamentable que Tavie decidió terminar de una vez por todas cuando William murió. El problema era que los soldados de su hermano pensaron que podrían hacerse con el control del condado de Caithness si lograban quedarse con Tavie. Era por ello que la situación se había vuelto insostenible en los últimos meses.

Encontró a su hermano y a su amiga a pocos metros de allí, en una de las zonas donde solían atrapar más animales. Tavie estaba recolectando algunas bayas mientras su hermano se ocupaba de los conejos.

—¡Al fin os encuentro! —jadeó cuando logró recuperar el aliento.

—¡Mira, Ailis! Podremos comer carne al menos durante una semana —exclamó Brody mostrando con orgullo el cinto en el que llevaba atados al menos cuatro conejos, un urogallo y tres perdices.

—Debemos irnos —dijo ella sin prestarle atención—. Inmediatamente.

—¿Qué ocurre? —preguntó Tavie.

—Vienen guerreros, y por su atuendo pueden ser los hombres del rey.

—¿Los hombres del rey? —preguntó Brody rascándose la cabeza sin entender nada—
¿Por qué iban los hombres del rey...?

—Yo le escribí a Jaime —le interrumpió Tavie.

—¿Por qué demonios lo hiciste? —protestó Brody— Te casará con el primero que...

—Cualquiera es mejor que la situación en la que estamos, Brody. ¿No te das cuenta?

Se hizo un silencio sepulcral roto únicamente por el sonido del bosque. Ailis vio a su hermano apretar los puños con fuerza y sintió pena por él. Sabía que había estado enamorado de Tavie toda la vida, y ahora debía perderla por culpa de la situación en la que se encontraban. No era justo... ¡No era justo! Abrió la boca para decir algo, pero no supo qué decir.

—Nuestra gente se muere de hambre incluso ahora que William ha muerto —continuó diciendo Tavie—. Soy la hija del jefe del clan, mi deber es preocuparme por su bienestar aunque mi padre no lo haya hecho jamás.

—¿Y si te casa con un hombre igual que tu padre? —espetó Brody.

—Debo correr ese riesgo.

—¡No soporto ver cómo te conviertes en una mártir por los Sinclair, maldita sea!

—¿Y qué quieres que haga, dime? —intervino Ailis— ¿Que deje morir a nuestra gente y se exponga a que los guerreros hagan lo que quieran con ella?

—Yo la protegeré.

—Sé realista, Brody. Eres tú solo contra todo un ejército. ¿Hasta cuándo podrás defenderla?

Brody apretó la mandíbula y apartó la mirada, porque sabía que su hermana tenía razón. Por muy fuerte que fuera, por muy bien que supiera manejar la espada, no era rival para el ejército de los Sinclair, liderado por Gregor. El comandante de William se había proclamado nuevo laird, confiando en consolidar su posición forzando a Tavie a casarse con él. Brody había tenido que intervenir al menos diez veces desde la muerte de William hacía ya seis meses. Y la última vez estuvo a punto de perder la vida. Morris, uno de sus aliados, le apuñaló en el costado cuando intentaba arrancarle a Tavie de las manos. Por suerte, a pesar de la herida pudo salvarla, y Roderick, el médico de la aldea, logró detener la hemorragia y coser la herida. Por mucho que le doliera admitirlo, Tavie tenía razón: el rey era la única esperanza que le quedaba a los Sinclair.

Con un suspiro cansado, terminó de rellenar las trampas y se puso de pie.

—Venga, vámonos —ordenó—. Deberíamos estar en la aldea antes de que lleguen los soldados del rey.

Tavie apoyó su mano en el antebrazo del joven herrero y lo apretó con cariño.

—Sé que estás preocupado por mí, pero esto es lo que debo hacer por nuestra gente —susurró.

—Lo sé, maldita sea. Lo sé, y sin embargo...

Brody echó a andar hacia Wick seguido de cerca por las dos mujeres. Tavie le enseñó a su amiga con una sonrisa la cantidad de frutos silvestres que había logrado recolectar, con los que podrían preparar bastantes tarros de mermelada para pasar el invierno. Estaban a punto de llegar a casa de Teasagh cuando se encontraron de frente con Gregor y su séquito de esbirros. Brody se llevó inmediatamente la mano a la espada que colgaba de su cintura, haciendo reír al guerrero.

—¿De veras crees que puedes hacer algo con esa antigualla? — se mofó Gregor, su voz

cargada de desprecio.

—Puede que no demasiado, pero al menos te haré bastante daño con ella si vienes a incomodar a Tavie —replicó Brody, con una determinación que no dejaba lugar a dudas.

—Me asombra lo enamorado que estás de ella —aplaudió sin entusiasmo—. Lástima que ella esté destinada a convertirse en mi esposa.

—¡Sigue soñando, miserable! —escupió Ailis— Jamás dejaremos que te salgas con la tuya.

Gregor se acercó a ella y la cogió de la trenza. Ailis torció el gesto, pero no le dio la satisfacción de gritar o pedir clemencia.

—Eres una mujer deslenguada y salvaje —dijo Gregor con los dientes apretados—. Estoy seguro de que alguno de mis hombres se divertiría mucho intentando domarte.

—Tal vez cuando el Infierno se hiele, sinvergüenza —respondió ella.

Sorprendió a su captor girando sobre sí misma para estar de cara a él y le propinó un rodillazo en sus partes más nobles. Gregor la soltó de inmediato y se curvó sujetándose las vergüenzas, aullando de dolor. Brody tomó a Tavie de la mano, que a su vez la cogió a ella, y salieron a correr en dirección a las afueras de la aldea. Se detuvieron en seco a pocos metros de allí, cuando casi son aplastados por los cascos de los caballos del ejército del rey.

—¡Alto, chico! —dijo uno de ellos, el que parecía ser el cabecilla, a su caballo.

—Lo siento mucho, señor —se disculpó Brody—, no era nuestra intención espantar a su caballo.

El escocés saltó de su montura, se sacudió el plaid de los Maitland y se acercó hasta ellos. Era un gigante en comparación con Brody, que a pesar de tener veintidós años apenas le llegaba a la barbilla.

—Estoy buscando a la hija del Sinclair —dijo mirándolos alternativamente—. ¿La conocéis?

—La tiene usted delante, señor —respondió Tavie dando un paso al frente—. Soy Tavie Sinclair, es un placer conocerle.

El enorme escocés sonrió, y Tavie sintió que podía confiar plenamente en él.

—Mi nombre es John Maitland, muchacha, y he venido para llevarte con el rey.

—Gracias a Dios, la situación empezaba a ser insostenible —susurró Ailis.

—Háblame de esa situación, muchacha —pidió el guerrero.

—Los Sinclair se mueren de hambre —reconoció Tavie sin rodeos—. Primero mi familia, y ahora sus guerreros, se han encargado de mermar las reservas que sus gentes recolectan para el invierno una y otra vez.

—Eso no es de lo que informaste al rey en tu carta.

—Lo sé, pero el problema es más grave de lo que pueden llegar a imaginar y quería que lo vieran por sí mismos. —Señaló los animales que Brody llevaba anclados en el cinto—. Eso es lo que serviremos esta noche para la cena. Es lo único que podemos permitirnos comer, y eso si tenemos suerte de cazarlos en el bosque. Todo lo demás está en manos del ejército, señor.

—Tenéis el mar ahí mismo, ¿por qué no pescáis algunos peces para alimentarlos?

—Gregor, el comandante de William, tiene la ensenada vigilada, señor —respondió Brody—. Nadie excepto sus hombres puede ir a pescar.

—Malgastan nuestra leña, matan a nuestros animales y se comen nuestras cosechas —continuó diciendo Ailis—. Si osamos quedarnos algunas verduras y ellos lo descubren somos castigados con diez latigazos. Si lo que descubren es un animal, el castigo se triplica.

—Esa situación terminará muy pronto, mujer. En cuanto el *Deamhan Dubh* se haga cargo

de este lugar —informó el Maitland con orgullo.

—¿El *Deamhan Dubh*? —preguntó Brody sorprendido.

—¿Ese es el hombre con el que su majestad va a casarme? —inquirió Tavie.

La absoluta sorpresa del guerrero pudo verse claramente en su rostro. La miró como si le hubieran crecido tres cabezas, alas y una larga cola de dragón.

—¿Acaso no sabes que él es tu hermano? —exclamó.

Ailis alargó la mano para sujetarse a un árbol cercano. ¿Había oído bien? El hombre más temido de las Highlands, el enemigo mortal de los Sinclair, ¿era uno de ellos? No... imposible. Miró a su amiga, que había perdido todo rastro de color.

—Debe usted estar en un error, señor —dijo Tavie con voz temblorosa—. Yo no tengo más hermanos.

—Ya lo creo que sí, pequeña. Ewan Sutherland es un Sinclair de pura cepa, hijo de George y, por tanto, nuevo laird de estas tierras.

Ailis vio a Brody dar un paso adelante para estabilizar a su amiga, a quien sus piernas habían dejado de sostener. Debía estar realmente sorprendida... Demonios, incluso ella había estado a punto de perder el equilibrio ante aquella noticia. Porque, por una parte, Tavie no se vería obligada a casarse con tan solo diecisiete años, pero por otra temía que el *Deamhan Dubh* fuera tan despiadado con su gente como lo era en el campo de batalla. De todas formas, cualquier cosa era preferible a seguir viviendo en la miseria bajo las órdenes de Gregor y sus secuaces.

Se giró hacia Tavie, que aún miraba sorprendida al Maitland.

—¿De verdad tengo un hermano? —susurró.

—Y mucho mejor que el que has conocido, te lo aseguro. Te llevaré conmigo a la corte para que le conozcas y podréis regresar juntos para poner orden en este condado.

El gigante montó en su caballo y le tendió la mano a Tavie, que la tomó sin dudar. La colocó delante de su montura y, una vez sus hombres acomodaron a Ailis y a Brody en sus propios caballos, se encaminaron hacia Wick. Ailis estaba deseando ver la cara que se le quedaba a ese desgraciado de Gregor cuando descubriera que el lugar que tanto anhelaba ya tenía un dueño... Un dueño al que él y sus secuaces harían bien en temer.

Ailis sonrió con satisfacción cuando Gregor vio entrar en el castillo a los hombres del rey. Se las daba de valiente ante los débiles aldeanos de Wick, pero delante de los poderosos guerreros Maitland parecía un cervatillo asustado. Se levantó del sillón del laird de un salto y se arrodilló ante John Maitland, que sacó de su *sporrán*^[2] un documento y se lo entregó. Ailis le observó atentamente mientras lo hacía, y con cada palabra su rostro se iba volviendo más y más ceniciento.

—¿El *Deamhan Dubh* es un Sinclair? —exclamó— Imposible.

—¿Insinúas que miente nuestro rey? —preguntó el Maitland con una calma mortífera.

—No, por supuesto que no, señor. Pero debe haber un error, si fuera hijo de George yo lo sabría.

—George Sinclair repudió a su hijo hace dieciocho años. ¿Por qué ibas tú a saberlo, muchacho? Serías un niño por aquel entonces.

—Aun así...

—¿Tienes algún problema con que Ewan Sinclair ocupe el lugar que le corresponde por derecho de nacimiento? —le interrumpió el consejero del rey.

—Ninguno en absoluto, señor.

—Bien. Ahora envía a alguien a prepararme una habitación y una comida caliente. Me

muero de hambre y quiero darme un baño.

—Por supuesto, señor.

Gregor salió rápidamente por la puerta y el Maitland se volvió hacia Brody.

—Lleva esos animales a la gente del clan, muchacho —ordenó—. Apuesto a que Gregor tiene comida de sobra para alimentarnos a todos.

—Por supuesto, señor —respondió el joven haciendo una inclinación de cabeza.

—¿Dónde estás durmiendo? —preguntó a Tavie.

—En la casa de una aldeana. Allí puedo esconderme si las cosas se ponen feas.

—Regresa al castillo hasta que nos marchemos. Nadie se atreverá a ponerte un solo dedo encima mientras estemos nosotros aquí.

—¿Podría quedarse mi amiga conmigo, señor? —preguntó— Me sentiría mucho más segura así.

—Por supuesto que puede quedarse. Nos marcharemos en dos días, después de ver los destrozos que se han hecho en este clan.

Ailis tomó a Tavie del brazo y subieron a las habitaciones del piso superior. Se encontraron de frente con Gregor, que tomó a Ailis del brazo con brusquedad y la zarandeó.

—Todo esto es cosa tuya, ¿verdad? —espetó con los dientes apretados— Has sido tú quien ha mandado llamar a los hombres del rey.

—¿Crees que tengo algún tipo de poder para hacer tal cosa, estúpido? —respondió ella zafándose de su agarre— El rey no es idiota, habrá descubierto la muerte de William y ha tomado cartas en el asunto.

—Si descubro que todo esto es por tu culpa, te...

—¿Qué harás, dime? —le interrumpió— ¿Vas a azotarme? Inténtalo y te juro que te arrancaré los ojos y te los haré tragar.

—Eres una fierecilla salvaje, te aseguro que voy a disfrutar mucho domándote.

—Tal vez cuando se incendie el Cielo y se queme el Infierno, Gregor. Soy demasiada mujer para alguien como tú.

Gregor dio un paso hacia ella, pero Tavie se interpuso entre ellos dos.

—El emisario del rey está en el piso de abajo —le recordó—. ¿Quieres que le mande llamar?

—No te metas, Tavie —advirtió el guerrero—. Esto no tiene nada que ver contigo.

—Yo misma le escribí al rey, Gregor. Nadie tuvo que hacerlo por mí.

—¿Tú? Te voy a...

—¿Hay algún problema?

La voz del Maitland inundó de alivio a Ailis. A pesar de mostrarse peleona estaba muy asustada, no sabía lo que Gregor sería capaz de hacer después de haber perdido la oportunidad de hacerse con el liderazgo del clan.

—Mataré a tu hermano, te haré mía y me quedaré con todo —amenazó en un susurro.

—¿Tú, matar al *Deamhan Dubh*? —rio Ailis— Sigue soñando.

El guerrero de la corte llegó hasta ellos y Gregor se alejó por el pasillo. El suspiro de Tavie resonó por las frías paredes del castillo, y John le palmeó los hombros para darle ánimos.

—Tal vez sería mejor que te quedaras en la casa donde has estado viviendo hasta ahora, pequeña —aconsejó—. Después de esto no estoy seguro de que ese estúpido sepa comportarse en mi presencia.

—¿Cree que intentará matarle, señor? —preguntó Ailis.

—Lo dudo. Mis hombres están acampados fuera del castillo, lo aniquilarían en menos

que canta un gallo.

Ailis se despidió de Tavie en la puerta de la casa de Teasagh. La mujer le sonrió cuando la vio llegar, y la joven la besó en la mejilla. Había sido una auténtica madre para ella desde que la suya murió, cuando tenía cinco años. La había protegido tanto como había podido durante todo ese tiempo y le había dado el amor y el cariño que no le había dado su verdadera familia. Estaba muy agradecida por todo lo que la anciana había hecho por ella.

—¿Dónde has estado? —preguntó Teasagh— No te he visto en todo el día.

—He ido con Brody a recoger bayas y mirar las trampas —explicó tomando una mora del cuenco que había sobre la mesa—. Hemos conseguido al menos siete animales esta vez, podremos comer carne durante unos días.

—Brody me ha traído un conejo que servirá para hacer un buen guiso —sonrió la mujer—. Vamos, ayúdame a despellejarlo.

Tavie se sentó en el taburete que había junto al de Teasagh y tomó el conejo para comenzar su tarea.

—Han venido los hombres del rey, Teasagh —confesó, haciendo que la mujer diera un salto en el sitio.

—¿Los hombres del rey? ¿Cómo es posible?

—Yo le escribí.

—¿Tú? ¿El rey te ha hecho caso a ti?

—¿Tanto te extraña? —rio.

—Eres tan solo una chiquilla, pensé...

—Le informé de la situación en la que nos encontramos y envié a su consejero con un ejército. Al parecer tengo un hermano... y él se hará cargo del puesto de laird en cuanto su majestad se lo diga.

—Así que Ewan al fin volverá a su hogar...

—¿Le conoces, Teasagh?

—La última vez que le vi era apenas un niño. Pobre muchacho, sufrió tanto que no sé cómo es capaz de seguir viviendo.

—¿Qué le pasó?

—Tu padre le vendió al clan Gunn como esclavo. Logró escapar y llegó hasta las tierras de los Sutherland, aunque medio muerto. El laird Sutherland le trajo de vuelta cuando lo encontró en sus tierras y tu padre renegó de él.

—Pero es su hijo...

—A él no le importó. El Sutherland sitió el castillo durante meses, hasta que el rey intervino. Se llevó al niño a su clan y lo trató como a su propio hijo. Es por eso que ahora se le conoce como Ewan Sutherland.

—El *Deamhan Dubh* —susurró Tavie.

—El demonio negro, en efecto.

—El mejor guerrero de las Highlands ha resultado ser mi hermano —suspiró Tavie.

—Siempre me pesará en el corazón no haberle protegido. En aquel entonces yo era demasiado joven y le tenía demasiado miedo a George como para intervenir. Por eso, cuando tú naciste, me prometí que enmendaría mi error protegiéndote a ti.

—¿Cómo es él?

—Solo sé lo que cuentan los bardos, Tavie. Dicen que es un guerrero despiadado en el campo de batalla, pero es justo con la gente inocente. Dicen que es muy alto y apuesto, capaz de partir una roca en dos con sus manos desnudas y un excelente jinete.

—¿Crees que se alegrará de tener una hermana, aunque sea una Sinclair?

—Tesoro... —Teasagh sonrió y acarició la mejilla de Tavie con cariño— Cualquiera se sentiría feliz de tenerte como hermana. Eres una jovencita increíble y dulce, estoy segura de que se alegrará mucho de descubrirte.

Tavie sonrió y se dispuso a desollar el conejo. Tiempo después, uno de los soldados del Maitland llegó a la cabaña para pedirle que fuera a cenar al castillo. Tavie se puso el mejor vestido del que disponía, aunque no era en absoluto adecuado para cenar con el emisario real. Se recogió el cabello en un moño hecho con trenzas y se pellizcó las mejillas para darles un poco de color, quería estar lo más presentable posible. No se sorprendió al ver a Ailis y a Brody acercarse por el camino, y se colgó del brazo de su amiga para continuar hasta el castillo.

La mesa del comedor estaba llena a reventar de comida. Tavie sintió su boca hacerse agua ante tremendo festín, ya que no habían podido comer carne en semanas. Ocultó la risa en su mano cuando escuchó a Ailis tragar, seguramente su amiga había pensado lo mismo que ella.

—Maldito sinvergüenza —espetó Ailis en un susurro—. Y mientras tanto nuestro clan se muere de hambre.

—Pronto acabará todo, Ailis. Nuestro nuevo laird lo arreglará —la animó ella.

—Eso si no resulta ser un desgraciado como William —protestó Brody.

—Teasagh dice que no es como él —informó Tavie—. Es un hombre justo, y seguro que soluciona todos los problemas del clan.

El Maitland las vio en ese momento y las instó a acercarse a la gran mesa situada sobre la tarima. Ailis sonrió con satisfacción al comprobar que Gregor había sido relegado a las mesas de los guerreros, que era el lugar que le correspondía. Tavie se sentó a la derecha del emisario del rey y Ailis a su lado. Brody fue sentado a su izquierda, junto a uno de los soldados Maitland, seguramente el hombre de confianza de John.

—Come, muchacha —ordenó el guerrero—. Estás en los huesos.

—No recuerdo la última vez que pude comer venado, señor —reconoció Tavie.

John cortó un buen pedazo de carne asada y la puso en el plato de Tavie. Cortó un pedazo más para Ailis, y sirvió en ambos platos verduras y puré de patatas.

—Ese tal Gregor es una buena pieza —comentó—. Parece que está furioso por nuestra presencia y no deja de armar jaleo.

—Pensaba obligar a Tavie a casarse con él para hacerse con el poder del clan —respondió Ailis—. Es normal que esté furioso.

—Así que lo que le contaste al rey finalmente sí es cierto...

—Lo es, señor —respondió Tavie—. Y no es el único que lo ha intentado, también los jefes de los pequeños clanes colindantes lo han hecho.

—Ahora estás bajo la protección real, muchacha. Nadie se atreverá a hacerte daño.

—¿El rey tiene pensado casarme, señor? —preguntó Tavie.

—Ahora Ewan es responsable de ti, y es él quien deberá decidir qué hacer con tu futuro. Por ahora solo tienes que preocuparte de preparar tu equipaje y reencontrarte con él.

—Mañana mismo lo tendré listo. No tengo demasiadas cosas.

El guerrero cortó un pedazo de carne y se lo metió en la boca. Saboreó la comida y cerró los ojos con un suspiro.

—Antes de la cena he estado inspeccionando la despensa del castillo —informó—. Está repleta de comida, pero dudo mucho que sea suficiente para pasar el invierno.

—Estoy segura de que Gregor se deshará de ella antes de entregársela a nuestro nuevo laird, señor —dijo Brody.

—No te preocupes por eso, muchacho. Dejaré a diez de mis hombres aquí hasta que llegue Ewan. No se atreverán a desperdiciar nada.

—Brody y yo nos encargaremos de continuar recolectando alimentos para el invierno —dijo Ailis a Tavie—. Con la protección de los Maitland, Gregor y su séquito no podrán robarnoslo.

—Intentaré cazar un venado, o tal vez dos —asintió Brody—. Con suerte podremos hacerle un banquete de bienvenida a nuestro nuevo laird.

John Maitland y sus hombres se marcharon hacia Edimburgo bien entrada la mañana, llevándose con ellos a Tavie. Ailis observó a su amiga hasta que se perdió de vista en el horizonte y se limpió una lágrima solitaria de su mejilla.

—Volverá pronto, muchacha —la animó uno de los soldados Maitland.

Sí... Tavie volvería pronto acompañada de su poderoso hermano mayor... y la situación de los Sinclair cambiaría de una vez por todas. Solo rezaba porque ese cambio fuera a mejor...

Capítulo 3

Ewan se encontraba en las caballerizas cepillando a *Black* tras haber preparado su equipaje. El caballo relinchaba de felicidad, haciéndole reír. Por el rabillo del ojo vio a Mai, la mujer que amaba, alejarse por el camino. Soltó el cepillo en el suelo y salió a correr tras ella, alcanzándola justo antes de llegar a su casa.

—Buenas tardes, señor —saludó ella sonrojándose—. Veo que lleva usted mucha prisa.

—En realidad solo venía a verte. Y ya te he dicho infinidad de veces que no me llames señor.

—Es el hijo de mi laird, debo mostrarle respeto.

—Serás mi futura esposa, así que el respeto está de más.

La joven sonrió y sus mejillas pasaron de un tono rosado a otro más oscuro. Ewan le ofreció el brazo y caminaron en dirección a la panadería que pertenecía a la familia de Mai. Ewan había descubierto que estar en compañía de aquella preciosa mujer le traía mucha paz y, con el tiempo terminó perdidamente enamorado de ella, un amor que sabía correspondido. Habían compartido algunos besos furtivos a escondidas, pero Ewan lo que realmente quería era convertirla en su esposa, en la madre de sus hijos.

Cuando habló con Murray sobre el tema, su padre no puso ninguna objeción al matrimonio. Duncan le había prometido el castillo de *Asainte*, al oeste de las tierras de los Sutherland, para que pudiera formar una familia con ella. Pero antes debía terminar su trabajo al servicio del rey. Ewan confiaba que antes de que finalizara el siguiente verano Jaime habría logrado la paz entre todos los clanes y él podría volver a su vida de antes. Solo esperaba que Mai estuviera dispuesta a esperarle un poco más.

—¿Por qué te sonrojas? —preguntó— No he dicho más que la verdad.

Se desvió del camino hasta un lugar apartado. Acarició la mejilla de Mai con el dorso de la mano y unió sus labios a los de la joven en un beso fugaz.

—Cuando termine mi trabajo con el rey te pediré que te cases conmigo —susurró.

—¿Y cuándo será eso?

—Con suerte antes de que termine el próximo año. ¿Me esperarás?

—Te esperaré —asintió Mai.

—Mañana debo volver a Edimburgo.

—¿Otra vez? Pero acabas de regresar...

—Esta vez voy con mi padre, al parecer el rey tiene algo importante que decirme. ¿Me echarás de menos?

—Sabes de sobra que sí.

—No más que yo a ti —susurró volviendo a besarla—. Vamos, te llevaré a casa. Se hace tarde y tu padre se preguntará dónde te has metido.

—Le diré que el hijo rebelde de mi laird me ha secuestrado —bromeó.

—El hijo rebelde es Kirk, y si descubro que hace algo semejante le cortaré los bajos del plaid en menos que canta un gallo.

Volvió a besarla, esta vez con mayor intensidad. La mujer enredó los brazos en su cuello

y se puso de puntillas para sentirle más cerca, pero el relincho de un caballo los separó de golpe. Ewan sonrió.

—Me provocas demasiado, muchacha —la reprendió—. Cualquiera día tu padre nos atrapa y terminaré pagando las consecuencias.

—Mi padre estará encantado de verme casada con uno de los hijos del laird.

—Eso espero, porque no pienso renunciar a ti aunque se oponga. Huiremos a Gretna Green y nos casaremos en secreto.

—¿Estás loco? —rio ella— Tu padre te apalearía si hicieras algo semejante.

—Tienes razón, pero te aseguro que la paliza merecería la pena.

Pegó sus labios a los de ella bruscamente y la tomó de la mano para salir de su escondite. Caminaron así hasta la puerta de la panadería, donde se despidió de ella prometiéndole que traería regalos de Edimburgo. Regresó a su casa para la hora de la cena. El ambiente estaba enrarecido, cuando habitualmente sus hermanos estaban bromeando ahora se encontraban cabizbajos mareando la comida en el plato. Se acercó a Nessa y la besó en la frente, como siempre que llegaba a casa.

—¿A qué vienen esas caras largas? —preguntó— ¿Vais a echarme mucho de menos esta vez?

—Es lo mismo que yo he dicho —protestó Nessa, que estaba colocando la bandeja del asado sobre la mesa—. ¿Acaso la comida no es de vuestro agrado?

—Nos encanta la comida —respondió Duncan removiendo con el tenedor el puré de su plato—. Solo estoy un poco cansado después de la carrera.

—A mí me duele todo el cuerpo —protestó Rowan, también sin levantar la cabeza del plato—. Gracias a Ewan voy a amanecer acatarrado mañana.

—Exagerado... —rio el aludido dando buena cuenta de su comida— Tan solo has estado un rato en el agua.

—¿De dónde vienes? —preguntó Murray— Has llegado tarde.

—Lo siento, estuve paseando con Mai y se me fue el santo al cielo.

—Realmente te gusta mucho esa muchacha, ¿no es así? —dijo Moira alzando las cejas.

—Será tu futura cuñada —asintió Ewan con un guiño—. Si tengo suerte, estaré casado con ella antes de que haya terminado el próximo año.

No le pasó desapercibida la mirada que se lanzaron Duncan y Murray, ni tampoco el suspiro exagerado de Kirk, que estaba mucho más sombrío de lo habitual. Ocurría algo grave, estaba seguro, y nadie se animaba a contárselo. Soltó el tenedor en el plato y se incorporó.

—Vamos, decidme de una vez qué es lo que está pasando —ordenó.

—No está pasando nada —protestó Duncan.

—Mientes fatal, hermano. Parece como si hubiera muerto alguien desde que llegó la carta del rey. Desembucha.

—Te he dicho que...

—Quiere casarme con una mujer de la corte —se apresuró a decir Ewan—. ¿Es eso?

—Ewan...

—No me importa, le diré que ya estoy comprometido con Mai. Si lo que quiere es una unión con los Sutherland puede casarse Kirk con la mujer que Jaime haya elegido para mí.

—¿A mí por qué me metes? —protestó el aludido— No quiero casarme, muchas gracias.

—¿No dices siempre que quieres llevarte una mujer todas las noches a la cama? Esta es tu oportunidad.

—Una mujer diferente cada noche, hermano, no la misma una y otra vez.

Murray apretó los dientes y no dijo nada. Era mejor que Ewan pensara que Jaime le había buscado una esposa, no quería reabrir viejas heridas antes de tiempo. Aún podía recordar con total claridad a aquel niño de diez años que se retorció para que sus hombres le soltasen. Estaba malherido, muerto de hambre y de frío, pero aun así luchó con todas sus fuerzas por zafarse de su agarre. Fue lo que vio en sus ojos lo que le rompió el corazón. Desesperación, soledad... y miedo. Un miedo aterrador que le hizo estremecer. Él, uno de los lairds más importantes de las Tierras Altas, rompió a llorar como un niño cuando acarició su cabeza y Ewan se estremeció, como si fuera la primera vez que alguien le ofrecía una muestra de cariño. Se juró entonces que le protegería igual que al resto de sus hijos... y lo había cumplido hasta entonces. Solo esperaba poder seguir cumpliéndolo después de aquella maldita carta.

A la mañana siguiente, Ewan y Murray partieron hacia Edimburgo acompañados de una veintena de hombres. Durante todo el camino Ewan estuvo haciendo bromas con sus hombres y riendo, como si no le preocupara en absoluto lo que el rey tenía que decir. Era mejor así. Murray intentó con todas sus fuerzas ser el de siempre para que su hijo no se percatara de la preocupación que sentía, pero Ewan le conocía demasiado bien como para mentirle.

—Venga, padre... ¿Vas a contarme de una buena vez qué es lo que te pasa? —protestó Ewan poniendo a *Black* al lado de su caballo— Estás muy raro desde ayer, no creas que no me he dado cuenta.

—Sabes que te quiero como a un hijo, ¿verdad? Sabes que en Dornoch siempre tendrás tu hogar y que los Sutherland siempre seremos tu familia.

—Por supuesto que lo sé. ¿A qué viene eso ahora?

—Solo quiero que lo recuerdes siempre, hijo. Nada más.

—Hay algo que no me has contado, padre. ¿No es así?

—Es solo que anoche tuve un mal sueño, Ewan. No me hagas caso.

—Sois los únicos a los que considero mi familia —susurró Ewan—. Tú eres y siempre serás el único al que considero mi padre.

—Bien.

—Soñaste con aquel día, ¿verdad?

Ewan se refería al día en que le llevó de regreso a Wick para devolverlo a su padre. Él aún era un niño y las palabras de George se clavaron como dagas en su corazón, haciéndole romper en llanto. Murray le declaró la guerra a George por lo que había hecho y sitió el castillo Sinclair con la intención de matar a su padre. Pero el ejército de Jaime intervino y le obligó a regresar a sus tierras.

—Recordé cada maldito segundo de aquel día —dijo Murray cerrando los ojos con un suspiro—. Si el ejército de Jaime no hubiera intervenido yo mismo le habría cortado el cuello a ese desgraciado por lo que te dijo.

—No tiene importancia.

—Por supuesto que la tiene, ningún hijo debería escuchar aquellas horribles palabras de boca de su padre. Eres tan hijo del Sinclair como lo es William, y sin embargo...

—Mi madre era una sirvienta, no la esposa del laird.

—Eres la viva imagen de ese desgraciado, es imposible que no fuera capaz de ver la similitud, y sin embargo te trató como basura.

—Olvídalo, padre, ya está muerto. Le mató el MacLeod, pero no me hubiera importado hacerlo yo mismo.

—Tienes razón, Ewan. Ya no puede hacerte ningún daño.

—No, no puede hacérmelo. Ahora soy uno de los mejores guerreros de las Highlands y no descansaré hasta ver a todos y cada uno de los Sinclair muertos.

—No digas eso. Hay personas inocentes en ese clan que no tienen la culpa de lo que ellos te hicieron.

—Nadie intercedió por mí, padre. Nadie se preocupó de curar mis heridas o de darme algo de comer.

—George tenía a su clan aterrorizado, Ewan. Nadie en su sano juicio se habría atrevido a desobedecer sus órdenes. Los Sinclair son tan inocentes como tú en esto.

—Quizás tengas razón, pero... yo solo era un niño. Solo era un niño que no había pedido nacer.

—Lo sé, pero debes perdonar a esa pobre gente. No te hará ningún bien guardar rencor en tu corazón, y te aseguro que ellos ya han sufrido bastante bajo el yugo de George. El Sinclair ya está muerto, puedes encontrar al fin la paz.

—Aún queda William... y me encargaré personalmente de que siga los pasos de su maldito padre.

Murray no dijo nada. No tenía valor de confesarle a su hijo la muerte de su hermano, porque sabría lo que eso implicaba... y seguramente obligara a sus hombres a dar la vuelta. Desobedecería la orden del rey sin titubear, y eso le costaría la cabeza. No... era mejor que descubriera la muerte de William Sinclair de boca de su majestad.

Viajaron durante siete largos días y llegaron al castillo de Edimburgo al atardecer. Fueron llevados a sus habitaciones, donde tenían preparado un baño. Cenaron juntos en la habitación de Murray y se fueron a la cama temprano, hablarían con el rey a la mañana siguiente.

Ewan se paseaba de un lado a otro mientras Murray y él esperaban en la habitación contigua para entrevistarse con su rey. Aunque había intentado mostrarse indiferente delante de su familia, en realidad se sentía nervioso. Había ensayado en su mente más de cien veces durante el viaje su discurso para rechazar un matrimonio si eso era lo que tenía Jaime en mente, aunque esperaba que esa reunión tuviera como objetivo una nueva misión para él. Sin embargo, ¿qué pintaba Murray en todo aquello? Maldición, la espera lo estaba matando.

—¿Puedes parar de una vez? —protestó Murray— Me estás volviendo loco.

—Sabes que no soy bueno para esperar, padre. ¿Por qué no nos hace pasar ya?

—Tal vez esté ocupado con algún asunto más importante. Siéntate de una vez y espera a que sea nuestro turno.

Ewan suspiró, pero obedeció a Murray y se sentó a su lado con los brazos cruzados y las piernas estiradas. Quince minutos después el consejero del rey abrió las puertas dobles del salón del trono y les hizo pasar. Jaime estaba sentado sobre la tarima y lucía terriblemente preocupado. Ewan había combatido las suficientes veces a su lado como para saber que algo serio ocurría. Maldijo para sus adentros, aquello no presagiaba nada bueno.

—Buenos días, majestad —saludó Ewan con una reverencia.

—Buenos días, Ewan. Supongo que tu padre te habrá puesto al tanto de los nuevos acontecimientos.

—No he tenido el valor, majestad —intervino Murray—. Mis disculpas.

—Te entiendo, Sutherland —respondió el rey con un movimiento indiferente de su mano—. Yo tampoco lo habría tenido de haber estado en tu lugar.

—¿Cuáles son esas noticias, majestad? —preguntó Ewan sin comprender nada.

—Hace dos semanas William Sinclair murió en una contienda. Mis condolencias.

—Se lo agradezco, majestad, pero esa persona no significa nada para mí. Me gustaría saber quién le mató para poder agradecerle el favor, si le parece bien.

—Ewan... —advirtió su padre.

—No tienes ni idea de lo que la muerte de William significa, ¿Verdad? —preguntó el rey— Ahora que tu padre y tu hermano han muerto, te corresponde a ti ser laird de los Sinclair.

—No —espetó Ewan envarándose—. Jamás seré el laird de los Sinclair.

Jaime le hizo una señal a John, que desapareció por una puerta lateral para volver un momento después seguido de una hermosa joven. Tenía el cabello rubio adornado con algunas trenzas. Era menuda, a Ewan le llegaría a la altura de los hombros, y tenía un cuerpo estilizado. No, mirándola con atención estaba extremadamente delgada. Cuando se situó junto a su rey, la joven levantó la mirada y Ewan dio un respingo: tenía los ojos de los Sinclair, los mismos ojos que los suyos.

—¿Qué demonios significa esto? —tronó.

—Te presento a tu hermana menor, Tavie Sinclair —dijo Jaime.

—Mi... ¿Mi hermana?

—Él es Ewan Sinclair...

—¡Sutherland! —corrigió Ewan.

—Él es tu hermano mayor.

Se acercó lentamente a ella, como si temiese que se esfumara en cualquier momento. La joven le miraba con recelo, como un cervatillo a punto de huir de él. Se le encogió el corazón al pensar en las atrocidades que habría tenido que vivir a manos de su padre y su hermano. Levantó una mano temblorosa para acariciar con suavidad su mejilla, y tuvo que tragarse el nudo que se le formó en la garganta cuando la joven se encogió ante su contacto, igual que había hecho él cuando Nessa le acarició por primera vez.

—No voy a hacerte daño —susurró—. Jamás te haría daño, no soy como ellos.

—Muchos hombres han intentado tomar a tu hermana para hacerse con el control de los Sinclair, Ewan —informó Maitland.

—Los mataré a todos ellos —respondió con los dientes apretados.

—Si no aceptas ser el laird Sinclair, si sigues empeñado en negar tu herencia, muchos otros lo intentarán.

—¿De veras piensas que yo lo permitiré?

—Mi gente está agonizando —se atrevió a decir Tavie—. Mi hermano y mi padre antes que él los ha obligado a vivir en la pobreza, agotando los pocos recursos de los que disponen. Han sido golpeados hasta la muerte, las mujeres violadas sin control, incluso los niños han tenido que realizar trabajos horribles si querían tener un trozo de pan que llevarse a la boca.

Ewan apretó los dientes, pero no dijo nada.

—He escuchado tantas historias sobre usted que he perdido la cuenta —continuó su hermana—. Pero si hay algo que he podido deducir de ellas es que es un hombre de honor. Sé que si gobierna a mi gente los hará prosperar, y al ser familia de los Sutherland las luchas entre ambos clanes terminarán.

—Olvidalo, no me haré cargo de ellos —respondió Ewan—. Vendrás conmigo a Dornoch y vivirás entre Sutherland. Te aseguro que serás infinitamente mucho más feliz entre los míos.

—Los Sinclair son los tuyos también, hijo —intervino Murray—. No puedes darles la espalda por lo que te hizo tu padre.

—Si me sacas de mi hogar te odiaré por el resto de mi vida —se atrevió a amenazar su hermana.

—¡Ellos no hicieron nada por mí!

—¡Estaban aterrados! —exclamó ella— Teasagh, una de las ancianas del pueblo, me contó que cuando eras un bebé nuestro padre no permitía que nadie te cambiara el pañal. Tenías la piel tan irritada que Teasagh temía que te salieran ampollas, y aprovechó que nuestro padre se había emborrachado hasta perder el sentido para cambiarte. Recibió cien latigazos por haberse atrevido a desobedecerle, hermano. Cien latigazos por cambiar un simple pañal. Aún luce las cicatrices que le produjo.

—Ewan... Nunca te he dicho lo que tienes que hacer —añadió Murray—. Siempre has sido un joven muy maduro para tu edad, obediente y responsable. Me llenaste de orgullo cuando dijiste que querías convertirte en guerrero y has llegado a ser el más temido de las Highlands.

—¿Qué tiene eso que...?

—Me decepcionarías mucho si ahora le dieras la espalda a personas inocentes cuyo único pecado ha sido tener miedo —le interrumpió su padre.

Tras un momento de duda, Ewan asintió.

—Lo haré, maldita sea —susurró—. Pero si al finalizar el mes descubrís que el clan Sinclair no existe yo...

—Correré el riesgo, *Deamhan Dubh* —respondió el rey con una enorme sonrisa—. Ve a descansar, muchacha. Conociendo a tu hermano deduzco que querrá partir al alba.

Tavie asintió y se dirigió hacia la puerta por la que había entrado en el salón. Justo cuando su mano rozó el picaporte, Ewan la llamó.

—Juré que jamás volvería a pisar el castillo Sinclair cuando nuestro padre me repudió delante de todos —dijo—. Ni siquiera el demonio del Infierno me habría hecho volver.

Tragó saliva y en dos zancadas estuvo a la altura de su hermana. Le levantó el mentón y la miró con una dulzura que ni siquiera Murray había visto jamás en sus ojos verdes.

—Pero habría vuelto por ti sin dudarlo, Tavie Sinclair —continuó con voz ronca—. Si hubiera sabido antes que existías, te habría sacado de allí.

El labio de Tavie tembló y sus ojos se llenaron de lágrimas. Ewan la abrazó con suavidad y sintió la humedad en su camisa. La besó en la mejilla antes de soltarla.

—Tendremos mucho tiempo para hablar, pero creo que es suficiente por ahora —dijo con voz temblorosa—. Sube a descansar, iré a buscarte para el almuerzo.

—De acuerdo.

La observó marcharse y cuando la puerta se hubo cerrado a sus espaldas se volvió hacia su rey.

—¿Lo sabía? —espetó— ¿Sabía que tenía una hermana y no me lo dijo?

—No, no lo sabía —suspiró el rey—. Me enteré de la existencia de tu hermana cuando recibí una carta escrita de su puño y letra. Al principio pensé que estaba mintiendo, por eso quise esperar a tenerla delante para escribirte. En cuanto la vi pude comprobar que todo lo que me dijo en aquella carta era cierto.

—Es tu viva imagen, Ewan —dijo Murray con asombro.

—Es cierto —asintió Jaime—, y tiene los ojos de los Sinclair, igual que tú. Supongo que querrás viajar a Wick de inmediato...

—Primero debo volver a Dornoch —interrumpió Ewan—. Debo despedirme de mi familia.

—Por supuesto, por supuesto... Confío en que viajarás con algunos de los hombres de tu hermano.

—Glenn está ocupándose de ello, majestad —dijo Murray.

—¿Tú lo sabías? —espetó Ewan.

—Cuando leí que tu hermano había muerto pensé que era lo más lógico, y tu hermano se ofreció voluntario.

—No voy a llevar a nadie conmigo, majestad. No pienso poner en peligro a ningún Sutherland en esto.

—Discútelo con Duncan cuando lleguemos a casa —respondió Murray encogiéndose de hombros.

—No puedes ir sin protección a las tierras de los Sinclair —protestó el rey—. Si no quieres llevar contigo a los hombres de tu hermano llevarás a los míos.

—Agradezco mucho el ofrecimiento, pero los Sutherland serán quienes se ocupen de la seguridad de mis hijos —respondió Murray.

—Acabo de decir que no vendrán —protestó Ewan en un susurro.

Murray no le prestó la más mínima atención.

—Doy por hecho que esto significa que los Sutherland y los Sinclair no volverán a pelear... —adivinó el rey.

—¿Intenta insultarme? —protestó Ewan— Los Sutherland son mi familia, si alguien se atreve a atacarlos probará el sabor de mi espada.

—Bien, eso es todo. Ahora que eres el laird Sinclair, sexto conde de Caithness, tus días a mi servicio han terminado. Ve a ver a tu hermana, está muy asustada y creo que necesita comprobar que tú no eres como ellos.

Ewan se despidió de su monarca y salió del salón seguido de cerca por Murray.

—Sé que estás enfadado, pero... —comenzó a decir su padre.

—No lo estoy —le interrumpió—. Comprendo por qué no pudisteis decírmelo.

—No sabía nada de la existencia de tu hermana. Si lo hubiera sabido te lo habría dicho inmediatamente.

—Al rey no le convenía que lo supieras —bufó Ewan—. Si te lo hubiera dicho no habría tenido ese as bajo la manga para obligarme a ocuparme de los Sinclair.

—No quiero ni pensar en las barbaridades que han podido hacer con ella.

—Te juro que si alguno de los dos siguiera vivo lo mataría con mis propias manos. ¿Qué hicieron para que nadie supiera de su existencia?

—Seguramente la tratarían como a una esclava más en el castillo, por eso nadie reparó en su presencia.

—Ojalá estén ardiendo en las llamas del Infierno.

—Te aseguro que es el único lugar al que irán, hijo.

—Dios... Ni siquiera sé cómo acercarme a ella. Seguro que la han golpeado tantas veces que...

—Está asustada, esto es tan nuevo para ella como para ti.

—Ni siquiera la gente del clan le habló de mí —dijo con amargura.

—El miedo es un arma muy poderosa, Ewan, lo sabes bien.

—Y ahora soy un auténtico desconocido para ella.

—Deberás mostrarle que en el mundo no solo existe la crueldad, sino también la bondad y el amor.

—Si no tuviera que marcharme a Wick le pediría a mamá que me ayudara. Seguro que ella sabría qué hacer.

—No tienes que irte inmediatamente, Ewan. Puedes pasar unos días en casa.

—Tengo la sensación de que no serán suficientes para ganarme su confianza.

—¿Recuerdas el día que llegaste a nuestro hogar?

—¿Cómo olvidarlo? Fue el mejor día de mi vida.

—Actúa con ella como lo hicimos nosotros contigo, hijo. Acércate con precaución, poco a poco, y todo irá bien.

—¿De veras lo crees?

—Fue bien contigo, ¿no es así?

Capítulo 4

Tras la marcha de Tavie, la aldea se convirtió en un hervidero de actividad. Los guerreros Maitland que se quedaron a controlar a Gregor y sus hombres se encargaron de conseguir alimentos para que los aldeanos pudieran pasar el invierno. Dividieron los cereales almacenados en el castillo en pequeñas porciones y las entregaron en las casas, proporcionalmente a los miembros que vivían en ellas. También se encargaron de recoger las frutas y verduras de los huertos para que las mujeres Sinclair hicieran conservas, de cazar suficientes animales y de pescar suficiente pescado para que pudieran pasar bien el invierno.

Ailis estaba tan ocupada que no tuvo tiempo de reparar en Gregor en toda la semana. Las pocas jóvenes que quedaban en la aldea se encargaban de ayudar a los ancianos a preparar la comida para el invierno, y terminaban casi al anochecer. Aquel día se estaba encargando de recoger las plantas aromáticas del huerto de Neris, esposa del médico y partera del clan, cuando el guerrero la tomó por sorpresa de la muñeca y la arrastró hasta un cobertizo abandonado, donde la arrinconó contra la pared.

—Al fin te tengo, bruja —espetó tan cerca de su rostro que algunas gotas de saliva salpicaron el rostro de Ailis—. Ahora te voy a enseñar a no meterle ideas raras en la cabeza a quien no debes.

—Tavie es lo suficientemente inteligente para pensar por sí misma, estúpido —respondió, aunque realmente estaba muerta de miedo—. Nadie ha tenido que decirle lo que tiene que hacer.

Gregor retorció su brazo hasta hacerle daño y sonrió con desprecio. A Ailis le temblaban las rodillas, pero levantó el mentón para no mostrarle miedo.

—Suéltame ahora mismo —ordenó.

—¿Vas a acusarme con los hombres del rey? —se mofó él.

—Apuesto a que no serás tan valiente cuando esté aquí el *Deamhan Dubh*.

—Le tienes mucha fe al *Deamhan Dubh*, Ailis. ¿De veras crees que será distinto de ellos? La misma sangre corre por sus venas, no tengo ninguna duda de que todo volverá a ser como antes en cuanto se alce como laird de estas tierras.

—Cualquiera es mejor que tú, Gregor Sinclair. El mismísimo Demonio en persona sería mejor laird que tú.

Gregor apretó los dientes y rodeó su cuello con las manos para ahogarla, pero *Allaidh*, el perro lobo que habían traído los Maitland con ellos, saltó sobre él y le mordió el antebrazo, apartándolo abruptamente de ella.

—Muchacha, ¿estás bien? —preguntó Balgair Maitland desde la puerta.

—¡Quítame a esta bestia de encima! —grito Gregor intentando apartar al enorme animal.

—La única bestia que hay aquí eres tú, Gregor —dijo Ailis, que aún temblaba—. Ha intentado agredirme, señor. Estaba a punto de ahogarme.

El guerrero hizo una señal a través de la puerta y dos guerreros Maitland entraron para apresar a Gregor.

—Llévadle a las mazmorras y encerradle allí hasta que llegue el *Deamhan Dubh*

—ordenó—. Que sea él quien decida su suerte.

Ailis observó cómo se lo llevaban abrazándose a sí misma para que nadie pudiera notar el temblor de su cuerpo, pero fue inútil. Balgair la tomó de los hombros y la sacó de aquel lugar para acompañarla hasta su hogar. No dijo nada, pero no había necesidad de hacerlo. Ailis se sentía tan agradecida por su repentina aparición que estuvo a punto de abrazarlo.

—No te preocupes, muchacha, nos ocuparemos de los alborotadores para que no vuelvan a incomodarte —dijo el guerrero.

—Se lo agradezco mucho, señor.

—Te echa la culpa de lo que ha pasado, ¿no es así?

—Cree que soy quien le dijo a Tavie que le escribiera a su majestad.

—Si lo fuiste, debo reconocer que fuiste muy inteligente.

—No supe que lo había hecho hasta que descubrí vuestra llegada —sonrió Ailis—. A pesar de tener tan solo diecisiete años, Tavie es una muchacha muy lista.

—Si se parece un poco a su hermano debe serlo.

—¿Conoce usted a nuestro nuevo laird?

—En efecto, hemos coincidido bastantes veces en la corte.

—¿Podría hablarme de él?

—¿Qué quieres saber?

—A decir verdad, tengo miedo de que sea como William. Creo que ese es el miedo de toda la gente de Wick. Hemos pasado mucho bajo el mandato de su familia y...

—William y Ewan son como el agua y el aceite, muchacha —la interrumpió—. Aunque es un guerrero excepcional y despiadado, es un hombre de honor. Los Sutherland le han inculcado buenos valores, no tienes nada que temer.

—Me alivia escuchar eso. No creo que pudiéramos aguantar un nuevo invierno en las condiciones en las que ahora se encuentra el clan.

—No voy a mentirte, las cosas están muy mal ahora mismo y va a ser un invierno muy duro a pesar de todo el esfuerzo que estamos haciendo. Apenas hay alimentos para todos y la caza y la pesca están siendo escasas. Ewan no podrá solucionar los problemas de un día para otro.

—Con que al menos intente solucionarlos me doy por satisfecha. Creo que lo que nuestra gente necesita es dejar de tener miedo y confiar en nuestro laird.

Llegaron a la casa de Ailis, la herrería, y Balgair se despidió de ella con una inclinación de cabeza. Ailis se dirigió directamente a la forja, donde su padre, Hasson, fabricaba una azada.

—¿Dónde está tu hermano? —preguntó Hasson sin dejar su trabajo.

—Seguramente esté con los Maitland en el bosque. Iba a llevarlos a otra zona para ver si podían cazar algún jabalí.

—Este muchacho va a acabar conmigo —protestó— ¿Y para cuándo su trabajo en la forja?

—Quiere ser herrero, pero ahora está obnubilado por los grandes guerreros Maitland —rio ella tomando un pequeño cuchillo de la estantería—. ¿Qué es esto?

El herrero dejó su trabajo y se limpió las manos en el delantal. Tomó el puñal de las manos de su hija y lo observó con una sonrisa. Era una pieza excelente, con la empuñadura de cuero adornada con un *cairngorm*^[3] engastado en la punta.

—Es para ti —respondió entregándoselo—. Sé que has estado teniendo problemas con Gregor y sus secuaces y quiero que puedas defenderte de ellos.

—Es precioso —susurró ella—. Me encanta.

—Elegí esta piedra porque se parece al color de tus ojos —sonrió el herrero—. También he hecho uno para Tavie, se lo daré cuando regrese.

—Le encantará.

—Ailis... —La tomó de la muñeca, la llevó hasta una mesa con dos sillas donde la hizo sentarse y se sentó a su lado—. ¿Por qué no me has dicho que estabais teniendo problemas con los soldados?

—No quería preocuparte.

—Soy tu padre. Si yo no me preocupo por ti, ¿quién lo hará?

—Brody nos ha estado ayudando. Mi hermano nos ha protegido.

—Brody apenas es un muchacho que aún no sabe cómo defenderse a sí mismo. Habéis tenido mucha suerte, Ailis.

—Lo sé —susurró ella recordando el encuentro de esa tarde con Gregor—. Pero no debes preocuparte más por ellos, los Maitland han apresado a Gregor hasta que llegue nuestro laird.

—¿Le han apresado? ¿Por qué?

—No lo sé —mintió—. Los he visto llevarlo a las mazmorras del castillo hace un momento.

—¿Por eso te ha acompañado Balgair Maitland hasta aquí? —preguntó su padre con una ceja arqueada.

—Le encontré en el camino y aproveché para preguntarle por nuestro nuevo laird.

—Entiendo.

—¿Tú le conociste?

—Sabía de su existencia, aunque yo era tan solo un muchacho cuando su padre se lo vendió a los Gunn.

—¿Piensas que será un buen laird para nuestro clan?

—No lo sé —suspiró Hasson—. Dicen que es un hombre de honor, pero no le culparía por sentir rencor hacia los Sinclair debido a lo que le pasó siendo niño.

—Pero nosotros no tuvimos la culpa de lo que pasó.

—Tampoco le ayudamos.

—Acabas de decir que eras solo un muchacho —protestó ella.

—Me refiero a los mayores, Ailis. Nadie movió un solo dedo por él, ni siquiera Norris y Teasagh lo intentaron después del castigo que recibió ella por cambiarle el pañal.

—¿Qué ocurrió?

—George le dio cien latigazos por hacerlo.

—Por eso son las cicatrices de su espalda...

—¿Las has visto? —se sorprendió Hasson.

—Por accidente.

—Piensa que ella era adulta cuando todo aquello pasó, pero Ewan solo era un niño y sufrió castigos similares durante sus diez primeros años de vida. Era el hijo del laird, pero siempre vestía andrajos y dependía de la valentía de la gente del pueblo para comer.

—¿Y qué pasó con su madre?

—Murió en el parto, y la mujer que George designó para su crianza estaba más ocupada metiéndose en la cama de su laird que en cuidarle.

Se levantó de la mesa y volvió a su trabajo en el horno.

—Por suerte Murray Sutherland le encontró cuando huyó de los Gunn —continuó—. Siempre se ha referido a él como su hijo y lo ha tratado como a todos los demás.

—Fue una suerte, desde luego —asintió Ailis.

—Nadie se hubiera imaginado que aquel niño escuálido pudiera convertirse algún día en el terror de las Highlands, pero así ha sido. Espero que su rencor haya menguado con los años, o me temo que nos espera un futuro verdaderamente incierto.

Ailis dejó a su padre con su trabajo y entró en la casa para ayudar a su madre con las conservas. El aire olía a compota de manzana, su favorita, y sonrió de oreja a oreja cuando vio sobre la mesa un cuenco repleto de ellas.

—Los guerreros han encontrado algunos manzanos en el bosque —explicó su madre sonriendo también.

—¿De veras? He peinado el bosque con Brody y jamás los he visto.

—Han traído manzanas suficientes para toda la aldea. ¿Quieres ayudarme a preparar la compota para el invierno?

Ailis se sentó con su madre y comenzó a partir las manzanas con ella. le encantaba pasar tiempo con Dallis, era su momento favorito del día.

—¿Quién era el hombre que te ha acompañado antes a casa, hija? —preguntó su madre.

—¿Tú también? —suspiró— Es uno de los guerreros Maitland, el que está a cargo de todo hasta la llegada de nuestro laird.

—¿Y qué quería?

—Caminábamos mientras yo le hacía preguntas sobre Ewan Sutherland, no quería nada.

—Es un hombre muy apuesto.

—Aún no quiero casarme.

—Tienes edad para hacerlo, Ailis. Sé que aún amas a John, pero...

El rostro de Ailis se ensombreció ante la mención de su prometido. John era el hombre más cariñoso, dulce y divertido del clan, y Ailis le había amado desde que era una niña. Iban a casarse la primavera anterior, pero George se atrevió a declararle la guerra a los Sutherland y murió en el campo de batalla. También lo hizo John. William le había contado que había sido el mismísimo *Deamhan Dubh* quien había matado a su prometido. Ailis no podía reprochárselo ni guardarle rencor, *Clyntradwell* fue una batalla sangrienta y ambos bandos perdieron a muchos de los suyos. Pero había perdido al amor de su vida, y aún le dolía recordarlo.

—Lo siento, hija. No pretendía...

—Aún no estoy lista para dejarle marchar —reconoció—. Sé que tengo que hacerlo, pero aún no puedo.

—Tienes veintiún años, Ailis...

—Sé qué edad tengo, madre. ¿No crees que ahora mismo hay muchas cosas en las que pensar como para hacerlo en mi matrimonio?

—Para mí no hay nada más importante que tu felicidad.

—Se acerca el invierno y nuestro clan apenas tiene comida. Tampoco tenemos ropa de abrigo, deberíamos preocuparnos por conseguir lana y tejer algunas mantas.

—Muy bien, no te insistiré más —dijo su madre con un suspiro—. De todas formas pronto llegarán nuestro nuevo laird y sus guerreros, tal vez alguno de ellos logre hacerte olvidar a John.

Aquella noche, en la oscuridad de su habitación, la mente de Ailis volvió a pensar en el *Deamhan Dubh*. Ewan Sutherland, un hombre que había sufrido tanto y sin embargo se había convertido en un gran guerrero, tanto que el rey confiaba plenamente en él. ¿Podría confiar también ella? Con ese pensamiento en mente, se quedó profundamente dormida.

Al día siguiente por la tarde Ailis se dirigía a casa de Teasagh para llevarle su ración del

pescado que habían logrado pescar aquella mañana. Desde que los soldados Maitland habían destrozado la empalizada que los hombres de George habían colocado hacía ya tantos años para impedir el paso a la ensenada, todos los días las mujeres del clan se dedicaban a pescar y a recoger cangrejos, pulpos y cualquier molusco que pudieran atrapar. Los hombres se encargaban de la caza y los niños, acompañados siempre por uno de los soldados Maitland, habían sido designados a recoger bayas y frutos. El invierno se acercaba demasiado rápido y apenas tenían comida que llevarse a la boca, debían encontrar la manera de aguantar lo mejor posible hasta la primavera.

Teasagh la miró con una sonrisa cuando la vio entrar. Estaba salando un buen pedazo de carne, y en la olla que tenía sobre el fuego parecía estar cocinándose mermelada de arándanos.

—Llegas justo a tiempo para echarme una mano —dijo la anciana besándola en la mejilla—. Ayúdame a poner la carne en la despensa.

Ailis levantó la trampilla y bajó con cuidado la escalera. Teasagh le pasó desde arriba el recipiente con la carne y la joven la colocó en una de las estanterías que llenaban las paredes de la fresca habitación, en la que ya podían verse algunas jarras de cerámica que guardaban algunas de las muchas conservas ya preparadas.

—Te he traído pescado —dijo cuando salió de la despensa—. ¿Necesitas ayuda para limpiarlo?

—Tu madre te necesitará, Ailis, yo puedo apañármelas sola. ¿Ha habido noticias de Tavie?

—Aún no, pero espero que pronto las tengamos.

—Ha pasado ya un mes desde que se marchó, estoy preocupada.

—Yo también, espero que esté bien y que haya logrado encontrarse con su hermano.

Ailis se percató de una herida muy fea que la anciana tenía en la mano derecha. La tomó para inspeccionarla más de cerca y descubrió que se estaba empezando a infectar.

—¡Teasagh, tu mano! —exclamó— ¿Cómo te has hecho esto?

—Ah, eso... me clavé un hueso de jabalí cuando lo estaba preparando para secar. No es nada, se curará en unos días.

—Ha empezado a infectarse —protestó la joven levantándose—. Vamos, te llevaré a ver a Roderick.

—No voy a molestar a Roderick por una herida insignificante, jovencita.

—Ya lo creo que sí. ¿Qué diría Tavie si regresara y descubriera que no te cuidó bien? Dejaría de ser mi amiga y yo no podría perdonártelo jamás.

—Qué exageradas sois las jóvenes de hoy en día —protestó la anciana, aunque se levantó para obedecerla.

La casa del médico no estaba demasiado lejos de allí. Neris, su esposa, estaba terminando de colgar algunas frutas para secarlas cuando llegaron, y se acercó a ellas con una sonrisa, limpiándose las manos en el delantal.

—¿Qué os trae por aquí? —preguntó.

—Teasagh se ha hecho daño —explicó Ailis—. Parece que la herida está empezando a infectarse.

—Roderick no está en este momento, pero creo que yo misma podré encargarme de esto. Pasad.

Entraron en la casa del doctor y se sentaron en la mesa. Neris les sirvió un vaso de agua fresca y entró en su habitación para tomar la caja donde Roderick guardaba todos sus remedios. Puso agua a calentar al fuego y se sentó frente a Teasagh para inspeccionar bien la herida.

—Veamos esa herida... —Suspiró—. Se está infectando, tienes razón.

—¿Lo ves? —susurró Ailis a Teasagh, que la miró con fastidio.

—Primero vamos a lavarla con agua caliente y jabón, y después te pondré un poco de pomada para la infección. Mañana irá Roderick a ver cómo está la herida.

—Estupendo, tengo un montón de pescado que limpiar y no voy a poder hacerlo.

—Ya te he dicho que puedo hacerlo yo —insistió Ailis.

—¿Y quién ayudará a tu madre?

—Mi madre es joven y entenderá que te ayude. Deja de pensar que eres un estorbo, Teasagh, o te juro que me enfadaré mucho.

Un revuelo en el exterior las sobresaltó. Neris se asomó por la ventana para ver qué ocurría y atrancó los postigos rápidamente. Se dirigía a atrancar también la puerta cuando Clennan, uno de los guerreros Maitland, irrumpió en la casa llevando a Balgair malherido colgando del hombro.

—¡Rápido, ayudadme! —ordenó.

Ailis y Neris se apresuraron a ayudar al guerrero a tumbar a Balgair sobre la mesa.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Neris.

—Los soldados Sinclair se han sublevado —explicó el guerrero—. Han liberado a Gregor de los calabozos y nos han tendido una trampa.

—¿Hay más heridos? —quiso saber Ailis.

—Cinco hombres más, pero Balgair es el que peor se encuentra.

El soldado se dirigió hacia la puerta y se volvió hacia ellas en el último momento.

—Debo volver —informó—. Atrancad la puerta cuando salga y no la abráis hasta que regrese. Debo ocuparme de Gregor y sus secuaces.

—Tenga cuidado, por favor —pidió Ailis.

Clennan asintió y salió corriendo. Ailis se apresuró a atrancar la puerta y regresó a la mesa para ayudar a Neris en lo que pudiera. La mujer ya había cortado el *leine*^[4] del guerrero y estaba inspeccionando la profunda herida que lucía en el costado.

—Dios santo, hay demasiada sangre —susurró Teasagh.

—Parece que no ha tocado ningún órgano, ha tenido mucha suerte —dijo Neris con alivio—. En mi habitación hay una cómoda en la que guardamos los trapos limpios para las heridas. Trae bastantes, Ailis, debemos detener la hemorragia hasta que Roderick regrese.

—¿No puedes curarle tú misma? —preguntó Teasagh angustiada.

—Es una herida grave, necesita cauterizarse. Vamos, Ailis, date prisa.

Ailis corrió hasta el cuarto de Neris y abrió los cajones de la cómoda hasta dar con las vendas limpias. Tomó algunas más pequeñas y otras más grandes, no sabía cuáles iban a necesitar. Se tropezó con un tablón del suelo en su prisa por regresar junto al guerrero, pero tuvo la suerte de poder recuperar el equilibrio sin tirar las vendas al suelo. Neris tomó varios trapos y los presionó contra la herida de Balgair.

—Por suerte está inconsciente —susurró—. Pon tus manos sobre la herida y aprieta con fuerza. Debes hacer presión para detener el sangrado mientras yo voy a buscar a Roderick.

—¡Pero el soldado dijo que no podemos salir! —chilló Ailis aterrada.

—No hay tiempo que perder, si no cauterizamos pronto esa herida puede morir desangrado. ¿Serás capaz de hacerlo, Ailis?

Ailis tragó saliva y obedeció. Sintió la calidez de la sangre fluir entre sus dedos, un torrente imparable que empapaba sus palmas y se deslizaba por sus muñecas. La sangre tenía una textura viscosa y pegajosa, el pulso rítmico del guerrero herido latía débilmente bajo sus dedos.

—Más te vale no morir en mis manos, Balgair Maitland —le amenazó a pesar de que estaba inconsciente—. No puedes morirte después de haberme salvado, ¿me oyes?

—No tengo... ninguna intención... de morir todavía —jadeó el guerrero abriendo los ojos.

—Bien... Bien.

Ailis inspiró con fuerza intentando tragarse las lágrimas debidas al alivio que sintió al escucharle.

—No llores por mí... muchacha —logró decir Balgair.

—¿Quién está llorando? —protestó Ailis— ¿Te duele mucho?

—Siento como si tuviera una roca aplastándome el costado.

—Debo detener la hemorragia. Estás sangrando mucho, mis manos están empapadas.

—Toma más trapos de la cesta y sigue presionando —ordenó en un susurro—. Repítelo cuantas veces sea necesario.

—De acuerdo.

Ailis obedeció y comprobó con alivio que la segunda tanda de vendas se ensangrentaban de manera más lenta.

—Está deteniéndose —exclamó sonriendo.

—Bien. —Balgair cerró los ojos y sonrió—. Voy a perder la consciencia en cualquier momento, muchacha, así que sigue presionando.

—Neris ha ido a buscar a Roderick, estará aquí en cualquier momento, así que aguanta.

Como si los hubiera convocado, Neris y Roderick entraron corriendo en la cabaña, llenando de tal alivio a Ailis que se habría arrodillado de no ser porque la vida del guerrero estaba en sus manos, literalmente.

—¿Cómo está? —preguntó Roderick.

—Ha recuperado la consciencia hace un momento, pero acaba de desmayarse de nuevo —informó Teasagh, a quien Ailis había olvidado por completo.

—Eso es bueno, no querrá estar despierto cuando cauterice la herida.

Neris se acercó a Ailis y quitó con suavidad sus manos de la herida.

—Ya me ocupo yo, *nighean* —dijo con suavidad—. Ve a lavarte, lo has hecho muy bien.

Ailis se apartó de la mesa, pero no se fue a ninguna parte. Se quedó de pie en un rincón viendo al médico moverse por la habitación. Roderick calentó un puñal en el fuego de la chimenea hasta que el acero se puso al rojo vivo y se acercó a la mesa nuevamente.

—Será desagradable, Ailis —dijo Teasagh—. Deberías...

—No voy a moverme de aquí hasta asegurarme de que está bien —la interrumpió—. Él me salvó de Gregor, es lo mínimo que puedo hacer.

—Siéntate entonces, no quiero que termines golpeándote contra el suelo si te desmayas.

Ailis obedeció sintiendo su corazón latir con fuerza en su pecho. El olor acre de la carne quemada llenó el aire y el guerrero soltó un grito desgarrador que resonó en las paredes de la estancia. Ailis apretó los puños, sus uñas clavándose en las palmas, mientras luchaba por mantener la compostura. La escena se grabó a fuego en su mente, una imagen de dolor y desesperación que nunca olvidaría.

—Neris, tráeme caléndula, sábila, lavanda y equinácea —ordenó Roderick—. Voy a preparar un ungüento para evitar la infección.

Ailis observó al médico mezclar los ingredientes en el mortero y verter la pasta viscosa en un tarro. Usó el sobrante que quedó en el mortero para untarlo por la herida de Balgair y lo vendó con un trozo limpio de tela de lino.

—Es todo lo que puedo hacer por él, ahora todo depende de Dios —suspiró.

La puerta se abrió y entró Brody seguido de cinco guerreros más heridos. Ailis corrió a abrazar a su hermano, que se dejó caer en un banco con un suspiro.

—¿Dónde demonios estabas? —le regañó— ¿Sabes lo preocupada que me tenías?

—Tu hermano estaba a salvo, muchacha —dijo el guerrero que había llevado allí a Balgair—. ¿Cómo está?

—He cauterizado la herida, pero necesita descansar en una cama —informó Roderick— ¿Habéis capturado a Gregor?

—Han huido hacia las montañas —protestó—. Mis compañeros están heridos y no podremos defender al clan si deciden atacar. Necesitamos que el *Deamhan Dubh* llegue cuanto antes.

—¿Y qué podemos hacer? —preguntó Ailis.

—Alguien debería viajar a Edimburgo para informar al rey. Pero dado el estado de mis compañeros...

—Yo iré —se ofreció Brody levantándose—. Yo iré a Edimburgo.

—No puedes ir tú solo, Brody —exclamó Roderick—. Aún eres un muchacho y...

—¿Crees que la situación en la que estamos nos permite pensar en tonterías? —le interrumpió el joven— Necesitamos ayuda urgente, ¿no lo ves?

—Yo iré contigo —se ofreció Ailis.

—Ni lo sueñes —negó su hermano—. No voy a llevarte conmigo.

—¡Acabas de decir que necesitamos ayuda urgente!

—Venid conmigo —interrumpió Clennan poniéndose de pie.

Clennan y los dos jóvenes se dirigieron al castillo, al despacho que en su momento ocuparon George y William.

—Creo que tengo una idea mejor que ir a avisar a nuestro rey —dijo Clennan—. Dornoch está a cuatro horas a galope de aquí, y apuesto a que los Sutherland ya saben que Ewan es vuestro nuevo laird. Es más, conociéndole apostarí a que él mismo se encuentra allí.

Tomó de la caja fuerte un papel enrollado y se lo entregó a Brody, que lo aceptó con solemnidad.

—Este es el sello real, entregádselo a los Sutherland cuando os encontréis con ellos en sus tierras. Contadle al *Deamhan Dubh* la situación, necesitamos que regrese de inmediato con su ejército.

—¿Y si aún no ha llegado? —preguntó Ailis.

—Contádselo entonces a Duncan Sutherland, enviará a sus hombres para proteger las tierras de su hermano.

—De acuerdo —asintió Brody.

—Tened mucho cuidado, no sabemos dónde se han metido Gregor y los suyos. Podrían intentar atacaros en el camino.

Los jóvenes asintieron y regresaron a su hogar. Debían prepararse para el viaje, no era demasiado largo pero sí peligroso. Ailis pidió al cielo que todo saliera bien y que pronto pudiera encontrarse con su amiga Tavie. Porque también encontraría a su laird.

Capítulo 5

Ewan encontró a su hermana sentada en los jardines de palacio custodiada por dos guardias. Movía los pies en el aire con la mirada perdida en las baldosas del suelo, como si estuviera mortalmente aburrida, pero él sabía que lo que sentía era incertidumbre. En primer lugar, no había conocido más familia que a George y William Sinclair, dos hombres agresivos de los que había tenido que aprender a esconderse. Por otro lado, Ewan sabía bien que lo que dijo en el salón del trono había sido obra de su rey. Dudaba mucho que una mujer que hubiera crecido en el castillo Sinclair se opusiera a vivir en otro lugar, pero su monarca debía haberla convencido de decir aquellas palabras. Ewan suspiró. No tenía ni idea de cómo acercarse a ella, en la casa Sutherland solo había tenido que lidiar con varones y cuando Moira llegó a sus vidas la joven lo hizo de manera devastadora. Colocándose bien la banda de su plaid, caminó lentamente hasta detenerse junto a ella, que levantó la mirada.

—¿Puedo sentarme? —preguntó.

Tavie asintió y se desplazó sobre el banco para dejarle un poco más de espacio. Permanecieron un rato sin hablarse, perdidos en un cómodo silencio. Ewan estaba atento a las reacciones de su hermana, que comenzó a mover el pie con mayor rapidez, seguramente porque su nerviosismo aumentaba.

—Siento no haber estado a tu lado durante todos estos años, Tavie —se disculpó Ewan.

—No tienes que disculparte —respondió ella con una triste sonrisa—. Yo tampoco sabía que existías.

—¿Nunca habías escuchado hablar de mí? —preguntó alzando una ceja y haciéndola sonreír, que era lo que pretendía.

—No sabía que eras mi hermano —corrigió Tavie—. Para mí solo eras el enemigo de mi clan, hijo del laird Sutherland. Ni siquiera sabía que eras su hijo adoptivo.

—Sé que George jamás se referiría a mí como hijo. Lo dejó muy claro cuando Murray me llevó de vuelta hace dieciocho años.

—Yo ni siquiera había nacido aún.

—¿Cuántos años tienes?

—Diecisiete.

—Lo que dije en el salón del trono es cierto, Tavie. Si hubiera sabido de tu existencia te juro que habría removido cielo y tierra para sacarte de aquel infierno.

—No podías saberlo, nadie fuera del pueblo sabía que yo era la hija del laird Sinclair. Todos pensaban que era una joven que ayudaba a las tareas del castillo.

—¿Se casó al menos con tu madre?

—Lo hizo, sí, pero te aseguro que ella preferiría no haberlo hecho.

—¿La obligó a hacerlo?

—Su padre lo hizo. Era amigo de mi padre.

—¿Eran Sinclair?

—No, era la hija del laird Gunn.

—No la recuerdo —reconoció Ewan—. Tal vez la vi alguna vez cuando vivía con ellos,

pero no la recuerdo.

—Mi padre la conoció en una de sus visitas a Durness, y él y mi abuelo acordaron el matrimonio. Tal vez esa fue la vez que te llevó a ti con ellos, por eso no la recuerdas.

—Al menos ella pudo estar a tu lado para protegerte.

—Murió cuando yo tenía cinco años, no pudo hacerlo. Nuestro padre...

—No le llames así —le interrumpió Ewan tomándole la mano con fuerza—. Él no se merece que le llames así.

—El laird Sinclair la mató en una de sus muchas palizas —susurró ella agachando la mirada para que Ewan no pudiera ver el dolor en sus ojos.

—También mató así a mi madre.

—¿Cuántos años tenías?

—Murió el día de mi nacimiento. Le dio una paliza por ponerse de parto mientras él jugaba a las cartas con sus amigos. Se desangró al darme a luz.

—Lo siento mucho.

—¿Ellos te... te pegaban a ti?

—Supongo que igual que a ti. Y también me ofrecían a sus amigos como entretenimiento.

Ewan sintió una arcada ante lo que aquella confesión significaba. Apretó los dientes y maldijo en silencio intentando controlar todo el dolor que aquellas palabras le causaron.

—Dime sus nombres —dijo con los dientes y los puños apretados—. Dime sus nombres y te juro por Dios que se arrepentirán de haberlo siquiera pensado.

—No es necesario que manches tus manos de sangre, nunca lo consiguieron. La gente del pueblo me ayudó.

—¿Cómo podrían haberte ayudado en aquella situación? Estabas sola en el castillo, maldita sea.

—Norris, uno de los salineros, construyó para mí una pequeña puerta secreta en la alacena de la cocina que daba al exterior. Tenía que arrodillarme para salir por ella, pero era suficiente para escapar. George y William nunca entraban allí, así que nunca la descubrieron.

—Te buscarían por el pueblo. ¿Cómo...

—Corría hacia su casa y me ocultaba en su sótano, que usaba como almacén de alimentos. Cubrían la trampilla del suelo con una alfombra y jamás me descubrieron. Ellos pensaban que escapaba por la ventana y huía al bosque.

—Y supongo que cuando volvías a casa te daban tu merecido.

—Siempre es preferible una paliza a una violación.

Ewan estiró la mano para acariciar su cabeza, pero Tavie se apartó rápidamente, seguramente fruto de años de maltratos. Cerró la mano en un puño y la apartó.

—Sé que es muy pronto para que confíes en mí, pero te doy mi palabra de que jamás te trataré como ellos lo hicieron —susurró—. No tengo por costumbre pegarle a una mujer.

—Lo sé —le sorprendió diciendo—. He oído muchas historias sobre el *Deamhan Dubh* de camino aquí. Todas hablan de que eres un guerrero despiadado en la contienda que cualquier hombre con dos dedos de frente debe temer, pero jamás has matado a mujeres o niños.

—Y jamás lo haré.

—Habrás veces en las que actuaré por instinto, como ahora, y quiero que sepas que no lo hago porque piense que eres como ellos. Es solo que... no estoy acostumbrada a que me traten con cariño.

—¿Y qué me dices de la gente de tu aldea?

—Es distinto.

—En sus venas no corre la sangre de George, ¿no es eso?

—Algo así —reconoció Tavie mirando al suelo.

—¿Y cómo has sobrevivido desde la muerte de William? Hace meses que falleció, y por lo que me ha contado el rey muchos hombres intentaron hacerse con el clan.

—En general mi clan está formado por personas de bien, pero también están los guerreros que siguen a pies juntillas las creencias de George y, por supuesto, sus aliados.

—Supongo que fueron ellos los que quisieron...

—Lo intentaron infinidad de veces, en realidad. Los soldados querían el título y los aliados aumentar su territorio. Yo era la forma más fácil de conseguirlo para ambos.

—¿Nadie te ayudó?

—Todo el pueblo me ayudó, especialmente Ailis y Brody, los hijos del herrero. Ailis permanecía conmigo las veinticuatro horas del día y Brody se encargaba de escoltarnos cuando estábamos fuera de casa.

—Deduzco que Brody es un buen guerrero.

—Oh, no... no lo es —rio ella—. Quiere ser herrero, como su padre, pero tuvo que aprender a utilizar la espada cuando su hermana decidió que debían protegerme.

—Parece ser una mujer con carácter —sonrió Ewan.

—Es una mujer increíblemente fuerte y decidida. Si no hubiera sido por ella no sé qué habría sido de mí.

—¿Seguías viviendo en el castillo?

—No. Cuando George murió decidí irme a vivir con Teasagh, la esposa de Norris. Él murió hace unos años y ella me ofreció un techo donde vivir y una comida caliente siempre que podíamos permitirnoslo, cosa que no tenía en el castillo.

—¿William te lo permitió?

—No le pedí permiso. Simplemente recogí mis pocas pertenencias un día que él había ido a divertirse con sus amigos y me marché.

—Pero no te obligó a volver...

—Dudo mucho que se diera cuenta de mi marcha. Desde que su padre murió se pasaba el día divirtiéndose con sus amigos. Siempre terminaba perdiendo el sentido debido al alcohol.

—Cuando lleguemos a Wick me encargaré personalmente de recompensar como corresponde a todo aquel que te ayudó.

—¿Cuándo partiremos?

—Mañana, pero no nos dirigiremos aún a Wick. Viajaremos primero a las tierras de los Sutherland, tengo que prepararme antes de partir.

—Deberías llevar contigo un ejército. Sé que eres un guerrero ejemplar, pero Gregor y sus hombres son expertos en usar artimañas y no dudarán en usarlas para matarte.

—Al parecer mi hermano Glenn se está ocupando de ello. Todos imaginaban de qué se trataba la petición del rey cuando supieron que William había muerto.

—¿No te lo dijeron?

—Sabían que si me lo decían no acudiría a ver al rey. Me quieren demasiado como para ver rodar mi cabeza —bromeó.

—Me alegra saber que encontraste en los Sutherland una buena familia. Al menos no estuviste solo.

Ewan tomó las manos de su hermana y las apretó con cariño.

—Serán también tu familia a partir de ahora —aseguró—. No volverás a estar sola.

—¿Crees de veras que aceptarán a una Sinclair?

—Eres la hermana de mi hijo, por tanto, ahora tú también eres mi hija.

Murray se acercó por el camino con signos evidentes de haber contenido las lágrimas. Ewan sabía perfectamente que su padre había estado escuchando toda la conversación. El hombre se sentó junto a Tavie y tomó sus manos entre las callosas manos del guerrero.

—De veras siento todo lo que has tenido que sufrir, pequeña —se disculpó—. De haberlo sabido te juro que nada en el mundo me habría impedido sacarte de allí.

—Se lo agradezco.

—¿Nos permitirás ser tu familia a partir de ahora? —preguntó Murray sonriendo— Mi esposa siempre ha querido tener una hija, pero al final solo tuvimos guerreros cabezotas.

—¿Quién es el cabezota? —protestó Ewan intentando contener las lágrimas.

—Todos vosotros, sinvergüenzas. Me dais demasiados dolores de cabeza.

Tavie rio, aligerando el corazón de ambos guerreros. Ewan acarició el cabello de su hermana con una sonrisa, y esta vez ella no se apartó.

—Glenn estará encantado de saber que al fin tiene una hermana —rio Murray.

—Madre me contó que lloró cuando nacieron los demás porque no quería más hermanos —asintió Ewan.

—Yo estaré encantada de tener hermanos —sonrió Tavie.

Pasaron todo el día juntos. Ewan le preguntó sobre sus amigos Sinclair, y Tavie quiso saber anécdotas de sus hermanos Sutherland. Tras la cena, escoltó a su hermana a su habitación y se reunió con Murray en la suya.

—¿Te encuentras bien? —preguntó su padre nada más verle llegar.

—¿Podría estarlo después de todo lo que me ha contado?

—Ahora todo eso ya terminó, hijo. Déjalo estar.

—¿Cómo voy a hacer eso? Me siento tan culpable que...

—No debes sentirte culpable, Ewan. Tú no sabías de su existencia.

—Aun así, padre... Aun así...

—Nada de lo que esa muchacha ha pasado ha sido culpa tuya —insistió Murray sujetándole por los hombros—. Los únicos responsables son esos despreciables que por desgracia ambos habéis tenido la mala suerte de tener como familia. ¿Queda claro?

—Te juro que averiguaré el nombre de cada uno de los desgraciados a los que se la ofrecieron y los mataré —prometió—. A todos y cada uno de ellos.

—Con ello solo conseguirías comenzar nuevas rencillas entre clanes y el rey te castigaría.

—¡Es mi hermana, maldición! ¿Cómo pretendes que me quede de brazos cruzados?

—No he dicho eso. Solo digo que matarlos no es la solución.

—¿Y qué pretendes que haga entonces?

—Ya pensaremos en ello cuando llegue el momento. Ahora lo que debes hacer es ocuparte de tu clan.

—No sabía que los Sinclair estaban pasando por tantas dificultades. Les he odiado durante tanto tiempo y ahora me siento culpable por haberlo hecho.

—Me alegro de que al fin hayas visto la verdad, hijo. Espero que todo esto te ayude a sacar el resentimiento que llevas tantos años cargando en tu corazón.

—Si no hubieras sido por Tavie habría llegado allí para aniquilarlos a todos.

—No debes bajar la guardia, hijo. Por lo que te ha contado Tavie parece que tienes muchos enemigos, dentro y fuera de tus murallas. Todos aquellos que quisieron hacerse con el poder intentarán deshacerse de ti, no solo los soldados Sinclair.

—Tendré cuidado, te lo prometo.

—¿Cuánto tiempo os quedaréis en Dornoch?

—No lo sé. Un par de semanas, tal vez. ¿Por qué?

—No puedes demorarte demasiado en viajar a Wick. Puede que en tu ausencia alguno de los guerreros se proclame laird del clan, y si los aldeanos confían en él...

—Los soldados de John Maitland están ocupándose de todo en mi ausencia, pero tal vez debería dejar a Tavie con madre. Estará a salvo en Dornoch y...

—Eso es precisamente lo que no debes hacer —le interrumpió Murray—. Se sentirá abandonada si la dejas en casa. Piensa que acaba de conocerte, y si te marchas sin ella...

—Tienes razón, no puedo dejarla allí.

—Además, sería de gran ayuda tenerla a tu lado para ganarte a su gente, que confía plenamente en ella.

—Es verdad. Tienes razón, pero pensar en ponerla en peligro...

—Sé que todo esto está siendo demasiado para ti, pero debes ser fuerte.

—Soy el *Deamhan Dubh* —bromeó—. No hay en Escocia hombre más fuerte que yo.

Ewan se despertó a la mañana siguiente cuando la puerta en la que tenía apoyada la espalda desapareció de repente. Perdió el aire con el golpe contra el suelo, y abrió los ojos para ver a su hermana mirándole desde arriba con asombro.

—¿Ewan? —preguntó Tavie— ¿Qué haces ahí?

—Dormir.

—¿Y por qué duermes en el suelo? Estoy segura de que el rey te ha asignado una cómoda habitación con una enorme cama.

—Porque aquí puedo escucharte si gritas.

—¿Y por qué iba a gritar?

—El rey me dijo que tienes pesadillas, muchacha. Solo quería asegurarme de que duermes tranquila.

—Oh... Entiendo.

—¿Tienes hambre? —preguntó Ewan poniéndose de pie— Vayamos a desayunar, debemos partir lo antes posible.

—Estoy famélica —sonrió ella.

Ewan le ofreció el brazo con un movimiento teatral, y Tavie lo enlazó con el suyo intentando aguantar la risa. Bajaron al salón, donde Murray ya se encontraba dando buena cuenta de su desayuno.

—Buenos días —los saludó.

—Has madrugado —dijo Ewan sirviéndose comida en el plato.

—Quería dejarlo todo preparado para nuestra marcha. He conseguido un carro para Tavie. No es la mejor opción, pero viajarás mucho más cómoda que a caballo.

—No es necesario que hagáis concesiones por mí —respondió ella—. No quisiera que os retraséis por mi culpa.

—No son concesiones, muchacha, sino sentido común —añadió Murray quitándole importancia—. Podremos llevar nuestras cosas más fácilmente en una carreta, y te aseguro que son mucho más baratas que los caballos.

Ewan sonrió dentro de su taza de café ante la gran mentira que acababa de decir Murray. Siempre viajarían mucho más deprisa a caballo, pero la mejor opción era llevar un carro. Dudaba mucho que Tavie supiera montar, y si lo hacía no estaba acostumbrada a cabalgar largas distancias. Su padre tenía razón, era mejor así. Terminó su desayuno y se puso de pie.

—Voy a despedirme del rey —avisó—. Prepara tu equipaje, Tavie, lo bajaré al carro cuando vuelva.

—De acuerdo —respondió la joven.

Se giró justo antes de cruzar las puertas dobles del comedor y sonrió al ver a Murray poniendo más comida en el plato de Tavie. “Come, muchacha, estás en los huesos”, serían seguramente las palabras que le estaba diciendo. Esas fueron las primeras palabras que le dedicó a él cuando despertó el día que le encontraron. Ewan estaba tan asustado que, en vez de atacar la comida servida en su plato, permaneció mirándola como si fuera un dragón de tres cabezas que le estuviera mirando. Murray se sentó a su lado, tomó una pieza de carne del plato y le dijo aquellas simples palabras, logrando que el niño asustado alargara su mano también hacia el plato.

Cuando Ewan llegó a la puerta del despacho del rey, el guardia le permitió pasar directamente pues el monarca esperaba su visita. Le encontró sentado en su sillón mientras leía algunos documentos con su consejero, John Maitland.

—Excelencia... —saludó con una reverencia— Maitland...

—Buenos días, Sinclair —respondió el consejero con una sonrisa.

—¿Has hablado con tu hermana? —preguntó Jaime.

—Ayer estuvimos todo el día juntos —asintió Ewan—. Sé que siente mucha incertidumbre y que aún no confía en mí, pero con el tiempo terminará por hacerlo.

—Esa pobre muchacha ha debido sufrir lo indecible —susurró John—. Cuando llegué a Wick corrió hasta la entrada del pueblo para encontrarme antes que los guerreros que la acosaban y asegurarse de tener mi protección.

—Me encargaré de ellos personalmente —protestó Ewan.

—Deduzco por tu visita que ya te marchas —añadió Jaime.

—Así es, majestad. Quiero partir inmediatamente para llegar a mi hogar lo antes posible.

—Me alegra que ya lo consideres tu hogar —se jactó el rey.

—Me refiero a Dornoch, majestad.

John volvió la cara para que su rey no le viera disimular una sonrisa. Ewan Sutherland era un hueso duro de roer, de eso no cabía duda.

—Sé que ahora mismo estás furioso conmigo por obligarte a hacerte cargo de los Sinclair, pero te aseguro que con el tiempo me lo agradecerás —añadió el monarca.

—Me ha tendido una trampa y lo sabe muy bien, majestad —bufó Ewan cruzándose de brazos y haciéndole reír—. ¿Por qué no me contó en su carta que tenía una hermana?

—Ewan, viejo amigo... si te lo hubiera dicho te la habrías llevado a Dornoch y no habrías hecho lo que quiero —reconoció Jaime.

—Como suponía.

—Tu sacrificio será muy beneficioso para todos.

—Para usted, querrá decir.

Jaime se acercó a su guerrero de confianza y le palmeó la espalda, sin molestarse por los comentarios. Le conocía lo suficientemente bien como para saber que eran protestas vacías y que terminaría por cumplir con su obligación.

—El hecho de convertirte en conde de Caithness será muy beneficioso para Escocia —insistió—. La paz entre los Sinclair y los Sutherland se consolidará y estaremos un paso más cerca de conseguir la unificación de los clanes.

—Además —añadió John Maitland—, los Sinclair han vivido en la pobreza durante los últimos cincuenta años. Es un clan débil, pero bajo tu mando se convertirá en uno de los más importantes del país.

—Ambos tenéis demasiada fe en mí —protestó Ewan.

—Si no tuviera fe en ti no habría luchado a tu lado durante todo este tiempo —rio John.

—Esta es la carta de concesión, guárdala bien —continuó el rey entregándole una carta con el sello real—. Enviaría a algunos de mis hombres contigo, pero sé que solo permitirás que te proteja tu gente.

—Me conoce bien, majestad —respondió Ewan con una sonrisa.

—En cuanto a tu hermana... Busca un buen hombre que sea de tu entera confianza y arréglafe un buen matrimonio.

—¿Es una orden o una sugerencia, majestad? —preguntó Ewan arqueando una ceja.

—¿Cuál es la diferencia?

—Si es una orden cumpliré con lo que me pide, pero si es una sugerencia dejaré que mi hermana decida cuándo y con quién quiere casarse.

—Ya tiene diecisiete años —protestó Jaime.

—Y aún no ha empezado a vivir.

—Muy bien, de acuerdo. Haz lo que consideres oportuno con ella. No seré yo quien te diga lo que tienes que hacer con tu familia.

—Se lo agradezco, majestad.

—Vamos, márchate. Tienes un largo camino por delante.

—Cuídate bien las espaldas, amigo mío —dijo John dándole un fuerte abrazo—. Ahora no me tendrás a mí para hacerlo y hay muchas hienas escondidas en tus tierras.

—No te necesito, Maitland. Te recuerdo que aún tengo a mis guerreros.

El rey comenzó a reír a carcajadas y Ewan se despidió de los dos hombres con la mano. Regresó a la habitación de su hermana y golpeó suavemente la puerta con los nudillos. La joven abrió rápidamente, apartándose para permitirle pasar. Ewan solo pudo ver un baúl pequeño junto a los pies de la cama y un hatillo hecho con un trozo de plaid de los Sinclair sobre él.

—¿Eso es todo lo que has traído? —preguntó.

—Eso es todo lo que poseo.

—¿Son todas tus cosas? ¿Por qué...?

—Cuando los hombres del rey llegaron a Wick di por sentado que Jaime me buscaría un esposo y que jamás volvería. Me alegro de que en vez de ello me haya entregado un hermano mayor.

—Cinco —corrigió Murray entrando a la habitación—. Te ha entregado cinco.

—Toma el hatillo, padre, yo me encargo del baúl —pidió Ewan.

—Es pesado —advirtió Tavie.

—Soy el *Deamhan Dubh*, podré con ello —bromeó Ewan guiñándole el ojo.

Ewan puso el baúl en el carro y ayudó a Tavie a subir al pescante. Murray se encargó de engancharlo a su caballo y subió a su lado, colocando un plaid de los Sutherland sobre sus hombros.

—Espero que no te importen los colores, Tavie, pero el invierno está sobre nosotros y empieza a hacer frío —dijo.

—Son los colores de mi familia, te aseguro que los luciré con orgullo —respondió ella con una radiante sonrisa.

Ewan sonreía cuando montó sobre *Black*. Parecía que Murray empezaba a ganarse a su hermana, y eso lo tranquilizaba mucho. En cuanto llegaron a Dornoch sus hermanos se encargarían de hacerla sentir en casa igual que hicieron con él, y Moira sería una gran ayuda. Espoleó al caballo y comenzaron a marchar hacia el norte, hacia su hogar. El tiempo amenazaba

lluvia, pero Murray se había asegurado de conseguir un carro cubierto, de modo que si comenzaba a llover Tavie pudiera refugiarse en el interior. No se detuvieron hasta el anochecer. Llegaron a las tierras de los Gordon cuando el cielo se tiñó de tonos anaranjados. En cuanto los soldados de Alistair Gordon le vieron acercarse comenzaron a saltar de los árboles para rodearlos. Su comandante, Malcolm, llegó por el camino, deteniendo su caballo frente a *Black*.

—La última vez que te vi te advertí que no quería volver a verte el pelo —dijo—. Parece que quieres probar el sabor de mi espada.

—Primero lograré que tu culo blanquecino se llene de barro, rata inmunda —respondió Ewan, que sonreía.

—No te preocupes, muchacha —bufó Murray desde el carro al ver la cara de terror de Tavie—. Solo son un par de amigos fanfarrones midiendo sus fuerzas. Estaremos aquí un buen rato.

Ewan saltó del caballo a la vez que Malcolm y se fundió con él en un abrazo, ambos riendo.

—¿De dónde has salido? —preguntó Malcolm— Te hacía descansando en Dornoch.

—El rey me mandó llamar, venimos a solicitar la hospitalidad de Alistair.

—Estará encantado de teneros aquí. —Se acercó a su oído para hablar en susurros—. ¿Es tu esposa?

—Mi hermana. —Ewan rio ante la cara de estupefacción de su amigo—. Esa misma cara se me quedó a mí cuando el rey me lo contó.

—¿El Sinclair tuvo una hija? —insistió Malcolm.

Ewan se acercó al carruaje e hizo bajar a Tavie, depositándola con cuidado en el suelo.

—Ella es Tavie Sinclair, mi hermana —la presentó.

—Sinclair Sutherland, muchacho —protestó Murray desde el pescante.

—Veo que Murray ya la ha acogido bajo su ala —rio Malcolm—. Es un placer conocerte, Tavie. Vayamos dentro, la lluvia está apretando y estoy seguro de que estaréis cansados.

Ewan posó la mano sobre los hombros de Tavie y le sonrió para animarla a caminar.

—Me he llevado un buen susto —reconoció la joven—. Creí que estabais a punto de pelear.

—Que no te quepa duda de que antes de que os marchéis haré a tu hermano morder el polvo —bromeó Malcolm poniéndose a su altura—. Se ganó el apodo solo porque yo le dejé ganar.

—Sigue soñando, Malcolm —bufó Ewan—. ¿Debo recordarte aquella vez que regresaste al castillo sin...

—Hay damas delante, mal hablado —protestó Murray dándole a Ewan un buen tirón de orejas—. Esos no son los modales que yo te he enseñado.

Tavie rio por primera vez desde que salió de Wick. Se había sentido tan abrumada al descubrir que ahora tenía una familia... Una familia que no tenía nada que ver con la que había tenido anteriormente. Antes de conocerle, temió que Ewan fuera una copia de William, pero no podían ser más distintos. Y en cuanto a Murray... Era evidente que a pesar de los años seguía siendo un gran guerrero, pero era capaz de dar amor a su familia, en la que la había incluido sin pensarlo. En el poco tiempo que llevaban conociéndose la habían hecho sentir más amada de lo que nunca antes la habían hecho sentir, ni siquiera sus amigos de su clan. Estaba deseando conocer al resto de la familia... y saber lo que era un verdadero hogar.

Capítulo 6

En cuanto las colinas del condado de Sutherland se comenzaron a ver en el horizonte, Ewan dibujó en sus labios una enorme sonrisa. Demonios, amaba su hogar. Aquellas tierras eran las más hermosas de Escocia para sus ojos, pues en ellas había encontrado la felicidad. Los valles verdes, salpicados de flores silvestres, parecían extenderse infinitamente bajo el cielo azul, y el aroma a brezo y pino llenaba el aire, evocando recuerdos de su infancia. Cada colina, cada arroyo cristalino y cada sendero serpenteante le contaban historias de aventuras pasadas y momentos de paz. Para Ewan, no había lugar en el mundo que pudiera compararse con la serena belleza y el calor reconfortante de su querido Dornoch. Allí se sentía en casa, aquellas tierras eran su hogar.

—No hay nada mejor que regresar al hogar, ¿eh, muchacho? —rio Murray, que a pesar de ello tenía los ojos llenos de emoción.

—Diablos, voy a echar de menos todo esto —suspiró Ewan.

Tavie se sentía mal por su hermano. Él había encontrado la felicidad con los Sutherland y ahora tendría que dejarla atrás por ella.

—Lo siento mucho —susurró.

Ewan detuvo en seco su caballo cuando escuchó las palabras de su hermana. Se acercó a la carreta y le levantó el rostro, descubriendo que lo tenía surcado de lágrimas.

—¿Por qué lloras, *beag*^[5]? —preguntó con suavidad.

—Si no hubiera sido por mí no te habrías visto obligado a dejar tu hogar —respondió ella con un sollozo.

—Nada de esto es culpa tuya, Tavie. Nosotros solo somos peones en manos de Jaime.

—Pero si yo no le hubiera escrito, tal vez...

—No —la interrumpió—. Hiciste lo correcto al escribirle. Es más, desearía que lo hubieras hecho mucho antes, así podría haberte sacado de aquel infierno y no tendrías que haber sufrido tanto.

—Pero el rey...

—Habría encontrado la manera de obligarme a aceptar ser el laird de los Sinclair contigo o sin ti —la interrumpió—. Y te aseguro que es mucho mejor hacerlo contigo.

—¿De verdad?

—De verdad. Vamos, deja de llorar, no me gusta verte así.

Tavie asintió e hizo un esfuerzo por sonreírle a su hermano. Continuaron su marcha hasta el castillo Dornoch. Allí, en lo alto de la escalinata, les esperaban todos sus hermanos. Ewan abrió los ojos con sorpresa al descubrir el fardo que Duncan portaba en los brazos.

—¡Por todos los santos! —exclamó saltando del caballo— ¿Cuándo ha nacido mi sobrino?

—Sobrina —le corrigió Glenn con una enorme sonrisa—. Me debes diez *merks*^[6].

—Nació el día después de vuestra marcha —explicó Moira, que salía a su encuentro también—. Al parecer esta pequeña tenía muchas ganas de conocer a su familia.

—La primera mujer de la familia... —ronroneó Duncan mirando a su hija con orgullo.

Kirkland reparó en la mujer que permanecía sentada en el pescante de la carreta, junto a

su padre. Era realmente hermosa, de cabellos rizados rubios y ojos claros. Debía ser la esposa de su hermano, ahora que iba a convertirse en laird de los Sinclair necesitaría una mujer a su lado. Se acercó a Ewan y le palmeó la espalda con una radiante sonrisa.

—Así que lo que el rey quería era buscarte una esposa... —adivinó— Y muy hermosa, además.

Ewan sonrió, se acercó a la carreta y ayudó a Tavie a bajar de ella. Rodeó sus hombros con el brazo y la acompañó hasta donde se encontraban sus hermanos.

—Ella no es mi esposa, Kirk —aclaró—. Es Tavie, nuestra hermana.

—¿Hermana? —exclamó Glenn— Por todos los santos, padre. ¿Cómo pudiste?

—Yo no...

—¿Su madre la dejó en la corte y el rey te la entregó? —preguntó Duncan alzando una ceja.

—Que yo no...

—¡Murray Sutherland!

La voz tronadora de Nessa hizo encogerse al hombre, que tomó a Ewan de la oreja y le arrastró con él hacia el interior del castillo.

—Más te vale explicarle a tu madre lo que acabas de decir, mamarracho, o te juro por Dios que te cortaré las pelotas para que no puedas tener hijos —amenazó.

Tavie se quedó sola con cuatro guerreros Sutherland que la miraban con la boca abierta y una mujer que la observaba con curiosidad. La confusión y la sorpresa en sus rostros eran evidentes, lo que hizo que Tavie se sintiera aún más fuera de lugar. Se vio abrumada por la intensidad de sus miradas. Comenzó a temblar inconscientemente y dio un paso atrás dispuesta a salir corriendo si tenía que hacerlo. El miedo se mezclaba con la esperanza de pertenecer a una familia, creando una tormenta de emociones en su pecho. Moira se dio cuenta en seguida de la incomodidad de la muchacha y se acercó a ella con una sonrisa, enlazando su brazo con el de Tavie. El gesto cálido y maternal de Moira era algo que Tavie nunca había experimentado. El simple contacto la inundó de una sensación de calma y seguridad que casi la hizo llorar. La joven mujer se aferró al brazo de Moira, permitiéndose por un momento soñar que tal vez, finalmente había encontrado una familia donde ser amada.

—Vayamos dentro, temo que mi esposo deje caer a nuestra hija en cualquier momento debido a la impresión —pidió Moira.

—¿Nuestra hermana? —dijo al fin Rowan— ¿Tenemos una hermana?

—Él es Rowan, y aquellos de allí son Glenn y Kirkland —explicó Moira—. El que sostiene a la bebé a duras penas es mi esposo, Duncan, y yo soy Moira.

—Es un placer conoceros a todos. Soy Tavie Sinclair.

—Espera, ¿nuestro padre tuvo una aventura con una Sinclair? —exclamó Kirk sorprendido.

—Deja de decir tonterías, Kirk —le regañó Moira.

—¡Acaba de decir que es una maldita Sinclair, Moira! —gritó Rowan, haciendo que Tavie diera un respingo y se escondiera detrás de la mujer.

—¡Por Dios santo, Rowan! —protestó Moira— ¿Acaso no ves que la muchacha está aterrorizada? ¡Deja de gritar!

—Lo siento, no pretendía...

—Mi verdadero padre era George Sinclair —aclaró Tavie con un hilo de voz.

—Eres la hermana de Ewan, entonces —dijo Duncan con voz suave, seguramente para no despertar a su hija—. Eso lo explica todo.

—¿Y has vivido todo este tiempo en Wick? —preguntó Rowan— ¿Con ellos?

Tavie desvió la mirada y asintió. Duncan sintió un sudor frío recorrer su espalda por lo que aquello significaba.

—Por todos los santos... —susurró.

Se dio la vuelta y entró en el castillo seguido de sus tres sorprendidos hermanos. Moira palmeó la mano de Tavie y la animó a entrar también, pero ella fue incapaz de mover los pies del suelo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Moira.

—Me odian por ser una Sinclair, ¿verdad?

—¡Claro que no! Deben estar muy sorprendidos al saber que eres la hermana de Ewan, nadie sabía nada de ti.

—Yo tampoco sabía nada de mi hermano. Si no le hubiera escrito al rey tal vez nunca lo habría sabido.

—Nosotros no odiamos a los Sinclair, muchacha —aclaró Duncan desde la puerta—. Mi hermano es un Sinclair y daría mi propia vida por él sin dudarlo. Ahora eres una de nosotros, no tienes nada que temer.

—¿Lo ves? —insistió Moira— Estaban sorprendidos, nada más.

—Lamento que mi reacción te haya confundido —continuó Duncan—. No puedo ni imaginar lo mucho que habrás pasado a manos de ese desgraciado y se me ha helado la sangre solo de pensarlo. Vayamos dentro, nuestra madre está deseando conocerte.

Tavie asintió y siguió a Duncan, que la llevó hasta la biblioteca, donde el resto de la familia estaba reunida.

—¡Una mujer, por Dios bendito! —decía una mujer a la que no conocía mientras se paseaba de un lado a otro de la habitación— ¿Cómo es posible que haya conseguido escapar ilesa de allí?

—Cálmate, madre —la tranquilizó Ewan—. Lo importante es que ahora está aquí.

—¿Por qué nadie te habló de ella? Jaime debía saberlo, debería habértelo contado para que pudierais sacarla de allí.

—Nadie lo sabía, George se encargó de ocultarla muy bien —dijo Murray dejándose caer en el sillón.

—Pobre criatura... Ha debido de sufrir tanto que...

La mujer apretó el puño contra la boca para impedir romper en llanto. Sus ojos, llenos de una mezcla de rabia e impotencia, reflejaban el dolor que sentía por la noticia que acababa de recibir. Ver esa reacción genuina y desgarradora conmovió profundamente a Tavie. Nunca había visto a alguien preocuparse tanto por ella, a excepción de los aldeanos de Wick, y eso la abrumaba. Experimentó una oleada de emociones: gratitud, culpa, tristeza y una conexión que nunca antes había sentido. Una lágrima rodó por su mejilla sin poder evitarlo. La limpió rápidamente con la mano, no quería que la vieran así, vulnerable y quebrantada.

—Madre —llamó Moira—, Tavie está aquí.

La mujer se giró hacia Tavie y la miró con sus ojos grises cargados de bondad. Había una ternura en su mirada que Tavie nunca había conocido, una promesa silenciosa de comprensión y apoyo. Se acercó a ella y la envolvió en sus brazos, dándole palmaditas en la espalda mientras ella misma lloraba y le decía palabras de aliento. Cada susurro, cada gesto, era un bálsamo para el corazón herido de Tavie, que apenas podía creer que alguien pudiera preocuparse tanto por ella. La mujer era menuda, a Tavie apenas le llegaba a la barbilla, pero la llenó de tal calidez que sus ojos se anegaron también en lágrimas. Se aferró a aquella mujer como si fuera un ancla en

medio de la tormenta, sintiendo cómo su dureza se desmoronaba poco a poco ante aquella demostración de cariño. Las lágrimas de Tavie caían libremente ahora, mezclándose con las de la mujer.

—Ya está, tesoro... —susurró Nessa— Ya estás en casa. Nadie volverá a hacerte daño, te lo prometo.

Permanecieron un rato así, y cuando Nessa se separó de Tavie ambas tenían los ojos hinchados y la nariz roja. Acaricio la mejilla de la joven con una sonrisa, borrando el rastro de las lágrimas, y tiró de ella hasta la puerta de la biblioteca.

—Voy a preparar una habitación para nuestra hija, debe estar cansada del viaje y apuesto a que agradecerá un baño caliente —aclaró.

Ewan se percató de que Tavie le miraba con preocupación, así que sonrió y asintió imperceptiblemente para que la joven acompañara a Nessa. Se sintió bien al comprobar que su hermana confiaba lo suficiente en él como para hacerlo.

—Vamos, ponme al día —pidió Duncan—. Casi me caigo redondo al enterarme de que tienes una hermana.

—Te aseguro que quedé tan impactado como tú —respondió Ewan—. Al principio creí que todo era una treta de Jaime para obligarme a liderar a los Sinclair, pero es innegable que Tavie es mi hermana.

—Tiene tus mismos ojos —asintió Kirk—. Y las facciones de su cara son muy similares a las tuyas. Al principio no me di cuenta, pero cuando nos dijo que era tu hermana me fijé mejor.

—¿Cómo la descubrió Jaime si el Sinclair la ocultó durante todo este tiempo? —preguntó Glenn.

—Tavie le escribió para pedirle ayuda tras la muerte de William —explicó Ewan—. Sus soldados y sus aliados quisieron hacerse con el poder del clan a través de ella.

—Malditos desgraciados... —escupió Kirk.

—¿La trataron bien? —preguntó Rowan— ¿Se ocuparon al menos de ella?

—¿Tú qué crees? —protestó Ewan— Si está viva es gracias a la gente del clan, a quienes me encargaré de recompensar en cuanto pueda. Por suerte tuvieron por ella la valentía que no tuvieron por mí.

—Ewan... —comenzó a decir Duncan.

—No te preocupes, Duncan. Ahora entiendo mejor las cosas. Los Sinclair tenían demasiado miedo como para ayudarme y no se lo puedo reprochar. Cualquiera en su situación habría hecho lo mismo.

—Se mueren de hambre —explicó Murray—. George y William se encargaron de llenar sus arcas mientras su pueblo agonizaba.

—Se alimentan de lo que pueden conseguir en secreto del bosque, porque no les permiten pescar ni cazar —continuó Ewan.

—El comandante de William tiene vigilada la ensenada para que ningún Sinclair pueda ir allí —asintió Murray—. Si tienen suerte de cazar algún conejo pueden disfrutar de un asado, pero si no deben conformarse con algunas frutas silvestres y las pocas verduras que logran esconder de los guerreros.

—¿Y por qué no cazan presas más grandes? —preguntó Glenn.

—Porque si lo hacen se las tienen que entregar al castillo. Incluso después de la muerte de William, porque su comandante parece haberse alzado como amo y señor de las tierras.

—Deberías llevar contigo algunos alimentos —dijo Duncan—, sobre todo grano y algunos animales para comenzar a criar.

—Das por hecho que voy a encargarme de ellos...

—¿Acaso no es así? —preguntó Duncan alzando una ceja.

—Maldición, sabes que sí. Pero hay tanto que hacer que...

—Nos ocuparemos de todo, no te preocupes —le animó su hermano palmeándole la espalda.

—¿Cuándo debemos estar en Wick? —preguntó Kirk.

—¿Debemos? —Ewan arqueó una ceja—. Tú no irás a ninguna parte, hermano. Te quedarás aquí.

—Ya he hablado de ello con Duncan y me ha dado permiso para acompañarte —insistió Kirk.

—Me da igual lo que diga Duncan, Kirk. Los aldeanos de Wick son inocentes, pero voy a enfrentarme a los soldados. No voy a llevarte a la guarida de los lobos a sabiendas, maldición.

—¡Alguien tiene que guardarte la espalda!

—Me llevaré algunos soldados conmigo, y te aseguro que no porque quiera hacerlo.

—Jaime le obligó —aclaró Murray.

—Ewan, piensa en ello —insistió Kirk—. Necesitas a alguien de confianza a tu lado y soy tan bueno con la espada como tú.

—Eres mi hermano, ¿cómo quieres que te ponga en peligro? No vendrás, es mi última palabra.

—Ewan —intervino Duncan—, esta vez debo darle la razón a Kirk. No puedes entrar ahí tú solo. Como bien has dicho, los guerreros de George quieren hacerse con el poder y no dudarán en apuñalarte por la espalda si tienen oportunidad.

—Mis hombres estarán conmigo.

—Te lo ordeno como tu laird —amenazó Duncan.

—Te recuerdo que ahora yo también soy laird, hermano —sonrió Ewan—. Esa amenaza no te sirve ya de nada.

—Lleva a tu hermano contigo, Ewan —ordenó Murray—. No discutas más.

—Pero padre...

—Atrévete a contradecirle a él —rio Duncan—. Estoy deseando ver qué argumento utilizas para hacerlo.

—Cállate —bufó Ewan.

—Tú has arriesgado el trasero por mí más veces de las que puedo contar, hermano —interrumpió Kirk acercándose a Ewan para estrechar su brazo—. Deja que ahora sea yo quien lo arriesgue por ti.

—¡Está bien, maldición! Pero si te pasa algo te juro por Dios que te mataré.

—¿Cómo vas a matarme si ya estaré muerto?

—Deja de bromear, Kirk. Estoy hablando completamente en serio.

—No va a pasarme nada, *Deamhan Dubh*. Mi hermano es el hombre más temido de las Highlands y nadie se atreverá a hacerme daño.

—Más te vale tener razón.

—Venga, todos fuera —ordenó Murray—. Duncan y Ewan tendrán muchas cosas que discutir antes de su viaje.

Cuando se quedaron solos, Duncan sirvió dos copas de whisky y le entregó una a su hermano.

—¿Cómo estás? —preguntó.

—Bien, aunque a duras penas. No paro de ver en mi cabeza las atrocidades que Tavie me

contó sobre su vida en Wick, Duncan. ¿Sabes que William se la ofrecía a sus amigos para que se divirtieran con ella?

Duncan sintió ganas de vomitar. Dejó el vaso con demasiada fuerza sobre la mesa y maldijo en silencio.

—Nunca lograron tocarla —aclaró Ewan al ver la expresión de su hermano—. Unos aldeanos le construyeron una vía de escape y un escondite para que pudiera escapar.

—Pero las consecuencias a su regreso serían terribles.

—Me dijo que prefería las palizas a ser violada —respondió Ewan con la voz rota por la emoción.

—Dios santo...

—Es apenas una niña, Duncan. Tiene diecisiete años y ha tenido que vivir más atrocidades de las que puedo llegar a imaginar. Se aparta cuando voy a tocarla por miedo a que le pegue. Lo hace inconscientemente, pero a mí se me parte el alma cada vez que la veo hacerlo.

—Con el tiempo se acostumbrará a ti y verá que no eres como ellos.

—Empieza a confiar en mí, pero tengo un largo camino por delante. Te juro que si George estuviera vivo entraría en Wick sin vacilar y haría rodar su cabeza después de hacerle sufrir todo lo que ha sufrido ella.

—Ahora está con nosotros. Puede que no pase demasiado tiempo con los Sinclair antes de vuestra marcha, pero te aseguro que cuando regreséis a Wick nos habremos encargado de hacerle saber lo que es tener una familia de verdad.

—¿Igual que hicisteis conmigo? —sonrió Ewan.

—Exactamente igual.

En la planta de arriba, Nessa llevó a Tavie a una habitación de invitados. Era muy luminosa, con unos grandes ventanales que daban al jardín y una gran cama con dosel y mullidas mantas. Se sentaron juntas en el borde de la cama a esperar que subieran su equipaje y el agua caliente para su baño.

—Sé que todo esto debe ser demasiado para ti —comenzó a decir Nessa—. ¿Cómo te sientes, *nighean*?

—Cuando le escribí a nuestro rey no me imaginaba que terminaría teniendo una gran familia —reconoció.

—Debió ser muy duro para ti crecer en el castillo Sinclair, ¿no es así?

—Tuve el apoyo de la gente de mi clan. Ellos han sido mi familia durante todo este tiempo, señora.

—Por Dios... Puedes llamarme madre. Siempre quise tener una hija, pero Dios solo me dio hijos varones. Moira ha sido la hija que nunca tuve, y espero que ahora tú también lo seas.

—Me encantaría —respondió con una tímida sonrisa.

Dos fuertes guerreros llevaron una bañera de madera que dejaron junto al fuego. Otros dos guerreros acarrearón cubos de agua caliente con los que la llenaron y, tras una inclinación de cabeza, cerraron la puerta con suavidad al salir de la estancia.

—Ven, deja que te ayude a bañarte —pidió Nessa.

Ayudó a Tavie a deshacerse de su vestido y se encargó de avivar el fuego mientras la muchacha se metía en el agua. Lavó su largo cabello rubio, tan parecido al de su hermano, hasta que lo dejó suave y reluciente.

—Tienes el mismo cabello que tu hermano —dijo con una sonrisa—. Sois tan parecidos como dos gotas de agua.

—Por suerte me parezco a él y no a William.

—William se parecía a su madre, vosotros a George. ¿Conociste a tu madre, pequeña?

—Murió cuando yo tenía cinco años. Apenas la recuerdo, pero hay algunos detalles que jamás olvidaré.

—¿Cómo murió?

—Igual que la madre de Ewan.

—Entiendo.

—A veces, sobre todo en las noches en las que tenía que esconderme en el sótano de Teasagh, sentía que mi madre estaba conmigo —susurró—. Podía sentir el calor de sus brazos mientras lloraba hasta dormirme.

—¿Te escondías para que no te pegaran?

—Me escondía para que no me tocaran —reconoció—. A menudo me ofrecían como entretenimiento para sus amigos.

Nessa se limpió las lágrimas con cuidado de que Tavie no la viera llorar. Le dolía el corazón de pensar en todo lo que esa pobre chiquilla había tenido que pasar a tan corta edad.

—¿Cuántos años tenías? —susurró.

—Lo hicieron desde que cumplí los trece años. Mi cuerpo empezó a cambiar y...

—¿Quién es Teasagh?

—Una mujer del pueblo. Su esposo y ella me ayudaban siempre que lo necesitaba, y cuando William quedó al mando me mudé a vivir con ella.

—¿Y él te lo permitió?

—No le pedí permiso, aproveché que había salido de viaje para marcharme.

—Pero cuando regresó te buscaría.

—Supongo que pensó que sería una molestia menos de la que preocuparse.

Moira entró en la habitación llevando en sus brazos algunos vestidos y un plaid de los Sutherland que puso sobre la cama.

—La ropa que traes en tu baúl está sucia, así que usa por ahora estos vestidos —dijo—. He engordado con el embarazo y ya no me sirven, pero puede que a ti te queden bien.

—Gracias.

—Es mejor que uses nuestros colores mientras permanezcas en Dornoch, al menos hasta que Duncan tenga oportunidad de explicar la nueva situación a nuestra gente.

—Vamos, sal de la bañera para que pueda cepillarte el cabello —dijo Nessa.

—Iré a las cocinas, madre —explicó Moira—. Tenemos que preparar un gran banquete para celebrar que somos dos más en la familia.

Tavie vio salir a Moira de la habitación y se dejó ayudar por Nessa. Los vestidos que le había dado eran de lana de buena calidad, no picaban y abrigaban mucho más que sus antiguos vestidos. Sonrió sin darse cuenta.

—En Wick no tenemos lanas de tan buena calidad —explicó acariciando la falda del que se había puesto—. Es agradable.

—Supongo que George Sinclair tampoco fue capaz de mantener al ganado. Si no fue capaz de cuidar a sus propios hijos...

—No recuerdo la última vez que vi una oveja en Wick.

—¿Y cómo lograsteis mantenerlos calientes?

—Robando la lana a los clanes colindantes —reconoció—. No es algo de lo que me sienta orgullosa, pero estábamos tan desesperados que...

—Todo eso cambiará, te lo prometo. Ewan no permitirá que vuestra gente siga pasando

faltas.

—El invierno se acerca y no creo que sea posible solucionar tantos problemas en tan poco tiempo. Temo que los aldeanos no confíen en él al no ver soluciones.

—Ahora sois aliados de los Sutherland y no permitiremos que eso ocurra. Duncan se encargará de todo, ya lo verás.

Nessa dejó el cepillo con el que peinaba el cabello de Tavie sobre la repisa de la chimenea y la abrazó. Tavie cerró los ojos y se perdió en el olor a flores de brezo de su ropa. Recordaba aquella sensación de cuando era pequeña, la misma sensación que sintió cada vez que se escondía de los amigos de William o cuando se sentía terriblemente sola en la oscuridad de su fría habitación. Sintió rodar una lágrima por su mejilla y se apartó con una sonrisa.

—Gracias —susurró—. Gracias por haber acogido a Ewan hace tantos años y por ofrecerme un lugar en vuestro hogar ahora.

—Vamos, vamos... Bajemos al salón, ¿de acuerdo? Apuesto a que la cena estará lista.

Cuando llegaron al gran comedor, Tavie buscó con la mirada a Ewan, pero no le vio por ningún lado. El lugar estaba atestado de soldados Sutherland que la miraban con curiosidad e inconscientemente se escondió detrás de Nessa, que chistó mirando con desagrado a los presentes.

—Estáis asustando a nuestra invitada —protestó—. ¿Podéis dejar de mirarla así?

—No puedes culparnos por tener curiosidad sobre la nueva esposa del *Deamhan Dubh*, Nessa —dijo uno de los guerreros—. Especialmente cuando es tan hermosa como ella.

—Lávate la boca con jabón, Ryan Sutherland —le regañó Nessa dándole un tirón de orejas—. Ella no es su esposa, sino su hermana.

—¿Su hermana? —exclamó otro soldado—. ¿Desde cuándo Ewan tiene una hermana?

—Desde hace diecisiete años, al parecer —dijo Ewan desde la puerta.

Tavie sintió el alivio recorrer su cuerpo al escuchar a su hermano. Era la única persona en aquel gran salón atestado de gente que le transmitía un poco de seguridad. Se volvió hacia él, que caminó hacia donde se encontraba y rodeó sus hombros con el brazo.

—Ella es Tavie, mi hermana —la presentó—, y espero que la tratéis con el respeto que merece.

Ewan acompañó a Nessa y a Tavie hasta la tarima donde se encontraba la mesa de la familia. Apartó la silla de su madre para que pudiera sentarse y acto seguido hizo lo mismo en la silla que había junto a la suya para su hermana. En ese momento, Duncan y los demás entraron en el salón bromeando entre ellos, como siempre.

—Supongo que mi hermano acaba de presentaros a nuestra nueva hermana —dijo Duncan al verlos ya sentados en sus respectivos lugares.

—También pensaron que era mi esposa —bufó Ewan—. ¿Acaso no es más que evidente el parecido entre nosotros?

—¿Puedes culparlos? —respondió Glenn— Nadie sabía que el Sinclair tenía una hija.

—¿Es cierto que Jaime te ha nombrado laird de los Sinclair, Ewan? —preguntó otro soldado.

—Así es, Rory, y necesitaré la ayuda de mi ejército para encargarme de ese lugar.

—Será pan comido, Ewan —asintió el soldado—. Los aniquilaremos en menos que...

Rory se calló al ver la mano levantada de Ewan, tanto era el respeto que los soldados Sutherland sentían por él.

—No vamos a aniquilar a nadie —informó—. Esa gente es tan víctima de los Sinclair como mi hermana o como yo. Debemos sacar al clan de la pobreza y terminar con todo aquel que

esté a favor de los métodos de George Sinclair.

—Sobra decir que a partir de este momento los Sutherland y los Sinclair son aliados —añadió Duncan—. No creo que sea necesario firmar ningún acuerdo de paz, ¿verdad, hermano?

—Yo no lo necesito —respondió Ewan sonriendo—, y te aseguro que el rey tampoco.

—En ese caso, que sirvan la comida —pidió el laird—. Hay muchas cosas que celebrar.

Ewan sirvió comida en el plato de su hermana y también un vaso de hidromiel.

—Vamos, come —la animó—. Debes estar hambrienta después del viaje.

—Jamás había visto platos tan deliciosos como estos.

—Te aseguro que a partir de ahora me encargaré de que los veas cada día.

Tavie tomó un trozo de venado y se lo llevó a la boca despacio. El delicioso sabor de la jugosa carne la hizo cerrar los ojos y gemir de placer, haciendo sonreír a su hermano. Jamás había probado una carne tan crujiente, tan suave que se deshacía en la boca. Dio otro mordisco más y vio cómo Nessa le servía un tazón de sopa de nabos y zanahorias.

—Toma, Tavie, esto te calentará —dijo.

—Gracias, madre.

La mujer sonrió ante el apelativo cariñoso y regresó a su lado junto a Murray, que palmeó su mano con cariño al ver que se limpiaba disimuladamente una lágrima de la mejilla. Los Sutherland eran un clan muy ruidoso, pero a Tavie aquello le pareció refrescante. Ahora sabía lo que se sentía estando en el hogar, lo que era tener una familia. De todos los Sutherland, Kirkland era el más revoltoso, y se acercó a ella varias veces para hacerle preguntas sobre Wick o para servirle comida en el plato. Cuando terminó la comida, Tavie pensó que podría estallar en cualquier momento, tan llena se sentía. Se puso de pie para regresar a su habitación, pero un repentino mareo la hizo sentarse de golpe.

—¿Estás bien? —preguntó su hermano mirándola preocupado.

—He sentido un mareo. Creo que he comido demasiado.

—¿Cuánto hidromiel has bebido?

—No lo sé. Siempre que tomaba el vaso estaba lleno.

—¡Maldita sea, Kirk! —gritó Duncan, sobresaltándola— ¿En qué momento te pareció buena idea rellenarle el vaso a alguien que no ha bebido alcohol en su vida?

—¿Cómo iba a saberlo? ¿Acaso en Wick no beben hidromiel?

Murray le dio un coscorrón a su hijo, que le miró con fastidio.

—Los Sinclair se mueren de hambre, idiota —protestó—. ¿Crees de veras que pueden permitirse el lujo de beber?

—No lo había pensado.

Ewan puso los ojos en blanco y tomó a su hermana en brazos. Tavie se sorprendió y rodeó rápidamente los hombros de su hermano con los brazos por miedo a caerse.

—No te dejaré caer —rio Ewan—. Madre, acompáñame para ayudarla a meterse en la cama. Dudo mucho que sea capaz de hacerlo por sí misma.

Ewan la llevó a través de los corredores hasta su habitación y la depositó con cuidado en el borde de la cama.

—¿Estarás bien si duermo en mi habitación? —le preguntó.

—Lo estaré, no te preocupes.

—¿Seguro?

Tavie asintió con una sonrisa y vio a su hermano salir de la habitación. Ni siquiera fue consciente de que Nessa le quitaba el vestido y le ponía el camisón, solo la vio entre la bruma del

alcohol salir por la misma puerta por la que había salido Ewan. Sonrió, cerró los ojos y se quedó profundamente dormida.

Capítulo 7

Cuando Ewan bajó a la mañana siguiente al salón, Tavie ya se encontraba allí rodeada por sus hermanos. Se apoyó contra el quicio de la puerta y sonrió. Los Sutherland se entretenían poniendo comida en su plato hablando sin parar. Tavie parecía algo abrumada... aunque feliz. Conocía perfectamente esa sensación. A él le habían hecho sentir igual el día que Murray le llevó al castillo para quedarse.

—Vais a terminar provocándole dolor de estómago —protestó acercándose a la mesa.

—Está demasiado delgada —bufó Duncan—. No aguantará el frío invierno si continúa así.

—Ha resistido diecisiete inviernos, Dun. Nuestra hermana es toda una guerrera.

—Esta tarde te llevaré conmigo a conocer la aldea —dijo Glenn—. Le pediremos a Mysie que te haga algunos vestidos nuevos.

—No es necesario, de verdad... —respondió Tavie.

—Por supuesto que lo es, muchacha —intervino Duncan—. La ropa que has traído contino no se puede llamar así.

—Apuesto a que pica —susurró Kirk arrugando su nariz.

—Un poco —reconoció ella riendo.

—Aquí tenemos lana de buena calidad, Tavie —presumió Rowan.

—Eres nuestra nueva hermana, déjanos consentirte —pidió Glenn.

Ewan se sentó a desayunar. Estuvo bromeando con sus hermanos, y se despidió de ellos para ir a ver a Mai. Debía hablar con ella sobre sus planes de futuro. Ahora que era el laird Sinclair no tendría que esperar para casarse con ella. Bajó por el camino hasta la panadería. La observó a través del cristal de la ventana, ordenando las hogazas en la estantería. Dios... Qué hermosa era. Tanto como el cielo de las Highlands al atardecer. Entró en la tienda y ella le miró con asombro y alegría en sus ojos castaños.

—¡Has vuelto! —exclamó.

—¿Pensaste que no lo haría? —preguntó con una ceja arqueada.

—Pensé que no volverías pronto. Supuse que el rey te mandó llamar para asignarte una nueva misión.

—Esta vez no ha sido así. ¿Puedes escaparte un rato? Tenemos que hablar.

—Mi padre está a punto de llegar, espérame en el lugar de siempre.

—No tardes demasiado.

—No lo haré.

Ewan se alejó hasta la pradera de brezo en la que solía reunirse con ella. El aire limpio tenía un ligero aroma a tierra húmeda. El sol naciente bañaba el paisaje en una luz dorada, haciendo brillar las gotas de rocío sobre las flores de brezo púrpura y rosadas. El viento suave hacía que las flores se balancearan mientras un pájaro solitario cantaba a lo lejos. La tranquilidad del lugar le arrancó una sonrisa y se dejó caer entre el brezo con los ojos cerrados. No supo cuánto tiempo pasó hasta que la sombra de Mai se cernió sobre su rostro.

—Siento haber tardado, mi padre quería que hiciera algunos recados antes de dejarme

marchar —se disculpó la joven.

—Ni siquiera me había dado cuenta del paso del tiempo. Siéntate.

Mai obedeció, y Ewan aprovechó para acercar su boca a la de ella y besarla. Saboreó sus labios llenos, rosados, mordisqueándolos un poco justo antes de hundir la lengua en su boca. El sabor de Mai era adictivo, tanto que tuvo que apretar los puños para no tumbarla en el suelo e intensificar un poco el beso. Se apartó con suavidad.

—¿De qué querías hablarme? —preguntó Mai colocándose un mechón de cabello tras la oreja.

—Sabes que no soy realmente hijo de Murray.

—Me lo contaste, sí.

—Mi verdadero padre era un Sinclair. George Sinclair para ser exactos.

—Espera, ¿qué? ¿El Sinclair es tu verdadero padre?

—Era. Murió hace unos años en una reyerta y su hijo William lo hizo hace unos meses.

—Eso quiere decir...

—Eso quiere decir que soy el nuevo conde de Caithness, Mai. Soy el nuevo laird de los Sinclair.

—No... —exclamó la joven alejándose de él— Los Sinclair siempre han sido nuestros enemigos...

—Yo soy el motivo por el que lo fueron —reconoció Ewan—. Murray se enemistó con George cuando me repudió.

—Eres un Sinclair...

—Soy un Sutherland —la interrumpió—. Pero también soy un Sinclair.

—Entiendo...

—El rey me ha relegado de mis obligaciones con la corona, y debo viajar a Wick para gobernar a los Sinclair. Sé que dije que esperases un año, pero ahora que no tengo que trabajar para el rey podemos casarnos y...

—No —le interrumpió Mai levantándose—. No voy a casarme contigo.

—¿Qué?

—No voy a mudarme al clan Sinclair, Ewan. Ellos mataron a mi hermano.

—Fueron sus guerreros, no los aldeanos. Ellos han pasado un infierno por culpa de George y William y necesitan a alguien que los lleve a ser un clan próspero.

—No tienes que ser tú, Ewan —suplicó tomándole de las manos—. Dile al rey que rechazas el puesto y que busque a alguien más para hacerlo. Eres el *Deamhan Dubh*, no necesitas ser el laird de los Sinclair.

—Mai... hay algo más. Yo... tengo una hermana de diecisiete años. Ha estado en peligro desde la muerte de William y debo protegerla.

—¡Protégela aquí! Tráela a nuestro clan y...

—Ella no quiere dejar a su gente —la interrumpió—, y voy a respetar su decisión.

—Yo... Lo siento, Ewan. De verdad lo siento, pero no puedo seguirte hasta Wick. Yo... no soportaría vivir con el clan que mató a mi hermano.

—¿Es más importante eso que yo? ¿Importa más de dónde eran los asesinos de tu hermano que el amor que sientes por mí?

—Al parecer así es. De veras lo siento.

Ewan se quedó allí sentado viendo cómo Mai se alejaba corriendo de allí. Debería haber sentido el corazón romperse en mil pedazos, un dolor insoportable en el pecho, pero lo único que sintió fue... decepción. Sus ojos siguieron el movimiento de Mai hasta que se desvaneció en la

distancia, llevándose con ella sus esperanzas y sueños de un futuro juntos. Se dejó caer en el brezo con los ojos cerrados y, contra todo pronóstico, rompió a reír a carcajadas. Una risa amarga, cargada de una ironía que lo golpeaba más fuerte que cualquier rechazo. Tavie, quien había sido testigo de la escena junto a Kirk, parapetados ambos tras un árbol cercano, sintió su corazón quebrarse por Ewan.

—Voy a hablar con él —susurró—. ¿Puedes volver sin mí?

—Claro —suspiró Kirk—. Me encargaré de contarle a la familia lo que ha pasado.

Tavie se alejó lentamente por el camino hasta donde Ewan se encontraba tumbado.

—¿Puedo sentarme? —Ewan abrió un ojo y la miró con curiosidad.

—¿Qué haces aquí? —preguntó el guerrero.

—Kirk quería mostrarme la pradera y accidentalmente vimos lo que ha pasado. ¿Estás bien?

—Mejor de lo que imaginaba. Creí que su rechazo me rompería el corazón, pero todo lo que siento es decepción. ¿Debería sentirme culpable por ello?

—Nunca he estado enamorada, así que no puedo responderte a eso.

—Durante años he creído que Mai me amaba, que me seguiría allá donde fuera sin cuestionarme debido a ese amor, pero me abandona por ser el laird de los Sinclair.

—Odia mi clan...

—Su hermano murió en *Clynnetradwell* —explicó Ewan.

—Ese es un motivo de peso para no querer tener nada que ver con los Sinclair.

—¿Estoy siendo egoísta entonces?

—No eres egoísta. A pesar de todo lo que has sufrido en el clan estás dispuesto a liderarlo y sacarle de la pobreza. Eres cualquier cosa excepto egoísta.

Permanecieron en silencio un rato, roto únicamente por el sonido del bosque.

—No quiero casarme —susurró Tavie de repente.

—Bien. No hay ninguna prisa porque lo hagas.

—No me refiero a no casarme ahora, Ewan. No quiero casarme nunca.

—De acuerdo.

—¿No te enfadas?

—¿Por qué iba a enfadarme? —Ewan se incorporó para mirarla a los ojos con seriedad—. Entiendo que pienses así ahora mismo, Tavie. Has pasado por demasiadas cosas como para no querer saber nada del matrimonio.

—Es cierto —susurró ella.

Ewan le acarició la mejilla con ternura.

—Jamás te obligaré a hacer nada que no quieras hacer, hermana. Ya has tenido bastante de eso.

—Gracias.

—Pero quiero que me prometas una cosa. Quiero que le des una oportunidad al amor, Tavie. Existen hombres buenos que tratan bien a sus mujeres, y te aseguro que son muchos más que los que las tratan como hicieron contigo. Quiero que no te cierres del todo al matrimonio y que, si encuentras a alguien que te ame y a quien ames de vuelta, alguien digno de tu confianza y respeto, te plantees pasar por el altar.

—Te lo prometo —asintió ella con una sonrisa.

—Volvamos al castillo —ordenó levantándose—. Conociendo a Kirk, a estas alturas todos deben saber ya que he sido rechazado.

—Debería haberle detenido, lo siento.

—No lo sientas, de todas formas iban a saberlo tarde o temprano. Conociendo a nuestra madre, ahora estará preparando un banquete para animarme. No se lo cuentes, pero adoro su guiso de cordero.

Se acercaban al castillo por el camino cuando vieron acercarse una partida de vigilancia encabezada por Ryan, que detuvo el caballo cuando vio a Ewan.

—¿Qué ocurre? —preguntó este.

—Los vigías han divisado a dos jinetes que galopan a toda velocidad hacia aquí —explicó Ryan—. Vamos a ver de quién se trata.

—Dame tu caballo —ordenó—. Me encargaré yo mismo.

El soldado obedeció y se subió a la grupa de uno de sus compañeros. Ewan subió al animal y le tendió la mano a Tavie para ayudarla a subir frente a él.

—Puedo volver al castillo desde aquí —dijo ella.

—Vamos, sube. No voy a dejarte marchar sola.

Tavie obedeció y Ewan golpeó los flancos del caballo para adentrarse entre los árboles. Se toparon con los jinetes diez minutos más tarde.

—¡Alto! —exclamó Ewan— ¡Identificaos!

Uno de ellos dejó caer la capucha de la capa que llevaba puesta y sacó de su Sporrán un pergamino.

—¿Brody? —susurró Tavie de repente— ¿Eres tú, Brody?

—¿Tavie? —exclamó una voz de mujer desde el otro caballo— ¡Gracias a Dios!

Ewan vio con sorpresa cómo una mujer menuda de cabellos del color del trigo se deshacía de su capa y saltaba del caballo. Corrió hasta el suyo, del que su hermana intentaba bajarse serpenteando como una lagartija, y cuando ambas mujeres lograron encontrarse se fundieron en un fuerte abrazo. Ewan dio el alto a sus hombres deduciendo que se trataba de Sinclair.

—Venimos a ver al *Deamhan Dubh*, señor —explicó el joven, que se acercó sin bajarse del caballo para entregarle una carta con el sello real—. Es importante.

—Le tienes delante, muchacho —respondió Ryan por él—. Has tenido suerte.

—Ellos son Ailis y Brody, hermano —aclaró Tavie—. Los amigos de los que te hablé.

—Deberíamos llevarlos al castillo, parecen haber hecho todo el camino hasta aquí sin descanso —respondió Ewan.

—Se lo agradezco, señor —dijo Brody.

Tavie montó esta vez con su amiga y se dirigieron de vuelta a Dornoch. Una vez dentro del castillo, Ewan le pidió a unos sirvientes que preparase una habitación y un baño para ellos.

—Hablares cuando hayáis descansado un rato —dijo.

—¡No podemos esperar, señor! —exclamó la muchacha— La situación en Wick es preocupante.

—Te aseguro que la situación no va a empeorar en un par de horas, muchacha —dijo Ewan—. Tavie, lleva a tu amiga a descansar.

—Claro que sí, hermano.

Ewan se dirigió entonces al despacho de Duncan, que estaba enfrascado con unos papeles.

—Han llegado dos Sinclair —informó—. Son los amigos de Tavie.

—¿Los amigos de Tavie?

—Al parecer la situación en Wick es más grave de lo que pensaba. Les he mandado a asearse y descansar un poco, hablaremos antes de la comida.

Duncan asintió y se acercó a su hermano para palmearle la espalda.

—He oído que Mai te ha rechazado —susurró—. ¿Estás bien?

—¿Crees de veras que eso es lo importante ahora? Dos jóvenes se han aventurado a venir desde Wick sin escolta alguna, Dun. Creo que mis problemas amorosos pueden esperar.

—Por supuesto, pero si necesitas hablar ya sabes dónde encontrarme.

—¿Tengo que recordarte que tuve que decirte cómo conquistar a tu mujer? —se burló—
Estoy bien, hermano. No te preocupes por mí.

—Siempre me preocuparé por ti, idiota. Siempre.

Ewan se paseaba nervioso por el despacho de su hermano a la espera de que el joven Sinclair bajara para hablar con él. ¿Qué demonios había pasado para que un muchacho decidiera viajar con su hermana sin protección alguna? ¿Tan grave era la situación en Wick?

—Deja de pasearte —protestó Duncan—, me estás mareando.

—¿Qué crees que ha pasado?

—Dijiste que John Maitland había dejado allí a sus hombres, no creo que sea nada grave.

—Se ha arriesgado a traer a su hermana hasta aquí, Dun.

—Tal vez la muchacha insistió en acompañarlo. Wick no está tan lejos.

—Aun así...

—Tienes una corazonada, ¿no es así?

—Creo que voy a tener que desempolvar mi armadura —asintió.

—No adelantemos acontecimientos, hermano. Esperemos a ver qué nos cuenta el muchacho.

Duncan le sirvió un whisky y le insistió en que se sentara. Los minutos se le hicieron interminables hasta que los jóvenes Sinclair entraron en el despacho precedidos por Glenn... y Tavie. En cuanto estuvo frente a Ewan, el joven se arrodilló y se llevó la mano al corazón, inclinando su cabeza.

—Yo, Broderick Sinclair, hijo de Hasson Sinclair, juro solemnemente mi lealtad y servicio al nuevo laird, Ewan Sinclair —recitó—. Prometo forjar las mejores armas y herramientas para nuestro clan, mantener el fuego de la fragua siempre encendido y trabajar con dedicación y honor. Que los antiguos dioses y nuestros ancestros sean testigos de mi juramento. Desde este día en adelante, mi martillo, mi habilidad y mi corazón pertenecen al laird y al clan.

—Que así sea —terminaron todos los presentes.

Ewan se sintió incómodo ante el juramento de lealtad del muchacho y se acarició la nuca evitando mirarle. Duncan tuvo que darse cuenta de su azoramiento, porque se echó a reír y le palmeó la espalda.

—¿Te avergüenza que el muchacho te jure lealtad? —bromeó.

—Cállate —espetó Ewan volviéndose hacia Brody—. Levántate, muchacho, y cuéntanos qué te ha hecho venir hasta aquí sin protección.

—Los guerreros Sinclair se han sublevado, laird. Han liberado a su cabecilla del calabozo y han escapado a las montañas.

—¿Gregor estaba encarcelado? —exclamó Tavie— ¿Por qué?

—Intentó hacerme daño —susurró Ailis—. Por suerte Balgair Maitland lo descubrió y me salvó.

—¿Cómo es posible que los soldados hayan huido si el clan estaba bajo la supervisión de los Maitland? —preguntó Duncan.

—El emisario del rey solo dejó allí una docena de hombres, laird Sutherland —explicó

Brody—. Los soldados Sinclair son expertos en atacar a los demás por la espalda.

—La gran mayoría de los Maitland resultaron heridos —continuó Ailis—. Balgair de mayor gravedad.

—¿Sigue vivo? —preguntó Ewan.

—Lo estaba cuando partimos hacia aquí, aunque a duras penas —asintió la muchacha.

—Debo marcharme de inmediato, hermano —informó Ewan a Duncan.

—Los soldados están preparados —asintió Glenn—. Sé que ayer dijiste que solo llevarías a tus hombres, pero no sabes qué situación encontrarás a tu llegada. Creo que será mejor que me hagas caso por una vez y te los lleves a todos.

—He dicho que...

—No seas cabezota, Ewan —le regañó Duncan—. Cincuenta hombres no son suficientes en la situación en la que se encuentra tu clan.

—Necesitas un pequeño ejército, y todos los hombres que te acompañarán se han ofrecido a hacerlo voluntariamente —continuó Glenn.

—¿Cuántos?

—Da igual...

—He dicho cuántos, Glenn...

—Cincuenta más.

—Llevaré a veinte de ellos.

—Iremos contigo, entonces —respondió Duncan encogiéndose de hombros—. Cincuenta hombres aparte de los tuyos o tus hermanos, elige.

—Maldita sea, Dun...

Duncan se puso de pie, se acercó a Ewan y le sujetó por los hombros.

—Somos una familia, Ewan —dijo—. Si alguien intenta hacerte daño a ti se lo está haciendo a los Sutherland. Sé que estás acostumbrado a librar tú solo las batallas, pero esta vez no es la guerra del rey, sino la tuya.

—Si de mí dependiera, el ejército Sutherland iría al completo tras de ti, pero sé que jamás lo permitirías —continuó Glenn.

—Muy bien, maldita sea —accedió al fin—. Cincuenta hombres más, pero Kirk...

—Ya sabes cómo es nuestro hermano, te seguirá aunque tú no se lo permitas —le interrumpió Duncan—. Déjale ir contigo, Ewan. Te será de gran ayuda.

Ewan asintió y se volvió hacia las dos mujeres presentes, que observaban la discusión sentadas en un sofá.

—Vosotras deberíais quedaros aquí —sugirió—. Al menos hasta que la situación en Wick esté controlada.

—Regresaré con usted, laird —respondió Ailis—. Mi familia debe estar preocupada y puedo ser de gran ayuda.

—Ese tal Gregor quiere hacerte daño, muchacha. Estarías más segura con los Sutherland.

—Agradezco su preocupación, pero puedo cuidarme sola.

—Yo también iré contigo, hermano —añadió Tavie.

—Tavie...

—El clan no confiará en ti si no me ven llegar contigo —le interrumpió ella—. Es mejor que vayamos juntos.

—Estarás en peligro.

—Eres el *Deamhan Dubh*, ¿a qué tengo que temerle?

—Eres una cabezota —protestó él.

—*El lobo criticando al zorro*^[8] —exclamó Duncan poniendo los ojos en blanco—. Deberías dejar de perder el tiempo discutiendo e ir a prepararte para el viaje. Si salís a primera hora de la mañana podréis estar en Wick dentro de tres días.

Duncan salió de la habitación con la intención de encontrarse con Kirk, pero él y Rowan estaban dando vueltas frente a la puerta del despacho y terminó tropezándose con ellos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Kirk.

—Ve a preparar tus cosas, nos vamos mañana al alba.

—¿Tan grave es la situación, hermano? —El rostro de Rowan mostraba una gran preocupación.

—Los guerreros Sinclair se han sublevado y han huido a las montañas —explicó Ewan—. Han herido a los soldados Maitland y la gente del clan está en peligro.

—Maldita sea...

—Iré a preparar mis cosas —susurró Kirk dirigiéndose hacia el final del pasillo.

Los dos hermanos observaron a Kirk subir las escaleras, y Rowan se volvió hacia Ewan suspirando.

—¿Llevarás a Tavie contigo? —preguntó.

—No quiere quedarse —protestó—. Debería obligarla a hacerlo, pero el motivo por el que quiere acompañarnos ahora es tan lógico que no puedo decirle que no.

—Ella te ayudará a ganarte la confianza de tu gente.

—Sí. Odio ponerla en peligro, pero no tengo más remedio que hacerlo.

—Ella no estará en peligro, hermano. Os tiene a Kirk y a ti para protegerla.

—Debo irme. Tengo que preparar mis cosas.

—Anda, ve —respondió Rowan palmeándole la espalda.

Ewan entró a su habitación y comenzó a meter sus pertenencias en los baúles. Le pediría a Duncan que se los enviara más tarde, por supuesto. No tenían tiempo que perder y arrastrar un carro con los baúles les retrasaría al menos dos días. Murray golpeó la puerta abierta con los nudillos y se sentó a los pies de la cama, mirando a su hijo.

—Me ha dicho Duncan que te marchas mañana —dijo.

—Parece que los planes que teníamos en un principio tendrán que cancelarse. —Suspiró y se dejó caer junto a su padre—. Odio reconocerlo, pero estoy asustado.

—Serías un imprudente si no lo estuvieras. No sabes cómo está la situación allí, hijo. Cualquiera en tu pellejo se sentiría igual.

—¿Crees que es buena idea que me lleve a Tavie conmigo? Sé que dijimos que no podía dejarla atrás, pero...

—¿Te ves capaz de protegerla?

—Por supuesto que me veo capaz.

—Entonces llévala contigo. Los Sinclair confían en ella, hijo. Será una gran ayuda para ti.

—Ni siquiera sé de cuántos soldados estamos hablando, padre. Voy a ciegas y...

—Debes tranquilizarte, hijo. Has luchado batallas mucho más grandes que esta, podrás hacerlo.

—Tienes razón —suspiró—. He pensado en dejar a Tavie en las afueras con Kirk hasta asegurarme de que la situación en la aldea está bajo control. Es la única forma que se me ocurre de mantenerlos a ambos a salvo.

—Kirk no estará nada contento con eso.

—¿Crees que no lo sé? Pero si le encargo la seguridad de nuestra hermana hará lo que le

digo aunque proteste. No pienso ponerle en peligro innecesariamente.

Tomó un viejo plaid de los Sinclair que había guardado durante demasiado tiempo al fondo de su armario. Estaba descolorido y viejo, pero lo conservaba como una forma de recordarse a sí mismo el daño que George Sinclair le había causado. Se sentó junto a su padre con el trozo de tela en la mano.

—El joven Sinclair me ha jurado lealtad en cuanto ha entrado al despacho —confesó sonriendo—. Me ha hecho sentir extraño.

—Recuerdo cuando yo estuve en tu lugar. Era demasiado joven aún y me sentí avergonzado porque los ancianos se arrodillaran ante mí. —Rio—. Acostúmbrate, hijo. Te espera una buena ronda de juramentos cuando llegues a tu nuevo hogar.

—Este siempre será mi verdadero hogar, padre. —Carraspeó para tragarse el nudo que se le había formado en la garganta—. Puede que mi sangre sea la de un Sinclair, pero mi alma siempre será la de un Sutherland.

—Tú siempre serás un Sutherland, Ewan. No importa que seas el laird de los Sinclair, el *Deamhan Dubh* o el rey de Escocia. Siempre serás mi hijo, no lo olvides nunca.

Padre e hijo se fundieron en un cálido abrazo. Ewan apretó los dientes, sentía unas tremendas ganas de llorar y no podía hacerlo delante de su padre.

—He hablado con tu hermano —continuó Murray—. Enviaremos provisiones muy pronto, tu clan necesitará abastecerse para pasar el invierno. Los jóvenes dicen que han estado recolectando alimentos mientras los Maitland han mantenido el orden, pero no será suficiente para todos.

—También necesitaremos semillas para comenzar con los cultivos —asintió Ewan—. Algunos Sinclair tienen pequeños huertos, pero quiero buscar un lugar donde poder cultivar cereales.

—La aldea está situada junto a una ensenada. Podríais comercializar con la pesca.

—Hay demasiado que hacer en tan poco tiempo...

—Céntrate en los problemas uno por uno, hijo. El problema del alimento lo solucionaremos juntos. Ahora debes preocuparte por los soldados rebeldes. Tienes un clan, hijo, pero tus soldados no son suficientes para formar un ejército.

—Glenn insiste en que lleve conmigo a cincuenta de sus hombres. Serían cien en total, sin contar a los Sinclair que quieran unirse a ellos. Podré manejarlo, padre.

—Prométeme que nos pedirás ayuda si te encuentras en dificultades, Ewan.

—Padre...

—Estoy hablando en serio, Ewan. Esto no es una lucha del rey en la que cuentas con el apoyo de todo su ejército. En esta lucha estás solo, y con los únicos que puedes contar somos nosotros. Prométemelo.

—Está bien, te lo prometo.

—Cuando termines de guardar tus cosas ve a consolar a tu madre —dijo levantándose—. Está destrozada por vuestra marcha.

—Descuida.

—Y recuerda siempre una cosa, Ewan... Puedes llevar a partir de ahora el plaid de los Sinclair —susurró señalando el trozo de tela que Ewan mantenía entre sus manos—, pero el azul y el verde siempre serán tus colores.

Capítulo 8

Partieron antes del amanecer. Viajaron sin descanso durante dos días, deteniéndose solo lo indispensable para comer y dormir. Tavie y Ailis no se habían quejado ni una sola vez, habían obedecido en todo momento y habían mantenido el ritmo para no atrasar a los soldados a pesar de que Ailis lucía dos enormes moretones en sus posaderas debido a que no estaba acostumbrada a hacerlo. Cuando se detuvieron al anochecer del segundo día, no pudo reprimir el gemido que escapó de su garganta cuando sus pies tocaron el suelo. Se le doblaron las rodillas, y habría terminado de bruces en el suelo si Ewan Sutherland no la hubiera sostenido a tiempo.

—Cuidado, muchacha —advirtió rodeando la cintura de Ailis con uno de sus fuertes brazos—. ¿Te encuentras bien?

—Creo... creo que sí.

Ailis intentó dar un paso, pero el dolor de sus nalgas era tan fuerte que arrugó el gesto y se sostuvo al árbol más cercano para evitar hacer el ridículo delante de cien soldados Sutherland. No, ahora todos ellos eran soldados Sinclair. Se sorprendió cuando su ahora laird la tomó en sus brazos como si pesara menos que una pluma y se encaminó hacia una roca cercana.

—Tavie, ven aquí —ordenó.

Se sentó sobre la piedra y colocó a Ailis bocabajo sobre sus rodillas. Ella pateó intentando levantarse, pero con un bufido el laird la inmovilizó utilizando la fuerza de uno de sus brazos sobre la parte baja de su espalda. Vio a su amiga correr hacia ellos y detenerse justo donde ella no podía verla. Maldición.

—Levanta la falda de tu amiga y dime el estado de sus nalgas —dijo Ewan—. Yo volveré la cara.

Ailis enrojeció hasta la punta de los dedos de los pies. Escondió el rostro en sus manos y gimió cuando Tavie comenzó a subir sus faldas hasta la cintura.

—¡Dios bendito! —exclamó su amiga— ¡No hay un solo trozo que no esté completamente amoratado!

Sintió la mirada de su laird sobre sus posaderas. La sintió y quiso que allí mismo la tragara la tierra, porque jamás en su vida había pasado tanta vergüenza.

—¿Por qué demonios no has dicho nada, muchacha? —le preguntó su laird.

—No quería que nos retrasáramos —explicó ella.

—No podrás sentarte en una semana, niña tonta. ¿Cómo has podido soportar tanto dolor sin quejarte?

—No duele tanto...

—Mentirosa.

Volvió a sentir la falda en su lugar, pero continuó inmóvil en aquella bochornosa postura. Ewan dio orden a uno de sus hombres de preparar rápidamente la tienda que habían hecho con algunos plaids la noche anterior para que ella y Tavie pudieran descansar, y cuando el soldado le gritó que ya estaba lista, la llevó hasta ella y la ayudó a tumbarse bocabajo. Le entregó un bote de ungüento a Tavie para que lo untara por sus posaderas y cerró la entrada a la tienda para darle intimidad. Ahora que ya la había visto entera...

—Debe dolerte mucho —susurró Tavie.

—Ni te lo imaginas. Sentía que iba a morir en cualquier momento cuando el caballo pisaba terreno inestable.

—Eres una cabezota. Deberías habérmelo dicho, yo me habría ocupado de detener a mi hermano.

—Úntame eso en el trasero y deja de sermonearme, ya me siento bastante mal ahora mismo.

—Cuando termine te traeré un poco de guiso de liebre —dijo Tavie mientras ponía la pomada en la piel maltrecha—. Te ayudaré a comértelo si quieres, dudo que puedas hacerlo por ti misma en esta posición.

—Me sentaré para comer.

—Aullarás de dolor —rio su amiga.

—Deja de burlarte de mí, ¿quieres hacer el favor?

—Lo siento, es que no puedo entender cómo has soportado viajar así.

—Me da miedo tu hermano —reconoció.

Y era una verdad a medias. El día que habían llegado a Dornoch y había visto por primera vez a Ewan Sinclair sintió el mundo detenerse a su alrededor. El nuevo laird de los Sinclair era tan apuesto que parecía un ángel caído del cielo. Debía haber heredado la belleza de su madre, porque Gregor Sinclair era tan desagradable a la vista como una noche sin luna en las Highlands, donde ni siquiera los lobos se atrevían a aullar. Aquellos ojos verdes como el musgo, aquella mirada intensa y penetrante, la dejaron sin respiración. Y debería haber estado acostumbrada a aquellos ojos que eran tan idénticos a los de Tavie, pero en los de su nuevo laird había algo más, algo que no sabía describir con exactitud, que le erizó la piel de todo el cuerpo.

Le temía, por supuesto. Todas las horribles historias que había escuchado sobre el *Deamhan Dubh* eran aterradoras, pero era consciente de que aquellos que las contaban no eran otros que los enemigos a los que había derrotado. Sin embargo, tenerle frente a frente era aterrador. Era tan alto que Ailis tenía que levantar la cabeza para poder mirarle a la cara. Sus músculos eran enormes, tanto que sería capaz de partirle el cuello con una sola de sus manos si quisiera. Tavie parecía sentirse cómoda con él, Ailis había notado que se sentía mucho menos cohibida desde que había viajado a Edimburgo, y tenía la leve sospecha de que todo era debido a aquel enorme guerrero y sus escandalosos hermanos. Ah... porque los Sutherland eran realmente escandalosos y cercanos. Brody y ella estaban unidos, pero desde luego no hasta el punto en el que lo estaban los hermanos Sutherland. Y no había distinciones porque Ewan no fuera hijo biológico del laird, nada de eso. Todos los Sutherland le trataban con el mismo respeto con el que trataban a cualquiera de ellos. Eso demostraba la clase de persona que era Ewan Sinclair.

Aquella mañana se había despertado mucho antes del amanecer. Todavía se sentía muy dolorida, pero aun así reptó hasta la entrada de la tienda y abrió un poco la tela para poder ver el exterior. Frente a ella, Ewan Sinclair acababa de convertirse en el *Deamhan Dubh* que todo el mundo temía. La sorprendió comprobar que había cambiado su plaid verde y azul por los colores de los Sinclair. Había cubierto su cuerpo con una cota de malla y había enfundado la espada en su espalda. Estaba asegurando las cinchas de su caballo y, por un momento, Ailis supo lo que era el auténtico terror. Sintió entonces el movimiento de Tavie a su lado y cerró los ojos para hacerse la dormida. Su amiga salió de la tienda y se acercó hasta su hermano, que la sintió antes de verla.

—Deberías estar durmiendo, Tavie —dijo el guerrero.

—¿Cómo has sabido que era yo? —preguntó su hermana poniéndose frente a él.

—Mis hombres no hacen ruido y tu amiga y su hermano me tienen demasiado miedo

como para atreverse a hablar conmigo.

Ailis dio un respingo en la tienda ante aquellas palabras. ¿Se había dado cuenta del temor que sentía cuando le tenía cerca?

—¿Cuándo os marcharéis? —preguntó Tavie.

—En cuanto salga el sol —respondió Ewan—. Y antes de que me lo preguntes: no, no puedes venir conmigo. Esta vez no, Tavie.

—No iba a pedirte eso, entiendo que esta vez deba mantenerme alejada.

—Me preocupa que los rebeldes estén merodeando por aquí —dijo el laird mirando hacia el horizonte—. Espero que no estén acechando para atacaros cuando me marche.

Un escalofrío recorrió la espalda de Ailis al pensar en Gregor. No quería ni pensar en lo que haría con ella y con Tavie si lograra atraparlas.

—Vas a dejar a más de una docena de hombres conmigo —protestó Kirk Sutherland bostezando desde su lugar junto al fuego—. Te recuerdo que soy tan buen guerrero como tú, aunque parece olvidar.

—No lo olvido, maldición. Es solo que...

Kirk se levantó y se acercó a su hermano, palmeándole la espalda. Se sentó en la piedra en la que la noche anterior su laird había inspeccionado las posaderas de Ailis y suspiró.

—Deja de preocuparte por nosotros, estaremos bien —dijo—. Céntrate en librar a esos aldeanos de los rebeldes si resultan estar en la aldea.

—Y tú procura mantener vuestro pellejo a salvo, de lo contrario te mataré cuando regrese.

—Ten cuidado... —susurró Tavie— Gregor y sus hombres no son conocidos precisamente por jugar limpio.

—Créeme, pequeña, no me llaman el demonio negro por dejarme engañar por soldados inexpertos. Quédate con tu amiga y no te preocupes por nada, volveré lo antes posible.

Tavie asintió, él le revolvió el cabello con cariño y continuó asegurando las cinchas de su caballo. Los soldados que iban a acompañarlo hacía rato que habían desayunado y se encargaban de sus propios animales. Cuando hubieron terminado, subieron a sus monturas y se dirigieron al norte, hacia Wick. Tavie les observó hasta que se perdieron en el horizonte, suspiró y regresó a la tienda. Descubrió a su amiga despierta, se puso en cuclillas junto a ella y le sonrió ladeando la cabeza.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó.

—Como si un enorme elefante me hubiera pisado las posaderas —se quejó ella.

—Eso te pasa por ser una cabezota. Si hubieras dicho algo... Anda, déjame que te ponga un poco de ungüento y te sentirás mejor muy pronto.

—Primero necesito vaciar mi vejiga —se quejó—. No he podido ir desde anoche.

—Le diré a Brody que me ayude a cargarte.

—Asegúrate de que ningún Sutherland te escuche, ayer ya pasé demasiada vergüenza para toda una vida.

Tavie rio y salió de la tienda para buscar a Brody, que estaba ayudando a uno de los soldados a alimentar a los caballos. Vio a Tavie hablarle al oído, le vio a él excusarse con el guerrero y corrieron juntos hasta la tienda, pero el imbécil de su hermano se desvió hacia Kirk Sutherland, seguramente para contarle lo que ocurría. El guerrero asintió y se dirigió también hacia la tienda, donde se puso en cuclillas frente a ella.

—Me ha dicho tu hermano que necesitas un poco de ayuda —dijo con el rostro serio—. No creo que sea buena idea alejarte del campamento, pero creo que puedo improvisarte un poco

de intimidad en aquellos arbustos de allí.

Ailis miró hacia donde señalaba, cerca del lugar donde habían atado a todos los caballos. Los animales eran lo suficientemente altos como para concederle intimidad, y los arbustos la escondían de miradas indiscretas. Asintió.

—Bien, llevadla hacia aquellos arbustos para que pueda... ya sabéis. Llamadme inmediatamente si veis algún movimiento extraño.

Brody y Tavie la ayudaron a llegar allí, y cuando hubo terminado intentó caminar por sí misma de vuelta. Le dolía horrores, pero al menos se veía con fuerzas de cocinar algo para el almuerzo. Vio unas zarzas a varios pasos y se entretuvo en recoger suficientes para todos. Al menos podrían tener algo dulce que llevarse a la boca después del guiso de conejo. Se dio la vuelta para regresar junto al fuego y se dio de bruces contra el pecho de Kirk, que la había estado observando con curiosidad.

—Lo siento —se disculpó ella.

—¿Cómo es posible que te mantengas de pie? He estado en tu situación y tuve que guardar cama durante una semana.

—No me duele tanto. Al menos no lo suficiente para mantenerme tumbada en la tienda. Me aburriría demasiado —confesó.

—Hasta que mi hermano regrese hay poco que podamos hacer. Deberías aprovechar para recuperarte.

—Puedo ocuparme de asar unos conejos. Estoy segura de que preferiréis eso a la carne seca y el queso.

—En eso tienes razón, pero te aseguro que soy perfectamente capaz de ocuparme de asar unos animales. Regresa a la tienda y descansa, te hará falta cuando debamos partir hacia Wick.

—¿Y cuándo será eso?

—Si tenemos suerte, mañana por la mañana.

Ewan frenó a su caballo cuando vio que una nube de humo se elevaba desde la aldea. Miró a Ryan, uno de sus soldados, que apretó las riendas de su caballo con más fuerza.

—Démonos prisa —ordenó.

Ryan asintió, levantó una mano y todos los guerreros Sutherland cerraron filas alrededor de Ewan. Cuando entraron en la aldea se encontraron con un panorama desolador. Varias casas habían sido consumidas por las llamas, dejando tras de sí solo cenizas y escombros. Los aldeanos, algunos con heridas visibles, deambulaban por las calles, deteniéndose momentáneamente para observar al recién llegado con una mezcla de curiosidad y esperanza. A pesar de la devastación, los Sinclair trabajaban codo con codo para reparar los daños causados por los rebeldes. Entre todas las personas allí reunidas, una mujer entrada en años se dirigió hacia los soldados y se quedó mirándolos con los brazos en jarras.

—¿Quién de vosotros es nuestro nuevo laird? —preguntó— ¿Y dónde está mi Tavie?

Ewan desmontó y se acercó a ella.

—Tavie está a salvo no muy lejos de aquí, custodiada por mis hombres y mi hermano —respondió.

—Ewan Sinclair... Reconocería esos ojos en cualquier parte. Parece que la vida te ha tratado bien después de todo...

—Y usted es...

—Teasagh Sinclair. Seguramente habrás oído hablar de mí.

—Así es, y estaré en deuda con usted toda la vida por lo mucho que ha hecho por mi

hermana.

—No necesito que estés en deuda conmigo, muchacho. Necesito que seas mejor laird que tus predecesores, y algo me dice que así será.

—Le doy mi palabra.

—Por ahora, haz que tus hombres desmonten y nos echen una mano, hay mucho que reparar y los aldeanos están muy cansados.

Ewan le dio instrucciones a Ryan para que fuera a buscar a Kirk y a los demás y le hizo señas al resto de guerreros, que rápidamente desmontaron y se mezclaron con los aldeanos para echar una mano. Teasagh se encaminó hacia el castillo seguida de Ewan, que caminaba a su lado con las manos a la espalda.

—¿Los rebeldes? —preguntó el guerrero aun sabiendo la respuesta.

—Gregor y sus secuaces entraron en la aldea de madrugada y quemaron todas las provisiones que habíamos logrado acumular para pasar el invierno —asintió la anciana—. Hemos logrado controlar el fuego, pero no hemos podido salvar gran cosa. A este paso la mayor parte de la aldea morirá de hambre y de frío.

—Mi hermano enviará provisiones en breve, no debe preocuparse por eso. Con eso y con lo que logremos recolectar hasta que caiga la primera nevada podremos sobrevivir.

—Espero que este año se retrase un poco, todos los años cae la noche de *Samhain*^[9].

—Incluso así tendremos tiempo de sobra.

—¿Cuántos de los hombres que has traído se quedarán contigo? Has venido con todo un ejército, muchacho.

—Todos ellos se quedarán. Se han ofrecido voluntariamente para mudarse, y los necesitamos si todos los soldados han huido con Gregor Sinclair.

—¿Todos ellos quieren mezclarse con los Sinclair? —exclamó ella sorprendida— A pesar del odio...

—Yo soy un Sinclair y ellos son mis hombres.

—Tú más que nadie has odiado siempre a este clan.

—Por los motivos equivocados. Siempre culpé a todo el clan de lo que George y William me hicieron. Mi intención es compensaros por todo el daño que haya podido causaros con mi odio.

—No todos los soldados han huido, pero sí la mayoría. Quedarán menos de treinta guerreros entre los aldeanos, pero están mal entrenados y poco acostumbrados a la lucha.

—Si están dispuestos a ser leales al clan les entrenaré como he entrenado a mis hombres. Hay mucho que hacer, pero me ocuparé de todo, no se preocupe.

—Hemos llegado. —Ewan no se había dado cuenta de que Teasagh se había dirigido hacia el castillo Sinclair—. Imagino que te traerá muy malos recuerdos, pero este es ahora tu hogar.

Ewan permaneció mirando la fachada grisácea y fría del castillo sin moverse ni un ápice.

—Tras la huida de Gregor nos hemos ocupado de adecentar el lugar, no es tan terrible como lo recuerdas —le animó, colocando una mano en el centro de su espalda y empujándole suavemente para hacerlo dar el primer paso.

Ewan suspiró, miró a la anciana y entró en el castillo. Las lámparas estaban encendidas y la suciedad que recordaba de antaño solo quedaba en su memoria. Todo el castillo estaba pulcramente adecentado, con pocos muebles pero bien cuidados. Todas las estancias olían a limpio, y cuando entró en el gran comedor se detuvo en seco al ver la enorme silla en la que siempre había estado sentado George. Sin dudarlo ni un minuto, desenfundó la espada mientras

se dirigía hacia ella y la hizo añicos estocada a estocada, hasta que no quedó más que una montaña de astillas a sus pies. Jadeaba debido al esfuerzo, estaba completamente cubierto de sudor, pero jamás había sentido tanta satisfacción por algo hasta aquel momento. Sintió la pequeña mano de Teasagh palmarle el brazo con cariño, sacándole de aquel estado.

—Ha pagado todos sus pecados, muchacho —susurró la anciana—. Todos y cada uno de ellos.

—Escuché que murió en la masacre de *Clynetradwell* —respondió Ewan.

—¿Ese cobarde? —bufó Teasagh— Murió en su propia habitación ahogado por su propio vómito. William no quiso que se supiera y llevó el cadáver a la batalla para hacer creer a todo el mundo que su padre había muerto con honor.

—¿Cómo sabes eso?

—Porque fui yo quien le encontré. Por ese entonces me ocupaba de las tareas del castillo para asegurarme de que Tavie se encontraba bien. George no bajó a comer y William me ordenó ir a buscarle.

—Y después de eso te llevaste a mi hermana contigo.

—No pude hacerlo inmediatamente, aunque me hubiera gustado poder hacerlo aquella misma tarde. Al principio William la cuidaba con mucho celo pensando que podría firmar una gran alianza casándola con alguno de sus aliados, pero todos los que apoyaban la tiranía de George le dieron de lado. Aproveché que viajó a visitar a uno de esos aliados para rogar por una alianza para sacar a tu hermana de aquí.

—Me gustaría pedirle un favor. Puede negarse si lo desea, no estoy obligándola a nada.

—Soy demasiado mayor para verme obligada a hacer algo que no quiera, muchacho. ¿De qué se trata?

—Quisiera que se mudara con nosotros al castillo. Para Tavie será doloroso vivir aquí y creo que con su compañía le será mucho más sencillo habituarse.

—Ya no tengo edad para andar mudándome, muchacho. Mi hogar tiene demasiados buenos recuerdos como para dejarlos atrás. Vendré a diario para asegurarme de que vivir aquí no sea doloroso para ella, pero seguiré viviendo en mi choza.

—Como quiera.

Un revuelo en el exterior le advirtió de la llegada de sus hermanos. Acompañó a Teasagh hasta la entrada, en donde Tavie y ella se fundieron en un caluroso abrazo lleno de cariño. Ojeó a todos los recién llegados, pero no vio a los jóvenes Sinclair. Seguramente habrían vuelto ya a su casa, sus padres debían estar muy preocupados.

—Mi pequeño tesoro, ¿te encuentras bien? —preguntó la anciana acariciando la mejilla de Tavie.

—Estoy perfectamente, Teasagh —respondió Tavie abrazándola—. Tanto el rey como los Sutherland me han tratado muy bien.

—No sabes cómo me alegro de tenerte de vuelta. La preocupación me estaba matando.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Kirk por encima de la cabeza de ambas mujeres.

—Los rebeldes han quemado todas las reservas de comida que poseían —explicó Ewan—. Tendremos que empezar de nuevo.

—Malditos desgraciados... En cuanto los encuentre...

—Creo que antes de buscar a los rebeldes deberías ocuparte de echar una mano para arreglar lo que han destrozado —le regañó Teasagh—. Hay mucho por hacer, y cuantas más manos ayuden antes terminaremos.

Kirk levantó una ceja, pero no dijo nada y bajó las escaleras para ayudar a los aldeanos.

El primer día de los Sutherland en Wick fue agotador. Ya era noche cerrada cuando Ewan decidió que era demasiado tarde para seguir arreglando el granero del castillo, que había quedado completamente destrozado. Pidió a todos que se reunieran en el patio y asó dos ciervos que algunos de sus hombres habían cazado aquella misma tarde. Carecían de cerveza, pero bebieron agua fresca del pozo y acompañaron la carne con algunas conservas de verduras que las mujeres de la aldea habían logrado salvar.

Los Maitland heridos se unieron también a ellos. Balgair llegó a duras penas y se dejó caer en una silla en cuanto estuvo junto a Ewan.

—Me alegro de verte, viejo amigo —saludó Ewan estrechándole la mano.

—Ya me gustaría a mí que fuera en mejores circunstancias, pero cometimos un error y hemos pagado las consecuencias.

—Deberías haber traído más hombres contigo.

—John insistió, pero me negué porque pensaba que los pocos soldados Sinclair no eran oponentes para nosotros. Te aseguro que jamás volveré a subestimar a un enemigo, maldición.

—¿Cómo está tu herida?

—Curándose despacio. El médico cuenta con pocos recursos después de tener que tratarnos a todos, y no le permití volver al bosque por miedo a que los rebeldes le tendiesen una emboscada.

—Hiciste bien, Callum ha encontrado huellas frescas a pocas *millas*^[10] de aquí. ¿Dónde te has estado quedando?

—En el castillo, aunque desde que me hirieron Neris se ha negado a que me mueva de su casa.

—Y Neris es...

—La esposa del médico, te presentaré a todo el mundo más tarde.

—Mañana haremos las presentaciones oficiales, esta gente ha estado trabajando todo el día y debe estar agotada.

—Todo el día y gran parte de la noche —asintió Balgair—. De no ser por *Allaidh* nos habríamos dado cuenta cuando fuera demasiado tarde.

—¿Has traído a ese perro pulgoso contigo? —rio Ewan.

—¿Quieres dejar de llamar a mi perro así? —bufó su amigo, que sonreía— Casi nunca tiene pulgas.

—¿Dónde se ha metido?

—Seguramente estará bajo Neris —explicó Balgair mirando alrededor—. En efecto, allí está.

Ewan siguió el dedo de su amigo y encontró al gran perro tumbado bajo las piernas de una mujer de mediana edad que hablaba animadamente con Teasagh. Se llevó los dedos a los labios y dejó escapar un silbido que cortó el aire de la noche. El can levantó la cabeza y las orejas de golpe, se puso de pie y corrió hacia donde se encontraba Ewan llorando y moviéndose lleno de alegría. Él se agachó y comenzó a acariciarlo riendo y diciéndole cosas sin sentido. Aunque le llamara perro pulgoso, realmente le gustaba el animal. En sus misiones para el rey había coincidido muchas veces con Balgair y *Allaidh*, y debía reconocer que el perro alegraba aquellos días.

—¡*Allaidh*!

Ewan levantó la mirada y vio a Tavie de pie a pocos pasos de ellos. Se había cambiado de ropa y se había puesto uno de los vestidos que Moira le había regalado estando en Dornoch. Estaba preciosa. Su sonrisa iluminaba la noche más que las fogatas en las que se asaba la carne.

El perro salió corriendo hacia ella y saltó poniendo sus patas delanteras en los hombros de la muchacha, que rio apartando la cara para que no le lamiera la boca.

—Parece que le gusta tu hermana —rio Balgair—. No se separaba de ella cuando llegamos aquí.

—A mí también me gusta tener una hermana —reconoció Ewan—. Si hubiera sabido antes que existía...

—No te martirices con eso, amigo. No sirve de nada.

—Lo único que puedo hacer ahora es estar a su lado y compensarla por todo el tiempo que no lo estuve.

—No tienes que compensarme —le sorprendió diciendo Tavie—. Solo tienes que ser mi familia a partir de ahora.

Ewan tragó saliva para deshacerse del nudo que sintió en la garganta y asintió. Él ahora era su familia, y se encargaría de no volver a fallarle nunca.

Capítulo 9

En cuanto cruzaron el puente de Wick, Ailis se despidió de Tavie y de su hermano y corrió hacia su hogar. Había echado tanto de menos a su familia en aquellos pocos días que no veía la hora de poder regresar. Abrió la puerta de par en par, pero no pudo encontrar a nadie.

—¿Dónde están todos? —preguntó Brody a su espalda.

Ailis se giró, se encogió de hombros y salió de la choza para buscar a sus padres por la aldea. Todo había sido destrozado: cada granero, cada lugar donde habían conseguido almacenar comida desde que llegaran los Maitland, había sido quemado. Maldijo a Gregor y a sus hombres una y otra vez mientras se mezclaba con la gente para echar una mano. Estaba agotada cuando uno de los soldados Sutherland se acercó a ella para decirle que su laird había organizado la cena en el patio del castillo para toda la aldea. Fue a casa para lavarse un poco, estaba cubierta de hollín, y al fin pudo encontrarse con sus padres. Dallis la abrazó con fuerza en cuanto la vio cruzar el umbral y Ailis se derrumbó.

—Ya está, tesoro —susurró su madre para calmarla—. Lo has hecho muy bien.

—Todo está destrozado, ¿Cómo...

—No te preocupes por eso, el nuevo laird se encargará.

Era cierto... Ewan Sinclair Sutherland había llegado para quedarse, y estaba segura de que se encargaría bien de su clan. Apenas había cruzado unas palabras con él durante todo el viaje, pero había notado el cariño que mostraba por Tavie y el respeto que le brindaban sus soldados. Respeto, no miedo. Muchos soldados Sinclair habían desertado por miedo, por temor a lo que Gregor pudiera hacer con ellos por negarse a reconocerlo como nuevo laird de Caithness, pero los soldados de Ewan Sinclair le mostraban respeto y confianza. Incluso los había visto bromear con él algunas veces en su camino de regreso a Wick. Parecía ser un buen líder, y los buenos líderes gobiernan bien a su gente.

Se lavó un poco con el agua del pozo, se cambió de vestido y se dirigió junto a su familia hacia el castillo. En el patio habían improvisado dos hogueras en las que se asaban dos ciervos enteros, y habían colocado un centenar de sillas alrededor de ellas para que todos los aldeanos pudieran comer cómodamente. Apenas había sitio para todos. Los ancianos ocuparon los primeros lugares, y los más jóvenes se dispersaron por los escalones de entrada del castillo. Aunque no tenían cerveza para beber, la comida le supo realmente a gloria. Había probado manjares deliciosos en el hogar de los Sutherland, pero nada podía compararse a la comida compartida con la gente que amaba.

Tavie se acercó a ella con una jarra de agua y sirvió un poco más en su taza vacía. Se sentó junto a ella y apoyó la cabeza sobre su hombro con un suspiro.

—¿Cansada? —preguntó.

—Ni te lo imaginas. He estado ayudando a Neris y a Roderick a curar las heridas de los aldeanos. Son superficiales, pero demasiadas. No siento los dedos de tanto cortar vendas.

—Yo he estado ayudando en los graneros. Créeme, lo tuyo no ha sido nada comparado con eso.

—¿Por qué Gregor odia tanto a nuestro clan? ¿Por qué tiene que hacerles tanto daño?

—Gregor solo quiere poder, Tavie. Nos castiga para intentar someternos a él, pero no lo conseguirá.

—Desde luego que no, ahora tenemos a mi hermano.

—Parece que confías mucho en él.

—Es tan distinto de William... Son como la noche y el día. Es fácil terminar confiando en él. ¿Acaso tú no confías en Ewan?

—No es que no confíe en él, Tavie... Es solo que necesito ver por mí misma que va a hacer las cosas de forma diferente. Hemos vivido tan mal que no puedo darle mi confianza a cualquiera.

—Te entiendo. Es lo mismo que le pasa al resto de aldeanos. Observa a Fergus y a Hamist —dijo señalando a dos ancianos sentados en un rincón—. Le miran con recelo, como si esperasen que en cualquier momento nos mande a asesinar a todos.

—Son ancianos, Tavie —rio Ailis—. Es normal que desconfíen de todo el mundo.

—Espero que con el tiempo todo el clan termine confiando en mí.

La voz profunda y ronca de Ewan Sinclair envió un escalofrío por la columna de Ailis. Se estremeció y levantó la mirada para verse reflejada en sus iris del color del musgo, que la miraban fijamente.

—Debe ganarse nuestra confianza, laird —respondió ella—. Hemos sufrido demasiado en manos de sus predecesores como para entregársela sin más.

—Créeme, muchacha, trabajaré duro para lograr que confíes en mí.

Aquella frase, acompañada de aquella mirada, calentaron el estómago de la muchacha. Asintió y fijó su mirada en el agua de la jarra que sostenía en las manos, no quería seguir viéndose en aquellos ojos misteriosos. En vez de marcharse, Ewan se sentó junto a ella y le entregó un trozo de jugosa carne de ciervo, que Ailis agradeció con un leve gesto de cabeza.

—Tavie, Kirk te estaba buscando hace un momento —dijo a su hermana.

—¿Dónde está?

—Allí, junto a Ryan y los demás. —Señaló hacia la hoguera, donde cuatro hombres se encargaban de repartir la comida.

Tavie se levantó de un salto y corrió hacia ellos, dejando a Ailis a solas con su laird. Apretó la taza nerviosa, y se entretuvo observando a su amiga, que hablaba tímidamente con uno de los soldados.

—Puedes estar tranquila, Kirk cuidará a mi hermana como podría hacerlo yo mismo —dijo Ewan al ver la preocupación en el rostro de Ailis.

—No estoy preocupada. Hay mucha gente aquí que puede protegerla.

—Es cierto. Sé que todos os habéis encargado de salvar a Tavie de las garras de George y William. Gracias.

—Cuando era más joven vi muchas veces a Tavie correr hacia la casa de Teasagh para esconderse en la alacena. La escuchaba llorar en la oscuridad, aterrorizada porque George o William pudieran llegar a encontrarla.

Se abrazó las rodillas recordando aquellos turbios momentos.

—Un día le pedí a Teasagh que me permitiera entrar en la alacena con ella —continuó—. Me advirtió que era peligroso, que si me encontraban pagaría también las consecuencias, pero insistí y al final accedió. Tavie estaba hecha un ovillo detrás de unas tinajas, meciéndose sola mientras lloraba. Me senté a su lado, la abracé con fuerza y comencé a cantarle una nana que mi madre solía cantarnos a Brody y a mí cuando éramos pequeños.

—Y lograste calmarla.

—Las primeras veces no sirvió de nada —reconoció—. Pero con el tiempo Tavié empezó a confiar en mí y al final terminábamos hablando de mil cosas hasta que Teasagh nos avisaba de que era seguro salir del escondite. Empecé también a colarme en el castillo para curar sus heridas cuando regresaba.

—¿Eran muy graves?

—Supongo que no has visto su espalda.

Ailis vio el escalofrío que recorrió al guerrero y sintió lástima por él. Debía ser horrible enterarse de que tienes una hermana cuando ella ya tiene diecisiete años, pero mucho peor era descubrir que tiene la espalda totalmente destrozada. Puso instintivamente su mano sobre el brazo de Ewan, pero la apartó inmediatamente al darse cuenta de lo que había hecho.

—No es culpa suya, laird —le tranquilizó—. No sabía que Tavié existía, era imposible que pudiera hacer nada.

—Siempre estaré en deuda contigo por hacer por mi hermana lo que yo no pude. Tú misma eras tan solo una niña, y sin embargo...

—Creo que en Wick nadie ha sido realmente un niño alguna vez, laird. George nos enviaba a la ensenada apenas éramos capaces de cargar un cubo lleno de peces, y nunca nos permitió ser realmente libres.

—¿Os permitía pescar en la ensenada?

—Pescábamos para él y sus aliados, y no importaba si sabíamos o no nadar. Muchos han muerto ahogados por culpa de ellos, y si alguna vez hemos comido pescado ha sido porque lo hemos robado.

—Eso va a cambiar a partir de ahora. Por lo pronto tenemos que centrarnos en almacenar todo el alimento posible antes de que llegue la primera helada. Tenemos muy poco tiempo, y la comida que enviará mi hermano no será suficiente para alimentarnos a todos.

—Brody puede llevar a los soldados a las zonas de caza —sugirió Ailis—. Las mujeres y yo podemos ocuparnos de recolectar frutos en el bosque.

—Iréis con algunos soldados, es peligroso que lo hagáis solas.

—Archie y Malcolm pueden llevaros a la ensenada —continuó señalando a dos jóvenes que comían sentados en un tronco caído junto a un árbol—. Ellos son muy buenos pescando.

—Gracias por todo, muchacha, estás siendo de mucha ayuda.

—Espero que toda esa ayuda no sea en vano, laird.

—No lo será, te doy mi palabra.

Ewan se levantó y se alejó hacia donde se encontraban sus hermanos. Ailis no pudo apartar la mirada de él en ningún momento. El demonio negro le llamaban. No podía estar más de acuerdo con aquel apodo. Se movía silencioso como un fantasma, la atraía como el pecado. Cada vez que aquellos ojos verdes la miraban Ailis sentía tal estremecimiento que empezaba a dudar si era por miedo o por algo más. Sacudió la cabeza. No debía pensar tonterías. Aquel hombre era su laird, no debía olvidarlo.

Teasagh había estado observando a Ailis durante toda la conversación con Ewan Sinclair. La conocía lo suficiente como para saber que aquel hombre había removido en ella sentimientos que había decidido enterrar cuando John fue asesinado. Se acercó a ella y se sentó con dificultad en los escalones, gimiendo cuando su anciano trasero se topó con la fría piedra del suelo.

—Estoy mayor para esto —protestó.

—¿Y por qué te sientas aquí? Estabas muy bien en la silla.

—Porque quiero, niña. ¿Tengo que darte explicaciones de todo?

—Claro que no Teasagh —respondió Ailis abrazándose al brazo de la mujer.
—¿Qué hablabas con el Sutherland?
—¿Con nuestro laird?
—¿Has hablado acaso con alguien más?
—Hablábamos sobre los planes para recolectar comida para el invierno. Le sugería quién podía acompañar a sus soldados en cada tarea.
—Es un hombre muy apuesto.
—¿Tú crees? Yo no me he fijado.
—Mentirosa... Tendrías que estar ciega para no ver la belleza del demonio negro.
—No estoy interesada en esas cosas, ya lo sabes. Para mí el único hombre fue John.
—John está muerto, pero tú aún sigues viva y te queda toda la vida por delante. Deberías volver a pensar en casarte.
—Teasagh, ahora mismo creo que hay cosas muchísimo más importantes en las que pensar que mi futuro, ¿no te parece?
—Mira a Tavie, ella está intentándolo.
—El hombre con el que habla es Kirk Sutherland, el hermano adoptivo de nuestro laird. Los Sutherland la han acogido como parte de su familia, así que solo habla con su hermano.
—Maldita mocosa, engañarme así...
—¿A qué viene ese empeño en encontrarnos un esposo?
—Mira a tu alrededor. Apenas tenemos niños en este clan, Ailis. Los jóvenes han estado huyendo y con ellos la longevidad de nuestra gente.
—Ahora todo cambiará. Han venido muchos soldados con nuestro laird, apuesto que esta primavera se celebrará más de una boda en la iglesia abandonada.
—Eso espero, esta aldea ha sufrido tanto que bien merece un evento alegre, ¿no te parece?
—Podemos celebrar una fiesta cuando hayamos recogido alimentos para el invierno. Sería una buena idea para dar la bienvenida a nuestro nuevo laird, para demostrarle que le vamos a ofrecer nuestra confianza. ¿Te parece ese un evento lo suficientemente alegre, Teasagh?
—Podría servir, niña. Podría servir.

Ewan se levantó al amanecer para ir a echar una hojeada a la ensenada por su cuenta. Sabía que era peligroso ir solo, pero necesitaba un momento de paz en aquellos tiempos tan ajetreados. Desde que recibiera la carta de Jaime no había tenido ni un solo respiro. Todo había sido demasiado precipitado, su vida había sufrido demasiados cambios en muy poco tiempo. Y aunque reconocía que uno de esos cambios era bueno (debía reconocer que le encantaba tener una hermana pequeña) el resto de ellos eran, cuanto menos, agotadores.

Había pasado gran parte de la noche pensando en la manera de sacar a su clan de la pobreza. No todo se reducía a pasar el invierno, tenía que pensar también en el futuro. Era consciente de que los clanes fronterizos eran aliados de George, lo que los convertía automáticamente en sus enemigos. El rey se enfurecería por ello, pero Ewan estaba completamente seguro de que le declararían la guerra en cuanto descubrieran que un Sutherland se había hecho con el título.

Llegó a la ensenada cuando el sol apenas asomaba en el horizonte. El agua del mar estaba teñida de un tono rosado, y las olas dibujaban pequeñas estelas blancas que ondeaban hacia la orilla. Descubrió una pequeña escalera tallada en la roca del acantilado que bajaba hasta la playa. Era una pequeña playa de arena rubia y aguas transparentes en las que podían verse nadar

infinidad de peces. A ambos lados, en las rocas, sería fácil poder recolectar pequeños crustáceos y, con suerte, algunos pulpos. Caminó hacia la derecha, donde un arco de piedra daba a otra playa, esta mucho más pequeña. Se sorprendió al escuchar un chapoteo, y tropezó con un montón de ropa de mujer que había sido abandonado junto a las rocas. Oteó el mar y vio a lo lejos a una sirena con el cabello suelto que nadaba sin preocuparse por ser descubierta. Carraspeó para informarle de su presencia, y la mujer se dio la vuelta y se hundió rápidamente hasta la barbilla para no ser vista. Ailis.

—¿Puede darse la vuelta? —pidió la mujer.

Ewan asintió, se alejó unos pasos del montón de ropa y se giró hacia las rocas, como si le parecieran la cosa más interesante del mundo. Escuchó el crujido de la tela y no pudo evitar imaginar el cuerpo mojado de la joven cubierto solo por una fina camisola empapada que dejaba muy poco a la imaginación. Carraspeó y cambió el peso de un pie a otro para disimular la erección que se había formado debajo del tartán.

—Ya puede volverse.

Ewan tragó saliva ante la visión que tenía ante sí. Aunque ya estaba completamente vestida, Ailis le pareció toda una tentación hecha mujer. Con el pelo mojado y suelto sobre sus hombros, los ojos grises aún más nítidos debido al agua del mar y el rostro salpicado de pecas estaba realmente preciosa. Increíblemente preciosa. En todo el tiempo que habían pasado juntos no se había fijado en aquellas graciosas pecas que salpicaban su nariz. Realmente jamás se había fijado en ella. ¿Por qué demonios lo hacía entonces?

—No sabía que iba a venir tan temprano, laird —dijo Ailis—. Lo siento.

—Soy yo quien lo siente. De haber sabido que estarías aquí no habría interrumpido tu momento de intimidad.

—Cuando la ensenada fue abierta por los Maitland descubrí que me encanta darme un baño al amanecer. Me llena de energía para todo el día. Debería probarlo, laird. No se arrepentirá.

—¿Sugieres que nos bañemos juntos, muchacha? —bromeó él.

—¡Por supuesto que no!

Ewan la miró y descubrió que se había puesto completamente roja. Rio sin poder evitarlo hasta que le dolieron las costillas.

—Solo estoy bromeando, jamás me bañaría con una mujer que no fuera mi esposa —la tranquilizó.

—No estoy acostumbrada a que bromeen conmigo, laird.

—Lo lamento. ¿Quieres acompañarme hasta el otro extremo de la playa? Quiero inspeccionarla bien para poder hacer planes para el futuro.

—Quiero enseñarle algo. Venga.

Ailis echó a correr hacia la otra punta de la playa y le sorprendió arremangándose la falda y adentrándose en el agua hasta las rodillas.

—¡Vamos, venga por aquí! —le animó.

Ewan la siguió y vio una pequeña cueva excavada en la roca. Ailis apoyó las manos en un saliente, dio un salto y apoyó sus rodillas sobre la roca, colocándose en la entrada de la cueva. Ewan la siguió, aunque con mucha menos dificultad.

—La descubrí una mañana mientras nadaba —explicó Ailis—. Dentro hay cosas maravillosas.

Ewan la siguió hasta el interior de la cueva. Las paredes de la entrada estaban erosionadas por el agua salada, mostrando texturas rugosas y colores variados de la roca. La luz del sol se

filtraba desde el exterior, iluminando parcialmente el interior de la cueva y creando reflejos en las formaciones de calcita cercanas a la entrada. Ailis tanteó el suelo hasta encontrar una antorcha que encendió con un trozo de yesca que llevaba en el bolsillo de su ropa. La cueva se iluminó descubriendo un suelo irregular con algunos charcos de agua, con infinidad de formaciones de calcita formando un bello paisaje de columnas y pilares. Al fondo, un agujero en el techo de la cueva iluminaba un pequeño lago formado posiblemente por las mareas.

—Increíble —susurró Ewan mirando alrededor—. Esta puede ser la salvación de los Sinclair, muchacha.

—No entiendo.

—Observa esas formaciones en las paredes y el techo de la cueva. Eso es calcita, un mineral muy versátil que tiene muchos usos importantes. Se puede convertir en cal y cemento para construir edificios y otras estructuras. También se usa en la fabricación de vidrio y como pigmento en la industria de la pintura. En la agricultura se utiliza para mejorar la calidad del suelo. Esta mina es todo un tesoro. Has descubierto el tesoro de los Sinclair.

—Y nadie antes se ha percatado de su existencia —bufó Ailis.

—George y William estaban demasiado ocupados para preocuparse en buscar formas de enriquecer al clan. Por suerte, yo no lo estoy. Vamos, salgamos de aquí antes de que suba la marea.

Ewan ayudó a Ailis a bajar el escalón de piedra tomándola por la cintura. Ailis apoyó las manos sobre los hombros de su laird, y se dio cuenta de que sus rostros quedaron a escasos centímetros. Sus alientos se mezclaron, pero Ewan volvió rápidamente la cara y la dejó con cuidado en la orilla. Caminaron hacia la aldea hablando de las muchas posibilidades que les brindaba aquel magnífico descubrimiento. Se encontraron con Kirk en el acantilado, y Ailis se despidió de ellos alejándose hasta la aldea. Ewan la siguió con la mirada hasta que se perdió entre los árboles.

—¿Me estás escuchando?

Se volvió hacia su hermano y se dio cuenta de que no había oído una palabra de lo que había dicho. Kirk sonrió desviando la mirada hacia donde se había perdido la joven.

—¿Te gusta? —preguntó.

—No digas bobadas.

—No has escuchado ni una sola palabra de lo que te he dicho —insistió Kirk cruzándose de brazos.

—Solo me aseguro de que llegue a salvo a la aldea.

—Lo que tú digas...

—¿Vas a decirme de una vez qué es lo que quieres?

—Ah, eso... Te decía que he enviado a Ryan y a Callum con el hermano de la muchacha y diez soldados más a cazar algunos animales para pasar el invierno. Cuarenta hombres se encargan de la seguridad de la aldea, diez nos acompañan a Rory y a mí a conseguir pescado, y el resto se han quedado ayudando a reparar los daños de la aldea.

—Estupendo. He hecho un gran descubrimiento hace un rato. En realidad, la muchacha lo hizo. Hay una cueva de calcita no muy lejos de aquí. Si construimos un embarcadero podremos utilizarla para comerciar con otros clanes y olvidarnos de los Mackay, los Gunn y los Oliphant.

—¿No vas a intentar aliarte con ellos?

—Por el momento no. Somos demasiado vulnerables y aprovecharán la más mínima oportunidad para atacarnos. Es mejor esperar.

—El invierno está demasiado cerca para empezar a construir el embarcadero ahora.

—Esperaremos hasta la primavera. Por ahora nos centraremos en conseguir alimentos para pasar el invierno y arreglar las cabañas de los aldeanos. ¿Has visto el estado de todas ellas?

—Lo he visto, sí.

—Voy a ir a hablar con el herrero. Necesitamos herramientas para poder conseguir madera. Saldré yo mismo con algunos hombres para no retrasar la recogida de alimentos.

—Iré contigo.

—Te necesito aquí, Kirk.

—Los aldeanos se han ofrecido voluntariamente a ayudar. Estarán aquí en breve con redes para empezar con la pesca, Rory puede encargarse de supervisarlos.

—En ese caso, puedes venir conmigo.

Se encaminaron hacia la casa del herrero, que resultó ser el padre de los jóvenes que viajaron hacia Dornoch. En cuanto los vio llegar, se arrodilló para recitar un juramento similar al de su hijo, pero Ewan le hizo levantarse rápidamente.

—No es necesario eso ahora mismo...

—Hasson, laird.

—Es un placer conocerte, Hasson. Estoy aquí para preguntarte si sería posible conseguir algunas herramientas para obtener madera. Quiero reparar las cabañas que estén dañadas antes de la primera nevada.

—Va a ser difícil poder arreglarlas todas, laird. El invierno se acerca demasiado deprisa y son muchas las que están dañadas, pero tengo algunas herramientas que pueden serle de utilidad. Acompáñeme.

Siguieron a Hasson hasta un pequeño cobertizo situado junto a la fragua. Era pequeño, pero lo bastante amplio para almacenar herramientas de todo tipo: azadas, hachas, rastrillos, palas, martillos, sierras, hoces y cualquier tipo de herramienta que pudiera llegar a necesitar.

—Tienes aquí una increíble colección, Hasson —le felicitó su laird.

—He trabajado sin descanso desde la llegada de los Maitland, laird.

—¿Y de dónde has sacado el hierro? —preguntó Kirk con curiosidad.

—Hay un pequeño yacimiento en *Burn Broch*^[11], a seis horas a caballo de aquí. Mi hijo y yo nos hemos encargado de extraer el mineral y traerlo al poblado, señor.

—¿Esas tierras pertenecen a Caithness? —preguntó Kirk.

—Desde luego, señor. Jamás me atrevería a adentrarme en terreno enemigo por mi cuenta.

—Quiero que me lles a ese lugar, Hasson —dijo Ewan—. Puede sernos de utilidad en un futuro.

—Por supuesto. Si quiere mañana mismo...

—Primero debemos ocuparnos de asuntos más importantes —le interrumpió su laird—. ¿Tienes reservas de hierro suficientes para pasar el invierno?

—Creo que sí, laird. Algunos Maitland me ayudaron antes del asunto de Gregor.

—Es mejor que no nos arriesguemos. Mañana partirás con diez hombres hacia *Burn Broch*. Consigue el hierro que consideres necesario y regresa a casa.

—Como ordene, laird.

—Por ahora nos llevaremos las herramientas que necesitaremos para conseguir madera. Tras el invierno sería bueno construir casas más robustas, pero por el momento tendremos que aguantar con lo que tenemos.

Ailis entró en la herrería como una exhalación, topándose de bruces con el pecho musculoso de su laird. Ewan se quedó sin respiración debido al golpe, pero logró sujetarla a

tiempo de evitar que terminara de bruces contra el suelo. Sus ojos grises se elevaron y una sonrisa se dibujó en los labios de la joven. Sintió un vuelco en el estómago y su miembro se endureció. Maldita fuera su libido. Soltó a la mujer abruptamente, se dio la vuelta y se dirigió al castillo sin decir ni una palabra. No podía desearla. No era el momento, ni mucho menos el lugar.

Capítulo 10

A la mañana siguiente, Ailis se dirigió al bosque para recoger frutos silvestres con algunas jóvenes de la aldea, incluida Tavie. Las acompañaban media docena de hombres, a los que la joven no dudó en poner a trabajar. Mientras las jóvenes recogían moras, arándanos, grosellas o escaramujos, Tavie se encargó de recolectar setas y ella se dedicó a las plantas medicinales: ortiga, para aliviar el dolor de las articulaciones; manzanilla y menta, para la digestión; consuelda, para tratar heridas; y cola de caballo, para detener el sangrado.

Estaba tan concentrada en sus tareas que no vio a Ewan hasta que estuvo junto a ellas. El laird se acercó a su hermana y colocó un mechón de pelo que se había soltado de su trenza detrás de su oreja.

—¿A dónde vas? —preguntó Tavie.

—Voy con los soldados a conseguir madera para reparar algunas casas. ¿Eres capaz de diferenciar las setas? —preguntó Ewan sorprendido.

—Ailis me enseñó —asintió Tavie orgullosa de sí misma—. Las setas venenosas suelen tener colores brillantes, láminas blancas, un anillo en el tallo y un bulbo en el pie.

—¿De veras?

—También se pueden diferenciar por el olor, las setas venenosas tienen un olor desagradable. Y su tacto suele ser viscoso, no suave como el de estas. Toca.

Ewan pasó el dedo sobre una seta de las que le ofrecía su hermana y asintió.

—Es muy útil saber ese tipo de cosas, deberías enseñárselo a los soldados por si volvemos al campo de batalla —pidió.

—No sería capaz de hacerlo —reconoció Tavie sonrojándose—. Creo que deberías pedírselo a Ailis, ella es mucho mejor en esto que yo.

—Por supuesto que puedes hacerlo —replicó Ailis desde su lugar junto a las zarzas—. De hecho, tendrás que hacerlo, yo estoy muy ocupada con mis propias tareas.

—De acuerdo... Lo intentaré.

Ewan sonrió, acarició la mejilla de su hermana con cariño y se despidió de ella para alejarse hacia una zona más poblada de árboles. Ailis podía verle desde donde se encontraba, e inconscientemente se vio observándole mientras recolectaba las plantas. Escuchó el suspiro de Elspeth, una de las jóvenes que recogían frutos, y sonrió.

—¿Cansada? —preguntó Ailis.

—No suspira por eso —rio Cait, otra de las muchachas—. A Elspeth le gusta uno de los soldados del laird.

—Nunca hubiera imaginado que los Sutherland fueran tan apuestos —reconoció Elspeth—. Sobre todo Rory Sutherland. Se me acelera tanto el corazón cuando lo veo que temo morir en cualquier momento.

—Eres una exagerada —rio Tavie—. Rory no es tan apuesto. Mis hermanos lo son mucho más. ¿Verdad, Ailis?

La aludida se atragantó con el agua que estaba bebiendo de una bota de cuero, echándose todo el líquido sobre el vestido.

—Creo que hay cosas más importantes en las que pensar, ¿no os parece? —protestó.

—¿Cómo hacerlo con semejantes vistas? —suspiró Cat.

Ailis siguió la mirada de la joven y sintió su pulso acelerarse. Los soldados que le acompañaban se habían desecho de la camisa debido al calor y al esfuerzo de serrar los árboles. Podía ver el sudor correr por el cuello de Ewan, y bajar hasta perderse debajo de su camisa. Pronto imitó a sus soldados, descubriéndose hasta la cintura. Ailis se espantó al descubrir la cantidad de cicatrices que marcaban su ancha espalda. ¿Quién demonios le había hecho aquello?

—Dios santo... —susurró.

—Algunas se las hizo mi padre —explicó Tavie entendiendo perfectamente su exabrupto—. Otras se las hicieron los Gunn.

—¿Cuántos años tenía? —preguntó Elspeth en un hilo de voz.

—Menos de diez.

Un silencio sepulcral se instaló entre las mujeres, que continuaron cada una con su tarea sin volver a abrir la boca. Poco después llegó Kirk Sutherland, que había estado pescando.

—¿Ya has vuelto? —preguntó Tavie mirándole con una sonrisa.

—Tu hermano es el mejor pescador de las Highlands, pequeña —se jactó el soldado—. He logrado pescar más de una docena de peces.

—¿Y cuántos han pescado los demás?

—Cerca de un centenar entre todos —confesó Kirk haciéndolas reír—. ¡Oye! No he pescado en mi vida, debo tener algún mérito, ¿no?

—Creo que por ahora deberías seguir siendo soldado —rio Tavie—. Si dependiese de ti nuestra alimentación estaríamos acabados.

Viendo que Tavie estaba a buen recaudo con su hermano, Ailis se alejó para encontrar musgo fresco. Sería útil para reparar los tejados, y podía llevarse la carretilla para cargar una buena cantidad hasta el poblado. Las voces de los demás se empezaron a escuchar lejanas, pero Ailis continuó caminando hasta las rocas. Estuvo un buen rato trabajando, hasta que consideró que no podría llevar más peso. Se puso de pie para sacudirse el vestido y escuchó detrás de sí un gruñido profundo. Se quedó congelada en el sitio. No quería girarse, por Dios que no quería hacerlo, pero debía averiguar qué animal era el que estaba detrás de ella. Se dio la vuelta despacio, muy despacio, y vio a varios metros de ella un enorme jabalí de color oscuro mirándola fijamente.

—Vamos, cerdito... márchate de aquí —canturreó, aunque estaba muerta de miedo—. Cerdito... aléjate...

Su sangre se congeló cuando vio al animal correr hacia ella. No podía moverse, era incapaz de hacerlo, pero de pronto se vio lanzada por los aires como si fuera un saco de grano. Quienquiera que la había levantado corría hacia los árboles y la elevó hasta que pudo rozar una rama con los dedos.

—¡Vamos, sube! —Era la voz de Ewan—. ¡Maldita sea, date prisa!

Ailis reaccionó y escaló por el árbol hasta sentarse en la rama. Ewan escaló tras ella, pero el jabalí consiguió alcanzarle en la pantorrilla antes de que pudiera subir a la rama también.

—¡Estás herido! —exclamó Ailis al ver la sangre correr por su pierna.

—No es grave, le pediré a Roderick que la cosa cuando volvamos.

—¿Y cómo vamos a volver? Ese monstruo no parece tener intención de rendirse.

El jabalí continuaba embistiendo al árbol, que se zarandeaba con cada golpe.

—Sujétate bien, mujer —ordenó Ewan—. Mis hombres llegarán en breve. ¿Y qué demonios hacías aquí sola? Os dije un millar de veces que no os separaseis de los soldados.

—Quería conseguir musgo para reparar los tejados —respondió señalando la carretilla abandonada—. No me había dado cuenta de que me he alejado tanto.

—Procura llevarte siempre a uno de los hombres contigo, aunque creas que no vas a alejarte. Me has dado un susto de muerte, maldita sea.

—¿Yo? —exclamó sorprendida.

—Pensé que Gregor te había atrapado —reconoció Ewan—. Me contaste que había intentado hacerte daño y...

—Lo siento, ni siquiera pensé en Gregor al alejarme. ¿Te duele mucho?

—Sobreviviré.

—Déjame al menos que vende la herida.

Rasgó un trozo del bajo de su camisola para envolver con él la pantorrilla de su laird. Para lograrlo el hombre tuvo que subir la pierna sobre su regazo, lo que incomodó a ambos. Sacó de su morral algunas plantas de cola de caballo y las puso sobre la herida abierta para detener el sangrado. Ewan tenía razón, la herida no era demasiado profunda y se curaría fácilmente, dudaba que necesitara ser cosida. Esperaron pacientemente la llegada de los soldados, pero el tiempo pasaba y nadie aparecía.

—A este paso nos encontrarán antes los rebeldes que mis hombres, maldición —protestó el laird.

—No me he alejado tanto.

—Nosotros ya íbamos de vuelta cuando me he dado cuenta de que no estabas.

—Lo siento.

—Deja de disculparte, fue suficiente con la primera vez.

—¿Este animal no va a cansarse nunca? —protestó mirando al jabalí, que se había tumbado justo debajo de ellos.

—Parece que le has gustado, muchacha —bromeó Ewan.

—Peor para él, cuando lleguen los soldados lo matarán y nos servirá para estofado.

—Lo tendrá bien merecido por intentar zamparse mi pierna, maldición. Tendré una cicatriz más en mi colección.

—Tuvo que ser duro —susurró Ailis recordando su espalda.

—¿El qué?

—He visto tu espalda antes. Tienes tantas marcas que...

—Apenas lo recuerdo. Cuando Murray Sutherland me adoptó decidí olvidarme de todo aquello para poder empezar una nueva vida.

—Me alegro.

—También es un nuevo comienzo para los Sinclair, Ailis. Me encargaré de hacer de este clan uno de los más importantes del país, te doy mi palabra.

—Solo queremos la paz, laird. Queremos tener un laird justo que proteja a su gente por encima de todo, que se asegure de que no pasemos hambre ni frío, nada más.

Una flecha cruzó el aire y se clavó entre los ojos del jabalí. Poco después los soldados irrumpieron en el pequeño claro encabezados por Kirk, que se detuvo en seco al ver a su hermano sentado en la rama del árbol.

—¿Se puede saber dónde demonios estabais? —protestó Ewan.

—¿Y se puede saber qué demonios haces ahí subido? —respondió Kirk con una ceja arqueada.

—Estoy herido, cabeza de chorlito. Ayúdanos a bajar.

Los soldados bajaron a Ailis sin dificultad, que se detuvo lo más lejos posible del jabalí

observando cómo bajaban a su laird. Por desgracia, el kilt de Ewan quedó enganchado en la rama y terminó hecho jirones, dejando a la vista más de lo que a nadie le gustaría enseñar. Ailis se dio la vuelta rápidamente, pero las carcajadas interminables de Kirkland y sus hombres la hicieron reír también.

—¿De qué os reís? —protestó Ewan con humor en la voz— Habéis visto mis vergüenzas más veces de las que puedo llegar a contar.

—Olvidas que hay una mujer delante, hermano —respondió Kirk entre jadeos—. Creo que la pobre no puede estar más mortificada.

—Lo siento, muchacha —se disculpó Ewan—. No pensé que al árbol le hubieran gustado tanto nuestros colores.

—Es normal que le gusten, laird —continuó ella la broma—. Son los mejores colores de las Highlands.

—Suerte que ha sido mi kilt y no tu falda —rio su laird—. De lo contrario habría tenido que arrancarle los ojos a mis soldados.

—¿También a mí? —preguntó Kirk riendo.

—Incluso a ti.

—¿Y qué hay de usted, laird? ¿Se habría arrancado también los ojos?

Ewan se mordió la lengua para no contestar. No se habría arrancado los ojos, no. Le habría arrancado la ropa. Porque aquella mujer cada vez le gustaba más y no podía hacer nada para evitarlo. Debería sentirse mal, apenas hacía una semana que Mai le había abandonado, pero Ailis Sinclair era, sencillamente... excitante. Se envolvió el cuerpo con el plaid que uno de los soldados le ofreció y encabezó la marcha hacia la aldea.

—Vamos, mujer —pidió—. No voy a perderte de vista de nuevo. Quién sabe lo que me vea obligado a hacer la próxima vez que te pierdas...

—El jabalí tuvo la culpa, no yo —respondió ella mirándole con picardía—. No es culpa mía que nuestros colores sean tan atrayentes, laird.

La carcajada de Kirk le hizo sonreír a él también. Ailis Sinclair era toda una aventura que él estaba más que dispuesto a descubrir. Pero aún había demasiadas cosas por hacer y muy poco tiempo hasta la primera nevada...

Aquella noche también comieron en el patio del castillo. Esta vez fue el jabalí que los atacó el que fue asado. Cuando Ailis llegó, vio a su laird apoyado contra el tronco de un árbol charlando animadamente con dos de sus hombres. A primera vista parecía estar bien, pero el blanco de la venda que cubría su pierna derecha destacaba en la oscuridad de aquella noche sin luna. Casi sin darse cuenta estaba dirigiéndose hacia él, que fijó su mirada intensa en Ailis cuando se percató de su cercanía. Sus hombres sonrieron, palmearon la espalda de su laird como si fueran viejos amigos de correrías y se alejaron para mezclarse con la gente del pueblo.

—¿Cómo está tu pierna? —dijo Ailis cuando estuvo cerca de él.

—¿Estás preocupada por mí, mujer? —respondió Ewan arqueando una ceja.

—¡Por supuesto que no! Es solo que te heriste por tratar de salvarme, me siento culpable, nada más.

—Se ha infectado. Roderick piensa que tendrá que cortármela.

—¡No es posible! —exclamó ella acercándose e intentando sujetarle la pierna, pero él se lo impidió— Coloqué cola de caballo como me dijo y...

—Estaba bromeando, Ailis —la interrumpió Ewan—. Solo estaba burlándome.

Ailis se incorporó, enderezó la espalda y le miró con fastidio. Realmente había creído que

la herida se había infectado. ¡Su laird era un hombre horrible!

—Si ya ha terminado de burlarse de mí, laird, me marchó —espetó dándose la vuelta.

—Vaya... volvemos a los formalismos.

—¿Perdón?

—Empezaste a tutearme cuando estábamos sobre aquella rama, ¿y ahora te retractas?

—Yo no le tuteé en ningún momento, laird. Yo...

—Me tuteaste —insistió Ewan dando un paso hacia ella—. Y acabas de tutearme cuando me has preguntado por mi herida. ¿Va a resultar que eres tú quien necesita las atenciones de Roderick porque estás perdiendo la memoria?

—Si lo hice lo siento mucho. No era mi intención hacerlo.

—Oh, pero me gustó que lo hicieras. Todos en el pueblo andan con pies de plomo a mi alrededor, ha sido refrescante que tú no lo hagas, aunque solo haya sido por unos breves momentos.

—Sus hombres no caminan con pies de plomo a su alrededor, laird. Y tampoco sus hermanos.

—Ellos no cuentan. Mis hermanos son mi familia, y mis soldados me conocen desde que llegué a Dornoch siendo niño, nos hemos criado juntos.

—Tal vez debería tener un poco de paciencia. Dicen que es una virtud, pero al parecer usted carece de ella.

—Tienes razón, muchacha. Debería tener paciencia y esperar que confiéis en mí, pero vosotros ni siquiera lo intentáis.

—¡Eso no es cierto! Nos estamos esforzando mucho por aceptar a los Sutherland, aun después de que hemos sido enemigos durante años.

—La enemistad no tenía nada que ver con el clan.

—Sin embargo, fuimos los únicos que pagamos las consecuencias.

Ewan se mordió el labio para no responder, porque Ailis tenía toda la razón. Siempre, en cualquier enfrentamiento bélico, los que pierden no son los gobernantes, sino la gente corriente que depende de ellos.

—Tienes razón, y lo siento —la sorprendió diciendo—. Siento que muchos de los tuyos hayan perdido la vida en una guerra que no tenía nada que ver con vosotros.

—Mi prometido fue uno de ellos —susurró Ailis sentándose a su lado—. Murió en la batalla de *Clynnetradwell* defendiendo unos ideales que no compartía.

—Lo lamento. ¿Puedo saber su nombre? Tal vez...

—No merece la pena hurgar en el pasado, laird —le interrumpió—. Los únicos culpables de su muerte han fallecido, es lo único que importa.

—¿Has comido? —preguntó Ewan cambiando de tema al ver que la muerte de su prometido era dolorosa para ella.

—Aún no.

—Vamos, te serviré un poco de carne. Teasagh ha preparado una sopa de setas que está deliciosa, te serviré también un poco.

—Usted es el laird, ¿y va a servirme comida?

—Ahora mismo no soy el laird, Ailis. Solo soy un hombre intentando hacer sentir mejor a una mujer.

Ailis le miró y se vio reflejada en aquellos ojos cristalinos. La luz del fuego se reflejaba en sus iris y hacían que se vieran dorados, pero ella sabía que realmente eran tan verdes como los campos de brezo. Su corazón se aceleró ante las palabras de Ewan, pero carraspeó y continuó

caminando hacia donde estaban los soldados que se encargaban de repartir la comida.

—Agradezco el ofrecimiento, laird —dijo—, pero con que me sirvan sus soldados me bastará. Debería relacionarse con otros Sinclair, tiene muchas lealtades que ganarse.

Ewan asintió, sonrió abiertamente y se dio la vuelta para acercarse, como ella había aconsejado, a algunos de los ancianos del clan. Se sentó con ellos, charló e incluso les ofreció comida, pero en ningún momento desvió su atención de ella. Se sentía tan nerviosa por su escrutinio que, en vez de alejarse de él, terminó sentada muy cerca, tanto que podía escuchar la conversación que mantenía con Fergus y Hamist.

—¿Has pensado en casarte, muchacho? —dijo Fergus— Un laird necesita una esposa a su lado.

—Y un heredero, Fergus —asintió Hamist—, alguien tiene que ocuparse del clan cuando nuestro laird muera.

—¿Acaso no ves lo joven que es, viejo cascarrabias? Aún falta mucho para que el muchacho muera.

—Aún no he pensado en casarme —les interrumpió Ewan con risa en la voz—, primero debo ocuparme de preparar el clan para el invierno.

—Por supuesto, muchacho, eso es lo más importante —concordó Fergus—. Tu padre jamás se preocupó ni un ápice por su gente, me alegra que seas diferente a él.

—El único padre que he conocido en mi vida ha sido Murray Sutherland, señor —respondió Ewan—. George Sinclair solo fue el hombre que me engendró.

—Me disculpo por no haber podido haber hecho nada por ti en aquel entonces, muchacho —añadió Fergus—. Deberíamos haberte protegido, pero teníamos demasiado miedo para intentarlo.

—Es un peso que siempre llevaremos en el corazón, laird —asintió Hamist.

—Si lo que sufrí a manos de mi padre sirvió para que protegieran a mi hermana tan bien, me doy por satisfecho.

—Tavie es la persona más dulce de toda Escocia —concordó Fergus—. Es cariñosa y amable, y todo se lo debemos a Teasagh y a Norris, que en paz descansen.

—Debes buscarle un buen marido, muchacho —aconsejó Hamist—, uno que la trate como merece durante el resto de su vida.

—Ella no quiere casarse y no voy a obligarla a hacerlo.

—¿Quiere tomar los hábitos? —preguntó Hamist con curiosidad.

—Quiere permanecer soltera, eso es todo.

—¿Dónde se ha visto semejante calamidad? —exclamó Fergus llevándose las manos a la cabeza— ¿Una mujer sin marido?

—Entiendo su punto de vista —respondió Ewan encogiéndose de hombros—. Pero confío en que, con el tiempo, terminará por cambiar de opinión.

—¿La casarás con alguno de tus soldados?

—La casaré con quien quiera que ella elija como pareja de vida. No me interpondré en sus deseos a menos que el elegido sea un criminal, por supuesto.

—Como podéis ver, tengo el mejor hermano que una mujer puede desear —añadió Tavie acercándose y entregándole una bota de agua a Ewan, que aceptó con una sonrisa—. Dijisteis que su majestad me casaría con alguien de la corte, pero en vez de eso me reveló que tenía un hermano.

—Pensábamos que el *Deamhan Dubh* no querría saber nada de ti, muchacha —reconoció Fergus.

—¿Por qué haría tal cosa? —se ofendió Ewan.

—Por sus venas corre sangre Sinclair y siempre has dicho que acabarías con todos nosotros —respondió Hamist.

—No sabía que tenía una hermana, maldición. Nadie me lo dijo.

—Porque nadie fuera de estas tierras lo sabía —dijo Fergus.

Tavie se enzarzó en una discusión con los dos ancianos, excluyendo completamente a su hermano. Ewan sonrió, se levantó y se acercó a donde se encontraba Ailis, sentándose en la roca en la que ella estaba sentada.

—Tú eres mucho más interesante que esos dos —dijo ante la pregunta no formulada de ella.

—Hay más gente a la que debe ganarse, laird.

—No me moveré de aquí hasta que no vuelvas a tutearme.

—¿Si lo hago me dejará en paz?

—Tal vez.

—Bien, Ewan Sinclair, ya te estoy tuteando. Puedes marcharte.

—¿A qué se debe toda esa hostilidad hacia mí? Hace un rato no eras así.

—Estoy cansada y quiero irme a dormir, eso es todo.

Decía la verdad... a medias. Se sentía cansada y quería irse a la cama, pero el haber hablado de John le había traído muy malos recuerdos. ¿Cómo iba a hablar de buena gana con la persona que lo mató?

—Vamos.

Ewan se levantó y la tomó de la muñeca. En su camino hacia la entrada del castillo interceptó a su hermano y le dijo algo al oído que ella no pudo oír. Acto seguido, la llevó hasta la aldea, soltando su mano cuando entraron al poblado. Caminaron sin mediar palabra. Ewan parecía recordar cuál era su casa, porque caminaba en la dirección correcta sin que ella le guiara.

—¡Socorro! ¡Que alguien me ayude!

Aquel grito desesperado de mujer cortó el silencio de la noche. Rhona, una de las viudas de la aldea, se acercaba hacia ellos corriendo desesperada. Se clavó de rodillas a los pies de Ewan y sujetó su kilt entre los dedos llorando desconsolada. Ewan, en vez de molestarse y golpearla como habrían hecho sus predecesores, la levantó del suelo con suavidad y la sujetó hasta poder sentarla en el banco de entrada de la casa de Teasagh.

—Respire... —pidió— Vamos, cálmese y cuénteme qué ocurre.

—Mi hijo... mi pequeño... ¡Ha desaparecido!

—¿Mervin ha desaparecido? —exclamó Ailis.

—Cuando terminamos de cenar, le llevé a la cabaña para que descansara. Uno de los soldados le prometió que le llevaría a pescar mañana por la mañana y estaba tan excitado por la noticia que no era capaz de conciliar el sueño. Fui a apagar el fuego de la cocina para no malgastar madera, y cuando regresé a la habitación ¡había desaparecido!

—Tranquilícese, le encontraremos —la calmó Ewan—. ¿Dónde lo ha buscado?

—He buscado en cada rincón de la aldea, pero no me he atrevido a ir a la ensenada o el bosque por miedo a encontrarme con los desertores.

—Has hecho bien, es muy peligroso salir sola de la aldea, mucho más de noche —asintió Ailis.

—Regrese a casa por si Mervin regresa —ordenó Ewan—. Mis hombres y yo le buscaremos.

—Vamos, me quedaré contigo hasta que regresen —se ofreció Ailis—. Te prepararé un

vaso de leche caliente con melisa para que te calmes.

Ewan corrió hacia el castillo. En cuanto expuso la situación, todos los aldeanos se ofrecieron a buscar al niño, que había quedado huérfano cuando apenas era un bebé. Ewan pensó que, dado que se sentía excitado por ir a pescar al día siguiente, lo más seguro era que hubiera ido a la ensenada. Se dirigió hacia allí seguido de algunos hombres, pero no logró verlo por ninguna parte. Estaba a punto de darse la vuelta cuando el llanto del pequeño logró escucharse a través del sonido de las olas.

—¡Maldita sea!

Corrió hacia la cueva que había descubierto con Ailis. El pequeño se encontraba sentado en la roca, sujetándose las rodillas mientras lloraba. La marea había subido y era imposible que pudiera salir de allí, pero parecía estar ileso.

—¡Mervin! —gritó, y el niño le miró con sorpresa— Voy a sacarte de ahí, ¿de acuerdo? No te muevas.

—¡Las olas son muy fuertes, señor!

—No tengas miedo y quédate quieto, estaré ahí en un momento.

Ignorando las advertencias de sus hombres, Ewan se adentró en el agua. Nadó hacia la entrada de la cueva, se agarró a la roca y se impulsó hacia arriba para poder llegar hasta el niño. Su pierna herida chocó contra las rocas produciéndole una punzada de dolor, pero lo ignoró y subió hasta que estuvo junto al pequeño. Mervin se abrazó a su cuello en cuanto Ewan se agachó a su lado y rompió a llorar de nuevo.

—Ya está... estás a salvo...

—Solo quería coger unas caracolas para mamá —sollozó Mervin—. Quería darle una sorpresa. Escalé por la roca porque en aquella parte son más grandes, pero el agua empezó a subir y...

—Deja de preocuparte, todo está bien ahora.

—¿Cómo vamos a salir? Ha tenido que venir nadando y yo no sé nadar.

—Te enseñaré a nadar, ¿de acuerdo? Por ahora solo tienes que quedarte en mi espalda y agarrarte a mis hombros. A mis hombros, no a mi cuello, o de lo contrario me ahogará y ambos moriremos, ¿de acuerdo?

El niño asintió solemne y Ewan se puso en cuclillas de espaldas a él para cargarlo en la espalda. Mervin envolvió sus pequeñas piernas en la cintura de Ewan, que se deslizó hasta el agua y comenzó a nadar hasta la orilla. En cuanto estuvieron cerca los soldados se apresuraron a ayudarlos, y una hora después de que se encontraran con Rhona su pequeño estaba en casa.

—¡Dios santo, mi hijo! —lloró la mujer arrodillándose junto a él para abrazarle— ¿Dónde demonios te habías metido? ¿Por qué has salido de noche? ¡Te voy a...

—Rhona —la interrumpió Ewan—, yo me encargo.

—No quiero molestarle, laird.

—Es mi obligación como señor de estas tierras ocuparme de todos sus habitantes, incluidos los niños. ¿Puedo...

—Por supuesto, laird.

Ewan se alejó con Mervin hasta un árbol cercano. Estaban lo suficientemente cerca como para que Ailis y Rhona pudieran verlos, pero no era posible escucharlos. Ewan sentó al pequeño sobre una enorme roca y empezó a hablar paseándose de un lado a otro con las manos sujetas a la espalda. Parecía realmente calmado, pero a cada palabra el niño agachaba más y más la cabeza, visiblemente avergonzado.

—¿Crees que le pegará? —preguntó Rhona sin apartar la mirada de su hijo.

—Se merece unos buenos azotes por lo que ha hecho —respondió ella.
—Lo sé, pero ha crecido sin un padre que lo guíe y es tan pequeño...
—Parece que no va a hacerlo —señaló Ailis al verlos acercarse.
—A partir de mañana Mervin vendrá todas las mañanas al castillo para aprender a leer y escribir —dijo Ewan—. Cuando termine sus lecciones podrá ir con Rory a la playa, pero no antes.
—Como ordene, laird —dijo Rhona.
—¿Nadie se encarga de enseñar a los niños a leer y escribir en la aldea? —preguntó su laird.
—Antes lo hacía Hamist, pero es demasiado viejo y apenas ve —respondió Ailis.
—En ese caso, yo mismo me ocuparé. ¿Puedo pedirte un favor, Ailis?
—Por supuesto.
—Mañana, antes de marcharte al bosque, reúne a todos los niños y llévalos al castillo. Es muy importante recolectar comida, pero también mantener a los niños ocupados para que sus padres puedan hacerlo.
—Gracias por todo, laird —agradeció Rhona—. Estaré siempre en deuda con usted.
—No me des las gracias, es mi deber como vuestro laird.
Ewan y Ailis se dirigieron hacia la herrería sin mediar palabra. Ailis no dejaba de mirarle, y al final Ewan tuvo que sonreír ante su escrutinio.
—¿Por qué me miras tanto? —preguntó.
—¿Por qué no le has dado una azotaina? Se la tiene bien merecida.
—El niño solo quería hacer feliz a su madre encontrando algunas caracolas para comer. Estaba asustado y tenía frío cuando lo encontré, creo que ya ha aprendido la lección.
—¿Qué le has dicho entonces?
—Oh, eso... Le he dicho que ahora es el hombre de la casa, que es responsable de su madre y que no puede andar haciendo travesuras y preocupándola. Que los hombres protegemos a las mujeres, no le causamos dolor. Parece que lo ha entendido.
—Vaya... Jamás pensé que el *Deamhan Dubh* disciplinara a sus hombres con palabras.
—A mis hombres no, Ailis, solo a los niños. A mis hombres los disciplino con trabajo duro... y algún que otro revolcón en el polvo.

Capítulo 11

La noche de Samhain llegó y, con ella, la primera nevada del año. Por suerte, habían conseguido recolectar comida suficiente para pasar un invierno medianamente aceptable. Además, hacía unos días habían llegado varios carros de comida, enseres y algunos animales de parte de los Sutherland, entre los que se encontraban ropa de abrigo de todos los tamaños, mantas, trigo, avena, maíz, gallinas y pollos, una pareja de cerdos y otra de vacas. Por otra parte, las reparaciones de la aldea habían terminado sin mayores incidentes y todo el mundo estaba listo para el frío invierno.

Ailis se puso su capa nueva de armiño (Tavie se la había regalado de parte de los Sutherland en agradecimiento por todo lo que había hecho por ella) y se dirigió como cada mañana al castillo. Desde que Ewan había empezado a enseñar a los niños de la aldea ella se había ofrecido a echar también una mano, y se dedicaba a mostrar a las niñas algunas tareas básicas como coser un botón o pelar algunas verduras. Aquel día tenía preparada una sorpresa: las enseñaría a sacar agua de la nieve fresca. Sabía perfectamente que aquella actividad terminaría en una guerra de bolas de nieve, y estaba deseando que aquello ocurriera.

En cuanto llegó al castillo Sinclair, Tavie se acercó a ella para abrazarla y la tomó del brazo para llevarla a la sala que el laird había habilitado para sus clases.

—Hoy daremos la clase al aire libre —explicó deteniéndola—, y estoy segura de que te encantará unirme a nosotras.

—¿Qué haréis?

—Voy a enseñar a las niñas a sacar agua de la nieve recién caída. Pronto sus padres no las dejarán salir de casa y quiero que tengan un último día de diversión.

—Me parece una idea estupenda, iré con vosotras.

—¿A dónde vais?

Ailis se volvió hacia Kirk Sutherland con una sonrisa. Con el paso del tiempo había descubierto que era un hombre encantador, atento y responsable. Su laird confiaba plenamente en él, y aunque al principio Ailis había pensado que lo hacía porque eran familia, con el tiempo descubrió que Kirkland se había ganado esa confianza por sus actos, y no por los lazos familiares.

—Ailis va a llevar a las niñas afuera para que puedan jugar con la nieve después de su clase de hoy —explicó Tavie—. ¿Nos acompañas?

—Me dirijo al campo de entrenamiento en este momento, pero me uniré a vosotras en cuanto termine.

—¿Cómo van los entrenamientos de los nuevos soldados? —preguntó su hermana.

—Los Sinclair son inexpertos, pero tienen ganas de aprender y son perseverantes. Están teniendo buenos resultados antes de lo que Ewan y yo esperábamos, lo que es una satisfacción para todos. Debo marcharme, los soldados me esperan.

El hombre revolvió el cabello de su hermana con cariño.

—Pórtate bien, no le des problemas a Ailis, ¿de acuerdo? —advirtió.

—¡Siempre soy buena! —se quejó Tavie.

Kirk sonrió y se alejó hacia la puerta. Tavier volvió a engancharse del brazo de su amiga y caminaron hasta el patio de atrás, donde estaban los abrevaderos. Las niñas ya se encontraban allí, resguardadas de la nieve bajo el techado que servía para cubrir los utensilios de lavar la ropa. La clase terminó antes de lo que Ailis hubiera querido. Una bola de nieve voló de alguna parte y se estampó de lleno en su espalda. Cuando se volvió descubrió con sorpresa que no era otro que Ewan Sinclair, que se carcajeaba a pocos metros de ella, el artífice del ataque. Los niños que debían estar aprendiendo con él se encontraban a su espalda, riendo como pequeños diablillos endemoniados.

—Lo siento —dijo el laird entre jadeos—. La bola de nieve iba dirigida a...

No le dio tiempo a decir ni una palabra más. Ailis preparó rápidamente una bola de nieve que no tuvo ningún reparo en lanzarle, causando sorpresa en todos los niños presentes.

—Yo también lo siento, laird —respondió con una sonrisa malévola—. Se me escapó.

—¿Se te escapó? —Ewan arqueó una ceja agachándose lentamente para hacerse con otra bola de nieve— ¿En serio?

—¿Has terminado con tus clases, hermano? —preguntó Tavier intentando distraer a Ewan.

—Hace rato —respondió sin apartar la mirada de Ailis—. Kirk me dijo que ibais a jugar con la nieve y pensé en unirme a la diversión. ¡Ya!

Al grito de su laird, los niños comenzaron a tirar bolas de nieve hacia las niñas. Pronto el patio se convirtió en un revuelo de bolas de nieve, risas y diversión. Kirk se unió a la pelea poco después y terminó sepultado por una montaña de nieve cuando Ewan le ordenó a los pequeños atacarle en pelotón. Fue un auténtico caos, Ailis terminó completamente empapada y vio por el rabillo del ojo que el cabello de Tavier se había soltado de su peinado. Jadeaba, pero no podía borrar la sonrisa de sus labios. Tenía la mirada fija en Ewan, que la acechaba con una enorme bola de nieve en la mano. Daban vueltas alrededor uno del otro cuando, de repente, su laird dio un salto y cubrió a Kirk con su cuerpo, recibiendo una flecha en el hombro.

Ante el grito de guerra de Kirk, un centenar de soldados aparecieron de la nada. Agruparon a todos los niños y las mujeres y los apresuraron a entrar al castillo, pero Ailis se retorció para intentar llegar hasta Ewan. Su corazón se había detenido cuando vio la punta de la flecha atravesar su hombro derecho.

—¡Suéltame, maldición! —protestó— ¡Tengo que ver la herida!

—¡Estate quieta, mujer! —Era Ryan, uno de los soldados—. ¡Debo ponerte a salvo para poder ocuparme de él!

—¡Ve a buscar a quien ha hecho esto! ¡Va a escapar, maldita sea!

—Ya hay hombres en su busca, ¿acaso crees que nos entrenamos ayer?

Aunque reticente, Ailis se dejó llevar hasta la mansión. Poco después Kirk apareció con Ewan colgado del hombro. Parecía estar dolorido, pero se dejó caer en una silla y no consintió subir a su habitación.

—¡Deberías esperar al médico, maldito cabezota! —protestaba Kirk.

—He dicho que no es necesario. Parte el astil para que pueda sacarla.

—¿Para causarte un daño mayor? Olvídalo, no pienso hacer nada hasta que llegue Roderick.

—¿Le has mandado llamar?

—¡Pues claro que lo he mandado llamar! ¿Acaso crees que estás en el campo de batalla? Si te sacas la flecha así te...

No le dio tiempo de terminar la frase. Ewan ya había roto el astil de la flecha y se dirigía

hacia la pared para dejar caer todo su peso sobre ella y sacar el resto. Ailis tuvo que sujetarse a la silla para no desmayarse. Solo de pensar en el inmenso dolor que debía haber sentido... No quería ni imaginarlo.

—He recibido heridas peores que esta —explicó Ewan al ver su rostro blanquecino—. No es para tanto.

—Déjame al menos que limpie la herida mientras llega Roderick —se ofreció Ailis.

Ewan asintió y permitió que dos de sus soldados le subieran a la habitación. Se sentó en el borde de la cama a la espera de la llegada de Ailis, que lo hizo poco después con una pequeña bolsa en la mano.

—Suelo tener algunas medicinas aquí por si algún niño se hace daño —explicó—. Creo que servirá por el momento. ¿Puedes quitarte la camisa?

Ewan lo intentó, pero el movimiento le produjo tanto dolor que siseó con los dientes apretados. Ailis le sorprendió acercándose a él y desprendiéndose de la prenda por él. Estaban cerca, demasiado cerca para su paz mental. Con el paso del tiempo había empezado a desearla, y aquella cercanía le provocó unas irrefrenables ganas de besarla. Pero aquellas ganas quedaron en el olvido cuando la joven presionó un trozo de venda sobre la herida.

—Aún está sangrando —explicó ante el exabrupto del hombre—. Debo parar la hemorragia. Tavie, ¿puedes traer un balde con agua y jabón? Quiero lavar la herida para evitar infecciones.

—Claro que sí.

Ni siquiera se había percatado de que su hermana se encontraba con ellos en la habitación. Levantó la mirada y se perdió en la plata líquida de los ojos de la muchacha, que estaba concentrada en su tarea. Sus labios, jugosos como peras maduras, estaban entreabiertos por la concentración, y la punta rosada de su lengua sobresalía ligeramente entre ellos. Dios... quería besarla. Quería sujetarla de la nuca, hundir la lengua en su boca y tumbarla en aquella cama para hacerle el amor hasta que se quedaran sin fuerzas. ¿Qué demonios le pasaba?

—Esto va a doler —advirtió Ailis—. Lo lamento.

Limpio ambas heridas, la de entrada y la de salida, con agua con jabón, arrastrando cualquier rastro de suciedad que pudiera haber con un trozo de tela limpia. Ewan no dejó escapar un solo sonido, pero sus músculos estaban tensos y tenía los dientes apretados. Ailis se mordió el labio, lamentando hacerle daño. Pero era necesario limpiar bien la herida antes de que Roderick la cosiera, porque iba a necesitar puntos. Una vez hubo limpiado la herida y la piel de alrededor, presionó nuevamente un trozo de trapo limpio contra el orificio de salida, que era el que más sangraba.

—Tavie, cubre la herida de atrás —ordenó—. Debes hacer un poco de presión, ¿de acuerdo? Necesitamos detener el sangrado.

—Estoy bien —protestó Ewan—. Estoy perfectamente, pero si seguís apretándome así voy a terminar desmayándome de dolor.

—Eres el *Deamhan Dubh* —bromeó Ailis fijando su mirada en la de él—. ¿Vas a decirme que una simple herida de flecha puede tumbarte?

—No va a tumbarme la herida, mujer.

—¿Entonces qué?

Ewan la sorprendió sujetándola de la nuca y acercando la boca a su oído, tan cerca que podía sentir su respiración en el cuello. Ailis se estremeció.

—Van a matarme las ganas que tengo de besarte, muchacha —susurró Ewan—. Te aseguro que si mi hermana no estuviera aquí lo habría hecho hace rato.

Ailis le miró con los ojos como platos y se apartó abruptamente de él, pero recordó la herida y regresó a su lado, aunque asegurándose de alejarse todo lo que pudiera. Su corazón latía desbocado, sentía la sangre bullir en sus venas y sus labios hormiguearon al imaginar aquel beso. El calor subió por su cuerpo y sus mejillas se sonrojaron ante aquella visión. Por suerte Roderick llegó en aquel momento acompañado de Neris y pudo escapar de aquella habitación. Tavie la seguía mirándola con curiosidad, y Ailis aligeró el paso para marcharse del castillo, pero su amiga tiró de su brazo y la metió en su propia habitación.

—Tavie, debo irme —protestó.

—No hasta que me digas qué te ha dicho mi hermano hace un rato.

—No me ha dicho nada.

—¿Acaso crees que soy tonta? Te ha dicho algo al oído para que yo no lo escuche.

—Solo estaba bromeando, no le hagas caso.

Ailis se acercó a la jarra de agua fresca que su amiga tenía sobre la mesa de café y se sirvió un vaso.

—Le gustas —soltó Tavie, haciendo que Ailis se atragantara con el agua.

—¿Qué has dicho?

—He dicho que le gustas a Ewan.

—Tonterías.

—No son tonterías. Le he atrapado muchas veces mirándote a escondidas, cuando sabe que no te das cuenta. Sonríe como un tonto cuando lo hace, y Kirk dice que no lo ha visto nunca así, ni siquiera con Mai.

—¿Quién es Mai?

—La mujer con la que Ewan quería casarse, pero ella le rechazó cuando le confesó que el rey le había nombrado laird de los Sinclair.

—Qué mujer más tonta...

—¡A ti también te gusta! —exclamó su amiga riendo.

—¡Claro que no!

—¡Claro que sí, Ailis! ¡Te has puesto roja!

—Eso es porque aquí hace mucho calor. ¿Acaso no sabes que hay que administrar bien la madera?

—La chimenea está en ascuas, así que no me cambies de tema. Has dicho que Mai es tonta por rechazar a Ewan.

—Por supuesto que lo es. Si Ewan pensaba casarse con ella es porque se amaban. Si el hombre que amas te pide matrimonio le dices que sí, tengas o no que mudarte a otro clan con él.

—¿Tú lo harías?

—Me habría mudado al Infierno con John, Tavie. Tu hermano me agrada, y no voy a negar que es un hombre increíblemente apuesto, pero mi corazón todavía sufre por John.

—Lo siento, no quería ser insensible. Es solo que me hubiera encantado ser tu hermana.

Ailis abrazó a su amiga con cariño. No le había contado toda la verdad. Aún seguía amando a John, pero Ewan la hacía sentir cosas que nunca pensó en volver a sentir por un hombre. Cuando le confesó que quería besarla, Ailis realmente deseó que lo hubiera hecho. Pero no debía olvidar que él era el conde de Caithness y ella solo era la hija del herrero.

Ewan tuvo fiebre durante la noche. Y también durante los tres días siguientes. La herida había comenzado a tomar un color violáceo y Roderick decretó que la flecha estaba envenenada. Seguramente Gregor y sus hombres habían embadurnado el astil de la flecha con algún tipo de

veneno y su laird correría peligro hasta que el médico no averiguara el antídoto. Ailis no se separó de su lado en ningún momento. Cuando Tavie se presentó en la puerta de su casa bien entrada la madrugada, llorando desesperada, no dudó un solo minuto en ayudarla. Y desde aquel día había permanecido día y noche en el castillo, encargándose de cuidar a Ewan mientras Kirk y sus hombres peinaban los terrenos colindantes para intentar dar con los desertores.

Tocó la frente de Ewan y comprobó con preocupación que había vuelto la fiebre. Cambió el agua de la jofaina por agua fresca y mojó el paño una vez más en ella para pasarlo por el pecho y los brazos de su laird. Había repetido aquel proceso tantas veces que había perdido la cuenta. A esas alturas, Ailis conocía de memoria cada lunar y cada cicatriz del pecho de Ewan. Debería haberse sentido avergonzada la primera vez que le vio sin camisa, pero la verdad es que estaba tan ocupada preocupándose por su herida que ni siquiera pensó en ello. Levantó con cuidado el cuerpo inerte de la cama para cambiarle a una posición más cómoda. Colocó algunas almohadas para poder mantenerle de lado y que no apoyara todo el peso de su cuerpo en la herida de la espalda, que había empezado a sangrar de nuevo. Apartó la venda que Roderick había colocado la noche anterior y suspiró de alivio al comprobar que la sangre estaba limpia, que no contenía infección.

—Gracias a Dios —suspiró—. Aguanta, ¿me oyes? No se te ocurra morirte ahora.

Para sorpresa de Ailis, Ewan entreabrió los ojos y fijó su mirada vidriosa por la fiebre en ella. Abrió la boca para decir algo, pero el esfuerzo fue demasiado y terminó suspirando.

—Tranquilo, Roderick está buscando un antídoto para el veneno —le dijo—. Pronto lo encontrará y te recuperarás.

—¿Veneno? —preguntó Ewan en apenas un susurro.

—La flecha estaba envenenada. Iré a traerte un poco de caldo. Las mujeres de la aldea se han estado turnando para ocuparse de que puedas alimentarte bien y han preparado caldo para todo un mes.

Ailis intentó levantarse, pero Ewan la sujetó por la muñeca. Ella volvió a sentarse a su lado y tomó con suavidad aquella mano, apartándola de su brazo para cubrirla con la sábana.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó su laird.

—Kirk está buscando a quien te hizo esto.

—Ya sé dónde está mi hermano. ¿Por qué estás aquí, Ailis?

—Intento ayudar.

—Sé que no te has apartado de mi lado en todo este tiempo. ¿Por qué lo has hecho?

—Tavie estaba muy preocupada y...

No pudo terminar la frase. Ewan tiró de ella y la besó. Fue un beso fugaz, apenas un roce de labios que se prolongó demasiado tiempo para el corazón de Ailis. Los labios calientes de Ewan acariciaron los suyos con suavidad, la barba le hizo cosquillas en las mejillas, y el pulgar del guerrero acarició en círculos una zona muy sensible de la parte interna de la muñeca de la mujer. Sintió su cuerpo arder, un cosquilleo desconocido hasta entonces subió desde su centro hasta todas las partes de su cuerpo, haciéndola gemir. Se acercó inconscientemente al soldado tumbado en la cama, pero apretó la herida y le hizo gemir, despertando abruptamente de aquella ensoñación. Se apartó de un salto de él y se dirigió a la puerta con la excusa de traerle un tazón de caldo caliente.

Cuando cerró la puerta a su espalda, se llevó los dedos a los labios y descubrió que los tenía hinchados. Jamás la habían besado así. John nunca se había atrevido a besarla en otro lugar que no fuera la mano, quería esperar hasta el matrimonio para tener mayor intimidad. A ella no le importaba, pues a fin de cuentas no sabía lo que se perdía. Pero el beso de Ewan Sinclair no

podía compararse con nada. Había sido suave, dulce, pero devastador. Había despertado en su estómago algún tipo de sentimiento que era incapaz de explicar, pero que la hacía desear regresar a la habitación y continuar con lo que fuera que su laird estaba haciendo.

Sacudió la cabeza y se dirigió a las cocinas, donde Teasagh se encargaba de preparar la cena para los soldados. La miró con una sonrisa, y arqueó una ceja al darse cuenta de su estado.

—¿Te encuentras bien? —preguntó.

—Solo estoy cansada —mintió Ailis.

—¿Ha despertado nuestro laird?

—Muy brevemente, y he aprovechado para bajar por un poco de caldo, tal vez pueda tomárselo poco a poco.

—Te lo serviré en un momento. ¿Seguro que estás bien? Pareces acalorada. —Puso la mano sobre su frente y negó—. No, no tienes fiebre.

—Ya te he dicho que estoy bien, Teasagh. Madre vino ayer mismo para asegurarse de que estoy comiendo bien. Una preocupación innecesaria, porque todos me obligáis a hacerlo.

—Ya que te has empeinado en ser la única en cuidar de él bien podemos nosotras cuidar de ti —protestó la anciana.

—No me he empeinado en nada, pero tú no tienes edad de estar cuidando enfermos, sino de que te cuiden a ti.

—Vamos, súbele esto a nuestro laird y haz que coma un poco —dijo la mujer cambiando de tema—. Cuando se duerma baja a comer, no le ocurrirá nada por quedarse solo un rato.

—¿Hay noticias de los soldados?

—Nada aún —suspiró—. Parece que se los ha tragado la tierra.

—Debe haber una explicación, no pueden haber desaparecido así porque así.

—Es lo que pienso yo.

La voz de Kirk llegó desde la puerta de la cocina. El guerrero se dejó caer en una silla con gesto cansado y tomó una rodaja de pan de una de las cestas que Teasagh preparaba para el almuerzo.

—Hemos buscado en cada rincón del bosque y de las montañas colindantes, pero no hay ni rastro de ellos —explicó—. Deben tener un escondite, pero no hemos sido capaces de encontrarlo aún. ¿Cómo está mi hermano?

—Ha despertado hace un momento, voy a subirle la sopa a ver si logra tomarla por sí solo.

—Déjame a mí —se ofreció el guerrero levantándose—. Deberías descansar un poco, tienes mal aspecto.

—Te lo he dicho —protestó Teasagh.

—Estoy bien, pero te haré caso —accedió ella—. Dormiré un poco en la habitación de Tavie, avísame cuando vuelvas a marcharte.

—No vamos a salir más por hoy. La nevada ha empeorado y sería una pérdida de tiempo y de esfuerzo hacerlo. Deberías comer y regresar a casa, Ailis. Le diré a uno de los soldados que te acompañe.

—No me iré. Tú también tienes que descansar, Kirk. Has estado buscando sin descanso a Gregor y vas a terminar por caer enfermo también.

—Si mi hermano despierta y descubre que has enfermado por cuidarle me matará.

—Eres su hermano favorito —rio ella—. Jamás haría tal cosa.

Tomó el plato de comida que Teasagh le ofreció y se dirigió a la habitación de Tavie. Dio buena cuenta del venado y las verduras, estaba famélica, y cuando terminó de comer se tumbó en

la cama a descansar un poco. Ni siquiera se dio cuenta de que Tavie entraba en la habitación para llevarse el plato. Apenas su cabeza tocó la almohada se quedó profundamente dormida.

Ewan abrió los ojos y encontró a Kirk sentado a su lado. Parecía recién llegado de patrullar, porque aún llevaba puesta la armadura, y tenía en la mano un tazón que acercaba a sus labios. Intentó incorporarse, pero el latigazo de dolor que sintió en el hombro le hizo desistir.

—Estate quieto, maldición —protestó su hermano—. Vas a hacerte daño.

—¿Dónde está Ailis?

—La he mandado a dormir un poco, debe estar agotada después de curarte durante días.

—¿Por qué se lo has permitido?

—Porque no hay Dios que la haga volver a su casa. Es más cabezota que tú, que ya es decir.

Ewan dio un sorbo a la sopa y se tumbó en la cama cerrando los ojos. De repente le vino a la mente una imagen de él besándola, sujetándola por la nuca y pegando sus labios a los de la joven. Su sabor era dulce, una mezcla de mermelada de arándanos y mantequilla recién hecha. Se llevó los dedos a los labios y miró a su hermano con asombro.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Kirk— ¿Te sientes mal? Espera que te acerque un cubo.

—Yo... Creo que la he besado.

—No puede ser. Estabas inconsciente hasta hace un rato.

—Acabo de ver en mi mente cómo la besaba, Kirk. Y sé qué sabor tienen sus labios.

—Dios santo, Ewan. ¿Tanto la deseas que fantaseas con ella? Acabo de verla en la cocina y no parece sorprendida ni conmocionada. Estaba muy cansada, eso sí, y aunque a regañadientes ha accedido a irse a la cama.

Ewan suspiró y apuró el caldo del tazón para poder tumbarse de nuevo. El esfuerzo le había dejado agotado y sentía un dolor punzante en la herida, pero al menos parecía no tener fiebre. De momento.

—¿Roderick ha encontrado la cura? —preguntó.

—Aún no. Ha probado varios antídotos, pero la herida sigue igual y tu fiebre no baja.

—No siento fiebre ahora mismo.

—Eso es porque has estado tomando infusiones de enebro y tomillo para bajarla. Hace dos noches casi me matas del susto, maldición. Tuvimos que meterte en agua helada porque nada conseguía hacer bajar tu temperatura.

—Te juro que mataré a ese desgraciado con mis propias manos. Se arrepentirá de haber intentado matar a mi hermano.

—¡Deberías haber dejado que la flecha siguiera su curso, cabezota! La había visto e iba a apartarme, ¡pero siempre tienes que hacerte el héroe!

—No voy a morir postrado en una cama, hermano —rio Ewan al notar la preocupación en la voz de Kirk—. Moriré en el campo de batalla o cuando sea un anciano.

—Morirás en mis manos la próxima vez que se te ocurra hacerme de escudo humano. Es más, creo que morirás en manos de Duncan en cuanto llegue.

—¿Has avisado a Dun? —exclamó incorporándose de golpe.

—¡Por supuesto que le he avisado!

—¡Maldita sea, Kirk! ¡Estoy demasiado débil como para escuchar uno de sus sermones!

—Parece que no lo estás para gritar como un degenerado.

Ewan se tapó los ojos con la mano y se dejó caer en la cama con un gemido cuando vio a su hermano mayor apoyado en el quicio de la puerta. Maldijo a Kirk por haberle avisado.

—Veo que no te alegras de verme —protestó Duncan acercándose a la cama—. Lástima, vas a tenerme por aquí durante un tiempo.

—Regresa a casa, Dun —pidió—. Estaré bien muy pronto.

—Es la primera vez que te veo postrado en una cama desde que llegaste a Dornoch. ¿De veras quieres que me crea esa patraña?

—Dime al menos que has venido solo.

—¿Bromeas? —respondió Glenn desde la puerta, que llegó acompañado de Rory— Hemos venido todos.

—¿Padre y madre también? —preguntó Kirk.

—Padre se ha quedado al cuidado de nuestro clan y madre se ha quedado con él —explicó Duncan—. Mi esposa me habría acompañado, pero nuestra hija es demasiado pequeña para viajar en invierno.

—Solo es una herida de flecha —insistió Ewan.

—Envenenada —recalcó Rowan—. Mataremos a quien sea que te ha hecho esto con nuestras propias manos.

Ewan apretó los dientes y asintió. Sentía un nudo en la garganta que le impedía articular palabra. Aquellos eran sus hermanos, su familia. Darían la vida por él, igual que él daría la suya por todos y cada uno de ellos. Cerró los ojos y sonrió, quedándose dormido con el familiar sonido de sus voces llenando sus oídos.

Capítulo 12

Ailis se despertó siendo ya noche cerrada. Se lavó la cara en la jofaina y salió de la habitación para ver cómo estaba Ewan y mandar a Kirk a la cama. Tuvo que pasarse la mano por los ojos cuando vio a Glenn Sutherland caminar por el pasillo en dirección a la escalera.

—Buenas noches, muchacha —la saludó—. ¿Has dormido bien?

—¿De veras eres Glenn Sutherland? —insistió.

—¿No sabías que veníamos de camino?

—Nadie me dijo nada.

—Kirk nos escribió cuando hirieron a Ewan y vinimos lo antes posible. Vamos a hacerle ver a esos desgraciados que quien se mete con uno de los hermanos Sutherland se está metiendo con todos. ¿Has comido?

—Antes de irme a dormir.

—Sigue durmiendo entonces, Ahora Dun se está ocupando de Ewan.

—Kirk me ha mandado a dormir mucho antes de la cena, no podría volver a dormirme aunque quisiera.

—En ese caso hazme compañía. Voy a ver si encuentro algo para comer, estoy famélico.

—¿Será suficiente un poco de pan y un trozo de queso?

—Si es acompañado de una jarra de cerveza...

—Deberás conformarte con hidromiel. Aún no hemos podido conseguir cerveza.

—No es lo mismo, pero servirá. Vamos.

Glenn precedió a Ailis hasta la cocina. Insistió en que la mujer se sentara en uno de los taburetes que había bajo la mesa y entró en la alacena para buscar él mismo algo para comer.

—¿Qué demonios es esto? —preguntó.

—Seguramente te refieres a la ruta de escape de Tavie —respondió pensando que había encontrado la puerta secreta.

—¿Por esa pequeña rendija escapaba mi hermana de ese malnacido?

—No es tan pequeña. Yo soy más grande que Tavie y escapaba por ahí cuando venía a verla a escondidas. George no quería que nadie supiera de su existencia y no le dejaba salir por miedo a que sus enemigos la descubriesen.

—Y tú te colabas en el castillo para hacerle compañía.

—Cuando conocí a Tavie estaba escondida en el sótano de Teasagh, llorando. Me encerré con ella y la calmé hasta que se quedó dormida, y desde entonces siempre que tenía que hacerlo yo la acompañaba. Pero odiaba pensar que estaba indefensa al regresar al castillo, así que busqué la manera de colarme en él para estar con ella.

—¿Cómo supiste de la existencia de la puerta secreta?

—No me colé por ahí, lo hice con el carro de la madera. Recorrí todo el castillo buscándola, pero no había ni rastro de ella. Iba a regresar a casa cuando escuché su voz cantando la nana que yo le había enseñado subir por las escaleras de los calabozos.

—¿La tenía encarcelada?

—Sí. Hacía tanto frío que lo sentí hasta en los huesos. Estaba helada y asustada, pero

también decidida a encontrar a la niña del castillo. Cuando llegué a su celda, Tavie me miró con sus enormes ojos verdes y sonrió como si estar encerrada en una celda fuera la cosa más normal del mundo.

—Maldito desgraciado...

Ailis vio al guerrero apretar los puños sobre la madera de la mesa y quiso tranquilizarlo.

—Ella no pasaba frío —explicó—. A todas luces la celda parecía otra habitación cualquiera del castillo, y la cama contaba con gruesas mantas. Recuerdo que en el centro de la celda había un cubo lleno de brasas que la hacía mucho más cálida. Más tarde descubrí que fueron Teasagh y su esposo los encargados de transformar la celda en un lugar agradable para ella.

—Me gustaría que me los presentaras mañana para poder darles las gracias por todo lo que han hecho por ella.

—Neris falleció hace unos años, pero te presentaré a Teasagh cuando venga al castillo. Todos los días se encarga de preparar un caldo para Ewan.

Estaban tan enfrascados en la conversación que no se dieron cuenta de la figura que se mantenía de pie a duras penas en el dintel de la puerta. Glenn se sobresaltó y echó rápidamente mano a su *dirk*^[12], pero maldijo soltándolo cuando se dio cuenta de que no era otro que Ewan.

—¿Se puede saber qué demonios haces levantado de la cama? —le regañó.

—Llevo demasiado tiempo postrado como un inútil, Glenn. Solo quería tomar un poco de agua y la jarra de mi habitación está vacía.

Ailis se levantó inmediatamente para servirle un vaso de la jarra, pero Ewan puso la mano sobre su hombro y volvió a sentarla.

—Puedo hacerlo yo mismo, sigue con tu charla —dijo.

—Déjame ver si tienes fiebre.

Ailis levantó la mano para ponerla en la frente de su laird, pero él la apartó de un golpe, sorprendiéndoles tanto a ella como a Glenn. Ailis se levantó de la mesa y, deseándole buenas noches a ambos, se marchó a la habitación de Tavie, pues era demasiado tarde para volver sola a casa.

—¿No te parece que has sido demasiado brusco con ella? —espetó Glenn.

—¿Y no te parece que tú estabas siendo demasiado amable?

Glenn le miró con los ojos como platos, y sonrió de oreja a oreja al comprender lo que ocurría. ¡Su hermano estaba celoso!

—Es una mujer muy hermosa —le picó—. Puede que termine por animarme como Dun y la convierta en mi esposa.

—Adelante... Hazlo... Aunque dudo mucho que ella quiera marcharse de aquí.

Ewan no podía engañarlo. Podía ver perfectamente la vena de su cuello hincharse hasta casi estallar, y apretaba los dientes aunque intentara aparentar estar tranquilo. La mujer le gustaba... aunque aún no estaba dispuesto a admitirlo delante de él.

—¿Por ti? —preguntó.

—Por su familia, idiota. Está muy unida a sus padres y a su hermano, por no decir que Tavie y ella son como hermanas.

—Me ha contado algo hace un rato.

—¿Qué te ha contado?

—Cómo conoció a Tavie. ¿Sabías que ese desgraciado la tenía encerrada en una celda? Si no estuviera muerto te juro que lo mataría con mis propias manos.

—No lo sabía, Tavie no me lo dijo —susurró Ewan.

—Al parecer una mujer de la aldea se encargó de adecantarla para que pareciera una habitación de verdad. Incluso le pusieron un cubo con brasas para calentarla.

—Pero aun así ha debido pasarlo realmente mal —terminó por él su hermano.

—Cada vez entiendo menos la personalidad de esa niña. ¿Cómo puede sonreír después de todo lo que ha tenido que sufrir?

—No lo sé, pero te juro que de ahora en adelante me encargaré de que no vuelva a dejar de hacerlo. Este será un duro invierno, pero cuando llegue la primavera todo cambiará.

—¿Cómo van las cosas?

—Hemos conseguido almacenar suficiente alimento para pasar el invierno, pero a duras penas. Las mercancías que enviasteis han sido nuestra salvación, te lo aseguro. Alistar, uno de los granjeros, cuida a las dos vacas con tanto celo que nadie se atreve a acercarse a ellas.

—Cuando llegue la primavera podrás comprar más ganado en Inverness. Por cierto, ¿cómo están las arcas del clan?

—Completamente vacías. He hablado con Dun para que me envíe todo el dinero que hay en mi caja fuerte en Dornoch cuando llegue el deshielo. Por suerte no gasté mucho de lo que gané trabajando para el rey. Con eso podremos aguantar hasta que logre convertir esta aldea en un puerto pesquero medianamente decente.

—La pesca no siempre es buena, hermano.

—Esta es una región rica en recursos —sonrió—. Ailis me mostró una cueva de calcita que podemos explotar, y su padre extrae hierro de una mina a pocos días de aquí. He ido con él y es enorme, podremos sacar también provecho de ella.

—Veo que has pensado en todo...

—Soy un Sutherland, ¿qué esperabas?

—No menos que eso, desde luego. —Glenn se levantó y se acercó a la silla de su hermano—. Vamos, te ayudaré a meterte en la cama, parece que vuelves a tener fiebre.

—No me siento mal.

—Tal vez, pero tu cara se ha puesto roja como un tomate.

Ewan se dejó ayudar por su hermano. Duncan se había quedado dormido en el sillón junto a su cama, por lo que había podido aprovechar para escapar de sus cuidados. Adoraba a sus hermanos, pero cuando se trataba de cuidarse los unos a los otros podían llegar a ser agotadores. Glenn le ayudó a meterse en la cama y vertió en una cuchara las gotas de jarabe de quinina, que Roderick le había preparado para bajar la fiebre. Ewan las tomó de mala gana, porque el sabor era espantoso, y se tragó después un gran vaso de agua. Glenn mandó a Duncan a dormir y se sentó en su lugar para vigilarle mientras descansaba.

—Te gusta la chica, ¿verdad? —dijo al cabo de un rato.

—¿No decías que te gustaba? —preguntó Ewan con una ceja arqueada.

—Lo he dicho para fastidiarte. Quería que confesaras que te gusta, pero eres más terco que una mula.

—No sé si lo que siento por ella es deseo o algo más —confesó—. Calienta mi sangre como nunca antes había logrado hacerlo Mai, pero ¿amor? No lo creo, aún no he superado el rechazo de Mai.

—Mai está casada —confesó Glenn—. A las pocas semanas de tu marcha su padre la casó con un Munro y vive ahora en sus tierras.

—Así que era yo el verdadero problema... —Rio sin ganas—. Parece que no la conocía realmente, ¿no te parece?

—Por eso deberías olvidarte de ella y pensar en ti. Ailis parece tenerte afecto, hermano.

Kirk me contó que no se ha separado de tu lado ni un solo momento desde que recibiste esa flecha por él. A todo esto... ¿en qué demonios estabas pensando?

—No pensé —reconoció—. Vi la flecha cruzar el aire en su dirección y te juro por Dios que no pensé.

—Padre nos entrenó a todos por igual —insistió Glenn—. Eres el mejor con la espada, eso te lo concedo, pero sabes que Kirk es ágil como una gacela. Habría esquivado la flecha sin esfuerzo y tú no te verías ahora en el estado en el que te encuentras.

—Deja de regañarme, me duele la cabeza.

—Y te juro por Dios que te dolerá el trasero cuando te recuperes, porque te voy a hacer aterrizar en el suelo tantas veces que no se te volverá a ocurrir interponerte entre una flecha y uno de nosotros.

—Te aseguro que lo haría mil veces si hiciera falta. Sois mis hermanos, ¿cómo pretendes que no intente protegerlos?

—Eres el pequeño pero te comportas como si fueras el mayor de todos nosotros —protestó Glenn—. Es nuestro deber protegerte a ti, no al contrario. ¿Estamos?

Ewan no pudo más que sonreír. Glenn podía ser divertido, bromista y un millón de cosas más, pero su faceta de hermano mayor responsable era la mejor de todas. Asintió.

—Estamos —susurró—. Y ahora déjame descansar, me duele mucho la cabeza.

Cuando despertó ya había amanecido, y por suerte quien se encontraba a su lado no era Glenn, ni tampoco otro de sus hermanos. Ailis estaba preparando algunos trapos limpios sobre la mesita de noche y tenía una palangana llena de nieve preparada a su lado. Maldición, había vuelto a tener la fiebre muy alta. La joven se volvió hacia él cuando le oyó maldecir en silencio.

—Buenos días —deseó—. Parece que la fiebre ha bajado por el momento.

—Buenos días. ¿Ha sido muy alta?

—Al menos esta vez no hemos tenido que meterte en la bañera helada. ¿Te sientes bien? ¿Necesitas algo?

—Tengo hambre. ¿Crees que podré comer algo más contundente que un tazón de caldo?

—Puedo prepararte un tazón de porridge, ¿qué te parece?

—Mucho mejor que la sopa. ¿Has dormido?

—Toda la noche, tus hermanos se han estado turnando para que yo pueda dormir. Acabo de mandar a dormir a Rowan.

—Bien. Acércate, por favor.

Ailis obedeció. Ewan tomó su mano y se la llevó a la mejilla caliente. El tacto de la joven era refrescante, su piel estaba fresca y calmó el ardor de la suya.

—Gracias por cuidar de mí, Ailis —agradeció—. Pero ahora que mis hermanos están aquí puedes volver a tu casa.

—¿Me estás echando?

—Claro que no. Te aseguro que me es mucho más grata tu presencia que la de esos cuatro incordios, pero entiendo que quieras volver con tu familia.

—Me quedaré hasta que Roderick encuentre una cura. Iré por esas gachas de avena, y si te portas bien las regaré con un poco de miel.

—Eres mi heroína.

Ailis sonrió y salió de la habitación cerrando la puerta con suavidad. Se mordió el labio y sonrió. Parecía que Ewan estaba recuperándose poco a poco, tal vez su cuerpo estaba luchando contra el veneno y estaba logrando vencerlo.

Cinco interminables días más tarde, Roderick dio con la cura. En cuanto puso el ungüento pestilente (hecho de ruda, ajeno, mirra y rábano negro) sobre la herida de su laird, la carne de alrededor comenzó a tomar un color rosado. Los Sutherland comenzaron a dar saltos de alegría y a arrastrarla con ellos, haciendo que Ailis sonriera también. Pero cuando pudo escabullirse y esconderse en la habitación más cercana, se dejó caer al suelo con un suspiro y rompió en llanto. ¿Por qué? Ni siquiera ella lo sabía. Solo sabía que había sentido un alivio tan inmenso cuando Roderick dijo que el remedio había funcionado que no pudo escuchar ni una sola palabra más de lo que se decía a su alrededor. Sus oídos habían empezado a zumbir y había tenido que salir de aquella habitación para no hacer el ridículo. Se miró las manos temblorosas y las apretó en puños para recuperar la calma.

—¿Estás bien?

Se giró a ver a Tavie arrodillada a su lado. Dios santo, ni siquiera la había escuchado entrar en la habitación. Asintió y continuó apretando los dedos para que su amiga no notara su temblor.

—Ewan está bien, Ailis —susurró Tavie abrazándola—. Se ha salvado.

Ella volvió a asentir porque tenía un enorme nudo en la garganta y si intentaba decir una sola palabra terminaría rompiendo a llorar. Era ridículo, Tavie parecía mucho más calmada que ella.

—Lo siento —se disculpó—. Yo...

—No tienes que disculparte, sé que te gusta mi hermano y que estabas muy preocupada por él.

—No me gusta tu hermano —mintió.

—Vamos, Ailis... toda la aldea se ha dado cuenta. ¿De veras vas a decirme que no te has separado de su lado ni un solo momento solo por mí?

—¿Por quién si no? Eres mi mejor amiga y me preocupaba que lo pasaras mal.

—Te preocupabas por mí pero no te movías de su lado —insistió Tavie arqueando una ceja.

—¿Y tú qué haces aquí? Deberías estar con tus hermanos, pronto regresarán a Dornoch y no volverás a verlos en un largo tiempo.

—Mis hermanos no se han apartado de mi lado ni un momento. Si no era Glenn, era Dun quien estaba conmigo. Son un regalo caído del cielo, pero prefiero estar ahora contigo.

—No me gusta tu hermano —insistió.

—Lo que tú digas...

—En serio, Tavie. Es un gran laird y reconozco que nos hemos hecho buenos amigos, pero no hay nada más. ¿Tengo que recordarte que él está enamorado de otra mujer?

Recordó las palabras que había escuchado decir a Ewan noches atrás en la cocina, cuando hablaba con Glenn. Aún seguía enamorado de la mujer Sutherland y ella no estaba dispuesta a sufrir de nuevo por amor, así que los sentimientos que pudiera albergar por su laird quedarían relegados a un lugar oculto en su corazón.

—A él también le gustas —respondió Tavie—. Puede que siga enamorado de ella, pero tú le gustas también.

—Que le guste estar conmigo no significa que sienta algo por mí. Le gusto como amiga, pero nada más.

—¿Es que sigues enamorada de John? —preguntó Tavie con suavidad— Lo siento, no sabía...

—John siempre tendrá un lugar muy especial en mi corazón, pero ya he superado su

pérdida —la interrumpió ella—. Me prometí que no volvería a fijarme en un soldado porque no quiero volver a sufrir, es todo.

—Mi hermano no es un soldado cualquiera. Es el *Deamhan Dubh*, el soldado más temido de las Highlands.

—Y tiene demasiados enemigos, también. Aunque me gustara, que no lo hace, estaríamos mejor como amigos, créeme.

—De acuerdo, no insistiré más. Es solo que me agradaba mucho la idea de que te convirtieras en mi hermana de verdad.

—Tú y yo siempre seremos amigas, Tavie. Siempre estaré a tu lado, pase lo que pase.

—No puedes prometerme eso. Algún día te casarás, y puede que lo hagas con alguien de otro clan. Tendrás que marcharte con él y romperás tu promesa.

—Aunque viva en otra parte seguiré siendo tu amiga, y si me necesitas solo tendrás que escribirme. Vendré inmediatamente, lo prometo.

Tavie la abrazó y no se separó de ella hasta que llegó la hora de regresar a la herrería. Había pasado demasiado tiempo alejada de casa, era hora de volver a su vida normal.

Capítulo 13

Al día siguiente comenzó a nevar copiosamente, así que se resguardó del frío con los suyos e intentó dejar de pensar en su laird. No lo consiguió. Ewan Sinclair ocupaba su mente día y noche, y no podía hacer nada para remediarlo. Se preguntaba cómo se encontraría, qué estaría haciendo, si se habría abrigado lo suficiente para no tener frío. Se encontraba a menudo mirando por la ventana con la esperanza de que en cualquier momento su laird pasara por el camino y ella pudiera ver cómo estaba, pero aquello nunca ocurrió.

Una semana entera después, la nevada amainó. Su padre y su hermano tardaron todo un día en quitar la nieve que se había acumulado en la puerta, y para cuando Ailis pudo salir de la cabaña los soldados ya se habían ocupado de convertir los caminos en zonas transitables. Respiró profundamente y cerró los ojos con una sonrisa. Sentaba muy bien volver a respirar aire fresco. Un revuelo en la entrada de la aldea llamó su atención. Algunos soldados Sutherland, junto con muchos soldados que ahora eran Sinclair, traían a Gregor y sus secuaces encadenados. Su aspecto era deplorable. El frío y la nieve habían hecho estragos en ellos, y los que habían sido en algún momento de sus despreciables vidas fuertes guerreros eran ahora un amasijo de piel y huesos. Pero eso no impidió que la mirada asesina de Gregor se fijara en ella. Se estremeció.

—Parece que al fin los han atrapado —suspiró su padre—. Gracias a Dios, nos han creado demasiados problemas.

—Ojalá se pudran en el calabozo —deseó Ailis—. Nuestro laird debería darles un castigo ejemplar.

—Pagarán con su vida, hermana —susurró Brody—. Han causado demasiados daños a este clan como para que Ewan les muestre benevolencia.

—Debería ir al castillo. Debería...

—Tú no vas a ir a ninguna parte, jovencita —la regañó su padre—. ¿Debo recordarte que Gregor te la tiene jurada? ¿Qué pasa si se escapa, dime? Entra en casa ahora mismo.

—Pero padre...

—¡He dicho que entres en casa! No saldrás hasta que me asegure de que ese desgraciado no supondrá un peligro para ti, ¿estamos?

Ailis miró a su padre con reproche, pero obedeció. Al menos lo hizo hasta que Haddon y Brody se dirigieron al castillo para ver qué ocurría con los rebeldes, como todos los hombres de la aldea. Cuando los hubo perdido de vista y se aseguró de que su madre no la vigilaba, saltó por la ventana del cuarto y corrió hacia la cocina del castillo para colarse por la vía de escape. El griterío de los aldeanos era ensordecedor. Cuando llegó al salón, vio a Ewan sentado en un sillón sobre la tarima mirando a Gregor fijamente mientras toda la aldea gritaba a su alrededor. Levantó una mano y todo el mundo guardó silencio en el acto, haciendo sonreír a Ailis. Ewan se había ganado a su clan en tan poco tiempo que parecía increíble.

—Uno por uno —pidió el laird—. No puedo escucharos si habláis todos a la vez.

—Quemaron mi granero y mataron los pocos animales que logré criar —dijo uno.

—A mí me quemaron la casa porque tenía los alimentos en el sótano —continuó otro—. No quedaron ni los cimientos.

—Intentó matar a mi hija con sus propias manos —gritó de pronto su padre, sorprendiéndola—. Exijo una compensación.

Ewan fijó la mirada en Hasson, se puso de pie y se acercó a él con paso decidido.

—¿Dices que intentó matar a Ailis? —preguntó.

—Así es, laird —asintió Hasson—. Mi hija nunca me lo contó, pero Fergus lo vio todo cuando intentaba ahogarla en el viejo granero abandonado. Por suerte *Allaidh* intervino a tiempo y todo quedó en un susto.

—Le daré a ese chucho tuyo un hueso del tamaño de mi brazo en cuanto termine con ellos —dijo Ewan a Balgair.

—Sé que adoras a mi perro, laird Sinclair. No puedes negarlo —respondió su amigo con una enorme sonrisa.

—Estás en lo cierto, lo adoro por haber salvado a mi mujer.

Ailis dio un respingo al escuchar las palabras de Ewan. Debía haber escuchado mal. Había dicho “por salvar a una mujer”, no “por salvar a mi mujer”. Estar tanto tiempo encerrada le estaba afectando al oído.

—Esa perra merece morir —escupió Gregor—. De no ser por ella ese sillón ahora sería mío.

Ewan le miró y dejó escapar una carcajada. Rio y rio hasta que tuvo que sujetarse el estómago para aguantar el dolor.

—Ese sillón nunca, jamás, te pertenecerá —respondió.

Se acercó al preso y se levantó la manga de su camisa para dejar su antebrazo al descubierto.

—Por estas venas corre la sangre de los condes de Caithness aunque se me revuelva el estómago por ello —continuó—. ¿Puedes tú decir lo mismo, Gregor Gunn?

Gregor se sobresaltó. El aire se llenó de jadeos de sorpresa y susurros, poniendo más nervioso al preso.

—¡Soy un Sinclair! —gritó.

—Eres un Gunn, Gregor. Tu padre era Calan Gunn y se mudó a este clan cuando era apenas un muchacho. Al parecer a mi padre le cayó en gracia y le prometió que le convertiría en un gran guerrero. Tú ya habías nacido por ese entonces... en tierras de los Gunn.

—¡Mientes! ¡Mi padre era un Sinclair!

—Tu padre siempre fue un extranjero en estas tierras —corroboró Hamist—. Nuestro laird encontró los diarios de su madre, en la que cuenta con lujo de detalles todo lo que ocurrió en este castillo antes de su muerte.

—A mi madre nunca le gustó tu padre porque pertenecía al clan que intentó masacrar al suyo —continuó Ewan—. Eres la viva imagen de tu padre, al parecer. Eres la misma escoria que era él.

Gregor se revolvió intentando soltarse de los soldados que lo apresaban, pero fue inútil. Esta vez no iba a poder escapar.

—Dime, hermano, ¿qué castigo crees que se merece este desgraciado? —preguntó a Duncan— Intentó utilizar a nuestra hermana para conseguir sentarse en mi silla, intentó asesinar a Ailis y calcinó las reservas de alimentos de todo el clan, aunque para ello tuviera que quemar las casas de los aldeanos.

—No olvides que desde la muerte de William hasta nuestra llegada mantuvo a la aldea bajo su yugo negándoles la posibilidad de conseguir alimentos —añadió Balgair—. Cualquier provisión que lograban obtener les era arrebatada y si los descubría escondiendo provisiones los

castigaba sin piedad.

—Por todos esos delitos merecen la muerte, sin duda —respondió Duncan—. Deberían ser ahorcados en la plaza del pueblo para que todo el clan vea que los agravios que han sufrido son vengados por su laird.

—Sí... me parece un castigo justo... para el resto —asintió Ewan—. Pero Gregor ha intentado matar a mi mujer, así que exijo una compensación.

Se acercó lentamente a Gregor y tiró de él para arrastrarlo hasta la plataforma donde había colocado el sillón.

—Este es el lugar que tanto anhelabas, ¿no es así? —susurró Ewan—. Has pasado mucho tiempo sentado en la silla que mi padre ocupó y yo destruí, fantaseando con que te pertenecía.

Ailis intentó asomarse un poco más para ver mejor, pero chocó accidentalmente contra un jarrón que se rompió en mil pedazos, atrayendo la atención de todos. Gregor aprovechó el descuido de Ewan para arrebatarle su puñal, escabullirse hasta donde estaba Ailis y sujetarla por la espalda con el arma amenazando su cuello.

—Si me dejas ir no le pasará nada —advirtió—. Me iré de las tierras de los Sinclair y no volverás a verme jamás.

—No lo has entendido, Gregor —respondió Ewan sonriendo, aunque la mirada que le dedicó hizo que la sangre de Ailis se helara—. ¿De veras crees que puedes escapar del *Deamhan Dubh*? Me he ganado ese apodo a pulso, guerreros mejores que tú han muerto en mis manos sin que me suponga ningún esfuerzo hacerlo.

—¡Juro que la mataré! ¡Le cortaré el cuello y no podrás salvarla! Mueve un músculo y...

Ailis ni siquiera vio a Ewan moverse. Solo sintió un tirón en el brazo por el que Gregor la sujetaba cuando el hombre cayó sin vida a su espalda. En su frente había clavado un puñal similar al que había estado amenazando su cuello. Se volvió hacia Ewan sorprendida, pero el guerrero ya estaba a su lado y la envolvió entre sus brazos. Estaba temblando, temblaba tanto que apenas podía sujetarla.

—¿Estás bien? —preguntó examinando su cuello— ¿Te ha hecho daño?

—Estoy bien. ¿Cómo...

—He sido yo —confesó Rowan—. ¿De veras este estúpido creía que podría escapar de los cinco hermanos Sutherland?

—Ryan, lleva a los rebeldes a las celdas y asegúrate de que no tienen posibilidad de escapar —ordenó Ewan—. Serán ejecutados al alba.

—Sí, señor.

—Lo siento mucho, laird —exclamó Hasson acercándose a ellos—. Le advertí que no se acercara al castillo, pero es demasiado cabezota para mi bien. Me ocuparé de...

—Está bien, Hasson —le interrumpió su laird—. Por suerte no ha habido nada que lamentar, no vaya a castigarla.

—¡Pero laird...! —Hasson se calló ante la mirada de Ewan—. Como desee, laird.

—Gracias. Y ahora todo el mundo debería volver a sus quehaceres, deberíamos aprovechar los días buenos antes de que llegue la próxima nevada.

Los aldeanos fueron saliendo del salón, incluido Hasson. Pronto Ailis se dio cuenta de que se había quedado a solas con Ewan... y que aún permanecía entre sus brazos.

Ewan no había pasado tanto miedo en toda su vida. Ni siquiera cuando escapó de las tierras de los Gunn había estado tan aterrado como cuando vio su propio puñal apuntando el cuello de Ailis. Había estado a punto de perderla... mucho antes de haberla tenido. La apartó con

suavidad de él y volvió a mirar su cuello para asegurarse de que el desgraciado de Gregor no le había hecho ni un solo rasguño.

—Gracias a Dios que estás bien —susurró—. Si llega a pasarte algo, yo...

—Habría sido mi culpa por desoír las órdenes de mi padre —le interrumpió—. No tendrías que sentirte culpable por ello.

—¿En qué demonios estabas pensando, Ailis? —exclamó zarandeándola— ¿Cómo se te ocurre venir al castillo con Gregor aquí?

—Quería saber qué pasaba con él —reconoció—. Quería comprobar que pagaba por todas y cada una de sus fechorías.

—¿De veras creías que no iba a hacérselas pagar? ¿Y por qué no me dijiste que había intentado matarte?

—¡Te lo dije!

—¡Me dijiste que había intentado hacerte daño!

—¿Y qué importancia tiene eso ahora?

—¡Tiene toda la importancia del mundo, maldición!

Volvió a abrazarla hasta que casi la deja sin aliento para volver a zarandearla poco después.

—Te daría unos buenos azotes por haber estado poniendo en peligro tu vida constantemente —insistió—. Has estado yendo al bosque y... ¿Acaso no sabes lo que es el miedo, mujer?

—¡Sé lo que es el miedo! —exclamó ella— Lo he estado sintiendo día tras día mientras...

Calló de repente al darse cuenta de lo que había estado a punto de confesar.

—¿Mientras qué? —preguntó Ewan arqueando una ceja.

—Olvídalo.

—¿Mientras estaba postrado en cama?

—No es eso lo que iba a decir.

—Yo creo que sí, Ailis. Sé que no te apartaste de mi lado ni un solo momento cuando estuve a punto de morir.

—Kirk es un bocazas.

—Kirk no me ha dicho absolutamente nada.

—¿Fue Tavie entonces?

—No hizo falta que nadie me lo contara. A pesar de estar consumido por la fiebre hubo momentos en los que estaba consciente. Te vi a mi lado noche tras noche, quedándote dormida en el borde de mi cama mientras tomabas mi mano con fuerza. ¿Por qué lo hiciste?

—Lo hice por Tavie —mintió ella—. Ha sufrido demasiado como para perder a su hermano justo cuando acaba de recuperarlo.

—Mientes —susurró Ewan dando un paso hacia ella—. Puede que seas experta en escabullirte de los lugares, Ailis Sinclair, pero mientes de pena.

La arrinconó lentamente contra una esquina, atrapándola entre sus anchos brazos apoyados en cada pared. Acercó su boca a la de la joven lentamente, esperando verse rechazado, pero ella no se apartó. Los labios femeninos se entreabrieron un poco y Ewan aprovechó el momento para besarla. Hundió su lengua despacio en la boca de Ailis, tanteándola, atento a cada una de sus reacciones. Ella quedó inerte contra la pared, pero levantó el mentón para seguir recibiendo su beso. Ewan no pudo evitar sonreír en su boca, sujetarla con suavidad de la nuca y profundizar un poco más el beso, hasta arrancarle algún que otro gemido de placer.

Ailis pensó que estaba a punto de convertirse en fuego líquido. Sus piernas habían perdido toda capacidad de sujetarla, y se mantenía de pie a duras penas gracias al agarre de Ewan. Jamás había sido besada de aquella manera tan dulce, y a la vez tan ardiente. El beso anterior despertó en su vientre sensaciones maravillosas, pero ese... ese estaba a punto de volverla completamente loca. Se atrevió a pasar las manos por el pecho de Ewan, tanteando con cuidado el lugar donde había estado clavada la flecha. La herida aún no había sanado del todo, pero al menos ahora no ponía en peligro la vida de su laird. Su laird... Recordó que Ewan era un guerrero. No cualquier guerrero, además: el demonio de las Highlands, el hombre que había unido clanes en nombre del rey. El hombre que podía ser llamado en cualquier momento por su monarca para volver al campo de batalla. Se apartó con suavidad.

—Creo que tiene una idea equivocada, laird —susurró—. Usted solo es el hermano de mi amiga, una amiga a la que considero mi hermana. Si le cuidé en su convalecencia fue única y exclusivamente por ella.

Se dirigió hacia la puerta del salón con paso calmado, deteniéndose justo antes de cruzarla.

—Me gustaría pedirle que, en el futuro, se abstenga de volver a besarme —pidió—. Es la segunda vez que lo hace, y si esto vuelve a repetirse me verá obligada a mantener las distancias con usted.

Ewan la dejó marchar, pero no se vio afectado por sus palabras. Sonrió. Ailis volvía a los formalismos con él. Lo hacía cada vez que quería marcar las distancias, y él le permitía hacerlo porque sabía que aún no estaba preparada. Escuchó un carraspeo y se giró para ver acercarse a Fergus, que hasta hacía un momento había estado durmiendo sentado en una esquina.

—Lo siento, muchacho, debo haberme quedado dormido —se disculpó el anciano.

—¿Cuánto has visto?

—Lo suficiente. Permíteme darte un consejo: olvídate de Ailis Sinclair. Ella nunca será para ti.

—Sé que aún está afectada por la pérdida de su prometido, pero...

—¿Te contó cómo murió?

—Me dijo que murió en *Clynetradwell*.

—Lo hizo, sí, pero apuesto a que no te dijo lo más importante.

—¿Y qué es?

—Que fuiste tú quien lo mató.

Ewan se congeló. ¿Él había matado al prometido de Ailis? No... Imposible.

—¿Cómo sabes que fui yo? —preguntó.

—William se encargó de decírselo cuando regresó sin él.

—William era un mentiroso y un bastardo.

—¿Puedes asegurarme que no fuiste tú quien lo hizo, muchacho? Fue una batalla atroz donde murieron muchos hombres de ambos bandos. ¿Cómo puedes saber si John fue o no uno de los que murió en tus manos?

Ewan se dejó caer en un banco con la mirada perdida. Fergus tenía razón, no había manera de saberlo. En aquella batalla había derramado mucha sangre, demasiada. Los Sinclair no se rendían y él no tuvo más remedio que continuar asesinandolos hasta que George cayó. Sintió la mano del anciano palmeándole la espalda.

—No te martirices por ello, Ewan —le animó—. Nadie te culpa por lo que pasó en aquella batalla.

—Excepto ella.

—Ailis tampoco te culpa. Si lo hiciera te aseguro que no te habría cuidado durante días cuando enfermaste.

—Pero no crees que pueda llegar a gustarle.

—No creo que ella quiera arriesgarse a sucumbir a ello —rectificó Fergus—. Es mejor que busques a otra mujer a la que quieras convertir en tu esposa. Será más sencillo para todos... te lo aseguro.

Ewan observó al anciano marcharse y dejó caer la cabeza sobre la madera de la mesa, dándose un buen golpe.

—¡Oye! —exclamó Glenn sentándose a su lado— El asunto de los rebeldes se ha solucionado pero te comportas como si toda tu vida fuera un desastre. ¿Qué ocurre?

—¿Recuerdas *Clynetradwell*?

—¿Cómo olvidarlo? Fue una lucha sangrienta. Sufrimos demasiadas pérdidas.

—Creo que maté al prometido de Ailis.

—Espera, ¿Ailis estuvo prometida?

—Sí, y su prometido murió en *Clynetradwell*.

—¿Estás seguro de que fuiste tú? Pudimos ser cualquiera de nosotros.

—¿Cómo voy a estar seguro? No suelo fijarme en los que intentan matarme, hermano.

—Entonces...

—William le dijo a Ailis que fui yo —le interrumpió—, así que puede ser perfectamente cierto.

—Estábamos en guerra con los Sinclair y ambos bandos sufrieron terribles pérdidas, no hay culpables en la batalla. ¿Acaso ella te está culpando?

—No lo sé. Aparentemente no, pero...

—Entonces deja de preocuparte.

—Me gusta —reconoció—. Me gusta lo suficiente como para haberme planteado casarme con ella.

—Maldita sea, Ewan... De todas las mujeres que hay en este clan ¿tuviste que fijarte en ella?

—¿Crees que lo hice a posta? No se pueden controlar los sentimientos, Glenn. Deberías saberlo ya a estas alturas.

—¿Y sabes si tú le gustas a ella?

—Quiero pensar que sí, de otra forma no habría pasado tantos días sin separarse de mi cama, ¿no crees?

—O tal vez solo lo hizo porque eres su laird y está agradecida por todo lo que estás haciendo por el clan.

—Se ha estremecido en mis brazos cuando la he besado.

—¿Ya la has besado? —exclamó Glenn con un silbido— Sí que debe gustarte, sí.

—Cállate —protestó Ewan.

—Ella te gusta, tú le gustas. ¿Dónde está el problema?

—Puede que yo le guste, pero jamás se casará conmigo porque maté a su prometido.

—Lo tienes crudo, hermano.

—¿Qué demonios puedo hacer para que se case conmigo? ¿Debería hablar con su padre sin más?

—Yo no tengo ni idea sobre mujeres, Ewan. Deberías preguntarle a Dun, es el único que tiene una esposa.

—¿Qué tiene que preguntarme? —inquirió el aludido sentándose junto a ellos.

—Fergus le ha dicho que fue él quien mató al prometido de Ailis, y ella le gusta —le contó Glenn.

—¿Ailis sabe que fuiste tú?

—William se lo dijo.

—William es igual de fiable que un cuervo y ella tiene que saberlo.

—¿Y por qué se aleja de mí cuando intento acercarme a ella?

—No intentas acercarte, bribón —rio Glenn—. Intentas besarla.

—¿Debería disculparme con ella? —preguntó Ewan a Duncan sin hacerle caso a Glenn.

—¿Por cumplir con tu deber para con nuestro rey? —exclamó Dun— Olvídalo, si ella quiere que te disculpes por ello no merece la pena el esfuerzo.

—¿Entonces qué puedo hacer? —protestó.

—Si se aleja cuando intentas besarla no lo hagas.

—Como si fuera tan sencillo —bufó Ewan.

—Tal vez se siente agraviada cuando la besas. Estuvo prometida una vez, pero no sabes el tipo de relación que mantuvo con ese hombre.

—Supongo que tienes razón

—Ailis es lo suficientemente inteligente para saber que no puede culparte por algo que no puede ser demostrado y que ocurrió en el campo de batalla —continuó el mayor—. En vez de atosigarla con besos puedes pasar tiempo con ella y demostrarle que eres digno de su amor y su confianza.

—¿Ves como es Duncan quien entiende mejor a las mujeres? —se jactó Glenn.

—Cállate —protestó Ewan—. Yo tuve que ayudarle a conquistar a Moira.

—Pero es él quien lleva varios años casado con ella.

—No sois más que un par de niños —rio Duncan—. Deberíamos cenar pronto para irnos temprano a la cama, Glenn, partiremos por la mañana.

—¿Ya os marcháis?

—Tengo una esposa y una hija recién nacida esperándome en casa —asintió Dun—. Además, padre no puede hacerse cargo del clan por más tiempo.

—Pero la última nevada ha sido muy fuerte y...

—¿Acaso no hemos viajado en peores circunstancias cuando ha sido necesario? —le interrumpió— Estás completamente recuperado y los rebeldes han sido capturados. No somos necesarios aquí, Ewan.

—Está bien, maldita sea. Marchaos.

—Eres el demonio de las Highlands, ¿de veras tienes miedo de cortejar a una jovencita?

—Eres el laird de los Sutherland, ¿de veras tienes tantas ganas de probar mi espada?

—Vamos, deja de comportarte como un niño y pide que sirvan la cena. Te prometo que volveremos en primavera, cuando Elisabeth haya crecido un poco y pueda traer a mi familia conmigo.

—Más te vale cumplir tu promesa. Maldición, voy a echaros muchísimo de menos.

—¿También nos echabas de menos cuando estabas sirviendo a nuestro rey? —bromeó Glenn.

—Entonces no tenía tiempo para pensar en vosotros —reconoció—. Fueron tiempos difíciles, no quiero ni recordarlos.

—Vamos, tomemos una copa y pensemos en la mejor manera de que este galán pueda conquistar a su enamorada —bromeó Duncan.

Ewan negó con un juramento, pero se levantó y siguió a sus hermanos al que ahora era su

despacho. Su marcha iba a dejarle un enorme vacío, maldición, pero bien podía utilizar los últimos momentos juntos para sacar provecho de su hermano mayor y su experiencia con las mujeres... que se limitaba básicamente a su cuñada.

Capítulo 14

El día siguiente amaneció despejado, así que Ailis decidió dar un paseo aquella tarde por la playa, cuando terminó con sus tareas diarias. Se puso la capa, llamó a *Allaidh* con un silbido y se encaminó hacia la ensenada. Saludó a los hombres que se encontraban en la primera playa intentando pescar, compartió algunas frases con las mujeres que se habían reunido junto a las rocas para tejer redes de pesca y se adentró por el arco de piedra para encontrar mayor intimidad en la segunda playa. No lo consiguió. Ewan estaba sentado en un plaid extendido en la arena, manipulando algún artilugio entre las manos. Tras un momento de duda, Ailis se acercó a él.

—Hola —susurró deteniéndose a su lado.

—¿También buscabas tranquilidad? —sonrió él.

—Sí, pero veo que me has adelantado.

Ailis hizo el intento de darse la vuelta, pero Ewan la sujetó del bajo del vestido con suavidad.

—Vamos, quédate —pidió—. Prometo no decir ni una palabra.

Una parte de ella quería marcharse. Quería hacerlo porque la cercanía de Ewan la ponía nerviosa, despertaba mariposas en su estómago y su corazón se aceleraba como loco cuando esos ojos verdes la miraban fijamente. Pero por otra parte le gustaba pasar tiempo en su compañía. Le gustaba escuchar sus historias, bromear con él, en definitiva conocerle mejor. Porque Ewan era un hombre al que merecía la pena conocer. Había resultado ser un gran laird para su gente. Era un hombre lleno de valor y coraje, pero también justo y leal. Se había esforzado tanto por mejorar las condiciones de los Sinclair que el clan ya le admiraba y respetaba por ello. Le había visto con su familia, a la que amaba tanto que se interpuso entre uno de sus hermanos y una flecha envenenada a pesar de no compartir la misma sangre. Era un hombre ejemplar... y Ailis era muy consciente de ello. Terminó sentándose a su lado, observando con curiosidad lo que tenía entre las manos: era una pequeña figura de madera que empezaba a parecer un caballo. Un caballo increíblemente realista, con tantos detalles que cualquiera pensaría que había sido fabricado por un artesano.

—Estoy haciéndole un caballo de madera a Mervin —explicó sin necesidad de que ella preguntara—. Quiero hacerle un regalo por el buen comportamiento que está teniendo últimamente y creo que esto le gustará.

—Estoy segura de que sí, le encantan los caballos.

—Se ha autonombrado cuidador oficial de *Black* —rio el guerrero—. Mi caballo de guerra se comporta como un corderito cuando el mocoso está cerca. Ayer le encontré sentado en la grupa como si se tratara de un cachorro. Casi me muero del susto de pensar que pudiera tirarlo al suelo y pisotearlo.

—Los animales son muy inteligentes —asintió Ailis—. *Allaidh* pasa más tiempo con los niños de la aldea que protegiendo a su dueño. Se ha convertido en la mascota de la aldea.

El perro corrió hacia ella, saltó sobre sus hombros y terminó tumbándola sobre la manta. Ella rio, acarició su largo pelaje y volvió a sentarse cuando el animal volvió a correr hacia la orilla, donde había estado luchando contra un cangrejo insignificante.

—Al final atraparé su narizota con las pinzas y terminará chillando —rio Ewan—. Ese maldito chucho nunca aprenderá.

—Siempre le estás llamando chucho. ¿Tan poco te gusta?

—Adoro a ese animal. Me ha salvado la vida innumerables veces en la batalla, si pudiera le construiría un altar.

—En teoría puedes hacerlo —sonrió Ailis.

—Apuesto a que *Allaidh* no tardaría en levantar su pata sobre él.

Estuvieron un rato sin hablar, Ewan concentrado en la talla del caballo y ella disfrutando de la suave brisa del mar. Hacía frío, mucho frío, pero la capa de lana abrigaba lo suficiente como para no tener que marcharse aún. Hundió el rostro en la prenda y cerró los ojos. Le encantaba sentir aquella paz. Cuando George y William gobernaban el clan, los Sinclair vivían con miedo, escondidos en sus casas para no despertar la ira de su señor. Obligaban a los jóvenes a convertirse en guerreros que terminaban muriendo por defenderles a ellos, y debido a ello los nacimientos en el condado de Caithness habían descendido considerablemente. Los niños de la aldea eran apenas diez. Habrían sido algunos más si las condiciones en las que vivían los Sinclair no hubieran sido tan deplorables. Pensar en todos esos pequeños cuerpos enterrados en el camposanto la estremeció.

—¿Tienes frío? —preguntó Ewan cubriéndola rápidamente con la manta.

—Estoy bien. Son solo malos recuerdos.

—Entiendo.

Ewan no la presionó para hablar, lo que ella agradeció, pero de repente quiso compartir todo aquello con él, quiso que supiera la clase de horrores que habían tenido que soportar antes de su llegada. Necesitaba desahogarse.

—He recordado la infinidad de niños que hemos tenido que enterrar en el camposanto porque no han podido soportar las precarias condiciones en las que vivíamos antes —explicó.

—Tuvo que ser muy duro.

—Ni te lo imaginas. No solo el dolor de perder a uno más de los nuestros siendo tan pequeño, sino el estado en el que se encontraban sus padres por ello. He visto a muchas mujeres intentar quitarse la vida después de que sus hijos hayan muerto. Mujeres que conozco, a las que quiero y respeto.

—Sabes que eso ya no volverá a ocurrir, ¿verdad? No permitiré que más de los nuestros fallezcan, sean niños o adultos.

—Ya hablas del clan como si fueras uno más —sonrió ella.

—Soy un Sutherland, pero también soy un Sinclair. Reconozco que antes de la muerte de William odié a este clan y a sus gentes, pero fue porque ellos me hicieron odiarlo. No fue hasta que conocí a Tavie que me di cuenta de que la gente de Caithness es tan inocente como ella o yo, que solo eran víctimas de las atrocidades de un líder incompetente.

—¿Qué sentiste al saber que tenías una hermana?

—¿Sinceramente? Al principio no me lo creí. Pensé que era una estratagema de Jaime para obligarme a liderar el clan que sabía que detestaba con toda mi alma. Pero en cuanto la vi supe que todo era cierto... y sentí vértigo.

—¿Por qué? No es como si Tavie fuera una niña pequeña. Ya tiene diecisiete años, es toda una mujer.

—Tenía miedo —reconoció—. Miedo de no ser el hermano que ella esperaba, miedo de no ser capaz de estar a la altura. Y me dirás que tengo cuatro hermanos más, que ya sabía de qué iba eso de tener hermanos, pero con ellos yo soy el menor, el que se mete en problemas para que

ellos los solucionen. Con Tavié tengo que ser yo el responsable.

—Creí que Kirk era menor que tú.

—Kirk es mayor que yo cuatro meses, aunque a veces hasta yo mismo lo dudo.

—Tuviste mucha suerte cuando Murray Sutherland te encontró.

—Creo que Dios escuchó mis plegarias y me puso en el camino de la persona adecuada.

Al principio no confiaba en ellos. Después de todo lo que viví con los Gunn tenía miedo de que me ofrecieran consuelo.

—¿Los Gunn te engañaron?

—George me entregó a él como esclavo, supo en todo momento lo que harían conmigo. Yo creí que me enviaba a sus tierras para entrenarme como guerrero, y al principio me hicieron creer que así sería.

—Pero no fue así.

—Claro que no. Me pusieron a limpiar las cuadras, a cepillar y dar de comer a los caballos y cosas así. Cuando me quejé y pregunté cuándo iba a empezar a entrenar me dieron la primera paliza. Estuve tres días sin poder moverme.

—Dios santo...

—A partir de entonces se hizo costumbre golpearme, aunque yo no tuviera la culpa de nada. La última vez, cuando escapé, terminé con la nariz rota, tres costillas fracturadas y un corte en el costado que casi estuvo a punto de matarme. Cuando los hombres de Murray me encontraron pasé cerca de un mes en la cama.

—Por eso no quieres aliarte con ellos.

—Sé que Jaime quiere la paz entre los clanes, pero no puedo firmar una tregua con ese desgraciado. Sé que si algún día lo tengo delante terminaré por ensartarle con mi espada.

—¿Y qué vas a hacer?

—Evitar encontrarme con Darach Gunn el mayor tiempo posible.

Ewan sonrió, haciéndola sonreír a ella también. Conforme la noche avanzaba, el aire se hizo más frío. Hacía rato que *Allaidh* había regresado a la aldea, y los pescadores también se habían marchado. Ewan sintió un escalofrío y, pensando que Ailis podría estar helada, se levantó y le ofreció volver dando un paseo hasta su casa. De repente, Ailis se detuvo, escuchando atentamente. Un gemido débil y prolongado rompió el silencio invernal.

—¿Qué es eso? —preguntó en un susurro.

—Voy a ver, quédate aquí.

La joven desoyó las órdenes de su laird y le siguió de cerca. Al oeste, resguardado entre unas rocas, se encontraba un lobo herido. Había un rastro de sangre que iba desde el acantilado hasta el escondite, seguramente el animal había terminado cayendo por él. A Ewan se le heló la sangre al ver que Ailis corría hacia el animal, y salió tras ella, sujetándola justo a tiempo.

—¿Acaso estás loca, mujer? —protestó— Es un lobo, un animal salvaje, no un perro pulgoso como *Allaidh*.

—¡Pero tenemos que ayudarlo! ¿No ves que está herido?

—Y lo ayudaremos, pero debes mantenerte alejada hasta que me asegure de que no supone ningún peligro para ti, ¿de acuerdo?

Ailis asintió y se sentó en una roca a pocos metros del animal herido. Observó a Ewan acercarse muy lentamente, deteniéndose cuando el animal gruñía o mostraba sus letales dientes.

—No voy a hacerte daño, bonito... —susurró Ewan— Solo quiero ayudarte.

El animal pareció entender aquellas palabras, porque gimió y comenzó a mover la cola lentamente. Ewan se atrevió a dar un par de pasos más y volvió a detenerse.

—Dime que traes encima algún tipo de comida —dijo a Ailis.

—Solo tengo una manzana —respondió sacándola de debajo de su capa—. No creo que sea comida para un lobo.

—Aunque son carnívoros también comen de vez en cuando frutas y bayas, así que puede servir.

Extendió la mano hacia ella para tomar la fruta y se acercó hasta que estuvo a menos de un metro del animal. A primera vista vio una fea herida abierta sobre la pata trasera izquierda. Maldijo su suerte, no creía que el lobo fuera capaz de sobrevivir.

—Ailis, trae un poco de nieve limpia para que pueda limpiar la herida —ordenó—. Tengo que ver mejor cuál es el daño.

Ailis corrió hacia la zona de las barcas de pesca, donde encontró con alivio un pequeño cubo de madera que podía usar para la nieve. Se dirigió hacia el bosque y tomó la nieve más limpia que vio, en la base de un árbol. Corrió de nuevo a la playa para entregársela a Ewan. Sabía que el tiempo era crucial, la vida del animal dependía de él.

—Aquí está —dijo deteniéndose junto a la roca en la que había estado sentada.

—Acercate lentamente, muy poco a poco. Detente de inmediato si gruñe o enseña sus dientes.

—De acuerdo.

Ailis obedeció hasta quedar a pocos pasos de la cabeza del animal. Se arrodilló junto a él y dejó el cubo junto a Ewan. Observó a su laird poner un poco de nieve sobre la herida, arrastrando con suavidad la suciedad. El lobo ni siquiera se inmutó, debía estar muy dolorido y cansado.

—Te pondrás bien, lobito —susurró Ailis—. Pronto podrás volver con tu manada.

Ewan negó con la cabeza, sonriendo. Aquel enorme animal podía llamarse de cualquier forma, excepto “lobito”. Una vez hubo limpiado la herida, comprobó que, como había imaginado, el animal no tenía ninguna posibilidad de sobrevivir.

—Maldita sea, voy a tener que sacrificarlo —se lamentó.

—¿No puedes hacer nada por él?

—La herida es demasiado profunda y no deja de sangrar. Me temo que...

—¡No! —exclamó ella, sorprendiéndole— ¡No puedes matarlo!

—Dejarlo vivir sería más cruel que matarlo. Solo quiero acabar con su sufrimiento.

—Podemos llevarlo a la aldea. Tal vez Roderick...

—Es un animal salvaje, Ailis —la interrumpió Ewan—. Podría atacarnos si se siente amenazado.

—Está sufriendo, Ewan. Sabe que le estamos ayudando, ¿verdad?

Ailis sorprendió a Ewan acercando la mano al pelaje del animal. Los ojos de obsidiana del lobo la observaron atentamente, pero no hizo ningún intento de atacarla. Al contrario, ladeó la cabeza cuando la palma de su mano acarició con suavidad el sedoso pelaje negro del animal.

—Si no lo veo no lo creo —exclamó Ewan.

—Podemos usar una tabla para llevarlo a la aldea —sugirió Ailis—. En donde están las barcas he visto algunos maderos de gran tamaño.

—No es buena idea, maldición.

—¡Entonces traigamos aquí a Roderick!

—Escúchame, Ailis. —La sujetó con fuerza de los brazos, obligándola a mirarle—. Este animal seguramente ha sido abandonado por su manada debido a esa herida mortal. Aunque le salvemos la vida, aunque Roderick le cosa y sobreviva, no tendrá ningún lugar al que volver.

—Pero...

—Un lobo solo no será capaz de sobrevivir, *mo ghràdh*^[13] —dijo con voz calmada—. Lo mejor que podemos hacer por él es terminar con su sufrimiento.

—Pero no puedo, no...

—Yo lo haré —la interrumpió—. Regresa a la aldea, no tienes por qué ver esto.

—¿También lo enterrarás?

—Por supuesto que lo haré.

—Iré entonces a buscar algunas flores. Todos merecen tener flores en su funeral.

—¿Su funeral?

—Debe tener un funeral. También es una criatura de Dios.

Ewan no discutió. Ailis estaba llorando a mares sin apenas darse cuenta, y si la muchacha quería celebrarle un funeral al lobo él no se opondría. Esperó a que Ailis se perdiera de vista y se volvió hacia el animal agonizante. Apretó los dientes, desenvainó su espada y con un tajo limpio lo degolló, intentando hacerle el menor daño posible. Cuando terminó, se quitó la capa y lo envolvió con ella para que Ailis no pudiera verlo. Lo llevó hacia el bosque y lo enterró bajo un árbol, en un lugar donde los osos no pudieran encontrarlo. Poco después se encontró con Ailis de nuevo en la playa. La mujer tenía el rostro enrojecido e hinchado de tanto llorar, y traía en sus manos algunas ramas de acebo.

—No he podido encontrar flores —sollozó—. He pensado que dado que estamos en invierno puede servir esto.

—Servirá. Vamos, te llevaré a donde lo he enterrado.

Rodeó los hombros de Ailis con el brazo y se encaminó hacia el bosque. La ceremonia que Ailis celebró para el lobo fue corta, y Ewan la aguantó con estoicidad. Habría reído si hacerlo no hubiera enfurecido a la mujer de pie a su lado. Era la primera vez en su vida que se encontraba en aquella situación tan ridícula, si sus hermanos se enterasen estarían riendo durante horas. Al fin Ailis dio por terminada la ceremonia y ambos regresaron a la aldea. Dejó a la mujer en la puerta de su casa y regresó al castillo con gesto cansado.

—¡Dios santo! ¿Qué demonios te ha pasado?

Kirk bajaba las escaleras corriendo, y Ewan miró sus ropas, que estaban cubiertas de sangre.

—No es mía, no te preocupes —respondió.

—¿Entonces de quién es?

—Acabo de asistir al funeral de un maldito perro —protestó.

Kirk le miró con una ceja arqueada.

—¿Te has vuelto loco o el frío te ha congelado el cerebro?

—Un poco de ambos, creo. Déjame llegar al despacho, estoy muerto de frío y necesito una copa.

Subió al piso de arriba con su hermano pisándole los talones. Avivó el fuego de la chimenea, sirvió dos copas de whisky y se dejó caer en un sillón con un suspiro.

—¡Vamos, me tienes en ascuas! —exclamó Kirk.

—Estábamos en la playa y hemos encontrado un lobo herido.

—¿Hemos? —preguntó su hermano con la ceja arqueada.

—Estaba con Ailis.

—¿Tú y esa muchacha...?

—Me encontré con ella de casualidad. ¿Vas a callarte y dejarme contar la historia?

—Claro, continúa.

—El animal debió haberse caído desde lo alto del acantilado. Tenía una herida muy fea en el flanco, y he tenido que sacrificarlo.

—Y ella se lo ha tomado mal...

—No, no se lo ha tomado mal. ¡Le ha hecho un maldito funeral!

Kirk no pudo más y rompió a reír a carcajadas.

—Ríete, pero no he tenido corazón de contradecirla —protestó—. Ha ido a buscar flores, se las ha puesto en la tumba y ha rezado una oración por el pobre alma del animal. Ha sido lo más estúpido que he hecho en mi vida.

—¿Y por qué demonios te has quedado? Podrías haberla dejada sola.

—Estoy haciéndole caso a Duncan, ¿no decías que él era el experto en mujeres?

—Suerte que no te ha visto nadie del clan, te habrías convertido en la burla de todos.

—¿Nadie te ha visto hacer qué, hermano?

La voz de Tavie le llegó un momento antes que el beso en la mejilla. La miró sorprendido.

—Lo siento, ¿no debería haberlo hecho? —se disculpó la joven ruborizándose al ver la reacción de su hermano.

—Nuestro hermano se ha sorprendido, es todo —respondió Kirk por él—. Hoy no es su mejor día, ¿sabes?

—¿Qué ha ocurrido?

—Acaba de regresar de un funeral.

Ewan miró a Kirk con reproche, pero este solo se apoyó en las manos para mirarle con una enorme sonrisa.

—¿Quién ha muerto? —preguntó la mujer.

—Wolf —respondió Kirk intentando aguantarse la risa—. ¿Le conoces?

—No he oído hablar de él. ¿Pertenece al clan?

—Vivía en el acantilado. Tu amiga y él le hicieron un bonito funeral junto a su tumba.

—¿Ailis le conoce?

—No le hagas caso, Tavie —protestó Ewan—. Kirk está bromeando. ¿Vas a alguna parte?

—Voy a ver si Teasagh necesita algo. Suelo ir a verla todos los días para echarle una mano, la pobre está muy mayor y sus manos empiezan a fallarle.

—Vuelve a pedirle que se venga a vivir al castillo —sugirió Ewan—. Tal vez esta vez acepte.

Tavie asintió, besó a ambos en la mejilla y salió a correr hacia el pasillo. Ewan la observó hasta que la perdió de vista junto a la entrada.

—Te ha sorprendido, ¿verdad? —adivinó Kirk.

—Te juro que he estado a punto de romper en llanto. Es un gesto tan normal que no debería de extrañarme que lo haga, pero...

—Está empezando a florecer.

—Es una mujer muy hermosa, Ryan está loco por ella.

—¿Y vas a arreglar el matrimonio?

—No. Le prometí a Tavie que respetaría su decisión de no querer casarse y no romperé mi promesa.

—Sería una lástima.

—Lo sé, pero tengo la esperanza de que con el tiempo encuentre a alguien en quien confíe lo suficiente como para abrirle su corazón.

—Y mejor si ese alguien es Ryan.

—Desde luego. Confío plenamente en él y sé que será bueno con ella.

—Yo creo que hay más posibilidades de que sea un Sinclair.

—Hay muy pocos jóvenes, no creo que...

—¿No te has dado cuenta de que siempre está con el hijo del herrero?

—¿Con Broderick?

—El mismo. Van a pasear casi cada tarde, la acompaña a donde quiera que vaya y está pendiente de cualquiera de sus necesidades.

—Eso no quiere decir que ella tenga sentimientos por él, solo que ese muchacho bebe los vientos por nuestra hermana.

—¿Te importaría que el elegido fuera él?

—Por supuesto que no. Él ha protegido a Tavie de George y de William durante todo este tiempo, ¿cómo iba a importarme?

—Y tú estás enamorado de su hermana, ¿no es así?

—Esa mujer tiene algún extraño poder sobre mí. Es capaz de hacerme asistir al funeral de un maldito chucho salvaje.

—Y la deseas.

—Tanto que tengo que hacer uso de todo mi autocontrol para no volver a besarla. ¿De veras crees que me he enamorado de ella?

—No lo sé, hermano, yo no me he enamorado nunca. Pero lo que sí sé es que nunca te había visto con Mai como te veo con ella.

—¿A qué te refieres?

—Tus ojos brillan, maldita sea. Brillan tanto que parecen dos esmeraldas cuando ella está cerca.

—Ahora pienso que eres tú el que se ha vuelto loco —bufó Ewan.

—Qué puedo decir... ser vuestro hermano debe tener algunas consecuencias —suspiró Kirk levantándose—. Voy a montar a caballo, ¿me acompañas?

—¿A estas horas?

—¿Desde cuándo te ha importado algo tan insignificante como la hora?

—Olvidalo, yo me voy a la cama.

—¿Para soñar con cierta mujer?

—Cállate —protestó, aunque reía.

Observó marcharse a su hermano y pensó en la conversación que acababan de mantener. ¿Enamorado de Ailis Sinclair? Probablemente. Pero debía hacerle caso a Dun y tomarse las cosas con calma, no ganaría nada apresurándose. Con esa idea en mente, se dirigió a su habitación con la intención de meterse en la cama.

Capítulo 15

Cuatro días más tarde, Ewan se encontraba en el bosque con sus hombres en busca de alguna pieza que pudieran llevar a la aldea para la cena. La carne empezaba a escasear, y debido a las heladas también había menos peces. Ewan temía tener que empezar a sacrificar al poco ganado que tenían para poder aguantar todo el invierno. Divisó un ciervo en la espesura. Levantó su arco, puso el ojo en el objetivo... y la flecha acertó entre los ojos del animal. Habría gritado de alegría si no hubiera visto a otro ciervo a su derecha. Le hizo señas a Kirk para que disparase... y ganaron otro animal. Para el atardecer se habían hecho con seis ciervos, cinco jabalíes, cuatro perdices, tres conejos y dos liebres. Los vítores de sus hombres no se hicieron esperar, y no era para menos. Con tantos animales los Sinclair podrían olvidarse de la carne seca durante al menos una semana.

—Deberíamos regresar —aconsejó Ewan mirando el cielo, que había empezado a llenarse de nubarrones oscuros—. Se acerca una tormenta.

Kirk asintió, montó en su caballo y se dirigieron hacia la aldea. Una vez allí, Ewan le entregó su caballo a uno de los soldados.

—Llevad los animales a las cocinas y llamad a todos los Sinclair —ordenó—. Repartid equitativamente la carne exceptuando dos ciervos, que asaremos en el castillo para la cena.

—De acuerdo, laird —asintió el guerrero.

—Todos están invitados, hace tiempo que no tenemos una celebración y vendrá bien para subir el ánimo de los aldeanos.

Se dirigió al castillo con la intención de lavarse e ir a ver a Ailis antes de la cena, pero la encontró en el salón principal riendo con Tavie mientras las dos muchachas cocinaban algo en la chimenea.

—¿Estáis de vuelta? —exclamó Tavie al verle— ¿Habéis tenido buena caza?

—Suficientemente buena como para no tener que pensar en la carne seca durante una semana. ¿Qué hacéis?

Se acercó hacia la chimenea, de la que salía un aroma fresco y ligeramente dulce, con un pequeño toque ahumado.

—Estamos preparando un perfume —respondió Ailis—, Neris nos ha dado la receta. Hemos mezclado grasa de ciervo con brezo, lavanda, romero, tomillo y corteza de abedul. Debe hervir a fuego lento durante una hora para que las hierbas y flores liberen sus aromas y se mezclen bien con la grasa.

—Cuando se enfríe quedará un perfume en crema —continuó Tavie—. Ahora mismo todas las jóvenes de la aldea están haciendo sus propias recetas.

—¿Haréis uno para mí también?

—¿Quieres oler a lavanda? —rio su hermana.

—Creo que sería mejor un olor un poquito más masculino...

—Podemos probar mezclando agujas de pino, romero, enebro y musgo de roble —sugirió Ailis—. Esos olores quedarían bien en ti.

Ewan la miró sonriendo de medio lado. Están realmente tentado a provocarla, pero había

aprendido que con Ailis era mejor ir despacio. Su sonrisa se ensanchó cuando la joven apartó la mirada con las mejillas sonrojadas.

—Debería subir a lavarme —dijo levantándose—. Esta noche tendremos una pequeña celebración en el castillo por la caza de hoy, espero verte por aquí más tarde, Ailis.

—Aquí estaré.

—Seguid con vuestros experimentos, os veré a la hora de la cena.

Las dos mujeres vieron al guerrero alejarse hacia los pasillos, y Ailis suspiró mientras removía el mejunje de la olla. La cercanía de su laird siempre conseguía ponerla nerviosa, y aquella mirada... siempre que la miraba de aquella manera le provocaba un vuelco en el estómago. ¿Qué le pasaba? Había estado enamorada de John hasta el punto de comprometerse con él, pero jamás había sentido nada parecido. ¿Era acaso aquello la pasión?

—Huele de maravilla —exclamó Tavie sacándola de sus pensamientos.

—Creo que ya está, apartemos la olla del fuego.

Pusieron con cuidado la enorme olla sobre la mesa de madera, colaron el líquido y lo vertieron en los pequeños recipientes de barro que Neris les había dado. Cuando terminaron, permanecieron observando los perfumes hasta que empezaron a solidificar, como la mujer del médico les había indicado. Ambas amigas se miraron con una enorme sonrisa y comenzaron a dar saltos de alegría.

—Han salido muchos frascos de perfume —dijo Ailis—. ¿Qué te parece si nos quedamos dos cada una y el resto los repartimos a las mujeres de la aldea?

—Es una excelente idea. Deberíamos pedirle a Neris algunos frascos más para hacer el perfume para mis hermanos.

Ailis asintió y siguió a su amiga hasta la casa del médico, a quien llevaron un pequeño perfume casero. Neris sonrió, desató la cuerda que sujetaba la tapa de cuero a su lugar y se lo llevó a la nariz.

—Os ha salido perfecto —dijo—. Eppie y Caris han debido hacer algo mal, olía un poquito a rancio.

—Podemos darle del nuestro, tenemos muchos más —dijo Tavie mostrando los que llevaban para repartir.

—Sería un buen gesto por vuestra parte —respondió la mujer acariciando la mejilla de la joven.

—Necesitamos más recipientes, Neris —pidió Tavie—. Queremos hacer otro perfume para mis hermanos.

—Os enseñaré mañana a fabricarlos vosotras mismas. Solo necesitáis un poco de barro.

—¿Vendrás a la cena del castillo? —preguntó Ailis— Al parecer los soldados han tenido un buen día de caza y nuestro laird quiere celebrarlo.

—Roderick ha ido a recoger nuestra parte de la carne, iremos en cuanto regrese.

Las dos amigas salieron de la casa del doctor y se dirigieron de vuelta al castillo, pero Ailis se detuvo en la bifurcación que llevaba a su propia casa.

—Debería asearme un poco antes de volver al castillo —explicó—. ¿Puedes volver sola?

—Puedo acompañarla. —La voz de Brody les llegó desde el camino—. Me dirijo al castillo para recoger nuestra dotación de carne.

—Cuida bien de ella —advirtió su hermana.

—Siempre lo hago.

Los observó alejarse por el camino charlando. La sonrisa sincera que Tavie le dedicaba a su hermano la llenaba de esperanzas. Siempre había querido que Tavie se convirtiera en parte de

su familia. Y aunque su hermano lo negara, llevaba un tiempo enamorado de ella. Se dirigió a su casa y antes de entrar tomó un cubo de agua del pozo. Lo puso a calentar al fuego mientras sacaba del armario uno de sus vestidos más nuevos. Se lavó el cuerpo con agua fresca y dejó el agua caliente para lavarse el cabello. Lo cepilló delante de la chimenea hasta que estuvo seco y sedoso y lo recogió en una trenza que dejó caer sobre su hombro. Unos golpes en la puerta la sorprendieron, pero más la sorprendió ver a Ewan de pie en la entrada.

—Me preguntaba si te gustaría dar un paseo conmigo antes de la cena —dijo el guerrero—. He descubierto un sitio en el bosque que te encantará.

—¿Llegaremos a tiempo?

—De sobra, no está muy lejos.

Ella asintió, tomó su capa de lana y le siguió hasta el bosque. Recorrieron el camino en silencio hasta que llegaron a un claro en el que encontraron un pequeño lago helado. El sol invernal de la tarde se reflejaba en la superficie helada creando destellos anaranjados de luz y sombras. El lago estaba bordeado por algunos helechos y arbustos cubiertos de escarcha. Había un pequeño fuego encendido junto al lago, en donde un par de troncos caídos podrían servir como asiento para ellos. El paisaje era increíblemente hermoso y etéreo.

—Lo descubrí esta mañana cuando estábamos cazando —explicó el laird—. Pensé que te gustaría.

—Es hermoso... Jamás supe que había un lago tan cerca de la aldea.

—Eso es porque no sabías dónde buscar...

Ewan se dirigió al fuego y se sentó en uno de los troncos. Ailis le sorprendió sentándose a su lado, y el guerrero le ofreció una bota que tenía escondida bajo una gruesa manta de lana, que colocó sobre las piernas de la joven. Ailis dio un sorbo al hidromiel, que dejó un cálido y dulce regusto en su paladar.

—¿Os ha salido el perfume? —preguntó Ewan, haciéndola sonreír.

—Ya lo creo que sí. Huele de maravilla y hemos conseguido mucha cantidad, por lo que hemos decidido repartirlo en la aldea.

—Sería un buen producto con el que comercializar en el futuro. Podrías ganar mucho dinero.

—¿Nosotras?

—¿Por qué no? Hay muchas mujeres en Escocia que estarían dispuestas a pagar por un perfume de calidad. En la corte, por ejemplo.

—Solo somos mujeres, nadie nos haría caso.

—Yo me ocuparía de ello por vosotras, Ailis. Quiero convertir nuestro clan en uno de los más prósperos del país, y eso incluye a nuestras mujeres. Son muchos los clanes que se dedican a vender prendas de lana, pero no conozco ninguno que fabrique perfumes.

—¿Crees que funcionaría?

—Apuesto a que lo hará, sobre todo si ponemos un precio accesible para todos.

—Estás haciendo mucho por un clan al que hasta hace unos meses odiabas con todas tus fuerzas.

—Intento enmendar el mal que he podido hacer por culpa de mi desconocimiento.

—¿A qué te refieres?

—Fergus me ha dicho que fui yo quien mató a tu prometido.

No le pasó desapercibido el respingo que dio Ailis a su lado. Apretó los puños con fuerza y continuó.

—No puedo saber si realmente maté a John. En el campo de batalla es mi vida o la de

ellos, y créeme, siempre elegiré la mía y la de mis hombres.

—¿Crees que te culpo de su muerte? —preguntó ella sorprendida, a lo que Ewan asintió— Al único que culpé de la muerte de John fue a George Sinclair por obligarle a convertirse en guerrero.

—¿No quería serlo?

—Jamás lo quiso. John adoraba enseñar, quería ser profesor, dedicar su vida a los más pequeños. Incluso pensó en construir una pequeña escuela para ellos, pero George obligó a todos los hombres adultos a alistarse al ejército.

—¿Incluido tu hermano?

—Incluido él, de ahí que haya sido tan bueno protegiendo a Tavie durante todos estos años.

—¿Tu hermano también estuvo en *Clynnetradwell*?

—Sí, pero tuvo mejor suerte que John. Encontró una madriguera abandonada y se escondió en ella hasta que la batalla terminó. Gregor y sus soldados lo tacharon de cobarde por ello, pero te aseguro que me alegro de que hiciera lo imposible por salvar su vida.

—Yo creo que fue muy valiente —la sorprendió diciendo Ewan.

—¿De veras lo crees?

—Sabía que se exponería a la ira de George al regresar a Wick, y aun así decidió salvar su vida en vez de seguir sus órdenes. Ese es un acto de valentía, te lo aseguro. He sufrido en mi propia carne los castigos de ese desgraciado y muchas veces deseé haber muerto.

—Yo también he visto esos castigos. Tavie a veces regresaba a casa de Teasagh tan golpeada que... No quiero recordarlo.

—Brody fue también muy inteligente. No a cualquiera se le habría ocurrido esconderse en una madriguera abandonada. Estoy verdaderamente impresionado.

—Es un hombre muy inteligente —sonrió Ailis—. Pudo librarse de muchas trifulcas con los clanes adyacentes gracias a su ingenio. Pero las veces que no podía librarse de las órdenes de George estaba tan asustada que...

Ewan tomó la mano de Ailis entre las suyas y la apretó con suavidad. Ella le miró con una sonrisa, y tuvo que aguantarse las ganas de besarla. No era el momento. Aún no.

—Ya no tendrás que volver a preocuparte por él —susurró—. Me consta que disfruta mucho el trabajo en la forja y voy a dejarle trabajar con tu padre. Nos vendrá bien en el futuro contar con dos herreros.

—¿Por qué siempre eres tan bueno con mi familia? Sé que te preocupas por todos los Sinclair de manera equitativa, pero siempre tratas un poco mejor a mi familia.

—Es mi forma de agradecerlos todo lo que habéis hecho por Tavie durante todos estos años —confesó Ewan—. Habéis protegido a mi hermana de la depravación de George y William y habéis sido unos grandes amigos para ella. Es lo mínimo que puedo hacer.

—¿Seguro que solo es por eso?

—¿Por qué iba a ser si no?

Ailis evitó responder bebiendo un sorbo de hidromiel. Ewan lo dejó pasar, se levantó y tiró de ella hacia el lago. Cuando el guerrero puso un pie sobre el hielo, Ailis intentó tirar de él hacia fuera del lago, pero Ewan solo rio y la arrastró con él hacia el hielo.

—Vamos, es seguro —la animó—. ¿Sabes patinar?

—Nunca lo he hecho.

—Te enseñaré.

La superficie era lo suficientemente resbaladiza como para que pudieran patinar. Ewan

ayudó a Ailis a mantener el equilibrio mientras se deslizaban por el lago, y pronto la mujer estaba riendo a carcajadas con el rostro lleno de felicidad. Quería besarla. Dios... quería envolverla en sus brazos y besarla hasta que tuviera los labios rojos e hinchados. Quería mucho más que eso, de hecho. Pero por el momento tendría que conformarse con el placer de verla reír. Maldición, qué guapa era. Sus ojos grises reflejaban la luz anaranjada del atardecer y en sus mejillas se dibujaron dos hoyuelos que le daban un aspecto juvenil. Se vio sonriendo a su vez sin darse cuenta, y estaba tan concentrado en ella que no vio el montículo de nieve con el que tropezó... cayendo de culo en mitad del hielo.

—¿Te has hecho daño? —preguntó Ailis acercándose para ayudarlo a levantarse.

Ewan aceptó la mano que Ailis le ofrecía, pero en vez de incorporarse tiró de ella hasta que la tuvo sentada en el regazo. Ailis enrojeció hasta las orejas e intentó levantarse, pero él se lo impidió rodeándola con sus brazos.

—Suéltame —pidió.

—Quiero besarte —confesó con voz ronca— y te juro por Dios que estoy haciendo uso de todo mi autocontrol para no hacerlo.

—Déjame ir, Ewan, por favor...

—¿Tienes miedo de mí, Ailis?

—No tengo miedo de ti. Es solo que...

—Dime, *mo ghràdh*. ¿Por qué te alejas de mí cuando ambos sabemos que existen sentimientos?

En vez de responder, Ailis se zafó y salió a correr hacia la aldea. Ewan suspiró. Había metido la pata hasta el fondo. Había sido impaciente y todo el esfuerzo de los días anteriores se había desaprovechado. Se levantó del suelo, se sacudió el plaid y se dirigió al castillo. Esperaba que Ailis fuera incapaz de cumplir su promesa de alejarse de él, de lo contrario iba a ser increíblemente difícil convertirla en su esposa.

Ailis fue incapaz de respirar con normalidad hasta que se alejó de aquel lugar mágico. Había estado cerca, demasiado cerca de sucumbir a lo que Ewan la hacía sentir. Pero tenía demasiado miedo para hacerlo. Porque la muerte de John le había roto el corazón, pero si tuviera que enfrentar la muerte de Ewan estaba completamente segura de que ella moriría con él. Sintió un estremecimiento al sentir que alguien la observaba, aunque no le dio mayor importancia al pensar que se trataba de Ewan. Caminó hacia el castillo para reunirse con sus padres para la cena. La mayor parte del clan ya estaba allí, y se apresuró a refugiarse en los brazos abiertos de su madre.

—¿Se puede saber dónde estabas? —la regañó— Tu hermano te ha estado buscando por todas partes.

—Lo siento, he perdido la noción del tiempo.

—Estás completamente helada, Ailis. Dime que no has estado fuera con este frío.

—Fui a dar un paseo con nuestro laird —confesó.

—¿Y dónde está él? —preguntó su padre— No le he visto llegar contigo.

—Tenía que ocuparse de algo, estará aquí pronto. ¿Habéis visto a Tavie?

—Estaba con el comandante hace un rato —respondió Brody desde su espalda—. Siempre está colgada de su brazo, maldición.

—Es su hermano —dijo ella intentando aguantarse la risa—. ¿Acaso estás celoso?

—¡Claro que no! ¿A qué viene esa tontería, Ailis?

—Sé perfectamente que estás loco por ella, Brod.

—No estoy... —Se detuvo para suspirar e intentar calmarse—. Tavie y yo solo somos amigos.

—Pero te gustaría ser algo más que eso.

—¿La estáis viendo? —protestó a sus padres— ¿Podéis pedirle que pare, por favor?

—Ailis... —advirtió su madre, aunque sonreía.

—Está bien, voy a hablar con ellos.

Se alejó hasta donde se encontraba su amiga. Kirk le sonrió y le guiñó un ojo, pero aquel coqueteo innato en él no tenía ningún efecto en ella. Negó elevando los ojos al cielo y se sentó junto a Tavie, que estaba contándole a su hermano su nueva afición recién adquirida.

—Estaba contándole a Kirk lo bien que nos ha salido el perfume —dijo para incluirla en la conversación—. ¿Por qué has tardado tanto?

—Ha sido culpa mía —respondió Ewan acercándose a ellos—. Yo la retrasé.

—¿Y dónde estabais? —preguntó Kirk arqueando una ceja.

—Estaba enseñándole el lago helado que encontré esta mañana. Al parecer Ailis no es muy buena patinando y hemos terminado en la nieve. —La miró de arriba abajo con intensidad—. Deberías haberte cambiado de ropa, tu falda está empapada.

—No lo he notado.

—Siéntate con nosotros junto al fuego —sugirió su amiga—. Así se secará antes de que te marches.

—Debería ir a sentarme con mi familia...

—No seas tonta, tu madre te lo permite siempre.

Se sentó resignada junto su amiga, lo más alejada posible de Ewan. Pronto sirvieron la comida y se dedicó a cenar sin prestar mucha atención a la conversación que se mantenía en la mesa. El ruido de la sala empezaba a ser ensordecedor, sentía que la cabeza iba a explotarle en cualquier momento y lo que más quería era alejarse de allí.

—¿Estás bien? —preguntó Tavie en un susurro.

—Me duele la cabeza con tanto ruido.

Tavie se levantó inmediatamente, dijo algo en el oído de Ewan, que asintió, y la tomó de la mano para sacarla del salón. La llevó a su habitación, donde la hizo tumbarse en la cama y se sentó junto a ella para poner un paño frío sobre su frente.

—Me duele la cabeza, Tavie, no tengo fiebre —rio Ailis.

—Ya lo sé, pero el frío te calmará. He visto a Kirk hacer esto cuando bebe demasiado y se levanta con dolor de cabeza.

—Pues espero que también funcione en un dolor de cabeza común.

—Ahora cuéntame qué te ocurre.

—No me ocurre nada, Tavie.

—Ya lo creo que sí. Desde que has llegado estás cabizbaja y no has dicho ni una sola palabra durante la cena. ¿Has peleado con Brod?

La mención de su hermano la hizo sentarse de golpe, ganándose una profunda punzada de dolor en la sien. Arrugó el gesto, pero se quitó el trapo de la cara y encaró a su amiga.

—Creo que le gustas a mi hermano —confesó.

Como esperaba, Tavie agachó la cabeza completamente sonrojada, y una leve sonrisa se dibujó en los labios juveniles. Definitivamente a ella también le gustaba Broderick.

—Eso no es cierto —atinó a decir Tavie.

—Por supuesto que es cierto. Le gustas, Tavie. Y creo que él también te gusta a ti.

—Brod me ve solo como una hermana, nada más.

—¿Por eso está celoso de Kirk?

—¿De mi hermano? —exclamó asombrada su amiga— ¿Por qué?

—Porque pasas más tiempo con Kirk que con él.

—Tal vez sea porque desde que regresamos de *Dornoch* ha pasado más tiempo en la forja que conmigo —bufó Tavie—. Sé que está aprendiendo el oficio, pero hay más cosas aparte de trabajar. Hay días que continúa en la fragua aún cuando tu padre ha regresado a casa.

—¿Y por qué no se lo dices? Tal vez lo haga porque cree que prefieres pasar tiempo con tus hermanos.

—Quiero pasar tiempo con mis hermanos, pero echo de menos estar con él. Le dije a mi hermano que no me casaría nunca porque creí que Brody me veía solo como una hermana pequeña, pero con él... con él sí que me casaría.

—¿Le dijiste que no te casarías? ¿Y qué te dijo él?

—Que respetaba mi decisión. Solo me pedía que estuviera abierta al amor y que no pensara que todos los hombres eran como William o mi padre. Cualquiera otro me habría obligado a casarme, pero Ewan no.

—Creyó que lo hacías porque tienes miedo de terminar como tu madre.

—Y lo tengo, pero no con Brod. Brody me hace sentir a salvo, sé que jamás me trataría como hizo mi padre con mi madre.

—¡Por supuesto que no! Y si lo intentara yo lo azotaría.

—Apuesto a que sí. Pero dejemos de hablar de mí, has cambiado de tema para no contarme qué te ocurre.

—Creo que soy una tonta, Tavie. Ewan ha venido a mi casa para llevarme a dar un paseo. Ha encontrado un lugar precioso escondido entre los árboles y ha preparado un fuego y una manta para que yo no pase frío. Hemos hablado, hemos patinado en el lago helado y me he reído como nunca lo había hecho. Por un momento he sido completamente feliz... y lo he arruinado todo.

—¿Qué has hecho?

—Creo que lo he rechazado.

—¡Pero si te gusta!

—¡Ya lo sé! Pero estaba muy nerviosa, sentía la sangre resonar en mis oídos y cuando me ha confesado que quería besarme he huido de él.

—Te has asustado.

—Me he asustado de lo que me ha hecho sentir al estrecharme entre sus brazos. ¿Por qué soy tan estúpida?

—Porque aún no has superado la muerte de John.

—Ya te dije que...

—He dicho su muerte, no el amor que sentías por él —la interrumpió Tavie—. Temes que Ewan termine como él, pero mi hermano es el mejor guerrero de las Highlands. No tienes nada que temer.

—¿De veras que no? Desde que le conozco le ha herido un jabalí y le han clavado una flecha envenenada que estuvo a punto de matarle. Temo que no llegue vivo a la primavera.

—Reconozco que es bastante impulsivo, pero...

—Tengo miedo de enamorarme completamente de él y que alguien venga a comunicarme su muerte. Moriría con él, Tavie... no podría soportarlo.

—Díselo. Dile que no soportas que sea tan imprudente, que si no cambia no le darás una oportunidad.

—¿Crees que funcionará?

—Si le interesas lo suficiente, creo que cambiará.

Ailis asintió y volvió a tumbarse en la cama. Su amiga tenía razón, en vez de huir de Ewan solo tenía que contarle cómo se sentía. Tal vez él la comprendiera y dejara de ponerse en peligro... De veras deseaba que así fuera.

Capítulo 16

Ailis se dirigió al castillo bien temprano a la mañana siguiente. Ewan se merecía una explicación a sus reacciones, o de lo contrario empezaría a pensar que ella no estaba interesada. Por desgracia, se había marchado a las tierras de la frontera con los Mackay para solucionar un problema, y nadie sabía cuándo regresaría. Le dolió que no se hubiera molestado en despedirse de ella, aunque después de lo ocurrido la tarde anterior no podía reprochárselo. Con un suspiro, se entretuvo aquella tarde en aprender a moldear la arcilla para hacer los frascos de los perfumes que Tavie y ella habían estado creando.

Los días fueron pasando. Terminaron de hacer los perfumes para los hombres y Ailis guardó uno especialmente para Ewan. Tavie había insistido en que fuera ella quien se lo entregara, con la condición que Tavie se lo diera a Brody también. Ailis lo guardó con cuidado en el cajón de la mesita de noche donde guardaba sus tesoros más preciados, y acompañó a Tavie para que le diera el suyo a su hermano. En cuanto entraron en la herrería, Brody miró a Tavie de reojo.

—Ahora estoy ocupado, Tavie —dijo—. Vuelve más tarde.

—¿Acaso se va a acabar el mundo si paras un momento en lo que sea que estás haciendo? —bufó Ailis arrebatándole el martillo de las manos—. Ve a hablar con ella. Ahora.

Aunque reticente, Broderick se limpió las manos en el delantal y siguió a Tavie hasta el camino de entrada. La muchacha se veía nerviosa, y enrojeció cuando extendió las manos y le entregó el pequeño recipiente de barro cubierto con un pequeño trozo de cuero. Brody la miró con una ceja arqueada sin entender absolutamente nada.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Es para ti. Lo hemos fabricado Ailis y yo, es un perfume.

—¿De veras lo has hecho tú?

Tavie asintió con una enorme sonrisa y Brody destapó el frasco. Acercó la nariz a la crema que contenía y pudo notar un olor suave, a madera y hierba mojada. Sonrió. Aquel olor le hacía sentir en casa.

—Huele muy bien, pero me paso todo el día en la forja —dijo intentando devolvérselo—. ¿Cuándo podría usarlo?

—Tal vez cuando salgas a pasear conmigo. —Tavie empujó las manos de Brody de vuelta hacia él y tomó las suyas en la espalda.

—Siempre estás con Kirk, pensaba que ya no querías pasar tiempo conmigo.

—¡Paso tiempo con mi hermano porque tú siempre me rechazas! —gritó la mujer— ¡Estás tan ocupado en la forja que ya no tienes tiempo para mí!

—Eso no es cierto, yo...

—¡Claro que es cierto! Hace un momento me has dicho que estabas ocupado y que volviera en otro momento.

—¡Porque de verdad estoy ocupado! ¿De veras crees que no quiero pasar tiempo contigo? ¿Que prefiero estar cubierto de sudor y mugre en vez de paseando con la mujer que amo?

Se detuvo en seco al darse cuenta de lo que acababa de confesar. Maldición, había ido demasiado lejos.

—¿Me amas? —preguntó Tavie en un susurro.

—Lo siento, yo...

—Respóndeme, Broderick Sinclair —le interrumpió—. ¿Tú me amas?

—Si no te amara no me habría dejado arrastrar por mi hermana durante todos estos años para protegerte. He bajado a los infiernos unas cuantas veces por ti, Tavie. Te aseguro que no lo habría hecho de no amarte.

—¿Qué quieres decir con que has bajado a los infiernos?

—¿Crees que William no me atrapó más de una vez cuando te ponía a salvo? ¿Que no intentó llevarte de vuelta al castillo cuando te mudaste a vivir con Teasagh?

—Pero yo creí...

—Creíste lo que quise que creyeras. No podía soportar seguir viéndote sufrir en el castillo y me interpuse en su camino tantas veces que...

—Y te hizo pagar cada una de esas veces —susurró Tavie acercándose a él para acariciarle la mejilla—. ¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque sabía que te sentirías culpable por mí y volverías al castillo. Eras feliz por primera vez en tu vida. ¿Cómo iba a arrebatarte eso?

Tavie se puso de puntillas y unió sus labios a los de Brody. Fue un beso leve, inexperto y apenas perceptible, pero a él le supo a gloria del cielo. Aprisionó a Tavie entre sus brazos, la pegó a él y profundizó el beso, recorriendo sus labios con la lengua, mordisqueándolos con suavidad y saboreándolos a conciencia. Podía ser un sueño y terminarse al despertar. Podía ser una fantasía producida por las hadas del bosque, o una ilusión creada por la fiebre. Cuando rompió el beso Tavie estaba sonrojada, tenía los labios hinchados y su barbilla estaba magullada por la fricción de su barba, pero le pareció la mujer más bonita sobre la faz de la tierra. Acarició la nariz femenina con la suya y sonrió apoyando su frente en la de ella.

—Eso no es un sueño, ¿verdad? —susurró.

—Si lo es no me quiero despertar.

—Ahora no puedes retractarte, Tavie. Si lo haces...

—No voy a retractarme —le interrumpió—. Te amo, Broderick Sinclair. Te amo tanto que te he odiado por ignorarme durante todo este tiempo.

—Reconozco que sí estaba un poquito celoso de Kirk —confesó él—. Me decía una y otra vez que era tu hermano, pero...

Ella le silenció con un nuevo beso, que se tornó mucho más profundo esta vez. Para cuando se separaron ambos estaban jadeantes, acalorados y acelerados.

—En cuanto Ewan regrese voy a pedirle que me permita casarme contigo —dijo Brody con voz ronca—. Te prometo que te haré feliz hasta el día de mi muerte.

—Ya me haces feliz, hombre tonto —rio Tavie—. Me haces muy, muy feliz.

Ailis se limpió una lágrima rebelde de la mejilla. Había sido testigo de su confesión y se sentía muy feliz por ellos dos. Sintió la mano de su padre en el hombro y le sonrió.

—Al fin se ha decidido —susurró el herrero.

—¿Tú lo sabías, padre?

—Igual que sé de tus sentimientos por nuestro laird, hija.

—¿Cómo...

—Os he visto nacer y crecer, Ailis. Lo sé absolutamente todo de vosotros aunque a veces me haga el despistado. Sé lo mucho que tu hermano ha sufrido por Tavie, y también sé que Ewan

te hace sentir mariposas en el estómago.

—¿Fue grave? —preguntó haciendo alusión a los castigos que había tenido que sufrir su hermano.

—Yo mismo curé sus heridas en la fragua para que tu madre y tú no lo descubrierais. Tiene muchas cicatrices, pero es un hombre fuerte.

—Igual que Ewan. Tiene tantas cicatrices en el cuerpo que...

Se detuvo al darse cuenta de lo que sus palabras implicaban. Sintió la mano de su padre apretar el agarre en su hombro y torció el gesto.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó.

—Estuve cuidándole cuando recibió aquella flecha envenenada, padre. Tuve que vestirle muchas veces, así que vi sus cicatrices.

—¿Acaso no tiene un hermano que se ocupara de vestirlo?

—Kirk estaba demasiado ocupado persiguiendo a los rebeldes, ¿recuerdas?

—Ailis...

—No ha pasado nunca nada, padre, te doy mi palabra.

Aquello pareció tranquilizar al herrero, que se dio la vuelta para continuar con su trabajo. Ailis se acercó a su hermano y su amiga para darles la enhorabuena, y aquella noche durmió un poco más contenta. Pero echaba de menos a Ewan. Le echaba terriblemente de menos. Incapaz de pegar ojo, se puso su capa de lana y se dirigió hacia la playa. El mar estaba en completa calma, parecía un espejo en el que se reflejaban un millar de estrellas y una perfecta y brillante luna llena. Suspiró deseando que Ewan estuviera allí con ella. Volvió a sentir un escalofrío. Tenía la sensación de que alguien la observaba y se puso de pie rápidamente para mirar alrededor, pero allí no había absolutamente nadie. Como el sentimiento no desaparecía decidió volver a su casa. Se encontró a Ryan, uno de los soldados de confianza de Ewan, vigilando los caminos. El guerrero le dedicó una sonrisa y se detuvo a hablar con ella.

—¿Qué haces levantada a estas horas? —preguntó— Deberías estar descansando.

—No podía dormir y he ido un momento a la playa.

Miró inconscientemente a su espalda y se estremeció.

—¿Ha ocurrido algo, Ailis? —preguntó Ryan al ver su nerviosismo.

—No lo sé... He sentido que alguien me observaba, pero no había nadie alrededor. Ha sido extraño.

El guerrero sacó rápidamente la espada de su vaina y puso la mano en la espalda de Ailis.

—Vamos, te acompañaré a casa e iré a echar un vistazo —dijo.

—Los rebeldes han sido atrapados.

—No son los únicos enemigos de nuestro clan, Ailis. Todos los clanes colindantes están intentando aliarse con nosotros y no descartamos que intenten hacer algo.

—Ewan no me ha dicho nada —protestó.

—No es algo que sea necesario contar a una mujer. Te habría preocupado sin necesidad.

Cuando llegaron al a puerta de su choza, Ryan la apresuró a entrar y atrancar la puerta. Le vio por la ventana hacer señas a algunos hombres, que desenvainaron sus armas también y se dirigieron hacia la ensenada. Se estremeció. Ni siquiera se había parado a pensar en la posibilidad de que otro clan quisiera atacarles. Dio por hecho que con el *Deamhan Dubh* como laird y los Sutherland como aliados nadie se atrevería a hacerles daño. Qué equivocada había estado. Avivó el fuego de la chimenea, porque de pronto sintió el frío en los huesos. Se metió en la cama sin quitarse la capa y rezó al cielo para que a Ewan no le ocurriera nada malo.

Tras cinco largos días de viaje, Ewan llegó al extremo noroeste de las tierras de los Sinclair. Habrían hecho el recorrido en cuatro si no les hubiera atrapado la nevada del día anterior. Lograron refugiarse en una cueva cercana, pero terminaron calados hasta los huesos y el frío no les abandonó en toda la noche. Ewan estaba deseando regresar a casa, pero debía ocuparse primero de aquello. Se estaban produciendo robos en las tierras de la frontera con los Mackay y Lornell Sinclair, uno de los aldeanos de Dunnett, se había presentado a primera hora de la mañana en el castillo para pedir su ayuda. Había sido descuidado, desde luego. Se había preocupado por las gentes de Wick, pero había descuidado al resto. Enmendaría ese error en cuanto llegara el deshielo.

Llegaron a Dunnett al atardecer. Los aldeanos regresaban a sus casas después de un día de labranza y miraron a aquellos hombres con recelo. Desde luego que había llegado a sus oídos la noticia de que un nuevo laird gobernaba aquellas tierras, pero no parecían muy amigables con ellos. Ewan no podía reprochárselo, desde luego. Bajó de su caballo y siguió a Lornell hasta la plaza del pueblo. Divisó un pequeño castillo a través de los tejados de las casas, pero parecía estar en ruinas.

—Mi casa está por allí, laird —dijo el hombre—. Debería quedarse en el castillo, pero ha sido descuidado demasiado tiempo y hay muchas cosas que arreglar.

—Me ocuparé de ello en cuanto llegue el deshielo —asintió.

—Espero que cumpla usted con su palabra, no como los que le precedieron.

—Le aseguro que no me parezco en nada a ellos. Si he sido descuidado ha sido debido a mi desconocimiento, y lamento profundamente haberlo hecho. No se volverá a repetir.

—No se preocupe, laird. Nadie nace sabio. Lo importante es aprender de los errores y no volver a repetirlos, ¿no le parece?

—Desde luego —sonrió.

Llegaron a una pequeña cabaña situada en las afueras de la aldea, muy cerca del castillo. Cuando entró tras Lornell descubrió que solo tenía una cama, y si él la ocupaba el hombre tendría que dormir en el suelo.

—Te agradezco tu hospitalidad, Lornell, pero creo que podremos apañarnos con el castillo —dijo.

—No hay absolutamente nada en él, laird. Los aldeanos fuimos tomando lo poco que había según lo íbamos necesitando.

—Tiene un techo que nos resguarde de la nieve y la lluvia, eso es suficiente. Podemos conseguir madera para hacer un fuego y traemos víveres suficientes para estos días. De verdad, no se preocupe y muéstrenos el camino hacia el castillo.

Lornell se encogió de hombros y les guio hacia la puerta del castillo. Era más grande de lo que había pensado en un primer momento, y por suerte el establo parecía estar intacto. Al menos los caballos podrían resguardarse del frío. Respecto al castillo... la situación era muy distinta. El techo se había derrumbado en varias habitaciones, y el único lugar donde resguardarse de la tormenta era el comedor. Apartaron las pocas mesas y banquetas que quedaban hacia un lado, encendieron el fuego de la chimenea después de limpiarla un poco y se concentraron alrededor para calentarse un poco.

—Debería ir a hablar con los aldeanos —le dijo a Kirk.

—Deberías dejarlo para mañana. Estas gentes están agotadas de todo un día de trabajo, lo último que querrán es conocer a su laird.

—He sido un irresponsable, hermano. No me he preocupado de asegurarme que las demás aldeas del condado tengan alimentos para pasar el invierno.

—Las demás aldeas no tenían a George y a William privándoles de comida, Ewan. Has visto cuántos jóvenes hay aquí, la situación es diferente que en Wick. Has sido descuidado, sí, pero no es un error que debas lamentar toda la vida.

Comieron un poco de carne seca, queso y pan para la cena y se acostaron a dormir temprano. Al alba Ewan ya estaba dirigiéndose hacia la plaza central, donde se sorprendió al ver a todo el pueblo reunido esperando su llegada.

—Supuse que quería presentarse a todos los miembros de la aldea —dijo Lornell acercándose a él con paso firme.

—Supuso usted bien, Lornell. Me alegra ver que en Dunnett hay tantos jóvenes y niños. No puedo decir lo mismo de Wick.

—Muchos de nosotros huimos de Wick para escapar del yugo de George Sinclair, señor —dijo uno de los jóvenes—. En otras aldeas del condado la situación es similar. Huimos de nuestro laird, pero somos Sinclair y no nos marcharemos de nuestras tierras.

—Nadie quiere que os marchéis, sino al contrario. Sé que muchos de vosotros habéis sufrido por vuestro anterior laird, pero os aseguro que eso se terminó.

Comenzó a pasearse de un lado a otro de la plaza.

—Estoy pensando convertir el clan Sinclair en uno de los más importantes de Escocia —continuó—. Quiero abrir un puerto comercial en la ensenada de Wick para exportar nuestros productos por todo el país.

Los murmullos de apreciación no tardaron en escucharse, y Ewan se sintió muy satisfecho.

—Cuando llegue la primavera empezaré a moverme por el territorio para ocuparme de todos y cada uno de los pertenecientes al clan, pero si ahora mismo tenéis alguna solicitud que deba ser resuelta de inmediato estoy aquí para escucharos.

Pronto la plaza se volvió un hervidero de personas acercándose a Ewan y hablando. Algunas le pedían cosas, otras solo le pedían que se ocupara de las fronteras. Reclutó algunos jóvenes para entrar a formar parte del ejército, y prometió enviar algunos hombres a vigilar las fronteras para que los saqueos no se repitieran. Cerca del mediodía se dirigió a la zona afectada para poder buscar alguna pista que le llevase a los culpables de los saqueos. Estaba mucho más dañada de lo que esperaba, demasiado como para ser por el efecto de una tormenta o algún animal.

—Mira esto, Kirk —pidió a su hermano.

Kirk se arrodilló a su lado y observó una serie de marcas irregulares en la madera.

—¿Eso no es la muesca de un hacha? —preguntó.

—Exactamente. —Se puso de pie y se sacudió la nieve de las rodillas—. Esto es obra de los Mackay.

—¿Cómo sabes que son los Mackay?

Ewan señaló un patrón regular en cada una de las marcas.

—¿Ves estas muescas de aquí? Son una particularidad de las armas Mackay. A Nathair Mackay le encanta jactarse de sus logros y esta es una manera de hacerlo. Le haremos una visita a los Mackay, si salimos ahora estaremos en su castillo al anochechar.

—¿Te has vuelto loco? Ahora mismo son nuestros enemigos, no podemos aparecer en sus tierras sin más.

—Si algo caracteriza a Nathair Mackay es su código del honor. Si sus hombres son culpables de los saqueos los entregará sin vacilar.

—Hablas de él como si le conocieras.

- He coincidido con él alguna que otra vez en la batalla.
- Espero que como aliados...
- Excepto en *Clynetradwell*, que se puso de parte de George.
- Eso es justo lo que no quería escuchar.
- Trae a media docena de hombres, tenemos que irnos ya.

Ewan lideró la marcha a través de las colinas nevadas. Avanzaban con cautela, con sus ojos atentos a cualquier movimiento para no ser sorprendidos por el enemigo. A medida que se adentraban más en el territorio Mackay, Ewan no pudo evitar sentir una inquietante sensación de estar siendo observado. De repente, el viento trajo consigo un sonido apenas perceptible: el zumbido de una flecha cortando el aire. Ewan levantó la mano en el aire y sus hombres se detuvieron en seco, formando un círculo defensivo alrededor de él. La flecha se clavó en un árbol a su derecha, lo suficientemente cerca como para servir de advertencia. En lo alto de una colina, entre las sombras de los árboles, aparecieron los primeros guerreros Mackay.

—Aquí vienen —susurró Kirk, que estaba parado a su lado.

—Nos han interceptado antes de lo que pensaba —respondió Ewan—. Eso nos ahorrará días de viaje.

El laird Mackay, montado en su caballo negro, observó a los intrusos con una mezcla de desafío y curiosidad. Sus hombres empezaron a desenvainar sus espadas, la tensión en el aire era palpable. Ewan se adelantó para situarse frente a Nathair, su espada envainada para no representar una amenaza para él.

—Vaya, vaya... Tenemos aquí ni más ni menos que al *Deamhan Dubh* —se jactó Mackay—. ¿Qué te ha traído por mis tierras?

—Estoy aquí para pedir justicia, Nathair. El pillaje está prohibido por su majestad y no puede quedar impune.

—Explícate.

—La valla noroeste de mis tierras ha sido dañada con un hacha. Las gentes de Dunnett están sufriendo el robo de sus cosechas y sus animales desaparecen sin control.

Mackay frunció el ceño, su mirada penetrante fija en él.

—Acusas a mis hombres sin prueba alguna, Sutherland —respondió—. ¿O debería empezar a llamarte Sinclair?

—Soy ambas cosas, puedes llamarme como quieras.

—Sinclair entonces. A fin de cuentas esa es la sangre que corre por tus venas. —Se inclinó en su montura y le miró fijamente—. Si de verdad mis hombres son los culpables, ¿dónde están tus testigos? ¿Dónde están las pruebas que los incriminan?

—Las pruebas están en la tierra misma, Mackay. Las marcas que han dañado la madera pertenecen a las armas que portan tus guerreros y he podido ver huellas de caballos dirigiéndose hacia la frontera. No estoy aquí para iniciar una guerra sin razón, Nathair. Estoy aquí para pedir justicia.

El silencio se apoderó del claro nevado mientras los guerreros de ambos clanes intercambiaban miradas de recelo y tensión. Mackay sabía que la reputación del *Deamhan Dubh* no era infundada. Si estaba allí era porque creía en la justicia que reclamaba.

—Muy bien, Sinclair —respondió en un gruñido bajo—. Te daré una oportunidad para demostrar tus acusaciones. Si se prueba que mis hombres son inocentes, pagarás caro por este atrevimiento. Pero si tienes razón, los culpables serán entregados a ti. ¿Estamos de acuerdo?

Ewan asintió con firmeza.

—Estamos de acuerdo.

Los guerreros de ambos clanes se relajaron apenas, pero la tensión seguía en el aire. Mackay hizo un gesto a uno de sus hombres, que desapareció entre los árboles y pronto regresó con una antorcha encendida.

—Guíame, Sinclair —pidió—. Veamos las marcas que dices haber encontrado.

Ambos lairds se encaminaron hacia el sitio donde la valla Sinclair había sido dañada. Al llegar al lugar, Ewan señaló las marcas que probaban la implicación de los hombres de Mackay. Nathair examinó las pruebas detenidamente, su rostro impasible mientras analizaba cada detalle. Finalmente, se irguió y miró a Ewan.

—Tus pruebas son convincentes, pero aún necesitamos más —concedió—. Debo continuar con la investigación para averiguar quién se ha atrevido a desobedecer mis órdenes. Los responsables pagarán por sus crímenes, te doy mi palabra.

Ewan asintió, montó en su caballo y con una última mirada de determinación hacia Mackay, se dirigió de vuelta a Dunnett. Días más tarde, una pequeña comitiva Mackay llegó a Dunnett encabezada por el propio laird Mackay. Se detuvieron en la plaza del pueblo y lanzaron a cuatro soldados encadenados a los pies de Ewan.

—Te traigo a los responsables, Sinclair —dijo Mackay mostrando su desdén hacia los traidores—. La justicia ha prevalecido.

—Son tus hombres, Nathair —respondió Ewan—. ¿Qué castigo debo imponerles?

—Estos hombres ya no pertenecen al clan Mackay —espetó Nathair mirándolos con desprecio—. Sabían de mis intenciones de firmar una tregua, pero en vez de propiciarla han intentado enemistarnos.

—Si tus intenciones eran firmar una tregua, hablemos en el castillo. En cuanto a estos hombres, creo que los enviaré a Edimburgo, Jaime estará furioso cuando se entere de que han puesto en peligro la paz que tanto desea.

Ambos lairds se dirigieron con sus respectivos comandantes hacia el castillo. Tras algunas horas de deliberación, firmaron el documento que garantizaría la paz entre ambos clanes en el futuro. Ninguno de los dos vaciló a la hora de firmarlo. Una vez hecho, Ewan sirvió whisky para poder brindar con Mackay.

—Que esta tregua sea el comienzo de una nueva era para nuestras gentes —deseó.

—Así será —asintió Mackay—. Que nuestras tierras florezcan en paz y que ningún hombre vuelva a sufrir por este conflicto.

Capítulo 17

Ailis se encontraba en las almenas del castillo mirando hacia el horizonte. Hacía ya dos semanas que Ewan se había marchado y aún no había señales de él por ninguna parte. Estaba realmente preocupada. ¿Habría sido atacado por algún otro clan o todo era culpa de la nieve? Observó a Brody y a Tavie, que jugaban en la nieve del patio besándose de tanto en tanto. Tavie no parecía estar en absoluto preocupada por sus hermanos, ¿acaso por culpa del amor los había olvidado? Suspiró.

—Si sigues aquí suspirando te llevará el viento antes de que él regrese.

Ailis se volvió al escuchar la voz familiar de Ryan, que se acercó a ella con una sonrisa.

—Hace demasiado tiempo que se marcharon. ¿Por qué aún no han regresado? —susurró.

—Entiendo tu preocupación, muchacha, pero Dunnett está a varios días a caballo y un conflicto con otro clan no es algo que se pueda resolver en dos días.

—Me preocupa que los Mackay puedan atacarlos. Ha llevado muy pocos soldados y...

—Necesitas tener paciencia y fe en sus habilidades —la interrumpió—. Ewan es uno de los mejores guerreros de las Highlands, ¿recuerdas? Además, el laird Mackay y él son viejos conocidos.

—¿Son amigos? —preguntó ella esperanzada.

—No, pero han luchado juntos en más de una ocasión. Tranquilízate, Nathair Mackay es un hombre de honor. Si sus hombres son culpables de los robos los hará pagar por ellos.

Ailis suspiró mirando al horizonte.

—Es difícil esperar sin noticias —reconoció.

Ryan asintió apoyando una mano en su hombro.

—Lo sé, muchacha, pero debes confiar en que está haciendo todo lo posible por regresar lo antes posible.

Las risas de Tavie llegaron hasta las almenas. Ryan se asomó para ver de dónde procedían, y al ver que se trataba de la feliz pareja sonrió.

—Si su hermana no está preocupada por él, ¿por qué lo estás tú? —preguntó mirándola con curiosidad.

—Ni siquiera yo lo sé —suspiró.

—Yo creo que sí lo sabes, muchacha. Que no quieras reconocerlo es otra historia.

El guerrero se marchó silbando hacia el castillo. Tenía razón, desde luego. No quería reconocer que Ewan Sinclair Sutherland se había convertido en el dueño de su corazón desde hacía tiempo, que anhelaba su compañía. Todos le apodaban el demonio de las Highlands, pero para los Sinclair no era más que un ángel caído del cielo que les había sacado de la miseria y que les había mostrado que un laird es respetado por sus nobles acciones, no debido al miedo. Ailis había amado con locura a John, pero lo que Ewan la hacía sentir era mucho más puro e intenso que aquel infantil sentimiento de antaño. Tal vez se debiera a que la pérdida de su prometido la había hecho crecer de golpe, a que ahora veía las cosas desde una perspectiva distinta. El caso era que casi sin darse cuenta su corazón había decidido latir con fuerza solamente por Ewan, y que ella no podía, ni quería, cambiar eso.

Había decidido hablar con él sobre sus sentimientos en cuanto volviera. Había planeado llevarle de regreso al lago helado y confesarle que le amaba sentados junto al fuego, pero los días pasaban y no había rastro de Ewan por ninguna parte. ¡Ni siquiera se había preocupado de enviar a alguien para informar de que estaba a salvo! Pero primero debía contarle lo de sus hermanos. Su confesión podía esperar, antes debía interceder por Brody. ¿Y si Ewan había planeado casar a su hermana con un Sutherland? ¿Y si se oponía a su relación y la enviaba a Dornoch para evitar que se escaparan juntos?

El horizonte comenzó a cubrirse con los tonos anaranjados del atardecer y decidió regresar a casa. Al salir del castillo encontró a Tavie y a Brody sentados en un banco bastante acaramelados, y se acercó a ellos para despedirse de su amiga.

—Es tarde, deberíamos regresar a casa —dijo.

—Tienes razón —concordó su hermano levantándose—. Mañana debo ocuparme de la forja por nuestro padre, que viajará a *Burn Broch* aprovechando que ha dejado de nevar.

—¿No será peligroso? —preguntó Tavie—. Aún hay mucha nieve en los caminos.

—No te preocupes, *mo ghràdh* —susurró Brody acariciando suavemente la nariz de su amada—. Mi padre ha viajado muchas veces a ese lugar, y esta vez lo hará acompañado por algunos soldados.

—Dile que tenga cuidado —susurró.

—Se lo diré.

Ailis elevó los ojos al cielo, saludó a Tavie con la mano y se encaminó hacia la aldea. Brody llegó corriendo a su lado poco después, con una enorme sonrisa en la cara.

—Eres consciente de que aún no tenéis la aprobación de Ewan, ¿verdad? —le recordó.

—¿Crees que no me aceptará?

—Tal vez ha pensado casarla con un Sutherland.

—No digas eso ni de broma, Ailis —protestó Brody.

—Cabe la posibilidad.

—Tavie me dijo que Ewan le dio permiso para decidir sobre su matrimonio.

—Solo digo que no des nada por sentado, hermano. No quiero que termines con el corazón roto.

—¿Y tú piensas responder alguna vez a los sentimientos de nuestro laird? —Ailis le miró con sorpresa—. No creas que no me he dado cuenta de la manera en que te mira, hermana.

—Eso no es asunto tuyo.

—Desde luego que lo es, soy tu hermano mayor y es mi deber protegerte.

—¿Y cómo sabes que no los he aceptado ya?

—Ewan no ha ido a hablar con nuestro padre, hermana. Lo habría hecho si le hubieras confesado que le amas.

—No le amo —protestó ella mirando hacia otro lado.

—Desde luego que le amas. Te pasas el día desfalleciendo en las almenas a la espera de su regreso.

—Puedo estar esperando a Kirk.

—Ambos sabemos que no es a ese Sutherland al que deseas ver llegar a la aldea.

De repente, sonido de los cascos de los caballos retumbaron en la tranquilidad de la tarde. Ailis se detuvo en seco y se volvió con el corazón latiendo con fuerza para ver una silueta ya familiar para ella acercándose por el horizonte. Su respiración se entrecortó y Brody vio con satisfacción la esperanza reflejarse en su mirada. Ewan detuvo su caballo frente a ellos y desmontó con el cansancio reflejado en el rostro. Sus ojos se llenaron de ternura al encontrarse

con los de Ailis. Una lágrima solitaria cayó por la mejilla de la joven, que la borró rápidamente con la mano.

—Ahora dime que no era a él a quien esperabas —susurró su hermano en su oído.

Ella le miró con fastidio, pero le ignoró para acercarse lentamente a Ewan. El guerrero acarició suavemente su mejilla con el dorso de la mano y sonrió.

—Estoy en casa —susurró.

—Bienvenido, laird —saludó Brody al ver que su hermana no era capaz de decir ni una palabra—. Espero que haya podido solucionar el problema de los robos.

—No solo hemos resuelto el problema, muchacho. Hemos firmado la paz con los Mackay.

—Esa es una gran noticia.

—Lo celebraremos en el castillo, avisad a vuestros padres.

—Esto... Antes de la celebración hay algo de lo que me gustaría hablar con usted, laird —dijo Brody sorprendiendo a Ailis.

—¿Es importante?

—Mucho.

—Muy bien, déjame lavarme un poco y te veré en mi despacho.

—Gracias, señor.

Ewan echó una última mirada a Ailis y se dirigió hacia el castillo.

—¿Avisas tú a nuestros padres? —preguntó Brody caminando tras los soldados— Te veré en el castillo.

Ella asintió y se dio la vuelta para continuar hasta su casa. Su madre estaba cortando algunas verduras para empezar a preparar la cena, y su padre aún seguía en la forja.

—El laird ha regresado —dijo tomando una zanahoria de la mesa para comérsela—. Quiere que nos reunamos en el castillo para la cena, así que guarda las verduras para mañana.

—Ha salido todo bien, entonces.

—Ha firmado la paz con los Mackay y quiere celebrarlo.

—¿Dónde está tu hermano?

—En el castillo, va a hablar con él sobre Tavie.

—Dios quiera que nuestro laird dé su consentimiento.

—Espero que les permita casarse —suspiró—. Aunque dudo mucho que se oponga.

Un fuerte golpeteo en la puerta las sobresaltó. Ailis abrió y Ryan irrumpió en la choza arrastrando consigo a un muchacho que no debía tener más de trece años.

—¿Qué es esto, Ryan? —preguntó ella.

—¿Recuerdas que hace unos días me dijiste que te habías sentido observada? Resulta que este gañán te ha estado siguiendo entre los árboles. ¿Le conoces? He intentado hacerle hablar pero no ha soltado ni una sola palabra.

—No pertenece al clan.

Ailis se puso en cuclillas frente al muchacho, que debido a los empujones de Ryan había terminado cayendo al suelo. Estaba muy sucio y delgado, como si no hubiera comido en días, pero sus ojos azules destacaban entre toda la suciedad que cubría su cara.

—¿Puedes decirme tu nombre? —preguntó con suavidad.

El joven se mordió el labio inferior y desvió la mirada sin decir ni una sola palabra.

—¿Por qué espiabas a la mujer, granuja? —preguntó Ryan zarandeándole— ¡Responde!

—No conseguirás nada tratándole así —espetó Ailis.

—¡No coopera por las buenas!

—¿Tienes hambre? —preguntó ella al niño ignorando al guerrero— Apuesto a que te gustaría comer un delicioso pedazo de venado asado.

Sonrió con satisfacción cuando el rostro del niño se transformó al pensar en la comida.

—Puedo llevarte a un lugar donde podrás comerlo, pero primero tendrás que decirme tu nombre.

—Sloan —susurró el joven con voz ronca.

—¿Sloan? —exclamó Ryan— ¿Y cómo, en nombre de Dios, has logrado llegar hasta aquí tú solo?

El niño se encogió ante la voz atronadora de Ryan, y Ailis le chistó mirándole con reproche.

—Te llevaré a ver a nuestro laird —explicó—. Él te ayudará a llegar a tu hogar, ¿de acuerdo?

El niño asintió y aceptó la mano que Ailis le ofrecía. Se dirigió al castillo caminando despacio, pues se dio cuenta de que el joven ni siquiera tenía zapatos. Solo de pensar en las dificultades que había tenido que sufrir sus ojos se anegaron en lágrimas. Irrumpió en el despacho de Ewan, en el que por suerte solo encontró a su hermano.

—Tu petición tendrá que esperar, Brod —advirtió—. Esto es mucho más importante.

—¿Quién es?

—Ryan te lo explicará.

—¡No pienso dejarte sola con él! —exclamó el guerrero adivinando las intenciones de Ailis.

—¡Es solo un niño, por amor de Dios! Y estoy en el castillo, con solo gritar tendré aquí a un centenar de guerreros. Vamos, marchaos.

Cuando los dos hombres se hubieron marchado, Ailis acercó un sillón al fuego e hizo al niño sentarse en él. En cuanto el calor calentó sus huesos helados dejó escapar un suspiro entrecortado. Ewan entró poco después y se detuvo en seco al verla apoyada contra el escritorio.

—¿Ailis? —exclamó— ¿Ocurre algo?

—¿Recuerdas aquella tarde en la playa, cuando te dije que me sentía observada?

—Lo recuerdo, sí.

Ailis se acercó al sillón y lo giró lo suficiente como para que el niño fuera visto desde la posición de Ewan.

—Era él —susurró.

Ewan cruzó una significativa mirada con Ailis y se acercó al sillón. Se puso de rodillas frente al niño, intentando no asustarle.

—Hola, muchacho —susurró—. ¿Puedes decirme cómo te llamas?

—Sloan, señor —respondió el niño con un hilo de voz.

—Ese es tu clan, ¿no es cierto? Pero quiero saber tu nombre.

—Ellos me llamaban Sloan.

—¿Ellos?

—Los hombres que me raptaron.

Ailis vio cómo Ewan apretaba los dientes e intentaba controlar su furia. Le admiró por ser capaz de hacerlo.

—¿Sabes quiénes eran? —El niño negó y sus ojos se llenaron de lágrimas—. No te preocupes, todo está bien.

Acercó la mano con cuidado a su cabeza, y como ambos esperaban, el niño se estremeció. Ante el contacto suave de la mano de Ewan se mostró sorprendido y levantó el rostro hacia la

caricia como haría un perro abandonado.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —preguntó Ewan— ¿Ellos te trajeron?

—Me escapé —dijo el niño con orgullo—. Me escapé y he estado huyendo desde entonces, pero creo que me he perdido. ¿Podría llevarme a mi casa?

—Estás muy lejos de Dumfries, muchacho. Demasiado lejos para llevarte allí en pleno invierno.

Los ojos de Sloan se llenaron de lágrimas y comenzó a llorar sin control. Ewan se apresuró a abrazarlo, el niño apretó el puño en su camisa y lloró hasta que no le quedaron lágrimas.

—Te llevaré a casa cuando llegue la primavera, te doy mi palabra —dijo Ewan—. Mientras tanto te quedarás aquí, no tienes que seguir pasando hambre y frío.

—Sé hacer muchas cosas, señor —exclamó el niño poniéndose de rodillas en el sillón—. Puedo limpiar el suelo, dar de comer a los caballos, lavar la ropa...

—No tienes que hacer nada para quedarte —le interrumpió Ewan—. Solo tienes que portarte bien.

—¡Le juro que me portaré bien! ¡Me portaré mejor que bien! Ni siquiera se dará cuenta de que estoy aquí.

Ewan sonrió y pasó la mano por su cabello, sucio y grasiento.

—Creo que primero deberías darte un buen baño para sacar toda esa mugre de tu piel —sugirió—. Después iremos a cenar y mandaré preparar una habitación cómoda para ti.

—Puedo dormir en el suelo, no necesito...

—Sé que puedes dormir en el suelo, pero lo harás en una cama —le interrumpió Ewan—. Ningún niño merece vivir en las condiciones que hayas vivido, y te juro que me encargaré de buscar a tus captores por cielo y tierra hasta dar con ellos y hacerles pagar por lo que te han hecho.

El laird salió al pasillo para hablar con Callum, que se llevó al niño para asearlo. Una vez a solas, suspiró y abrazó con fuerza a Ailis, que se dejó consolar intentando contener el llanto.

—Espero de veras que estuviera cerca de aquí cuando escapó —dijo Ewan—. Si ha venido desde las Lowlands... No, es imposible que se haya mantenido vivo.

—¿Quién crees que ha podido raptarlo?

—Pudo ser cualquiera. Tal vez es el hijo del laird Sloan y alguno de sus enemigos se lo llevó, o simplemente tuvo la mala suerte de cruzarse en el camino de unos delincuentes.

—Está en los huesos, pero no parece tener graves daños.

—Le he dicho a Callum que le pida a Roderick que le examine. No sabremos más hasta que hable con él. Me recuerda tanto a mí que...

—Él también ha tenido la suerte de encontrar a una buena persona —respondió Ailis acariciando su mejilla.

Ewan atrapó la mano de Ailis con la suya y bajó lentamente el rostro con la intención de besarla. Lo habría hecho de no ser porque Brody irrumpió en el despacho seguido de Kirk justo cuando sus labios estuvieron a punto de tocarse y Ailis se separó de él como si se hubiera quemado. Maldición.

—Debemos hablar, laird —dijo el joven.

—¿No puede esperar a mañana?

—Es importante.

—Debería irme —dijo Ailis dirigiéndose a la puerta, pero su hermano la detuvo.

—Puedes quedarte. —Las palabras de Brody sonaron a ruego, y ella asintió y se sentó en

uno de los sillones.

—Bien, muchacho —suspiró Ewan—. Tú dirás.

—Creo que primero deberíamos tomar una copa —sugirió Kirk acercándose al armario—. ¿Un whisky, Ailis? El laird Mackay nos ha abastecido de licor hasta la próxima primavera.

—Un hidromiel será suficiente para mí, Kirk. No creo poder soportar una bebida tan fuerte.

Kirk sirvió las bebidas y las repartió entre los presentes. Se sentó junto a Ailis con las piernas cruzadas y entrechocó su copa con la de ella, sonriendo abiertamente.

—La vamos a necesitar —susurró.

—¿Lo sabes? —preguntó ella con una ceja arqueada.

—Brody acaba de contármelo.

—¿Y te parece bien?

—Es Ewan quien debe decidir, no yo. Pero si por mí fuera, mientras mi hermana sea feliz...

—¿Se puede saber qué estáis murmurando vosotros dos? —protestó Ewan.

—Estábamos hablando del niño, hermano —respondió Kirk—. Vamos, Brody, es tu turno.

—¿Y bien? —insistió su laird con una ceja arqueada.

—Me gustaría pedir permiso para casarme con Tavie.

Kirk rompió a reír cuando el whisky salió despedido por la nariz de su hermano, que le miró con fastidio. Se limpió la barba con el dorso de la mano, soltó la copa sobre el escritorio y se cruzó de brazos.

—Explícate —ordenó.

—Amo a su hermana, señor —confesó Brody—. La amo desde mucho antes de que usted llegara.

—¿Estás enamorado de Tavie? —exclamó Ewan con sorpresa— Pensé que solo la veías como a una hermana.

—Y era así... al principio. Pero con el paso del tiempo mis sentimientos cambiaron, señor. Espero que me dé permiso para casarme con ella. Entiendo que solo soy un aspirante a herrero y que tal vez usted habría pensado en alguien mejor para ella...

Ewan le detuvo levantando la mano.

—No me importa si eres herrero o artesano, pescador o soldado —dijo—. Lo que me importa es que ames a mi hermana y la protejas de todo mal. ¿Serás capaz de hacerlo, muchacho?

Por respuesta, Brody se quitó la camisa mostrando las cicatrices de su espalda. Ailis jadeó al verlas, aunque sabía por su padre de su existencia no las había visto nunca.

—Por Dios santo... —exclamó Kirk a su lado.

—Recibí estas marcas por cada una de las veces que me interpose entre Tavie y su padre o William —confesó—. Cada vez que ellos intentaba ofrecérsela a sus amigos la ayudaba a huir de este castillo, y cuando ese desgraciado descubrió su escondite en casa de Teasagh me escondía con ella en el bosque.

—No tenía ni idea, Brod... —susurró Ailis.

—Tú no tenías que saberlo —respondió—. No quería preocuparte innecesariamente.

—Siento todo esto, Broderick —lamentó Ewan—. Siento que hayas tenido que sufrir también por culpa de ese miserable.

—Volvería a sufrir cada uno de estos latigazos si con ello pudiera mantener a Tavie a salvo de todo mal, laird. Merecería la pena solo por ver en sus labios una sonrisa.

—¿Ella te corresponde?

—Lo hace —respondió Ailis por él—. Tavie también está enamorada de él, Ewan.

—En ese caso no hay nada más que decir —dijo el laird con una sonrisa—. Podréis casaros en primavera.

—A primeros de diciembre el padre Lachlan visitará el clan para oficiar las misas de Yule, me gustaría casarme con Tavie entonces —sugirió Brody.

—¡Pero solo quedan tres semanas! —exclamó Ailis.

Brody la miró con una sonrisa y se encogió de hombros.

—No puedo esperar a convertirla en mi esposa —confesó.

Ewan sonrió y asintió. Sabía perfectamente cómo se sentía. Si estuviera en su lugar, él tampoco esperaría para convertir en su esposa a Ailis.

—Bajemos a cenar —sugirió—. Tenemos muchos motivos para celebrar esta noche.

Ailis asintió. Sí, había mucho que celebrar aquella noche. Le habría gustado tener su turno para hablar con Ewan, pero debía estar muy cansado y ya había tenido demasiadas cosas de las que ocuparse a tan solo una hora de su llegada. Podía esperar al día siguiente. El amor que sentía por aquel hombre no iba a desaparecer de la noche a la mañana.

Capítulo 18

Ailis no tuvo oportunidad de hablar con Ewan al día siguiente, ni tampoco al otro. El padre Lachlan había llegado ya a Wick y ella no había tenido oportunidad de confesarle sus sentimientos al hombre que amaba. Porque lo amaba. Se había dado cuenta durante aquellas tres semanas de que lo que sentía por Ewan era mucho más que amor. Y se sentía frustrada por no haber tenido ni un solo momento a solas con él para confesarle aquellos sentimientos. Ewan pasaba gran parte de su tiempo con el joven Sloan. Al parecer el pequeño le veía como a un héroe y siempre iba colgado de su pierna. Y Ewan parecía estar encantado con la compañía del pequeño. Le había enseñado a montar a caballo, a disparar un arco y a pescar en el mar. Se pasaba el día con él en las almenas contándole historias de sus batallas y para cuando Sloan se iba a dormir era tan tarde que Ailis ya se había marchado a casa. Que Dios la perdonara, porque había empezado a odiar a ese pequeño diablillo por interponerse siempre en su camino.

Con la llegada de los Sutherland para la boda de Tavie y Brody, la cosa no mejoró, sino más bien al contrario. Los cinco hermanos se pusieron de acuerdo para construir una cabaña para ellos cerca del castillo, y la mayor parte del día se lo pasaban trabajando. Cuando llegaba la hora de cenar estaban tan agotados que era raro el día que lo hacían en el comedor con los soldados. Incluido Ewan. A eso había que añadir los preparativos para la boda de Tavie. Teasagh la raptaba casi todas las tardes para preparar el ajuar de la joven con la excusa de que ella veía mal para coser. Ailis había hecho con Tavie las sábanas, los manteles y los paños de cocina. Ella no entendía la prisa, porque la pareja había decidido quedarse en el castillo hasta que su casa estuviera lista, pero Teasagh siempre decía que no había que dejarlo todo para última hora, así que las dos muchachas habían terminado durmiendo con ella para poder empezar temprano en la mañana.

—Estás aquí.

Ailis se giró hacia la voz de su madre, que se acercaba por el camino.

—¿Teasagh te ha dejado por fin escapar? —bromeó.

—Solo porque hoy es la boda —rio ella—. Mañana debo volver, aún tenemos que terminar la colcha y las cortinas.

—Te aseguro que mañana Tavie no saldrá de su habitación en todo el día. Tendréis que esperar a que tu hermano le permita escapar.

—¿Estás contenta con este matrimonio, madre?

—¿Tú no lo estás?

—¡Claro que sí! Siempre he querido que Tavie fuera mi verdadera hermana. Estoy muy feliz por ellos, de verdad.

—Yo también estoy satisfecha con este matrimonio. Tavie es una joven encantadora y sé que hará a tu hermano muy feliz.

Ailis suspiró pensando en su propia felicidad. ¿Cuánto más tendría que posponerla?

—Es hora de que tú también pienses en casarte —dijo su madre sobresaltándola.

—La verdad es que desde que Brody y Tavie decidieron casarse no he podido pensar en otra cosa.

—Hay muchos hombres guapos en la aldea desde que nuestro laird se instaló con sus soldados. ¿Qué me dices de Ryan? Parece que os lleváis bien.

—No es Ryan quien me interesa, madre.

—¿Quién es entonces? ¿Callum?

—Tu hija está enamorada de nuestro laird.

Ailis dio un respingo al escuchar la voz de su padre. Hasson se acercó a ellas y se sentó en los escalones de la entrada, junto a su madre, a quien besó con ternura.

—¿De veras te gusta nuestro laird? —exclamó Dallis sorprendida.

—¿No te habías dado cuenta, mujer? —bufó su esposo— Hasta yo lo he hecho.

—Pero...

—Deja que las cosas sigan su curso, *mo ghràdh*. Ambos son grandecitos para ocuparse de sus asuntos, ¿no te parece?

Hasson le guiñó un ojo a su hija, que le sonrió agradecida. No tenía tiempo de explicarle a su madre la situación, la boda empezaría en tan solo una hora y aún tenía que cambiarse el vestido.

—Debería lavarme un poco para la ceremonia —dijo levantándose.

—¿Quieres que te ayude a peinarte? —preguntó su madre.

—Te lo agradecería, tengo que lavarme el pelo también. Tantos días secuestrada han hecho que tenga un olor desagradable.

Madre e hija entraron en la cabaña y Hasson se encargó de cargar cubos de agua calentada en la fragua para llenar la tina de madera. Dallis ayudó a su hija a lavarse el cabello con jabón de lavanda y se lo cepilló frente al fuego hasta que estuvo sedoso y brillante. Lo recogió en un moño adornado con trenzas y algunas flores secas, y la ayudó a vestirse también.

—Estás preciosa —susurró al verla.

—No soy yo la novia —rio.

—Pero quizás seas la próxima. Eres tan hermosa que estoy segura de que nuestro laird será incapaz de dejar de mirarte.

—Mamá...

—Tu padre dice que las cosas deben seguir su curso, pero no hacemos ningún mal si le damos un pequeño empujoncito, ¿no te parece?

—Claro que no —sonrió ella.

—Me alegra que hayas superado la muerte de John, tesoro. Estaba tan asustada pensando en que nunca lo harías que...

Dallis tuvo que detenerse porque sintió un nudo en la garganta. Ailis la abrazó.

—John siempre tendrá un lugar en mi corazón, pero creo que Ewan es el hombre de mi vida —confesó.

—¿No te da miedo que sea un guerrero?

—Claro que me da miedo. Me da tanto miedo que cuando me confesó sus sentimientos hui sin mirar atrás.

—Ailis...

—Voy a enmendarlo —la interrumpió—. De hecho llevo queriendo hacerlo mucho tiempo, pero no he tenido la oportunidad.

—Aprovecha esta noche, hija. Cuando la celebración esté llegando a su fin llévale a un aparte y háblale de tus sentimientos.

—Eso si sus hermanos le dejan a solas —bufó ella.

—Pídeles que te dejen a solas con él. ¿Qué tan difícil puede ser eso?

—Si les pido eso te aseguro que será lo último que harán. Estarán espiando todo el tiempo para ver qué quiero decirle.

—¿Importa eso? Lo descubrirán de todas formas en cuanto regreséis al salón.

—Supongo que tienes razón.

—Hija, si dejas pasar el tiempo tal vez él crea que no estás interesada y busque a otra mujer con la que casarse. Escuché que tenía una novia en Dornoch que le rechazó. ¿Qué pasa si esa mujer se presenta aquí arrepentida de haberlo hecho?

—Ella ya está casada —rio Ailis.

—Puede quedarse viuda en cualquier momento, o simplemente puede abandonar a su marido. Si no aprovechas la oportunidad otra mujer lo hará, no lo olvides.

Besó a su hija en la frente y tomó su capa de lana de encima de la cama.

—Tu padre y yo te veremos en el castillo —dijo—. No llegues tarde.

Ailis asintió y vio a su madre marcharse. En la entrada, su padre pasó el brazo sobre los hombros de su esposa y la besó con suavidad en los labios, a lo que ella respondió devolviéndole el beso con una sonrisa. A pesar de todo lo que habían pasado, a pesar de las dificultades, seguían amándose como el primer día. Eso era lo que ella quería para sí misma, y estaba segura de que con Ewan lo encontraría.

La ceremonia fue preciosa y emotiva. La iglesia había sido adornada con acebo y bayas rojas, y las velas encendidas le daban un aspecto mágico. Ailis no pudo dejar de llorar mientras el cura oficiaba el enlace, aunque se sintió como una tonta por hacerlo por un motivo tan feliz. Su hermano se había casado con el amor de su vida, y parecía que con el matrimonio había madurado diez años. Jamás había visto a Brody tan masculino y protector. En aquel momento, mirando a la feliz pareja, se sorprendió de no haberse dado cuenta de lo mucho que se amaban. Era tan evidente que había que estar ciego para no verlo. Definitivamente ella había estado totalmente ciega.

Durante todo el oficio sintió la mirada penetrante de Ewan clavada en ella. Sus ojos verdes la observaban con tal intensidad que habría terminado desvaneciéndose en el suelo de no estar sentada en el banco de la iglesia. Apretó los dedos sobre el respaldo del siguiente banco y fijó su mirada al frente. Aun así podía sentir esas dos esmeraldas ardientes taladrando su piel, y se estremeció.

—¿Tienes frío? —susurró su madre a su lado.

—Estoy bien —mintió.

Miró a Ewan una vez más, y en cuanto la ceremonia terminó salió de la iglesia para dirigirse hacia el castillo. Se encontró a Rhona y Mervin y se unió a ellos para no darle a Ewan la oportunidad de estar con ella a solas. Aún no podía enfrentarle, necesitaba estar calmada para poder confesarle sus sentimientos. Las mesas del castillo estaban repletas de deliciosa comida: jabalí asado, patatas, zanahorias, remolacha y nabos, salmón, arenques, pan de centeno, manzanas, peras confitadas y para beber sidra especiada y vino caliente. La celebración se alargó hasta bien entrada la madrugada. No solo celebraban la boda de la hermana del laird, también celebraban Yule, y los habitantes de Wick lo hacían por primera vez desde que George fue nombrado jefe del clan. Fue una noche mágica, llena de alegría, risas y diversión. Ailis bailó con tantos soldados que terminó mareada, así que aprovechó un descuido para subir a las almenas con la intención de respirar un poco de aire fresco y despejarse. La noche era fría y no tuvo ocasión de tomar su capa, así que se abrazó a sí misma para contrarrestar un poco el frío. Sintió una cálida manta cubrir sus hombros y se volvió con una sonrisa para agradecer el gesto. Creyó

que había sido Ryan, que era quien siempre se preocupaba por ella cuando estaba en aquel lugar, pero era Ewan quien se encontraba a su lado, apoyado en la piedra mientras miraba las estrellas.

—Ryan me dijo que sueles venir aquí —explicó.

—Es un lugar bastante tranquilo.

—¿Abrumada?

—Un poco. He bailado tanto que temo que mañana no sentiré mis pobres pies.

Ewan sonrió, pero no dijo nada. Permanecieron un rato así, en silencio. Él estaba perdido en sus propios pensamientos, ella buscando una manera de declararle sus sentimientos.

—Te he echado de menos —la sorprendió diciendo el guerrero—. Hemos estado muy cerca, pero te he echado terriblemente de menos.

—Yo también —susurró ella—, pero siempre estabas rodeado de gente.

No se dio cuenta de la mirada sorprendida que Ewan le lanzó, ni tampoco de que el hombre se movía sigilosamente hasta quedar tras su espalda. Vio sus manos apoyarse en la piedra a ambos lados de ella y se sobresaltó, pero no se dio la vuelta.

—También me ha dicho Ryan que esperabas cada día mi regreso —susurró Ewan con voz ronca—. ¿Es cierto?

—Tardaste demasiado en volver.

—¿Querías que volviera, Ailis?

—Claro que sí. Tenía miedo de que te pasara algo malo.

—¿Por qué?

—Porque no sé qué haría si te perdiera —admitió Ailis, su voz apenas un susurro—. No quería que te pasara nada. No podía soportar la idea de perderte.

—Entonces, ¿por qué huiste de mí aquel día?

Ailis bajó la mirada, luchando por encontrar las palabras adecuadas.

—Tenía miedo —confesó—. Miedo de perderte como perdí a John. No sé si podría soportar el dolor de perder a otro hombre que amo.

Ewan dio un paso adelante, acercándose a ella, y levantó su barbilla con un dedo.

—Ailis, no soy Alasdair —respondió—. No puedo prometerte que nunca me ocurrirá nada, pero sí puedo prometerte que siempre lucharé por volver a tu lado.

—Cada día que has estado lejos he sentido como si una parte de mí estuviera vacía —susurró—. Pero tenía tanto miedo de admitirlo...

Ewan levantó una mano, acariciando su mejilla con ternura. Ailis cerró los ojos y disfrutó del toque áspero de sus dedos.

—No podemos vivir nuestras vidas con miedo. Si algo he aprendido es que cada momento es precioso. No quiero perderte por culpa de algo tan efímero como el miedo. Te amo demasiado.

Ella sintió las lágrimas brotar, pero esta vez no las reprimió.

—Ewan, yo también te amo. No quiero seguir huyendo de mis sentimientos, solo prométeme que siempre volverás a mí.

—Siempre volveré a ti, *mo ghràdh*. Siempre.

Ewan la apretó entre sus brazos y unió sus labios a los de la joven. El sabor dulce y picante de la sidra la inundó, y subió las manos por el pecho del guerrero hasta enredar los dedos en su cabello. Los fuertes brazos de Ewan la aprisionaron con más fuerza cuando la lengua del hombre invadió su boca. La cálida y suave caricia la dejó mareada, tanto que sus piernas perdieron la capacidad de sostenerla. Se sentía deliciosamente mareada. La había besado ya dos veces, pero ninguno de esos besos podía compararse a ese. Su cuerpo entró en combustión, su

piel ardía y Ailis necesitaba que Ewan calmara aquella maravillosa sensación. Los labios del hombre abandonaron sus labios para bajar por su cuello hasta su clavícula. Mordisqueó la sensible carne hasta que Ailis dejó escapar un gemido que le arrancó una sonrisa de satisfacción. Volvió a sus labios, que besó, mordisqueó y lamió hasta que se hincharon, y cuando Ailis pensó que perdería la cabeza Ewan se apartó.

—Si seguimos así no voy a poder parar. —Su voz estaba ronca, sus pupilas dilatadas y la vena de su cuello latía profusamente.

—¿Por qué ibas a parar? —preguntó ella inocentemente— Me gustan mucho tus besos.

Ewan se mordió el labio y gimió. Dios santo, ¿acaso no sabía lo que quería hacer con ella? Seguro que no. Era tan inocente que... Maldijo en silencio y la tomó en sus brazos para volver a besarla.

—¿Crees que tu padre me permitirá casarme contigo mañana? —preguntó sin apartar su boca de la de Ailis.

—¿Te has vuelto loco? —rio ella.

—Cariño, te aseguro que vamos a tener que casarnos lo antes posible.

—¿A qué viene tanta prisa?

Ewan la soltó y la besó justo debajo del lóbulo de su oreja.

—Porque tengo toda la intención de llevarte a mi habitación para hacerte el amor —ronroneó.

Ailis jadeó, pero no se apartó cuando Ewan volvió a besarla. Al contrario, rodeó sus hombros con los brazos para mantenerle más cerca, tanto como fuera posible. Ewan la alzó en el aire, la instó a rodearle la cintura con las piernas y la llevó hasta la habitación sin detenerse. Rogaba a Dios porque a nadie se le hubiera ocurrido subir a dormir temprano, porque si Duncan o alguno de sus hermanos lo atrapaba iba a tener serios problemas.

—Yo que tú la soltaría antes de que te vea alguien más, hermanito.

La voz de Kirk le detuvo en seco. Maldijo para sus adentros por haber sido cazado con las manos en la masa. En la mujer, más bien. Soltó despacio a Ailis en el suelo y se colocó delante de ella para protegerla de la vista de su hermano.

—No es necesario que la escondas, sé que es Ailis —dijo acercándose a ellos—. No me malinterpretes, me alegro mucho por vosotros. Es más... Ya era hora, maldición.

—¿Gracias? —respondió Ewan.

—El caso es que eres el laird de los Sinclair y tienes que actuar en consecuencia. Un laird no hace estas cosas, hermano... Si Duncan se entera te arrancará la piel a tiras.

—¿Qué tal si no se lo dices?

—No voy a decírselo, pero tampoco puedo dejar que continúes tu camino. Si se entera de que te lo he permitido también me despellejará a mí, y valoro mucho mi piel, en serio.

Ewan asintió con un suspiro, se volvió hacia Ailis y la besó fugazmente en los labios.

—Regresa a la fiesta con él, *mo ghràdh* —susurró—. Iré a hablar con tu padre.

Ailis le miró con resignación, pero asintió.

—¿Puedes pedirle a Hasson que suba a mi despacho, hermano? —pidió a Kirk— Necesito unos momentos para tranquilizarme.

Kirk asintió con una gran sonrisa en los labios que Ewan quiso borrar de un puñetazo. Se dirigió a su despacho, sirvió dos vasos de whisky y se bebió uno de ellos de un trago. Maldición, estaba tan excitado que si su futuro suegro mirase hacia abajo vería la tienda de campaña formada en su kilt. Abrió la ventana para ver si el aire frío de la noche lograba calmar el ardor, y al ver que no funcionaba se sentó frente al escritorio para esconder su vergüenza bajo la madera.

Varios minutos más tarde, Hasson entró en la habitación acompañado de Kirk.

—¿Tú que haces aquí? —le preguntó a su hermano.

—Apoyo moral, hermano —respondió con una sonrisa de satisfacción.

—Lárgate.

—¿Prefieres que vaya a ver a Duncan y le cuente...

—Está bien, maldita sea, puedes quedarte.

Hasson, que no entendía absolutamente nada, miraba a uno y otro con cara de asombro.

—Buenas noches, Hasson —saludó Ewan—. Gracias por venir tan tarde.

—Buenas tardes, laird. ¿De qué quería hablar conmigo?

Ewan se removió inquieto en la silla, arrancándole a Kirk una sonrisa.

—Quería hablar contigo sobre Ailis... y sobre mí —confesó.

Hasson sonrió y se acomodó mejor en la silla.

—Le escucho —dijo.

—Estoy profundamente enamorado de Ailis —confesó—. Ella es todo lo que siempre he deseado y quiero pedirte permiso para casarme con ella.

—Veo que mi hija al fin se ha animado a confesar sus sentimientos...

—Lo ha hecho, sí.

—Estar enamorado es lo más increíble que puede ocurrirle a una persona, pero el matrimonio no se trata solo de eso. ¿Qué planea hacer para asegurar su felicidad y bienestar?

—Prometo protegerla y amarla con todo mi ser, haré todo lo posible para asegurar su felicidad. Conozco ahora sus miedos e inquietudes y haré todo lo que esté en mi mano para infundirle tranquilidad.

—Siempre he valorado su honestidad y valentía, laird. Pero el matrimonio es un compromiso que se debe mantener día tras día hasta el día de nuestra muerte. Habrá días llenos de felicidad, pero también habrá discusiones y malos momentos. ¿Está preparado para eso?

—Estoy más que preparado para ello. Aunque mi familia de sangre siempre fue un desastre tuve la suerte de ser criado por un matrimonio lleno de amor. Quiero un matrimonio como el que tuvieron ellos, y sé que con Ailis puedo tenerlo.

—Me alegra escuchar eso, laird. He visto cómo se preocupa por mi hija y sé que sus intenciones son genuinas. No tengo ninguna duda de que será un buen esposo para ella.

—Te doy mi palabra de que no te defraudaré.

—Entonces tiene mi bendición. Vaya a hablar con ella, estará esperando ansiosa.

Ewan asintió y salió corriendo del despacho para encontrarse con Ailis. Sabía que se encontraría en la ensenada, sentada en las rocas mirando el cielo estrellado. En cuanto le escuchó acercarse volvió su mirada hacia él y le sonrió. Ewan se detuvo y abrió los brazos, en los que Ailis se refugió de inmediato. Suspiró inspirando el aroma de su cabello.

—Me ha dado su bendición —susurró—. El padre Lachlan se ha marchado, pero regresará la próxima primavera. Podremos casarnos entonces.

—Es mucho tiempo —protestó ella.

—Lo sé.

—¿Qué te ha dicho?

—Que está feliz de que por fin te hayas confesado y que confía en que seremos felices juntos.

—¡No ha dicho tal cosa! —exclamó ella mirándole con incredulidad.

—Te aseguro que lo ha hecho. Me parece increíble que le confesaras a tu padre tus sentimientos por mí antes que a mí mismo.

—No tuve que hacerlo. Él lo descubrió.

—Ahora sé a quién has salido tan inteligente.

Se inclinó hacia ella y la besó. El sabor salado de la brisa marina se mezcló con aquel beso dulce y lleno de promesas de futuro. El demonio de las Highlands había encontrado a su ángel guardián, la mujer que lo acompañaría en la larga travesía de la vida. Llegó al clan Sinclair sintiendo que había sido enviado al Infierno, pero realmente había encontrado en ellos una familia más.

Epílogo

Ailis permanecía sentada en la cama mientras su cuñada se movía por la habitación a pesar de su embarazo. Estaba nerviosa, muy nerviosa. Después de tantos meses de espera al fin había llegado el día en el que se convertiría en la esposa de Ewan Sinclair Sutherland. El castillo estaba lleno de vida y actividad desde las primeras luces del alba. Sutherland y Sinclair se movían de un lado a otro ultimando los detalles para la gran celebración. Las amplias salas y los pasillos resonaban con risas, charlas y el bullicio de los preparativos. En el gran salón, largas mesas de roble estaban cubiertas con manteles de lino blanco y decoradas con ramos de acebo y brezo. La luz de las velas parpadeaba, reflejándose en las copas de metal pulido y en los platos de cerámica decorada. Los deliciosos manjares para la cena estaban en pleno proceso de preparación en las cocinas del castillo. Se podía oler el aroma de corderos asados, estofados de venado y pasteles de pescado, acompañados de pan recién horneado y verduras de temporada. Las mesas laterales ya mostraban una selección de tartas y pudines, mientras grandes barriles de cerveza y sidra especiada se alineaban a lo largo de una pared, listos para ser servidos. En el patio, los invitados empezaban a congregarse, vestidos con sus mejores galas y tartanes de fiesta, intercambiando saludos y felicitaciones. Los músicos afinaban sus instrumentos, preparándose para tocar melodías alegres que animarían la celebración.

Todo estaba listo, pero ella estaba más lista aún. Aquellos meses desde que le confesara sus sentimientos a Ewan habían sido los más mágicos de su vida. Su futuro esposo no solo le transmitía calma y tranquilidad, sino que también llenaba sus días de risas y felicidad. Por ello se había enamorado más y más cada día de aquel guerrero, con sus defectos y virtudes, por supuesto, que había llegado a su vida por sorpresa y sin esperarlo. Porque si el día que John Maitland llegó a Wick con sus hombres le hubieran dicho que terminaría casándose con su nuevo laird ella no lo habría creído.

—Estás preciosa —suspiró Tavie sentándose en el borde de la cama—. Gracias a Dios se me han pasado las náuseas, podré disfrutar de la celebración.

—Come con moderación, Tavie —advirtió Dallis—. Te aseguro que no querrás tener una indigestión.

—Solo quiero comer un poco de ese cordero que huele tan bien —lloriqueó—. He estado hace un rato en el castillo y se me ha hecho la boca agua al olerlo.

—Yo no creo que sea capaz de probar bocado —reconoció Ailis.

—¿Y eso por qué? —preguntó su amiga.

—Estoy demasiado nerviosa.

—¿Es por lo que pasará esta noche?

—¡Claro que no! —Se acercó a ella para hablarle en susurros—. No voy precisamente a ciegas a mi noche de bodas.

Tavie la miró con los ojos como platos y una sonrisa en los labios.

—¿Mi hermano y tú...

—Digamos que me ha ido mostrando algunas pinceladas de lo que va a pasar. No tengo miedo ni estoy nerviosa por eso. Es solo que...

Fijó su mirada en la ventana. El día había amanecido soleado y a esas alturas el sol se encontraba alto en el cielo.

—He esperado tanto por este día que no me creo que vaya a pasar ya —continuó—. Estoy nerviosa por ver a Ewan en el altar, por llegar hasta él y decir mis votos. Es el día de mi boda, pero estoy deseando que termine la celebración para estar a solas con mi marido.

—Todas las novias se sienten así, hija —sonrió Dallis—. Cuando me casé con tu padre estaba tan nerviosa que incluso olvidé mis votos matrimoniales. Me quedé en silencio frente al altar, mirando a tu padre con pánico, pero él solo sonrió y me besó para darme ánimos. No dije los votos que había pensado para aquel día, cambié aquellas palabras por las que salieron en ese momento de mi corazón.

—Apuesto a que fue una boda preciosa —suspiró Tavie.

—Desde luego que lo fue. Igual que fue la tuya y será la de Ailis.

Hasson golpeó la puerta con los nudillos y asomó la cabeza para asegurarse de que estaban listas.

—Debemos irnos, es la hora —susurró.

Ailis caminó del brazo de su padre hasta la capilla. Su madre y Tavie se adelantaron para ocupar su lugar, y Ewan la esperaba frente al altar luciendo con orgullo el plaid de los Sinclair. Cuando llegó hasta él, Hasson puso la mano de su hija en la de su laird y sonrió.

—Te entrego a mi hija, laird Sinclair —dijo—. Confío en que la amarás y la protegerás como se merece.

—Lo juro por mi honor.

Hasson asintió y se alejó hasta su lugar en los bancos de la iglesia. Fue entonces el turno de Teasagh, que envolvió las manos unidas con una bonita y suave cuerda.

—Esta cuerda está hecha por las mujeres del clan como símbolo de vuestra unión —dijo—. La seda simboliza la delicadeza y la belleza del amor. La lana representa la calidez y la conexión con vuestras raíces. El lino, la fuerza y la pureza de vuestro vínculo.

Dio una última vuelta a sus manos unidas y ató la cuerda con un lazo.

—El cuero representa la longevidad y la flexibilidad en vuestra relación —continuó—. La vid, que simboliza el crecimiento juntos. Y por último el cáñamo, que simboliza la resistencia y durabilidad de vuestro matrimonio.

—Gracias, Teasagh —susurró Ailis con los ojos llenos de lágrimas.

—Bien, comencemos —dijo el padre Lachlan—. Laird, diga sus frases con voz firme y clara.

—Ailis, desde el momento en que te vi supe que estabas destinada a ser parte de mi vida —confesó Ewan con voz ronca—. Has sido mi fortaleza en los momentos de duda y mi alegría en los días oscuros. Prometo amarte con todo mi corazón, protegerte con todas mis fuerzas y apoyarte en cada paso de nuestro camino juntos. Te prometo ser tu compañero fiel, escucharte con comprensión y estar a tu lado en cada risa y en cada lágrima. Ante nuestros amigos, nuestra familia y bajo el cielo de estas Highlands, te doy mi palabra de ser tu aliado, tu refugio y tu amor eterno. Juntos enfrentaremos cualquier desafío que la vida nos presente y celebraremos cada triunfo con gratitud y alegría.

—Ewan, tú has sido mi luz en los momentos más oscuros y mi alegría en los días más brillantes —respondió Ailis con un nudo en la garganta—. Desde que te conocí he encontrado en ti un compañero, un amigo y un amor verdadero. Prometo amarte con una devoción eterna, estar a tu lado en cada desafío y celebrar contigo cada triunfo. Prometo ser tu apoyo incondicional, ofrecerte mi comprensión y mi cariño sin reservas. Ante todos los que nos rodean, te doy mi

corazón y mi alma, y prometo ser tu refugio y tu inspiración, hoy y siempre. Juntos construiremos un hogar lleno de amor, respeto y felicidad, y nunca olvidaré lo bendecida que soy por tenerte en mi vida.

—Así, la unión está hecha —sentenció el párroco.

Ewan sonrió, limpió las lágrimas que Ailis no se había dado cuenta que corrían por sus mejillas y unió sus labios a los de su esposa. Dios... había esperado tanto por aquel momento que no creía que fuera cierto... Los vítores de sus hermanos le hicieron separarse de Ailis. De pronto se vio envuelto en un abrazo grupal que le hizo reír entre lágrimas, porque sí, los grandes guerreros también lloran. Apenas fue consciente de la fiesta que se celebró después. Se obligó a no beber demasiado licor, quería estar bien lúcido para su tan esperada noche de bodas. Porque había ansiado aquel momento de tal manera que se negaba a arruinarlo por un brindis o dos.

Durante toda la fiesta no pudo apartar los ojos de su esposa. La vio bailar con sus hermanos, con Brody, incluso con algunos de los soldados con los que había terminado entablando amistad. Tavie se acercó a él y le abrazó por el cuello, besándole en la mejilla. Desde que se había casado con Brody aquel tipo de muestras de cariño se había hecho habitual, y Ewan estaba verdaderamente encantado con ellas. Cubrió las manos de su hermana con una de las suyas y le sonrió.

—¿Contento? —preguntó, aunque ya sabía la respuesta.

—Lo estaré más cuando todos os vayáis a casa.

—¿Es esa forma de tratar a tu hermana? —rio.

—Te adoro, pero ahora mismo solo quiero pasar tiempo a solas con mi esposa.

—Está nerviosa.

—Lo sé.

—Debes ser cuidadoso con ella.

—Tavie, ¿crees de veras que no tengo experiencia?

—No es algo que quiera saber, la verdad. Pero ella es mi mejor amiga, más que eso, mi hermana, y no quiero que su noche de bodas sea desastrosa.

—¿Intentas ofender a tu hermano?

—Claro que no, perdona.

—Deberías irte temprano, mi sobrino estará dándote la lata.

—Tu sobrina está bastante tranquila esta noche, pero no me marcharé muy tarde.

—Va a ser un niño.

—Será una niña preciosa.

—Seguid así y serán gemelos. —Kirk se dejó caer junto a su hermano y se sirvió una jarra de cerveza.

—No me importaría —reconoció Tavie.

Kirk la miró con los ojos como platos, de dijo con señas que estaba loca y volvió a marcharse para bailar con una de las jóvenes del pueblo. Ewan vio a su padre acercarse a él. Le palmeó la espalda y se sentó a su lado.

—A ese mentecato le hace falta una esposa —protestó.

—¿A cuál de ellos?

—Kirk.

—Kirk no tiene ninguna intención de seguir mis pasos, padre. Déjale disfrutar de su soltería mientras pueda, el día que conozca a su esposa no podrá escapar.

—¿Como tú? —rio Murray.

—Como yo. En cuanto la vi debería haber sabido que era la mujer de mi vida.

—El amor a primera vista no existe, hijo. El amor hay que cultivarlo poco a poco, cocerlo a fuego lento y conservarlo con dedicación. Espero que no tardes mucho en darme nietos. Aprende de tu hermana, ella sí que se ha dado prisa.

—¿Te estás quejando, padre? —bromeó Tavie.

—Por supuesto que no, estoy encantado y tu madre más que yo. Te ha traído un baúl lleno de ropa de bebé, parte de ella heredada de Beth y otra parte hecha por ella misma.

—La he visto antes y es hermosa. Brody está fabricando la cuna él mismo, espero que la termine antes de que nazca el bebé.

—Me estoy tomando mi tiempo porque quiero que todo sea perfecto. —Brody se acercó y besó a su esposa en la mejilla—. Lo mejor siempre para mi bebé.

—¿Ves eso, Ewan? —rio Murray— Aprende de este muchacho, te aseguro que te irá muy bien.

—Si me disculpáis —dijo levantándose—, voy a tomar ejemplo y bailar con mi mujer.

Mucho más tarde, cuando todos los invitados se habían marchado, Ewan llevó a Ailis por fin a la habitación que compartirían a partir de aquel día. En cuanto cerró la puerta a su espalda la envolvió en sus fuertes brazos y la besó.

—Al fin solos —susurró—. La celebración se me ha hecho eterna.

—A mí también —reconoció ella—. Estaba deseando que todos se marcharan para estar a solas contigo.

Ewan pegó su boca a la de Ailis, que entreabrió los labios para dejarle paso a su lengua. La deseaba tanto que estaba a punto de volverse loco. Tantos meses controlándose habían sido un infierno para él, y ahora que por fin podía hacerle el amor... quería que todo fuera perfecto. Acarició la mejilla de su esposa a la vez que profundizaba el beso. Las manos de Ailis se enredaron en su pelo, como a él tanto le gustaba. Él rodeó su cintura y la apretó contra su cuerpo, sintiendo sus pequeños pechos redondeados contra su pecho.

—Te deseo tanto, *mo ghràdh*... —dijo con voz ronca— He soñado tantas veces con esta noche que...

Ailis se puso de puntillas y volvió a besarle. Sintió el duro bulto de su erección en la unión de sus piernas y jadeó cuando Ewan se movió, friccionando alguna parte de aquella zona que la hizo estremecer. Sintió los dedos de su esposo clavarse en la piel de su cadera mientras se mecía adelante y atrás, rozando aquel sensible punto una y otra vez hasta dejarla mareada y jadeante. Cuando rompió el beso, el sinvergüenza tuvo la desfachatez de sonreír, pero Ailis no pudo reprocharle nada pues la levantó en brazos para llevarla junto a la cama. La desnudó lentamente, con los ojos velados por el deseo y una pasión salvaje dibujada en su mirada. Aquellas esmeraldas la hacían arder, su piel estaba tan caliente que todo su cuerpo temblaba. Pronto se encontró únicamente en camisola. Se sentía vulnerable, pero una sola mirada al rostro de Ewan bastó para darse cuenta de que no tenía que hacerlo. Su mirada apreciativa le demostraba que para él, Ailis era la mujer más deseable sobre la faz de la tierra. Deshizo lentamente los lazos de la camisola y la dejó caer al suelo, dejándola completamente desnuda frente a él.

—Dios mío, Ailis... Eres perfecta —susurró.

La tumbó en la cama, se quitó su propia camisa y se tumbó a su lado, con el plaid como única vestimenta. Pasó la mano callosa por su brazo, arriba y abajo, sorprendiéndola cuando su camino cambió y rodeó uno de sus pechos. Lo apretó un poco en la palma de su mano, acarició el pezón con la yema del índice y sonrió cuando de la boca de Ailis escapó un gemido. Continuó

acariciando el pequeño brote un poco más, y cuando se lo metió en la boca su esposa arqueó las caderas con una mezcla de sorpresa y deseo. La ancló a la cama con su enorme cuerpo y atormentó su carne con pequeños mordiscos, constantes lamidas y alguna que otra succión. Ailis sintió que su estómago se calentaba, que el centro de su feminidad se tensaba y un calor inexplicable subía por su estómago.

Ewan bajó la mano por el vientre de Ailis hasta llegar al nido de rizos dorados que escondía su sexo. Pasó la palma sobre él, distraídamente, y cuando su esposa se relajó introdujo un dedo entre su carne para encontrar su clítoris, que estaba hinchado debido al deseo. Necesitaba enterrarse en ella, hacerle sentir las mieles de la pasión, pero su esposa necesitaba un poco más de preparación. Con una pierna la obligó a mantener las piernas abiertas y hundió lentamente un dedo en su interior. Era tan estrecha que su miembro corcoveó bajo su kilt. Ailis comenzó a gemir moviendo las caderas sin control, agarrando su cabello con fuerza y arqueando la espalda cada vez que estaba a punto de llegar a la culminación. Pero Ewan retrasó ese momento, deteniéndose cuando la veía al límite, besándola intentando calmarla.

—Ewan, por favor...

Sonrió porque era plenamente consciente de que su esposa no sabía por qué le rogaba. Se colocó entre sus piernas abiertas y pasó la lengua por su sexo, sorprendiéndola y haciéndola saltar. La mantuvo sujeta mientras la lamía, deleitándose con el sabor almizclado de su carne, borracho de su olor. Las piernas de Ailis se tensaron a su alrededor cuando llegó al primer orgasmo, pero él siguió lamiéndola hasta que amainó la tormenta. Cuando se incorporó volvió a besarla en los labios, dándole a probar su propio sabor. No podía esperar más, estaba a punto de estallar y necesitaba con urgencia estar dentro de ella. Se puso de pie y, sin apartar su mirada de Ailis, se quitó el cinturón y el tartán. Los ojos de su esposa se agrandaron al ver el tamaño de su miembro, pero la distrajo con sus besos mientras se colocaba sobre ella.

—Puede que te haga daño, pero pronto pasará —susurró—. Solo será esta vez, te lo prometo.

Ailis asintió, abrió las piernas y se sujetó a sus brazos esperando un dolor que nunca llegó. Se sintió muy llena, excesivamente estirada, pero no hubo nada más. Cuando Ewan estuvo completamente dentro de ella se detuvo, mirándola a los ojos en busca de algún rastro de dolor, pero en vez de encontrarlo solo vio una enorme sonrisa en los labios de Ailis.

—Ahora te pertenezco —susurró su esposa.

—Ahora nos pertenecemos —la corrigió.

Volvió a besarla moviendo las caderas lentamente. Ante el primer roce de su piel Ailis echó la cabeza hacia atrás con un gemido, dándole vía libre para desplegar su pasión. Aumentó el ritmo de sus embestidas, cada vez más y más deprisa, más y más profundo, hasta que sintió las paredes de Ailis convulsionarse a su alrededor. Aquel delicioso movimiento fue el detonante de su propia culminación, y cayó rendido junto a ella intentando recuperar la respiración.

—No me extraña que Tavie se haya quedado embarazada tan pronto —le sorprendió diciendo—. Si para ella es tan bueno como para mí...

Ewan solo pudo reír, reír a carcajadas por la ocurrencia de su esposa. La atrajo hacia su pecho, la besó en la coronilla y cerró los ojos con un suspiro.

—Te amo —susurró acariciando su mejilla—. Eres el amor de mi vida, Ailis Sinclair, y no sabes cuánto me alegro de que Jaime me obligara a ocuparme de nuestro clan.

—Yo también te amo. No puedo imaginar mi vida sin ti. Gracias por ser mi todo, por cuidarme y amarme. Prometo estar a tu lado siempre, en cada paso del camino.

Con esas palabras, ambos cerraron los ojos, dejándose llevar por el sueño, sabiendo que

su amor era eterno y que siempre encontrarían refugio en los brazos del otro.

^[1] Enfrentamiento entre el Clan Sutherland, liderado por Alexander Gordon, y el Clan Sinclair, liderado por George Sinclair, en 1590. La batalla terminó con la retirada del ejército de los Sinclair.

^[2] Pequeña bolsa que se lleva alrededor de la cintura, sobre el kilt, ya que estos no tienen bolsillos. [Puede estar hecho de cuero o pelo y suele tener adornos elaborados.](#)

^[3] Variedad de cuarzo ahumado, originaria de las montañas Cairngorm en Escocia, caracterizada por sus tonos grises ahumados, ocasionalmente con un toque de azul.

^[4] Camisa larga de lino o algodón, que llegaba hasta las rodillas o más abajo. Era una prenda básica y la usaban los escoceses como capa interior.

^[5] Pequeña.

^[6] Moneda de plata utilizada en Escocia durante el siglo XVI, equivalente a 13 chelines y 4 peniques escoceses (aproximadamente 0'77€).

^[7] Hija.

^[8] Dicho que refleja la hipocresía de criticar a alguien por un defecto que uno mismo tiene.

^[9] Fiesta que se celebra el 31 de octubre en Escocia. Marca el final de la temporada de cosechas y el comienzo del invierno.

^[10] Se refiere a millas escocesas, unidad de medida de la época similar a la milla inglesa, aunque más larga. Equivaldría aproximadamente a 1,814m.

^[11] Antigua torre de piedra de la Edad del Hierro situada en el condado de Caithness, Escocia. Nada indica que en aquel lugar se encontraran minas de hierro en aquella época, la mina de la novela es ficticia.

^[12] Daga tradicional escocesa de hoja larga, utilizada por los guerreros como arma y símbolo de estatus dentro de sus clanes.

^[13] Mi amor.

Libros de este autor

365 días... Y uno más

Skye nunca había salido de las tierras de los Brodie. Como única hija del laird, había sido cuidada con sumo celo. Pero en unos días sería la boda de su prima, y su padre no tendría más remedio que dejarla acudir. Estaba emocionada, por fin se volvería a encontrar con el hombre que había hecho latir su corazón en una única visita a su casa, y tenía la esperanza de conseguir en estos días que el guerrero se fijara en ella.

Cameron estaba demasiado ocupado con sus obligaciones como laird de los MacLeod como para acudir a la boda de la única hija de los Murray, pero el laird había sido un gran amigo de su padre y tenía el deber de hacerlo. Lo que nunca imaginó es que en dicho evento encontraría diversión añadida.

Por orden del rey

Alasdair MacLeod volvía a casa después de haber pasado una temporada en la corte. Echaba de menos a su familia y había cabalgado sin descanso para poder llegar a ellos lo antes posible. Con lo que no contó fue con encontrarse a una bella ninfa del bosque... que se desvaneció en cuanto sus ojos se posaron en ella.

Lana Grant lo tenía todo: una familia a la que adoraba, una vida feliz y la boda de su hermana mayor a la vista. Había conocido a alguien que parecía estar interesado en ella y se había ilusionado con casarse por amor igual que dos de sus hermanos. Pero alguien se atrevió a atacar su castillo... y trunció toda su vida.

Miss Pennington

Marianne Pennington prefería leer un buen libro que acudir a uno de los grandes bailes de sociedad. Era un ratón de biblioteca... que perdería su oportunidad de contraer matrimonio si no conseguía un caballero adecuado en su tercera temporada.

Tras la muerte de su padre, Sebastian Wembley, hijo extramatrimonial del vizconde de St Vincent, heredaría su título y toda su fortuna. Pero para heredar esto último había una condición... que a él no le hizo ninguna gracia.

Lord Pennington

Andrew Pennington había perdido al amor de su vida. Huyó de Londres para curar sus heridas, y a su regreso, tres años más tarde, tiene la intención de buscar una esposa. Aunque esta vez evitará la ayuda de su entrometida, aunque maravillosa, madre y se tomará su tiempo para encontrarla.

Nicole Lonsdale vio sus sueños de juventud truncados por culpa de una estúpida tradición familiar que su padre pensaba llevar a cabo costara lo que costase. A su muerte, regresa a Londres junto a su hermano, que la anima a perseguir aquellos sueños perdidos.